



BIBLIOTECA IBEROAMERICANA EN ESTUDIOS SOCIALES

# Memorias de una pandemia

## Diarios testimoniales

Diana Gómez-Navas  
Adrián Serna-Dimas



UNIVERSIDAD DISTRITAL  
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS



Doctorado en Estudios Sociales  
Universidad Distrital Francisco José de Caldas



CLACSO  
Consejo Latinoamericano  
de Ciencias Sociales





BIBLIOTECA IBEROAMERICANA EN ESTUDIOS SOCIALES



# Memorias de una pandemia

## Diarios testimoniales

**Diana Gómez-Navas**

**Adrián Serna-Dimas**



UNIVERSIDAD DISTRITAL  
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS



Doctorado en Estudios Sociales  
Universidad Distrital Francisco José de Caldas



CLACSO  
Consejo Latinoamericano  
de Ciencias Sociales



*Redacto el diario en tanto que miradas que,  
en parte, son retrospectivas —por experiencia  
sé que no tendría tiempo para escribirlo  
diariamente—, cosa que también son por  
otro lado porque esa mirada retrospectiva  
clarifica ya no pocas cosas.*

Walter Benjamin, *Diario de Wengen*, 1911, p. 331

Memorias de una pandemia: Diarios testimoniales / Diana Gómez Navas, Adrián Serna Dimas, Yésica Ricaurte Benítez y otros 11 -- 1a ed.

-- Bogotá : Universidad Distrital Francisco José de Caldas ; CLASO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales; DES, Doctorado en Ciencias Sociales Universidad Distrital Francisco José de Caldas, 2022.

231 páginas ; 24 cm. -- (Biblioteca iberoamericana en estudios sociales)

ISBN 978-958-787-324-5

ISBN digital: 978-958-787-325-2

1. Pandemia - Aspectos sociales 2 Pandemia -- Relatos personales - Pandemia de la COVID-19 -- Relatos personales.

362.192414: CDD 23 edición.



UNIVERSIDAD DISTRITAL  
FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS

### Universidad Distrital Francisco José de Caldas

**Rector:** Giovanni Mauricio Tarazona Bermúdez

**Vicerrectora Académica:** Mirna Jirón Popova

**Vicerrector Administrativo:** Elverth Santos Romero

**Decano Facultad de Ciencias y Educación:** Ómer Calderón

**Directora Doctorado en Estudios Sociales:** Claudia Luz Piedrahita Echandía

**UD**  
Editorial

© Universidad Distrital Francisco José de Caldas

© Doctorado en Estudios Sociales

© Diana Gómez-Navas, Adrián Serna-Dimas

ISBN: 978-958-787-324-5

ISBN digital: 978-958-787-325-2

**Primera edición:** agosto de 2022

**Edición:** Sección de Publicaciones, Universidad Distrital Francisco José de Caldas

**Dirección Sección de Publicaciones:** Rubén Eliécer Carvajalino C.

**Coordinación editorial:** Nathalie De la Cuadra N.

**Diagramación:** Astrid Prieto Castillo



**CLASO**

Consejo Latinoamericano  
de Ciencias Sociales

### Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clasco)

**Secretaría Ejecutiva:** Karina Batthyány

**Director de Formación:** Nicolás Arata

**Directora Editorial:** Fernanda Pampin

**Director de Investigación:** Pablo Vommaro

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168| C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145/9505 | Fax [54 11] 4305 0875| clasco@clacsoinst.edu.ar | www.clasco.org



Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional (Asdi)

Este libro está disponible en texto completo en la Red de Bibliotecas Virtuales de Clasco

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de Clasco.

# Contenido

<b>Introducción. El diario testimonial</b>	9
<i>Adrián Serna-Dimas</i>	
<i>Diana Gómez-Navas</i>	
<b>PRIMERA PARTE</b>	
<b>CONSIDERACIONES GENERALES</b>	13
<b>Revisitando el testimonio</b>	15
<i>Diana Gómez-Navas</i>	
<b>Diario, testimonio y pandemia</b>	41
<i>Adrián Serna-Dimas</i>	
<b>SEGUNDA PARTE</b>	
<b>DIARIOS TESTIMONIALES DE LA PANDEMIA</b>	83
<b>Una pandemia y dos formas distintas de vivirla y percibirla</b>	85
<i>Nhasly Vásquez</i>	
<b>La pandemia me hizo querer regresar al país</b>	95
<i>Gina Huertas</i>	
<b>Los contrastes del mundo en pandemia</b>	103
<i>Yésica Ricaurte Benítez</i>	
<b>Relato de un colombiano en París en tiempos de pandemia</b>	117
<i>Juan David García Ríos</i>	

<b>La pandemia lo desequilibró todo</b>	129
<i>Licedt Fernández</i>	
<b>La pandemia mostró muchos sinsentidos y contradicciones</b>	139
<i>Tomás Ilabaca</i>	
<b>Viviendo la pandemia como extranjera</b>	149
<i>Andrea Ramírez</i>	
<b>La pandemia no ha traído muchos cambios para mí</b>	159
<i>Johan Esteban</i>	
<b>Trabajo en comunidad en tiempos de pandemia</b>	169
<i>Angie Carolina Rozo Blanco</i>	
<b>¿Y esta pandemia cuándo va a pasar?</b>	175
<i>Paola Huertas</i>	
<b>La pandemia ha sido soledad y autoconfinamiento</b>	187
<i>Frey Huertas</i>	
<b>Vivencia de la pandemia en Argentina</b>	199
<i>Daissy Bernal Rey</i>	
<b>TERCERA PARTE</b>	
<b>FRAGMENTOS DE UN DIARIO</b>	209
<b>Un diario en pandemia</b>	211



## Introducción. El diario testimonial

Adrián Serna-Dimas\*

Diana Gómez-Navas\*\*

La declaración de pandemia por coronavirus impuso en cuestión de días, en el curso de semanas, una sensación de perplejidad. El efecto de las medidas sanitarias, policivas, económicas, sociales y políticas establecidas por los gobiernos locales y nacionales motivó el llamado a un conjunto de investigadores de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas y del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso) para que acometiéramos un análisis, cuando menos preliminar, de los acontecimientos. La propuesta que hicimos algunos investigadores fue abstenernos de emprender dichos análisis en caliente, de los cuales se advertía una mirada desde los primeros anuncios, para comprometernos en una tarea más elemental, menos visible, pero a nuestro parecer más ajustada a la novedad de lo que estaba sucediendo: desplegar un conjunto de estrategias con sus instrumentos para registrar, en medio de las limitaciones impuestas por el confinamiento y el distanciamiento, las experiencias de la pandemia en la profundidad del mundo social. Se trataba entonces de implementar unas estrategias de registro altamente sensibles a la cotidianidad que permitieran recuperar cómo se vivía la pandemia en diferentes contextos, escenarios o ámbitos sociales inmediatos.

Las estrategias de registro contempladas fueron tres: (i) el levantamiento de un archivo testimonial, (ii) la elaboración de crónicas y (iii) la rutina del diario que, en conjunto, permitirían recuperar el discurrir de los acontecimientos desde el punto

9



---

\* Antropólogo, investigador de la línea de investigación en Memoria, Experiencia y Creencia del Doctorado en Estudios Sociales. Profesor titular de la Facultad de Ciencias y Educación de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Correo electrónico: aeserna@udistrital.edu.co

\*\* Licenciada en Ciencias Sociales. Profesora asociada de la Facultad de Ciencias y Educación de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Correo electrónico: dmgomezn@udistrital.edu.co

de vista de los sujetos situados o localizados y, al mismo tiempo, configurar un repositorio de fuentes primarias para quienes en el futuro quisieran interrogarlos o indagarlos. Cada estrategia tuvo especificidades: el levantamiento del archivo testimonial requirió una investigación colaborativa que, por medio de un vasto equipo de profesionales y estudiantes de diferentes disciplinas emplazado en distintos contextos, emprendió el registro de testimonios desde los más variados quehaceres, situaciones, prácticas y dominios (Reina y Serna-Dimas, 2021). La elaboración de crónicas supuso extraer una serie de testimonios emblemáticos sobre distintos dominios del mundo social para que, con base en ellos, un conjunto de especialistas en ciencias humanas y sociales concibiera una serie de relatos sobre la cotidianidad de la pandemia (Reina, 2021).

Una de las estrategias que en principio supusimos más promisorias para registrar la pandemia en la profundidad del mundo social fue la rutina de llevar o seguir un diario íntimo, personal o incluso técnico —de campo, de prácticas o de investigación—. Supusimos que, como había sucedido en otras situaciones del pasado, en las cuales los confinamientos obligados o forzados desataron la urgencia de la confesión privada, de la reflexión personal o del testimonio literario, esta a la que nos enfrentábamos ahora sería especialmente propicia para que quienes acostumbraban a llevar diarios lo siguieran haciendo, incluso con más dedicación, y para que quienes nunca lo habían hecho lo empezaran a hacer por diferentes motivaciones, desde la intención simplemente de registrar hasta la pretensión de reflexionar sobre los acontecimientos en suceso. También supusimos que, en la medida en la que la pandemia había desatado el interés en lo que habían sido epidemias anteriores, algunas de ellas relatadas en géneros bastante íntimos o personales como el diario, esto empujaría a muchos en nuestro presente a emular este tipo de práctica.

Pero los días se encargaron de mostrarnos que nuestros supuestos estaban errados. Llevar o seguir un diario es una práctica bastante extraña en nuestro medio y solo pocos la tienen, aunque de manera apenas ocasional, esporádica o circunstancial. Cuando uno pregunta el asunto abiertamente, encuentra que la práctica es extraña en el medio académico, incluso entre profesionales vinculados con el trabajo de terreno. En el medio artístico o intelectual algunos reconocen la práctica, pero como algo intermitente y, en cualquier caso, como una producción absolutamente íntima, sobre la cual no existe la pretensión de que salga a la luz en ningún momento. También hay quienes consideran que el diario es una obsolescencia, hasta una suerte de anacronismo, en un mundo donde las tecnologías de la información y la comunicación permiten un registro instantáneo de la existencia cotidiana con soporte en textos o imágenes en tiempo real, como sucede en redes sociales como Facebook, Twitter o Instagram.

Contra lo que se pueda pensar en un primer momento, llevar o seguir un diario no es una práctica sencilla, en cuanto supone unas disposiciones, disciplinas y obligaciones para con la escritura más allá de los usos habitualmente instrumentales



que hacemos de ella. El diario requiere una escritura desnuda, esto es, entregada totalmente a las circunstancias sin las contenciones que pudieran imponerle cuestiones mecánicas, formales o conceptuales, que, al mismo tiempo, desnuda a quien escribe, es decir, que hace a su presencia fiel o leal a esas circunstancias, por indiferente, ignorante, omisiva o hasta abyecta que esta pueda ser. El diario requiere una interpelación del mundo social inmediato que no sucede de una sola vez, sino que irrumpe con los días, toma forma con las semanas, se hace con el paso del tiempo. El diario, en últimas, requiere a la escritura para hacerse a los acontecimientos que interpelan la existencia, la reclama en cuanto medio para inscribir al sujeto en el discurrir, también para encriptarlo con este; la exige para el esclarecimiento, pero, igualmente, para la creación. Así visto, el diario no tiene nada que ver con el registro apenas superficial de una red social.

Precisamente, el esfuerzo de esta parte de la investigación fue entender las complejidades del diario y abrirle posibilidades dentro de las pretensiones de constituirlo como estrategia e instrumento para registrar la profundidad del mundo social en medio de la pandemia por coronavirus. Nuestro trabajo apuntó a caracterizar el testimonio, también el diario, para proponer lo que hemos denominado un diario testimonial, esto es, un testimonio en forma de diario, es decir, un género con todas las versatilidades de la oralidad estructurado con las posibilidades propias de la escritura, estrategia “textimonial” que ha irrumpido en diferentes circunstancias de cambio o crisis social, en especial en ciertas fronteras sociales, culturales, políticas o territoriales latinoamericanas. Con base en esto, conseguimos que personas de distintos países de América Latina, residentes en diferentes capitales del mundo, hicieran patente cómo fue enfrentarse en su vida cotidiana a los acontecimientos de la pandemia por coronavirus, los efectos que tuvieron que soportar por cuenta de las medidas sanitarias, policivas, económicas, sociales y políticas impuestas por los gobiernos locales y nacionales y el modo en el que todo esto fue concienciado dentro de la vida regular que ellas llevaban en esos entornos que los acogieron como migrantes —un diario como mirada retrospectiva, al estilo del que llevara el joven Benjamin en el pequeño pueblo suizo de Wengen—. Cada diario trae la riqueza de existencias particulares, así como su puesta en común trae la riqueza de contrastar tantas existencias en entornos diferentes, sacando a la luz incertidumbres y miedos, también creencias y expectativas, muchas de ellas permeadas por nuestras culturas latinoamericanas. A ellas y ellos, a todos los que participaron en esta experimentación, nuestros agradecimientos.





**PRIMERA PARTE**  
**CONSIDERACIONES GENERALES**





## Revisitando el testimonio

Diana Gómez-Navas

*No hay testimonio sin experiencia,  
pero tampoco hay experiencia sin narración:  
el lenguaje libera lo mudo de la experiencia, la redime  
de su inmediatez o de su olvido y la convierte en lo  
comunicable, es decir, lo común.*

Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado* (2006, p. 29)

El testimonio, ese relato que recupera la experiencia remota o inmediata, ha sido para las ciencias sociales y humanas un recurso fundamental de conocimiento desde las posibilidades que ofrece lo vivido y, en particular, desde lo que se recuerda y la forma cómo se recuerda y se relata lo vivido. Sin embargo, su uso ha suscitado múltiples debates en torno a lo que para unos son sus cualidades —la superación de los vacíos y los silencios de otras fuentes o recursos—, y lo que para otros constituyen sus defectos —los límites del recuerdo y del carácter “único” de lo vivido—. Desde distintos puntos de vista ha tendido a considerarse que los alcances y límites del testimonio como fuente de conocimiento de lo social se encuentran en el carácter subjetivo de la experiencia narrada, lo que ha implicado que este quede sujeto a distintas visiones y divisiones sobre su uso en el marco de los métodos de la investigación social.

En efecto, de un lado, el testimonio ha tendido a quedar preso, o cuando menos inmerso, en una serie de oposiciones más o menos corrientes en las ciencias sociales que, como aquellas ligadas al binarismo de lo cuantitativo y lo cualitativo, reivindican lo testimonial como un modo de “resistencia” u oposición al carácter impersonal de las cifras y las formas de medición reclamadas como más precisas.



De otro lado, el testimonio ha sido objeto de miradas sospechosas frente a sus posibilidades de evocar experiencias auténticas o simplemente que cuestionan su carácter subjetivo en tanto expresión particular o individual de significación de la experiencia.

Frente a ello habría que decir, de entrada, que la reivindicación de los testimonios a la luz de las oposiciones entre lo cuantitativo y lo cualitativo en realidad olvida que los métodos responden más a las exigencias vinculadas con la construcción de los problemas de investigación y las posibilidades del conocimiento del mundo social que a supuestos ideológicos o presupuestos de orden programático en beneficio o perjuicio de unos y otros recursos metodológicos. En este sentido, la riqueza informativa del testimonio se encuentra en una experiencia que, aunque tiene un carácter singular, se debe, no obstante, a unos eventos o situaciones de orden general. Una de las grandes diferencias entre los datos testimoniales y los estadísticos radica en que en los primeros se interpone una perspectiva temporal: la experiencia como fuente de conocimiento es invocada desde su anclaje a unos contextos sociohistóricos que, además, buscan ser evocados y reconstruidos a través de ellos (Thompson, 1980). En este sentido, el uso de las fuentes testimoniales implica la puesta en marcha de una búsqueda sobre el discurrir de la vida y, a través de ella, de los modos como distintos fenómenos sociales se despliegan, toman forma y, a su vez, la afectan.

Por su parte, las discusiones sobre los límites de lo verificable y lo verosímil de un relato, así como sobre las modificaciones e, incluso, las perturbaciones que supone el acto de rememorar lo vivido, también han tendido a plantearse en virtud de la oposición entre unas miradas que se entienden de suyo objetivistas o subjetivistas —que, por demás, han sido formas caricaturizadas de entender la postura positivista o de plantear supuestas rupturas frente a ella—. Estas oposiciones tienden a pasar por alto que los testimonios dan cuenta de puntos de vista distintos sobre realidades cercanas o incluso idénticas, y que es precisamente en ese espacio de puntos de vista plurales y divergentes, cambiantes y ambiguos —por utilizar la expresión de Bourdieu (1999)—, donde, más allá de encontrarnos con una serie de realidades individuales y formas de percepción únicas y personales, nos situamos frente a una realidad más amplia del mundo social y de sus posibilidades de ser comprendida y explicada. No se trata de apelar a ningún relativismo —como aquellos que tienden a plantear asuntos tales como el de que “no hay verdad, sino verdades” (Sarlo, 2006, pp. 51-52)—, sino de que la potencialidad del testimonio se dibuja a través de las líneas de una experiencia que, siendo particular, puede, al mismo tiempo, dar cuenta de las formas concretas que definen lo social.



En definitiva, el uso de fuentes testimoniales en las ciencias sociales y humanas ha trasegado por escenarios de disputa y reivindicación. Nuestro propósito en este texto es plantear los límites y potencialidades que tiene el testimonio a la hora, no solo de registrar y reconocer las experiencias de distintas personas ante situaciones sociales comunes o inéditas (entre estas últimas, la experiencia de la pandemia de la COVID-19), sino también como recurso para la comprensión y explicación

de los efectos que estas situaciones sociales traen consigo sobre la sociedad más amplia. Planteamos una mirada que, más allá de esas esquematizaciones ingenuas de lo cuantitativo y lo cualitativo, lo objetivo y lo subjetivo o lo absoluto y lo relativo, toma a las fuentes testimoniales en su ir y venir en el desarrollo de las ciencias sociales y humanas, en su capacidad para sacar a flote la profundidad de los eventos o fenómenos sociales, así como también en los desafíos que trae consigo el análisis e interpretación de aquellos datos empíricos marcados por las formas de percepción de quienes hablan.

## El testimonio: entre la autoridad de la escritura y el repliegue de la oralidad

Como lo muestra Descamps (2005), desde la Antigüedad y hasta el siglo XVII la fuente escrita no gozó de ningún tipo de hegemonía: la recuperación de los hechos históricos se desarrolló a través de los relatos de testigos directos; fuentes en capacidad de reconstruir determinados eventos gracias a su experiencia inmediata en los hechos. Sin embargo, al tiempo que la experiencia personal se instaló en el centro de la búsqueda histórica, emergió la discusión sobre el carácter fidedigno de los relatos. Entonces se advirtió la necesidad de entender los testimonios como puntos de vista en los que mediaban intereses particulares, percepciones distintas y recuerdos variables. Un cierto halo de desconfianza empezó a recubrir la recuperación testimonial, lo que llevó a plantear ciertas consideraciones sobre su potencial veracidad: se requerían testigos que hubieran estado en el lugar de los acontecimientos, cuyos relatos pudieran, además, ser captados de la forma más inmediatamente posible en el tiempo —una cierta manera de impedir que el paso del tiempo borrara las formas de la experiencia, obligando al relato a llenar los vacíos—.

De cualquier modo, hasta entonces, la oralidad se constituyó en el recurso fundamental de la búsqueda histórica. Antes de que la cultura escrita se expandiera y lograra imponerse, la oralidad permaneció como un recurso fundamental para la tramitación de las distintas esferas de la vida social. Los medievalistas han encontrado que el carácter restringido de la escritura en estas sociedades, en particular de quienes podían dominarla como saber poder, supuso más la creación de articulaciones entre lo oral y lo escrito que la creación de disputas, oposiciones o rupturas entre ellas. De hecho, las prácticas escriturales de aquellos tiempos no eran otra cosa que la textualización de testimonios orales de los más variados orígenes y sobre los más distintos ámbitos. La posibilidad del texto estaba supeditada a la oralidad o, si se quiere, desde entonces se dibujó un continuum entre lo oral y lo escrito (Lett, 2009; Randovic *et al.*, 2010; Bertrand, 2019).

Así, la escritura estuvo llamada a cumplir un papel frente a la sistematización de determinados actos o vivencias sociales, evidentemente de aquellas ligadas a las dinámicas políticas, comerciales, judiciales de las instituciones sociales más amplias. Valga decirlo, todo esto en un contexto de progresión de las formas



estatales modernas con sus prácticas y relaciones burocráticas que, como veremos, se afirmaron a partir de sus vínculos con la lengua escrita. En otros términos, la palabra escrita progresivamente se constituyó en el vector de legitimación de la palabra hablada, la cual, por los efectos simbólicos de la autoridad que la recogía, transcribía y sistematizaba, adquiriría un estatus de autenticidad. Buena parte de los archivos históricos, soporte de la investigación sobre el pasado, han sido el resultado de esta textualización de testimonios orales, sobre los cuales medió la intervención o injerencia de escribanos, funcionarios o detentores del saber de la escritura. De ahí que se advierta que la superioridad que progresivamente alcanzó el documento escrito se deba, ante todo, a un ejercicio de producción social y simbólica de este, y, en consecuencia, que su lectura no pueda darse sin atender al sistema de condiciones sociales legítimas que lo han hecho posible.

Esta producción social y simbólica que convertía la palabra hablada en escrita no era otra cosa que la puesta en juego de unos modos de visión y división del mundo social, es decir, la producción de un determinado orden social en virtud de unas orientaciones y sentidos específicos. Por ello, aunque sin la oralidad no hubiera tenido posibilidad el texto escrito —“la boca del testigo se prolonga a través de la mano pública” (Lett, 2009, p. 90)—, no puede dejar de remarcarse que estas prácticas de transcripción suponían “traducciones” o “conversiones” en las que mediaban todo tipo de convenciones sociales y lingüísticas atadas al contexto específico. En estos textos convergían las impresiones, manifestaciones, acuerdos o solicitudes que exponían los individuos en virtud de sus vivencias particulares y las mediaciones de la escritura como expresión de un lenguaje en tanto forma autorizada o legitimada de exposición del mundo social.

Así, por ejemplo, a través de trabajos como el de Jaramillo (1965) sobre el mestizaje y las formas de diferenciación social en el siglo XVIII, es posible observar en distintos documentos de nuestra época colonial, cómo apareció un lenguaje, propio de una sociedad estamental, en el que categorías como la de “casta” transitaban directa e indirectamente tanto por las cuestiones más subjetivas de la experiencia e identidad individual y grupal como por las más objetivas ligadas a protecciones jurídicas y privilegios sociales —como cuando en los pleitos o procesos judiciales salían a flote controversias entre las partes por el uso “inapropiado” o “abusivo” de ciertas formas de tratamiento social que, como el “don”, se consideraban limitadas a grupos sociales determinados (Jaramillo, 1965, pp. 43-48)—. Si se quiere, la *performance* de la oralidad que dio lugar a este tipo de expedientes permite resaltar los modos en los que los individuos ponían en juego desde estrategias de autolegitimación social, hasta prácticas de defensa del estatus social. La lentitud de la progresión de la escritura entre nosotros requiere miradas más atentas a estas formas de textualización de la oralidad, así como a esas convenciones sociales que también informan sobre las relaciones sociales, las formas de identidad de los distintos grupos y los valores de la sociedad como un todo.



Siguiendo los vínculos entre la oralidad y el texto escrito hasta el repliegue de la primera y la ascendencia del segundo, hay que remarcar que el avance de la sociedad escrita, ligado no solo a las revoluciones intelectuales en la Iglesia cristiana y su exportación fuera de ella, sino particularmente a la emergencia y expansión de un sistema burocrático moderno como forma de producción de un orden social en tanto orden simbólico, el documento escrito emanado por la autoridad legítima pudo convertirse en el recurso estructurado y estructurante de la existencia cotidiana: desde el registro de los nombres de familia en documentos de identificación personal, pasando por la garantía de los derechos o la consagración de las posiciones sociales (títulos de nobleza, luego títulos escolares) o la certificación de las filiaciones, actividades, acciones u oficios, hasta los informes y registros de los decesos de familiares y próximos, han sido desde entonces formas de documentación de nuestra existencia que trazan ritmos y trayectorias (Coton y Proteau, 2012, p. 9). Con todo ello, el registro escrito de los eventos individuales y colectivos permitirá que los Estados acuñen datos como monedas, los cuales serían fundamentales tanto para la construcción de un relato común como para la administración de una determinada población.

Como diría Bourdieu (2014), la escritura ha sido el instrumento estatal por excelencia; el instrumento de unificación y monopolización de un capital lingüístico movilizado en la construcción de un capital cultural nacional. En ese orden de ideas, la codificación del orden social a través de la escritura ha hecho posible su definición como orden simbólico unificado: memoriales y panteones hacen parte de la institucionalización del Estado, un proceso que se encuentra ligado también a la codificación de la historia en tanto memoria común y vinculante (Bourdieu, 2014, p. 297). De este modo, la historia se convertirá en su momento en una ciencia al servicio del Estado, una ciencia en favor de la acumulación de su capital simbólico a la que más adelante se le sumará la estadística, como la ciencia orientada a producir la información necesaria para la administración del territorio y la población a cargo de este.

Será entonces esa relación entre el documento escrito y la autoridad legítima que lo produce la que terminará incidiendo en que la oralidad, ligada a la vivencia y a la experiencia, se recline al plano de lo privado, el cual, por oposición a lo público, quedará referido a lo singular y a lo personal. Como lo indica Descamps (2005), el movimiento de escrituralización de la historia que corre en paralelo al movimiento de institucionalización y laicización del Estado, irá en detrimento de los discursos, las creencias, las fábulas y los mitos como fuentes del conocimiento del mundo social (pp. 20-25). Así, en la relación estrecha entre la escritura y las prácticas burocráticas estatales, lo público se afirmará como el lugar de la palabra y el documento oficial, al tiempo que lo privado figurará como el lugar de la palabra y el documento anecdótico —algo que se pone de manifiesto, además, en el hecho de que toda práctica burocrática sea una práctica escritural o, al menos, una práctica que se desarrolla con referencia a un documento escrito—.



De cualquier modo, el carácter oficial de la escritura implicaría el repliegue del sujeto desde su presencia experiencial. Incluso, los testimonios que ocupan un lugar central en determinados ámbitos burocráticos, en particular aquellos vinculados con procesos judiciales o asuntos policiales, quedarán cada vez más expuestos a una serie de normas o estándares de codificación. Las prácticas de la escritura “oficial” serán cada vez más prácticas reutilizadas y uniformizadas<sup>1</sup>. En estos casos, el testimonio quedará expuesto a las formas del “modo, tiempo y lugar”, es decir, al conocimiento directo de un hecho en cuyo relato deben suprimirse las valoraciones o apreciaciones personales. Si se quiere, en estos casos, el carácter experiencial del testimonio quedaría atrapado en las lógicas de lo convencional. De alguna manera, los archivos documentales oficiales silenciaron la relación entre la experiencia, el contexto y la vida ordinaria.

## El uso de testimonios en las ciencias sociales y humanas: idas y venidas, giros y retornos

En *L'ère du témoin* [La era del testigo] (1998), la historiadora Annette Wieviorka aborda las posibilidades de encuentro entre el testimonio y la escritura histórica a propósito de las iniciativas que se abocaron a la recuperación de una serie de textos (cartas, diarios, crónicas, relatos, etcétera.) escritos por las víctimas del régimen nazi, cuya publicación y difusión sucediera años después del cierre de la Segunda Guerra Mundial. De entrada, este auge testimonial dio cuenta de la manera como, ante la experiencia de persecución y exterminio, el relato escrito operó como una estrategia de las víctimas para asegurar la perpetuación de su existencia a través de la salvaguarda de lo vivido: se trató de “una protesta contra la muerte, la necesidad de dejar una huella, de asegurar una filiación, lo que constituy[ó] el motor de esta escritura” (Wieviorka, 1998, p. 43).

Como puede anticiparse, la posibilidad de que las vivencias personales, incluso aquellas de carácter más íntimo, pudieran hablar de la singularidad de una vida,

---

1 La estandarización de la escritura burocrática ha corrido de manera paralela a los procesos de tecnificación de las actividades administrativas estatales. La producción de normas orientadas a la gestión y a la planeación, pero también a la productividad y a la eficacia del quehacer “oficial” ha traído consigo pautas de tratamiento de estos asuntos en términos de los procedimientos por seguir como de los tiempos por invertir. El largo camino recorrido en esta materia ha sido el de la búsqueda de la simplificación: fórmulas expresivas, formatos y formularios han implicado prácticas de escritura repetitivas, ligadas incluso a una cierta idea de sistematicidad estadística (Mouhanna, 2012; Nouri-Mangold, 2012). Esta estandarización de la escritura no podría entenderse sin observar el papel que han jugado los avances tecnológicos en materia de registro, codificación, producción y circulación de textos: desde la incorporación de métodos estenográficos a finales del siglo XVIII que permitieron inscribir la palabra en el orden de lo escrito superando las contingencias de la oralidad, hasta la emergencia de la máquina de escribir a mediados del siglo XIX que traerá consigo la aceleración de la producción escrita. Todo esto supondría la mecanización de las prácticas escriturales burocráticas y administrativas, así como la multiplicación de la producción documental. Así, la clasificación y la organización se convertirían en tareas esenciales y, con ellas, la conservación documental (Gardey, 2008).



y al tiempo, dar cuenta de un acontecimiento o un hecho social más amplio, se dibujó por medio de este recurso a la escritura —en los hallazgos se encontraron cuadernos en los que se registraban desde las rutinas diarias hasta los rumores que circulaban en el gueto—. Si se quiere, a través del relato escrito no solo se hablaba desde lo singular o aquello que penetraba la experiencia individual, sino también de aquello que trastornaba los vínculos colectivos o se imponía como destino de un pueblo. De hecho, como lo muestra Wieviorka (1998), la creencia tan afirmada por parte de los miembros de la comunidad judía en la escritura como testimonio era en el fondo la creencia de que solo ella podía impedir su eliminación definitiva: se perviviría en la historia a través del relato y en él con las huellas o pistas que pudieran dejarse de lo vivido. Precisamente, esta creencia movilizó la creación de archivos como una estrategia bastante anticipada contra el olvido:

Emmanuel Ringelblum era en 1939 un historiador confirmado, pero también un militante. [...] La idea de crear archivos toma forma en él desde los primeros meses de la ocupación alemana de Varsovia. Ayudado por un pequeño grupo de amigos, se encargará primero de reunir testimonios y reportes que les solicitaba a los numerosos judíos que se refugiaban entonces en Varsovia. Él tenía la clara conciencia de que lo que estaba pasando era inédito en la historia. Su pequeño grupo creció, conformado por militantes de todas las orillas, por escritores o periodistas, constituyendo una verdadera organización de resistencia sin igual que se llamaría *Oneg Shabbat*, Júbilo del Shabat, porque se reunía el sábado. Esta organización recogía documentos muy variados: trazas de la vida cultural en el gueto como afiches de representaciones teatrales o conciertos, tiquetes de alimentación, decretos de las autoridades nazis, prensa clandestina, minutas de reuniones del Judenrat, el consejo judío que administraba el gueto, etc. Esos archivos habían sido enterrados en tres lotes, en latas de leche o cajas metálicas sobre el territorio del gueto antes de su liquidación. [...] Para encontrar los archivos, fue necesario, según Michel Borwicz, quien participó en dicho trabajo, recurrir a “técnicas arqueológicas”. Dos lotes de archivos fueron encontrados entre 1946 y 1950, los cuales harán parte después del Instituto histórico judío de Varsovia y constituirán el 60 % de los fondos: 1696 cajas con un total de 27 000 páginas. Algunos documentos fueron publicados en Israel, Polonia y los Estados Unidos, pero ellos están lejos aún de ser completamente explotados. (Wieviorka, 1998, pp. 23-25; traducción propia)

Pero relativamente pronto, este auge del testimonio, que tuviera en su base la recuperación de fuentes escritas literalmente enterradas para ser salvaguardadas —en lo que se dibuja la idea de que se pueden enterrar o desaparecer los cuerpos, pero no la palabra en la que el individuo y su universo simbólico siguen por ella existiendo—, se volcó hacia un levantamiento masivo de testimonios orientado a “darle la voz” a todos los sobrevivientes. Sería un primer momento que marcaría el tránsito entre una testimonialidad volcada hacia la experiencia personal y otra que se orientaría hacia la significación pública de una memoria compartida, en la que el juicio de Eichmann en Jerusalén se constituiría en uno de los detonantes.

En efecto, a diferencia de los juicios de Nuremberg, el del Eichmann puso a los testigos en primera línea. La función de sus relatos no supuso ningún contraste frente a pruebas escritas y, además, estaban fundamentalmente dirigidos a contar



experiencias de supervivencia y a evocar actos genocidas que otros, ausentes, habían padecido (Wieviorka, 1998). Este advenimiento del testigo sería el triunfo de lo oral sobre lo escrito que, apoyado en los nuevos soportes audiovisuales (Idjéraoui-Ravez, 2012), representará el riesgo de la espectacularización de los hechos, incluso —o sobre todo— de aquellos más cruentos. Una forma de construir una historia emotiva que parecía apuntar a la afirmación de una identidad sin mayores contradicciones —como aquellas que señalara Hannah Arendt justamente sobre el juicio de Eichmann (1963/2010)—: la de la víctima, cuyo relato solo parecía poder hablar, paradójicamente, de una experiencia personal que aparecía públicamente como un acto que se había repetido sistemáticamente y, que, por ello, en el fondo, quedaba impersonalizada, masificada, deshumanizada<sup>2</sup>.

Como lo señala Sarlo (2006), siguiendo a Ricœur, este triunfo de lo oral sobre lo escrito supondrá una “crisis del concepto de testimonio”: contribuirá a convertir al relato de la experiencia en un ámbito ajeno a las reglas de la crítica y, al mismo tiempo, en la forma ejemplar del relato testimonial (pp. 46-47). Para las ciencias sociales y humanas este movimiento del testimonio de masas, volcado a la exposición pública y al engrandecimiento de la experiencia subjetiva no pasará sin dejar rastros, aunque se encontrará con ciertas contenciones. En efecto, las formas narrativas se constituirán desde finales de los años sesenta en una forma de restituir al sujeto al centro de la cuestión social, histórica, política y cultural. “Dar la voz” a los protagonistas de los hechos histórico-sociales se convirtió en una exaltación de la subjetividad que se creía podía operar como una suerte de “democratización” del registro y producción del conocimiento científico (Arfuch, 2002). Era una forma de reconocer el papel que un individuo común y corriente jugaba en la construcción del mundo por él habitado, un sujeto partícipe en la producción del sentido social o un actor con un lugar en el agenciamiento de los hechos de la vida, la sociedad y la cultura.

Ahora bien, este retorno del sujeto en las ciencias sociales y humanas, y su coincidencia con el avance del testimonio de masas —la radio, la televisión y otras tecnologías se encargarán de masificar la experiencia singular e íntima, exaltando su particularidad y exponiéndola públicamente—, fue también considerado

---

2 Como diría Arendt (1963/2010) sobre el tema de la necesidad del castigo como elemento de justicia en relación con crímenes de las dimensiones por los que el tribunal juzgaba a Eichmann: “Habida cuenta de la confusión imperante en los círculos jurídicos acerca de la naturaleza y utilidad del castigo, me alegró que la sentencia recogiera una afirmación de Grocio, quien, citando a un autor todavía más antiguo, explicó que el castigo es necesario “para defender el honor y la autoridad de aquel a quien el delito ha lesionado, para que la ausencia de castigo no le degrade mayormente” (p. 417). Sin embargo, cuando recoge los asuntos del juicio relativos a los testigos y la pruebas señala: “[...] constituyó una excepción que demostró la regla del comportamiento normal de los demás testigos, pero que no demostró la regla de la simplicidad, de la capacidad de relatar lo sucedido, y menos todavía de la muy rara capacidad de saber efectuar una distinción entre lo realmente ocurrido al declarar dieciséis, y a veces veinte años atrás, por una parte, y lo que había leído o imaginado desde entonces, por otra” (pp. 326-327).



como el resultado de un debilitamiento de las miradas estructuralistas y de su opacidad frente a la capacidad del individuo para dar cuenta del mundo social. Un retorno que llevó a las fuentes orales a ocupar un lugar central en la investigación social e histórica: entrevistas, historias o relatos de vida, conversaciones poco estructuradas operarían como una serie de recursos orientados a “entrar” en los hechos y fenómenos a través de la recuperación de la oralidad, la corporeidad y la significación de lo vivido.

Un movimiento que se remontaba a viejos debates frente a los límites de las fuentes orales y las dificultades metodológicas inherentes a su utilización, pero que se inscribía en un contexto marcado por una serie de estallidos y reclamos sociales que resultaron propicios para ciertas rupturas. Por un lado, para elevar unas formas de construcción de un relato histórico en capacidad de reivindicar a los grupos subalternos en contrapunto con las aproximaciones historiográficas que se habían inclinado por el punto de vista de los “dominantes”. Por otro lado, para plantear trabajos a contracorriente de aquellas miradas sociológicas en las que el papel de los sujetos había sido marginal o simplemente había sido considerado desde la exterioridad de los eventos. Fue un retorno que desencadenó un afán comprensivista; unos denominados giros (lingüísticos, culturales, subjetivos, posmodernos) que abogaban por una reevaluación de la palabra individual y, que como señala Descamps (2005), encontrarían en la difusión de tecnologías como las del magnetófono la posibilidad de un registro sonoro en capacidad de resolver el problema de la “fijación” del relato, su recuperación a mayor escala y su conversión en texto escrito (pp. 19-20).

Aunque este auge testimonial produjo una oleada organizativa de archivos —muchos de ellos vinculados con apuestas por la construcción de memorias colectivas o nacionales y afines con las prácticas y rituales de la conmemoración ligado a los crímenes de masas—, no era nueva la inclinación por las fuentes orales en la investigación social e histórica, las cuales se habían desarrollado muchas veces de la mano de un registro y clasificación en un repertorio archivístico, como tampoco fueron nuevas las discusiones metódicas que en torno a ellas se suscitaban. Ya desde mediados del siglo XIX, el historiador francés Jules Michelet inauguraría lo que mucho más tarde se conocería como la Historia Oral que, a partir de la recuperación y el uso de relatos de las gentes del común, se orientó a la escritura de una historia arraigada en las costumbres del día a día; una historia de base filosófico-romántica que apelaría al folclore como una forma de plantear que el hombre debía ser considerado como el creador del mundo que habitaba (Rearick, 1974).

No obstante, sería justamente el acceso y el uso de una diversidad de documentos recónditos que yacían inexplorados e inéditos en archivos y bibliotecas lo que le permitiría a Michelet construir un método en capacidad de entrar en los hechos, en tanto que producción simbólica, cuya veracidad histórica radicaría en la representatividad del hecho frente a la idea. De este modo, lenguas, literaturas, cantos, creencias, hábitos de gentes anónimas y pasados perdidos ocuparían un lugar



en su erudición archivística: la conjunción de fuentes tan distintas fue ante todo una estrategia para capturar no la exactitud de los hechos, sino los modos de ser, actuar y pensar que podían dar cuenta de ellos. Para Michelet el papel de los archivos era también el de despertar la imaginación con el fin de comprender el carácter, el sentir, el instinto de un pueblo (Michelet, 1880; Lanson, 1905).

En este contexto, la perspectiva historiográfica dominante —entre la que se encontraba la escuela metódica francesa— señalaría los límites de los testimonios orales: ellos daban cuenta de experiencias, anécdotas, vivencias íntimas, pero no podían ser considerados para dar cuenta de la historia, de los hechos del pasado, sobre los cuales se requería la primacía de lo escrito y donde la presencia del sujeto podía difuminarse. De cualquier manera, desde esta primacía de la fuente escrita pulularán numerosas empresas que cabalgarán sobre las posibilidades del testimonio oral. En Francia, en las primeras décadas del siglo XX, se daría origen a uno de los archivos de fuentes orales más emblemáticos: *Les archives de la parole* [Los archivos de la palabra] de la Sorbona, los cuales recolectarían entre 1911 y 1914 una importante muestra de registros sonoros —voces de célebres políticos, artistas, filósofos, lingüistas locales y extranjeros, testimonios de gentes del común, conversaciones cotidianas, cantos y cuentos populares, entre otros— con la pretensión de constituirse en un material para el estudio de la lengua y las culturas locales que en la actualidad sigue siendo de gran interés investigativo (Corderiex, 2014).

Al tiempo, en los Estados Unidos, la sociología, la etnología y la psicología social caminarían hacia la constitución de unas ciencias sociales de carácter aplicado que respondieran a la necesidad de comprender y resolver problemas sociales concretos. El uso de entrevistas, historias de vida y observaciones en terreno se constituirían como estrategias de un método atento a la acción emplazada en un presente que discurría a través de las interacciones de los actores, pero que podía dar cuenta del pasado, y en la que la relación de comunicación entre el investigador y el actor-testigo resultaba fundamental en el ejercicio de incitación de la palabra hablada sobre lo vivido. La Escuela de Chicago sería ese lugar característico donde los testimonios orales se convirtieron en el núcleo de una investigación volcada hacia los sujetos y sus narrativas de vida. En efecto, los testimonios adquirieron tal importancia en los trabajos aplicados de esta escuela sociológica desde los años treinta del siglo pasado que permitieron la definición de la historia de vida o de la autobiografía como método de investigación —las vidas de las personas pudieron así entenderse como historia o como pieza fundamental para la comprensión de eventos histórico-sociales—<sup>3</sup>.



---

3 Sobre el papel que jugó el uso de fuentes testimoniales en los trabajos de la Escuela de Chicago y su denominación como el método de las historias de vida o el método biográfico, Howard Becker planteará la noción de mosaico científico a partir de la cual entra en la discusión sobre la complejidad y versatilidad que tempranamente adquirieron estos recursos y materiales (Howard, 1970, pp. 63-73).

Pero sería en la Segunda Posguerra Mundial en la que se daría el comienzo de una época prolífica en relación con el lugar concedido a las fuentes orales en la investigación histórico-social. El movimiento de la historia oral estadounidense tendría sus primeros referentes en los trabajos de la Escuela de Chicago, pero se catapultaría en un contexto ciertamente contestatario en el que la Universidad de Columbia jugaría un papel determinante al dar el tránsito de una historia oral basada en testimonios que recuperaron las experiencias de vida de personajes relevantes para la vida nacional y cuyo propósito era llenar los vacíos dejados por los archivos escritos —años treinta—, a una historia oral enfocada en una diversidad de grupos sociales (mujeres, inmigrantes, afroestadounidenses, clases obreras), cuya característica sería hacer parte de la construcción de los relatos históricos a aquellos que habían sido ignorados o sometidos —años sesenta y setenta—. Como lo señala Dunaway (1996), mientras la primera generación de este movimiento continuaría dirigiendo los principales archivos orales que fueron creados desde los años treinta, la segunda generación se constituiría como un grupo de educadores sociales que apostaría por ampliar el alcance de las colecciones más allá de lo que denominaran “entrevistas de élite”<sup>4</sup> (p. 8).

Así, la entrada del testimonio en la escena principal irradió el quehacer de la investigación social e histórica, lo que, como se ha observado, no solo reclamó al sujeto en su vida habitual y en sus relaciones interpersonales, sino también supuso apuestas metodológicas que terciaron y abrieron camino en medio de viejas disputas frente al análisis cuantitativo, la recurrencia del dato y la representatividad de la fuente. Como lo mostraría el antropólogo estadounidense Oscar Lewis en su trabajo sobre la pobreza en México, desarrollado a finales de los años cincuenta, el abordaje desde el actor-testigo en el que la experiencia podía resultar un vector de conocimiento lo condujo a la construcción de una unidad de análisis que, como él mismo señaló, había sido central en la construcción literaria —lo que le imponía desafíos a la investigación, pues demandaba trazar claramente la frontera entre el pacto ficcional implícito entre la novela y el lector, y la capacidad de la investigación para dar cuenta de unas vidas y, al mismo tiempo, hablar de la cultura o de la sociedad más amplias—.

---

4 En una línea próxima, aunque no similar a los Archivos de la Palabra de la Sorbona en Francia, en la Universidad de Columbia en los Estados Unidos se emprendió en los años treinta la construcción de un archivo testimonial que se constituiría como la base del denominado movimiento de la Historia Oral [Oral History movement] en cabeza de Allen Nevins y Louis Starr. The Gateway to Oral History se constituiría en un proyecto encaminado a poner en marcha una organización sistemática de testimonios recuperados “de los labios” de los estadounidenses que hubiesen llevado vidas significativas en el plano político, económico y cultural (Nevins, 1966/1996, p. 29). Las siguientes generaciones de este movimiento se encargarían, como se ha dicho, de ampliar las colecciones incorporando testimonios de gentes comunes en los más variados ámbitos de la vida. Por su parte, el avance tecnológico de los años ochenta también contribuiría a transformar la captura y la relación entre entrevistador y testimoniante. Todo esto, en una línea que se planteaba, entre otras, la recuperación de un material valioso en términos investigativos para el futuro (Dunaway, 1996).



La selección de un día como unidad de estudio ha sido un recurso común del novelista. Sin embargo, rara vez ha sido empleado antes y ciertamente nunca se había explotado por el antropólogo. En realidad, tiene tantas ventajas para la ciencia como para la literatura, y proporciona un medio para combinar los aspectos científicos y humanísticos de la antropología. El día ordena universalmente la vida familiar; es una unidad de tiempo suficientemente pequeña que permite el estudio intensivo e ininterrumpido por el método de la observación y encaja en forma ideal en las comparaciones reguladas. [...] El estudio de los días aquí presentados pretende dar lo inmediato e integral de la vida que el novelista retrata. Su mayor penetración, sin embargo, está en la ciencia social, con todos sus poderes y debilidades. Cualquier parecido entre estos retratos familiares y la ficción es puramente accidental. Es ciertamente difícil clasificar estos retratos. No son ficción, ni antropología convencional. Por necesidad de un término mejor yo los llamaría realismo etnográfico, en contraste con el realismo literario. Estos días no están compuestos; son días reales. Y los individuos no son tipos imaginados, sino gente verdadera. En un sentido, estos retratos de la vida mexicana contemporánea son documentos históricos que podrán utilizarse para comparaciones interculturales ahora y en el futuro. (Lewis, 1959/2010, p. 19)

Se fue dibujando así esa veta reivindicadora de las fuentes orales que reclamaba la visibilidad de los sujetos, no tanto porque en el estudio de los hechos sociales los testimonios y los testigos se constituyeran en los reveladores de una cierta verdad, sino porque aportaban elementos que otras fuentes (escritas, cuantitativas) no lograban: atmósferas, creencias, mentalidades, sensibilidades, personalidades, modos prácticos, actitudes compartidas, entre otros, que podían hablar de la profundidad, los procesos y las configuraciones del mundo social, la vida y la cultura, así como de las conexiones entre el pasado, el presente y el futuro (Levy y Berlière, 2010, p. 21). De este modo, fueron posibles trabajos como el de Richard Hoggart (1970) en Inglaterra, quien propondría un análisis de las prácticas culturales de las clases populares a partir de una osada mezcla entre análisis sociológico y testimonio autobiográfico a través del cual él mismo se convertía en investigador y testigo para sacar a flote los modos de construcción y apropiación cultural de los individuos, incluso de aquellos que habían sido considerados ajenos a cualquier participación en estos ámbitos como los grupos subordinados. Hoggart no solo fue una expresión de las rupturas que se estaban gestando a partir del retorno de las fuentes orales, sino que delineó un estilo auténticamente novedoso en la escritura de las ciencias sociales —estilo que el sociólogo francés Jean-Claude Passeron llamaría “sociología novelesca”<sup>5</sup> por los vínculos que construía entre la escritura sociológica y la literaria—.



5 Jean-Claude Passeron, quien trabajara en la línea de la sociología de la cultura junto a Pierre Bourdieu, fue el encargado de realizar la introducción de la traducción francesa del célebre libro de Hoggart *Uses of Literacy* —que en dicha versión se titularía *La culture du pauvre* [La cultura del pobre] (Hoggart, 1970)—. Para Passeron, los trabajos de Hoggart marcaron un cambio en su punto de vista científico sobre las relaciones entre la escritura sociológica y la escritura literaria. Al respecto diría: “[...] este texto [The Uses of Literacy] llano y sin una pluma recargada, concreto y exhaustivo, justo e informado, novelesco si se quiere, pero por la sola preocupación del detalle y del matiz perseguidos incansablemente, conmovedor sin ninguna sensiblería, que des-

Hubo también un movimiento decididamente militante que cabalgaría sobre la idea de que los testimonios orales debían constituirse en fuentes orientadas a una suerte de restitución de la “verdad de la gente”. En distintos contextos, entre ellos en América Latina, las fuentes orales adquirieron una dimensión política que planteaba la idea de que la historia escrita y los fenómenos sociales vistos desde los grandes acontecimientos, las estructuras y los sistemas, debía ceder el paso a las situaciones locales, las redes y organizaciones de base y las experiencias vividas por grupos específicos (Ferriera y Simó, 2006). A finales de los años ochenta y durante los años noventa, el testimonio de masas que, como diría Wallenborn (2006), convirtió al testigo en el portador de una nueva relación sensible con el pasado, contribuyó a la vez a producir una cierta sed de memoria, “el deber de memoria”, de hecho, para distintos grupos, el pasado se convirtió en espacio de disputas y apuestas por la búsqueda de sentido de una acción política en capacidad de ganar reconocimiento en la esfera pública (p. 101). La concurrencia de todo tipo de relatos que narran la vida y las vivencias en primera persona y, a la vez, movilizan aspiraciones o reivindicaciones de orden identitario ha producido un afán de conservación, transmisión y conmemoración en el que los testimonios, en tanto fuentes orales, han quedado ajenos a cualquier posibilidad crítica so pena del reproche moral y político. Como dirá Sarlo (2006),

Un movimiento de devolución de la palabra, de conquista de la palabra y de derecho a la palabra se expande reduplicado por una ideología de la “sanación” identitaria a través de la memoria social y personal. [...] El sujeto no solo tiene experiencias, sino que puede comunicarlas, construir su sentido y, al hacerlo, afirmarse como sujeto. La memoria y los relatos de memoria serían una “cura” de la alienación y la cosificación. Si ya no es posible sostener una Verdad, florecen en cambio unas verdades subjetivas que aseguran saber aquello que, hasta hace tres décadas, se consideraba oculto por la ideología o sumergido

---

cribe calurosamente pero sin lirismo ni moralismo los valores, mudos o hablantes, que definen el sentido de una cultura popular de la periferia industrial inglesa, a la manera como los etnólogos describen la coherencia de cualquier otra cultura ajena a nuestros hábitos mentales y afectivos. Este libro carece de casi todos los signos externos de pertenencia a las ciencias sociales y, sin embargo, nos parecía de una sociología de las clases populares mucho mejor que todo lo que podíamos leer en las áridas sociografías de los especialistas de la cifra o las frías divagaciones ideológicas de intelectuales “comprometidos”. El editor francés, excelente pronosticador de los éxitos de la librería parisina, resistió. Sin duda, veía con demasiada claridad que no se trataba ni de literatura de vanguardia, ni de un panfleto político, ni de ciencias humanas estampadas con el sello de una afiliación celebrada por la crítica” (Passeron, 1993; traducción propia). De igual forma, Passeron le reconocería a Hoggart haberle permitido plantearse otra mirada frente a la relación entre la cultura docta y la cultura popular: “[...] esta riqueza sutil en la interpretación de los significados culturales solo la utiliza para invertir, para servir, para hacer entender sociológicamente el objeto, un objeto rebelde —la cultura popular— que se escapa o se volatiliza tan fácilmente bajo otros escalpelos; o que se hace mueca y caricatura en los cuadros elaborados por otros exploradores para las necesidades de una “buena causa”, intelectual o política, a veces también para las necesidades más crudas de un aparato o de una corporación ávidos de anexas o de alistar fieles” (Passeron, 1993) [traducción propia].



en procesos poco accesibles a la introspección simple. No hay Verdad, pero los sujetos, paradójicamente, se han vuelto cognoscibles. (pp. 50-51)

En definitiva, aunque para ciertas miradas que se reivindican desde lo cualitativo y lo subjetivo, el uso de las fuentes testimoniales emergió de manera relativamente reciente como una apuesta por contrarrestar el carácter instrumentalizante de los métodos cuantitativos, la tradición investigativa de las ciencias sociales y humanas da cuenta de una historia marcada por el desarrollo en paralelo, más que de forma lineal, de una multiplicidad de paradigmas por los que han discurrido una serie de debates, entre ellos, aquellos vinculados con la cuestión del método. No se ha tratado de un simple debate entre opuestos (cuantitativo o cualitativo; objetivo o subjetivo; macro o micro) como formas esencializadas de conocimiento de lo social, sino de una serie de encuentros y desencuentros producidos por la manera de entender las conexiones entre la experiencia del mundo social y el lenguaje que discurre a través de ella y que puede, por eso, narrar, capturar o retratar los hechos o fenómenos sociales, si se quiere, entre la posibilidad de que la experiencia quede inmersa en el lenguaje o pueda ser reconstruida por este sin que pierda su particularidad (entre ella, su vinculación con el contexto) y, a la vez, su potencial de universalidad conceptual.

De este modo, las fuentes testimoniales se encuentran en la base de la definición de las estrategias de la investigación social tanto como las fuentes de orden estadístico: apelar a unas u otras ha sido el resultado de la puesta en marcha de formas de conocimiento del mundo social (epistemológicas, teóricas y metodológicas), más que de sus supuestas cualidades intrínsecas o de su carácter sustancial —de ahí que no sean, de entrada, excluyentes entre sí—. La ausencia de una mirada metódica que piense las estrategias de investigación desde sus posibilidades y fines de conocimiento ha llevado a que estas se conviertan en meros instrumentos: formas rutinizadas de la práctica investigativa que ponen en suspenso cualquier ejercicio crítico, o que convierten determinadas técnicas en deidades seguidas (aplicadas) ciegamente, al tiempo que otras son simplemente rechazadas por considerarse su opuesto. Mucho de esto ha habido en la idealización de las fuentes orales y la degradación de las fuentes escritas (y viceversa); dicotomías que han llegado a desdeñar de la importancia de la construcción (discusión) metodológica, con lo que ello implica en términos de ruptura entre la experiencia y el lenguaje que limita las posibilidades del conocimiento y la utilidad de los testimonios.



## El testimonio: entre la experiencia restituida y la experiencia mitificada

Todo testimonio supone la existencia de una relación social específica en la que se gesta el encuentro entre alguien con algo para contar y alguien con disposición para escuchar. De ahí que, como lo señalan Pollak y Heinich (1986), la rareza de aquellos relatos producidos por fuera de solicitudes explícitas pueda constituirse en un indicador de las coacciones a las que está expuesta la enunciación sobre

las vivencias propias, particularmente cuando se trata de aquellas de carácter más íntimo o que se encuentran ligadas a eventos que cambian, turban o alteran la existencia. Por ejemplo, los trabajos realizados en torno a la recuperación de la experiencia concentracionaria vivida por los sobrevivientes del nazismo encontraron que esta producía limitantes para el relato, toda vez que hablar de lo vivido era reactivar una experiencia traumática, humillante y deshumanizante que parecía mejor dejar atrás. De ahí que todo el movimiento que llevó al auge testimonial y que produjo un interés de memoria frente a la Shoah se convirtiera en una apuesta por “la liberación a través de la palabra”: la exposición pública posibilitó el trámite de la crisis de identidad mediante la narración de los hechos y los actos que la habían producido (p. 4).

Sin embargo, estas restricciones de la enunciación también rodean los testimonios que no están anclados a experiencias límite. “¿Qué puedo decir o saber yo de eso?” “¡No sé si lo que vaya a contar pueda servir para algo!”, suelen señalar las personas cuando se les plantea un interés de conocimiento alrededor de sus vidas, experiencias o existencias ordinarias. La posibilidad de tomar la palabra para narrar la experiencia tiende a plantearse extraña para los testigos o informantes en una situación de entrevista o conversación guiada, incluso cuando la indagación se interesa por experiencias “normales” de la vida cotidiana. Narrar la vida o una parte de ella, contar una experiencia en el marco de un evento o situación social específica, o mejor, que la vida, una parte de ella o una vivencia particular se consideren relevantes para otro que manifiesta interés de conocimiento resulta muchas veces ajeno a la existencia misma. Hay en ello una cierta condición de anonimato de quienes son llamados a tomar la palabra que se asume como condición de irrelevancia.

Quizá esto tenga que ver con el hecho de que la vida en su discurrir cotidiano no parezca afectar más que a los implicados, o que las vivencias sean consideradas simplemente parte de la esfera personal o de un pasado que ya fue y que no tiene mayor lugar en el ahora. Quizá esto permita decir también que aquellos que escriben memorias personales o relatos autobiográficos lo hacen porque se consideran memorables, porque sus vidas van más allá de lo propio o lo privado y porque se sienten trascendentales para el mundo que habitan. De cualquier modo, narrar públicamente la vida propia o vivir prescindiendo de ello instala al testimonio en medio de las tensiones entre la posibilidad de restitución de lo vivido y la construcción de una ficción. Se trata de recordar para narrar; lo que ha llevado a plantear la cuestión sobre qué tanto hacerlo supone volver a vivir lo acontecido, pero de otra manera, de aquella signada por el presente.

“Hacer tomar la palabra” implica reconocer el carácter subjetivo, heterogéneo, parcial y *a posteriori* de la experiencia. Las fuentes orales tienen la potencialidad epistemológica y metodológica de informar sobre los sentidos de los modos de ser y de actuar y no simplemente sobre las intenciones subjetivas. Pero también comportan una serie de límites ligados a esa naturaleza paradójica de la narración



en la que lo vivido queda expuesto a un trabajo de rememoración que lo actualiza. La relación entre la experiencia en el pasado y su narración en el presente no es lineal ni transparente; en el testimonio el tiempo vivido es organizado por medio de un relato que no solo jerarquiza los eventos, sino en el que se articulan distintas temporalidades.

Para Rastier (1999), la experiencia se mueve en una serie de regímenes de temporalidad que se entrecruzan. Por un lado, se encuentran los del orden más físico y evidente del discurrir de las prácticas: es el tiempo que simplemente pasa, que es lineal, irreversible y que impone unos ritmos en la vida y en la consciencia de esta. Por otro lado, se encuentran los del orden social y fenomenológico, resultado de los modos en los que la sociedad y la cultura organizan edades, regulan etapas y estructuran la propia historia; pero, a la vez, producto del conocimiento del mundo por parte de los sujetos y cómo este se inserta en el flujo de la consciencia. Finalmente, se encuentran los del orden semiótico, en los cuales la narración, la enunciación y la interpretación se constituyen como formas de representación y significación de la acción que transitan por múltiples escalas de lo lineal y lo discontinuo, así como de lo diacrónico y lo sincrónico.

Desde esta perspectiva, la relación entre la experiencia y la narración indica que los vínculos entre tiempo y relato, en torno a los cuales han tendido a girar ciertos debates sobre la posibilidad del testimonio, puede resultar bastante parcial pues de lo que se trata no es tanto de la veracidad del relato o de la precisión del recuerdo —limitados supuestamente por el trabajo de memoria—, sino de atender al hecho de que por el testimonio transitan las fronteras temporales que organizan socialmente la experiencia y su significado para los individuos y los grupos, los referentes de sentido que estructuran lo vivido y la manera de contarlo, y las valoraciones de lo vivido, lo sucedido y lo actuado que articulan el pasado, el presente y el futuro —sin las cuales la experiencia resultaría inefable y, en consecuencia, carente de cualquier posibilidad de medición—. Por ello, bien se puede decir que entre la experiencia y la narración se producen ficciones, no porque lo que se rememore carezca de autenticidad o veracidad, sino porque la reconstrucción de lo vivido adquiere a través del lenguaje que lo cuenta otras formas, intensidades, magnitudes y, en últimas, vivezas; de ahí que entre la acción y el lenguaje operen transformaciones de sentido, significado e identidad.



Sarlo (2006) entra en esta relación compleja entre experiencia y narración planteando la contradicción que se crea a propósito de la fijeza del relato y la movilidad de lo vivido: ¿es posible que la narración de la experiencia guarde la intensidad de lo vivido?, ¿la experiencia se conserva o se disuelve en el relato? y, quizá más importante, ¿el relato puede aniquilar la experiencia forzándola a responder a una convención? (pp. 27-28). El auge del testimonio y junto a este la proliferación de todo tipo de relatos que reclaman un realismo sustentado en lo subjetivo ha llevado a un marcado relativismo en el que todo puede quedar circunscrito a la significación personal, a un convencionalismo cerrado en el que la enunciación de la

experiencia tiene de entrada unos marcos definidos, o a un universalismo rápido en el que los sentidos que operan por y para el relato se convierten fácilmente en totalidades de la experiencia o en regularidades del sujeto.

Frente a esto, valga remarcar que la relación entre experiencia y narración o entre acción y lenguaje pone en juego un encadenamiento de eventos y temporalidades que son, a la vez, una reelaboración de los sentidos de lo vivido. El testimonio como recontextualizador preserva, suprime y proyecta la experiencia, lo que le impone ciertos obstáculos o limitaciones que reclaman la necesidad de interrogar sus condiciones de producción. Como lo señala Munro (1998), el uso de narrativas de la experiencia exige comprender las formas complejas en las que estas se construyen y les damos sentido,

Sé que no puedo “capturar” una vida. La narrativa no proporciona una mejor forma de localizar la verdad, pero de hecho nos recuerda que todas las buenas historias se basan en la calidad de la ficción. Vivimos muchas vidas. [...] En cambio, mi comprensión de una historia de vida sugiere que debemos prestar atención tanto a los silencios como a lo que se dice, que debemos prestar atención a cómo se cuenta la historia, así como a lo que se cuenta o no, y prestar atención a las tensiones y contradicciones en lugar de sucumbir a las tentaciones de pasar por alto estos en nuestro deseo de encontrar “la” historia. (Munro, 1998, pp. 12-13) [traducción propia]

Las condiciones de producción del testimonio no solo dependen de la relación que se establece entre la experiencia y la narración —lo cual habla del terreno en el que se encuentran unos determinados hechos y aquellos que pueden hablar porque los vivieron, los percibieron o los conocieron—, sino también de la relación social que se suscribe entre quien habla y quien escucha, la cual involucra lugares y tiempos de encuentro, proximidades o distancias (políticas, sociales, culturales, etarias, etcétera), contextos de enunciación, objetivos de indagación, motivaciones del testigo o entrevistado, entre otros aspectos que advierten sobre la necesidad de realizar un análisis crítico del estatuto del testimonio en tanto fuente de investigación. Más aun, en la producción del testimonio intervienen formas de comprensión de aquel que es llamado a narrar, las cuales, como lo discute Fine (1994), resultan muchas veces formas de invención del “Otro” que circulan a través de los guiones de entrevista y que se traslapan en los textos de interpretación. Esto plantea otro tipo de preguntas epistemológicas, metodológicas y éticas sobre cómo la recuperación de testimonios en una investigación se constituye en una manera de hablar de y para otros, al tiempo que el investigador parece esforzarse en celar sus propios intereses, puntos de vista e inversiones,

El Yo y el Otro están estrechamente entrelazados. Esta relación, vivida entre investigadores e informantes, normalmente se oculta en los textos de ciencias sociales, protegiendo privilegios, asegurando distancia, y laminando las contradicciones. Deslizándonos en un contradictorio discurso del individualismo, la teorización de la lógica de la persona y la descontextualización, inscribimos al Otro, nos esforzamos por blanquear el Yo y nos negamos a abordar las contradicciones que ensucian nuestros textos. (Fine, 1994, p. 72) [traducción propia]



En definitiva, el testimonio, en tanto producción que se debe a unos acontecimientos o eventos de vida propios, a unas condiciones sociales particulares y a unos contextos de enunciación específicos, tiene sobre sí una serie de inversiones en el tiempo y desplazamientos en el espacio social que lo convierten siempre en una ficción singular. Todo testimonio narra situaciones o acontecimientos inscritos en la vida de una persona y, por ello, todo testimonio se narra con aspiraciones de coherencia que construyen una ilusión retórica en la cual el narrador se convierte en un sujeto unitario y con una vida congruente (Gómez-Navas, 2021). Estas advertencias, como aquellas ligadas al punto de vista de quien como investigador moviliza la toma de la palabra, no desvirtúan la potencialidad de las fuentes orales. Por el contrario, estas advertencias interpelan a quienes, por fuera de cualquier discusión crítica, terminan sumergiendo el uso de los testimonios en el terreno pantanoso de la ilusión retórica, despojando los relatos de su naturaleza recreada, reconstruida y, por ello, parcial, selectiva y heterogénea. Como diría Freeman (1993), las entrevistas, relatos de vida, conversaciones y otro tipo de relatos que suelen recuperarse en las ciencias sociales deben considerarse en sí mismos textos, artefactos literarios; porque, aunque no sean del calibre de la literatura novelada o poética, son construcciones del habla y toman la palabra para darle alguna forma a la experiencia (p. 7).

## El testimonio: entre la agregación de propiedades y la singularidad de la experiencia

Como sistema de categorías que permite pensar el mundo, el lenguaje es una producción social y simbólica que se deriva de unas condiciones sociales concretas, que obedece a unas orientaciones y sentidos específicos y que pone en juego la producción de unos determinados órdenes sociales. Por ello, a través del lenguaje, como instrumento de acción (el verbo), se producen unos modos de visión y división del mundo social, tanto como formas necesarias para pensarlo y decir algo de él, como de referentes razonables para vivirlo. Este papel fundacional del lenguaje se convierte, por ello mismo, en un sustento del orden social, en capacidad de forzar o reforzar cuanto el mundo es, por los modos en cuanto se pueda decir de él. Así, entre el lenguaje y el mundo social se teje una relación directa y consciente que garantiza que este sea conocido y aprehendido como una realidad inmanente por efecto del lenguaje mismo. Pero también, a través del lenguaje como instrumento de poder se atribuyen unas representaciones del mundo social que, desconociendo la fuente de la eficacia simbólica que las sostiene, pueden imponerlo como una realidad dada, como una segunda naturaleza. De este modo, entre el lenguaje y el mundo social se teje una relación indirecta e inconsciente que contribuye a que este sea reconocido (legitimado) e incorporado sin mayores contradicciones.

En este sentido, la relación entre experiencia y narración, entendida como una relación entre el mundo social y el lenguaje que discurre en múltiples temporalidades, hace del testimonio un operador empírico que permite buscar en la ficción singular que este representa aquellas condiciones sociales más amplias en las



cuales se inscribe la experiencia y se gesta su reconstrucción. La búsqueda de coherencia y unicidad de un relato muestra en el fondo una continuidad física y psíquica, unos modos de ser y de actuar, una manera comprensiva, unitaria y sistemática de hacerse al mundo que, de cualquier modo, trasciende las meras intenciones subjetivas o los productos conscientes de la acción individual y se mueve entre una multiplicidad de factores que, evidentes o no para los propios narradores, posibilitan a través de la interpretación y el análisis la abstracción de unas recurrencias sociales (Gómez-Navas, 2021). Sobre esta posibilidad diría Bourdieu (1997) que resulta necesaria la superación de ese efecto de transparencia y excepcionalidad que carga sobre sí el testimonio, lo cual procede cuando se restituyen el conjunto de estructuras del espacio social al que pertenece quien lo produce.

Todo ejercicio de revisión crítica del testimonio como fuente de conocimiento implica someter su uso a la precaución y a la contrastación. En unos casos, esto ha significado un esfuerzo por interrogar a distintas personas sobre un mismo ámbito u objeto, buscando ubicar el nudo duro de lo que pasó y, al mismo tiempo, sacando a flote las tensiones y contradicciones existentes entre distintos relatos (Pollak y Heinich, 1986). Desde esta óptica, no se niega el carácter reconstruido o actualizado que la narración le impone a la experiencia, pero se plantea que hay que buscar en su singularidad las “huellas objetivas” que dejaron determinados procesos, acontecimientos o movimientos sociohistóricos (Balan y Jelin, 1980). De hecho, en buena medida el uso de las fuentes testimoniales en las ciencias sociales ha girado alrededor de la premisa de que la vida, la experiencia y la acción tienen un valor, en términos del conocimiento, no simplemente por las particularidades que las caracterizan, sino también porque en ellas se agregan datos, se acumulan efectos, se reúnen condiciones sociales más amplias. Todo ello hace que en los testimonios se produzca una articulación entre lo individual y lo colectivo, lo propio y lo ajeno, lo subjetivo y lo objetivo, lo fluctuante y lo invariable.

En otros casos, esto ha significado ubicar en la particularidad de una vida o de unas determinadas prácticas las dimensiones de unas formas sociales, lo que no es otra cosa que un esfuerzo por proporcionar los distintos ángulos sucesivos que atraviesan explícita e implícitamente la experiencia, y que, recompuestos metodológicamente, permiten poner de relieve una imagen de lo social. La escritura en las ciencias sociales tiende a orientarse hacia la construcción de generalizaciones, las cuales, en el terreno de las fuentes orales, involucran un trabajo en el que las narrativas individuales deben ser abordadas desde su inscripción en unas lógicas sociales más vastas, con el fin de producir nuevas vías para la inteligibilidad de la experiencia y la acción (Coninck y Godard, 1990, p. 25). Ahora bien, como lo indica Thompson (1980), “[c]ada descripción de un caso particular ilustra al mismo tiempo la forma concreta de la estructura social global, pero transmitida a través de su individualidad”; de ahí que la interpretación sea un ejercicio que debe atender al carácter representativo de cada caso, evitando con ello los riesgos de las simplificaciones y generalizaciones rápidas e ingenuas que también tienden a deslizarse en el uso de las fuentes orales (p. 253). Estas generalizaciones rápidas,



hay que remarcarlo, muchas veces proceden de las propias generalizaciones que construye el relato, cuyo efecto de transparencia hay que vigilar y contrarrestar.

De este modo, los testimonios como textos (orales o escritos) por los cuales corre un lenguaje que narra, objetiva o explicita la experiencia producen un discurso guiado por la reflexividad, pero también por la emotividad. Esto es lo que le confiere ese excepcional carácter expresivo al relato, de tal modo que lleva a presentarlo como una auténtica representación del sujeto que lo produce. Para romper con esta ilusión espontaneísta que crea el discurso que “habla del sí mismo” hay que plantear una lectura atenta a lo que se hace manifiesto, lo que se da por sentado, lo que se omite, sacando a la luz las condiciones sociales que están en la base de la experiencia y la reflexión de los sujetos; no hay que dejar de lado que estos son producto de dichas condiciones, las cuales, en últimas, operan como una auténtica matriz de posibilidades e imposibilidades que habría que dibujar. En otros términos, se trata de recuperar el punto de vista del sujeto, el cual, a la luz de las condiciones sociales que lo producen, puede convertir la singularidad de esa ficción en el punto de vista de un grupo, de una clase o fracción de clase, revelando visiones y creencias compartidas por un colectivo, sacando a flote efectos de procesos y cambios sociales, mostrando dinámicas de adaptación a ciclos de vida y contextos en transición o ruptura (Gómez-Navas, 2021).

Esto advierte la necesidad de abordar los testimonios no como narraciones de una trayectoria de vida entendida como una serie única y sucesiva de acontecimientos, cuya totalidad está dada por su vinculación exclusiva con un sujeto, sino como una narración de la existencia de un sujeto entendida como una estructura de red, es decir, como un núcleo de relaciones que suponen un tránsito diacrónico por momentos distintos de un mismo ámbito social y un tránsito sincrónico por distintos ámbitos sociales en un mismo momento (Clot, 1989, p. 35; Bourdieu, 1997, p. 78). Esto supone unas lecturas en capacidad de reconocer que el testimonio se debe a un ejercicio de reconstrucción en el que se retratan las particularidades de la experiencia, los atributos característicos de unos entornos o las versiones localizadas de unos sucesos; lo cual hace que los significados o sentidos que circulan por las afirmaciones, ilustraciones y descripciones que este contiene se encuentren inscritos en el conjunto de significaciones y sentidos disponibles en el espacio social para un momento dado en el tiempo. En últimas, toda narrativa individual es resultado de la autonomía relativa de los sujetos que relatan su experiencia desde una posición específica en el mundo social, la cual no solo les confiere un marco de posibilidades para documentar unas determinadas experiencias, entornos o sucesos, sino para hacerlo desde referencias o referentes específicos, los cuales no hay que olvidar (Gómez-Navas, 2021).



## Los testimonios de la pandemia

Los testimonios que presenta este libro fueron recuperados en el marco de situaciones de confinamiento adoptadas en distintos países durante los primeros seis meses de la pandemia provocada por la COVID-19. Su particularidad radica en que

los sujetos de la experiencia son migrantes instalados por distintas razones en dichos lugares y, son por ello, como diría Richard Sennett, extranjeros; personas que viven fuera de su país de origen y, sea cual sea la causa de su desplazamiento, tienen en común sentir el impacto de la cultura ajena y la inercia de aferrarse a la propia: “[e]n el lugar y fuera del lugar; la virtud de ser uno mismo en el lugar propio y el defecto de verse a sí mismo en otro lugar. Es precisamente aquí donde empiezan los problemas de ser extranjero” (Sennett, 2014, p. 89)<sup>6</sup>. De este cruce entre extranjería y encerramiento pandémico se desprendió en gran parte el interés de este libro. No solo se trataba de “entrar” en la migración como experiencia en la que se pone a distancia la “familiaridad” del mundo social habitado, sino sobre todo de buscar cómo en el plano de dicha experiencia se enfrentaron los hechos sobrevinientes de la pandemia con su alteración radical de la vida y las certezas cotidianas.

Frente a la recuperación y el sentido de estos testimonios bien podrían plantearse aquellos interrogantes que Pollak y Heinich (1986) señalaron frente a la vivencia de otras situaciones extremas: ¿cómo describir una situación inminente que perturba nuestras certidumbres sobre el mundo social que habitamos?, ¿cómo narrar la experiencia de un evento que está sucediendo, sobre el que poco se sabe y sobre el que todo trastoca?, ¿cómo hablar de una situación que resulta amenazante? (pp. 3-5). Y podría agregarse: ¿cómo se relata la vivencia de un evento que altera la existencia para quien ya se divide entre la necesidad de hacerse a un mundo social ajeno y preservar aquel que se considera propio?, ¿cómo se observa y se registra una situación social “inédita”, perturbadora y amenazante por quienes pasan por una experiencia como la migratoria, caracterizada por fuertes cambios, procesos de aculturación y adaptación y distanciamientos o separaciones físicas, afectivas o emotivas? Estas y otras preguntas circulan frente a la potencialidad y a los límites de la búsqueda testimonial en un contexto que, como aquel que ha reunido la experiencia de la pandemia con la de la migración, puede sacar a flote las formas en las que se producen los lazos entre la cultura ajena pero inmediata en la que se vive y aquella que conecta con lo propio pero que se siente lejana.

Los testimonios aquí reunidos narran las experiencias singulares de quienes debieron enfrentar como extranjeros los efectos de las medidas adoptadas por las

---

6 Para Sennett, este problema del desplazamiento del lugar de origen y la cultura propia que se encuentra en las distintas situaciones que vive el extranjero (el inmigrante, el exiliado o el expatriado) y su posibilidad de afirmación se encuentra ligado a la construcción de los etnocentrismos y la negación de las diferencias: “para Voltaire, el conocimiento de que hay otros que no solo no mueren por ingerir comidas que a nosotros nos dan miedo, sino que incluso las saborean con placer, debería hacernos reflexionar acerca de nuestras convicciones, debería despertar en nosotros el deseo de probar lo prohibido. La percepción de valores diferentes debería volver más cosmopolita al sujeto que los percibe. Herder, sin embargo, se adelantó a su tiempo al comprender que la percepción de la diferencia, debido a la ausencia de humanidad común a la que recurrir conjuntamente, puede volver más etnocéntrica a la gente” (Sennett, 2014, p. 89). Sin duda, esta pandemia ha exacerbado los valores de la cultura propia como rasero para representar y entender a los demás.



autoridades de sus países de residencia frente a la pandemia. Las distancias con el país de origen expusieron a las personas al problema de sobrellevar la crisis sanitaria doblemente: por un lado, en su país de residencia, donde debían acatarse restricciones particulares, modificarse rutinas y activarse estrategias adaptativas, y, por otro lado, en su país de origen, donde los entornos familiares y sociales debían enfrentar los riesgos, generalmente, en lo que se consideraban condiciones más difíciles. En efecto, una de las características que tienden a compartir los testimonios recuperados por este libro se refieren a que las experiencias de migración han sido el resultado de la búsqueda de opciones u oportunidades que resultaban limitadas en el propio país, o cuando menos de la creencia de que vivir, estudiar o trabajar en otro país no puede resultar más que beneficioso para la trayectoria de vida, incluso, o, sobre todo, si se retorna al país de origen. Por supuesto, no se trata de experiencias de migración forzadas en las que hay que enfrentar todo tipo de expropiación de derechos, sino de experiencias buscadas, planeadas, preparadas —aunque no por ello ajenas a las dificultades del desplazamiento—.

Por todo aquello que rodea los modos como se ha podido o tenido que vivir esta pandemia por quienes se han ido del lugar propio, consideramos que los testimonios adquieren su mayor potencialidad. No deben ser recibidos simplemente como relatos que muestran el desarrollo de los primeros meses de una pandemia, la puesta en marcha de determinadas medidas o las reacciones de otras gentes, sino como relatos que narran, es decir, reconstruyen cómo se tejen los vínculos, cómo se afirman las creencias sociales y cómo se define la identidad en medio de una situación de crisis sanitaria generalizada. En estos testimonios no solamente se pone en juego la rememoración del proceso de desplazamiento y adaptación, sino también una reflexión sobre sus efectos en la construcción del “sí mismo”. Pero también, en estos testimonios se ponen en juego tensiones y contradicciones entre el cuidado personal y las necesidades de subsistencia, entre las condiciones de bienestar propio y las de quienes se encuentran en la distancia, entre los valores e intereses particulares y los de carácter más universal o compartido. Por ello, estos testimonios pueden ser también considerados como instrumentos para entrar en la manera como se ha vivido una pandemia en tiempos de migración.



## Referencias

- Arendt, H. (2010). *Eichmann en Jerusalén*. Penguin Random House Mondadori.
- Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico: dilemas de la subjetividad contemporánea*. Fondo de Cultura Económica.
- Balan, J. y Jelin, E. (1980). La structure social dans la biographie personnelle. *Cahiers Internationaux de Sociologie*, (69), 269-289.
- Becker, H. (1970). *Sociological work. Method and substance*. Transaction Publishers.
- Bourdieu, P. (dir.). (1999). *La miseria del mundo*. Fondo de Cultura Económica.
- Bourdieu, P. (2014). *Sobre el Estado. Cursos en el Collège de France (1989-1992)*. Anagrama.
- Bertrand, P. (2019). *Documenting the everyday in Medieval Europe: The social dimensions of a writing revolution, 1250-1350*. Brepols Publishers.
- Cordereix, P. (2014). Ferdinand Brunot et les Archives de la parole: le phonographe, la mort, la mémoire. *Revue de la Bibliothèque Nationale de France*, 3(48), 5-11.
- Coton, C. y Proteau, L. (2012). Introduction: la division sociale du travail d'écriture. *Les paradoxes de l'écriture: Sociologie des écrits professionnels dans les institutions d'encadrement* (pp. 9-15). Presses universitaires de Rennes.
- De Coninck, F. y Godard, F. (1990). L'approche biographique à l'épreuve de l'interprétation: Les formes temporelles de la causalité. *Revue Française de Sociologie*, 31(1), 23-53.
- Descamps, F. (2005). *L'historien, l'archiviste et le magnétophone: De la constitution de la source orale à son exploitation*. Institut de la Gestion Publique et du Développement Économique.
- Dunaway, D. (1996). The Interdisciplinarity of oral history. En D. Dunaway y W. Baum (eds.), *Oral history: An interdisciplinary anthology* (pp. 7-22). Alta Mira Press.
- Ferreira, M. y Simó, G. (2006). Una década de la Asociación Internacional de Historia Oral. *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 36, 51-66.
- Fine, M. (1994). Working the hyphens: Reinventing self and other in qualitative research. En N. Denzin y Y. Lincoln (eds.), *Handbook of Qualitative Research* (pp. 70-82). Sage Publications.
- Freeman, M. (1993). *Rewriting the self: History, memory, narrative*. Routledge.
- Gardey, D. (2008). *Écrire, calculer, classer. Comment une révolution du papier a transformé les sociétés contemporaines (1800-1940)*. La Découverte.
- Gómez-Navas, D. (2021). *Privilegios, méritos y obediencias. Un socioanálisis de las relaciones entre la familia y la escuela en una sociedad fragmentada*,



*Bogotá-Colombia 1910-2010* [tesis doctoral]. Université Catholique de Louvain.

Hoggart, R. (1970). *La culture du pauvre. Étude sur le style de vie des classes populaires en Angleterre*. Éditions de Minuit.

Idjéraoui-Ravez, L. (2012). *Le témoignage exposé. Du document à l'objet médiatique*. L'Harmattan.

Jaramillo, J. (1965). Mestizaje y diferenciación social en el Nuevo Reino de Granada en la segunda mitad del siglo XVIII. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, (3), 21-48.

Lanson, G. (1905). La formation de la méthode historique de Michelet. *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 7(1), 5-31.

Lett, D. (2009). La langue du témoin sous la plume du notaire: témoignages oraux et rédaction de procès de canonisation au début du XVe siècle. En Société des Historiens Médiévistes de l'Enseignement Supérieur Public (eds.), *L'autorité de l'écrit au Moyen Âge (Orient-Occident): XXXIXe Congrès de la SHMESP*. Éditions de la Sorbonne.

Lévy, R. y Berlière, J-M. (2010). Mémoire oral, récits de vie et sciences sociales. En J-M Belière y R. Levy (eds.), *Le témoin, le sociologue et l'historien. Quand des policiers se mettent à table* (pp. 9-27). Nouveau Monde Éditions.

Michelet, J. (1880). Préface de 1869. En *Histoire de France* (pp. I-XLIV). A. Lacroix et Compagnie. [https://fr.wikisource.org/wiki/Histoire\\_de\\_France\\_\(Jules\\_Michelet\)/%C3%A9dition\\_1880/Tome\\_1/Pr%C3%A9face](https://fr.wikisource.org/wiki/Histoire_de_France_(Jules_Michelet)/%C3%A9dition_1880/Tome_1/Pr%C3%A9face)

Mouhanna, C. (2012). De la plume aristocratique à la plume gestionnaire. Le cas de la magistrature. En C. Coton y L. Proteau (eds.), *Les paradoxes de l'écriture: Sociologie des écrits professionnels dans les institutions d'encadrement* (pp. 85-104). Presses Universitaires de Rennes.

Munro, P. (1998). *Subject to fiction: Women teachers' life history narratives and the cultural politics of resistance*. Open University Press.

Nevens, A. (1966/1996). Oral history: how and why it was born. En D. Dunaway y W. Baum (eds.), *Oral history: An interdisciplinary anthology* (pp. 29-38). Alta Mira Press.

**38**  Nouri-Mangold, S. (2012). Se distinguer dans un espace standardisé. Des greffières entre l'oral et l'écrit. En C. Coton y L. Proteau (eds.), *Les paradoxes de l'écriture: Sociologie des écrits professionnels dans les institutions d'encadrement* (pp. 105-125). Presses universitaires de Rennes.

Passeron, J.-C. (1993). Portrait de Richard Hoggart en sociologue. *Enquête*, (8), 79-111. <http://journals.openedition.org/enquete/175>

Pollak, M. y Heinich, N. (1986). Le témoignage. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, (62-63), 3-29.

- Rastier, F. (1999). Action et récit. En M. de Fornel y L. Quéré (eds.), *La logique des situations* (pp. 173-198). EHESS. <http://books.openedition.org/editionsehess/10675>
- Rearick, C. (1974). *Beyond the enlightenment: Historians and folklore in nineteenth-century France*. Indiana University Folklore Institute Monograph Series.
- Sarlo, B. (2006). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Siglo XXI.
- Sennett, R. (2014). *El extranjero. Dos ensayos sobre el exilio*. Editorial Anagrama.
- Rankovic, S., Melve, L. y Mundal, E. (2010). *Along the oral-written continuum: types of texts, relations and their implications*. Brepols Publishers.
- Thompson, P. (1980). Des récits de vie à l'analyse du changement social. *Cahiers Internationaux de Sociologie*, (69), 249-268.
- Wallenborn, H. (2006). *L'historien, la parole des gens et l'écriture de l'histoire. Le témoignage à l'aube du XXIe siècle*. Labor Éditions.
- Wieviorka, A. (1998). *L'ère du témoin*. Hachette Littératures.







# Diario, testimonio y pandemia

Adrián Serna-Dimas

*[Con la epidemia] comencé a pensar seriamente en mí mismo, en mi propio caso y en lo que debería hacer conmigo mismo; es decir, si debería decidir quedarme en Londres o bien cerrar mi casa y huir como muchos de mis vecinos. He escrito este extremo tan detalladamente, porque no sé si podrá ser de utilidad a aquellos que vengan después de mí, si les aconteciese el verse amenazados por el mismo peligro y si tuviesen que decidir de la misma manera; por ello, deseo que esta narración llegue a ellos más en calidad de orientación de sus actos que de historia de los míos, puesto que no les valdrá un ardite el saber lo que ha sido de mí.*

Daniel Defoe, *Diario del año de la peste* (1722/2020, p. 28)

## Introducción: una rutina antigua

La rutina de llevar o seguir un diario está expuesta a distintos prejuicios. De entrada, pareciera una rutina asociada exclusivamente a ciertos momentos de la vida, a algunos tipos de personalidad singulares o hasta a unos géneros o identidades de género específicas. También pareciera una rutina elemental o superficial, dirigida a consignar las minucias o las cosas insustanciales de la existencia individual que no tienen mayor relevancia social. De la misma manera, pareciera una rutina propia de unos ambientes familiares determinados, como aquellos que están orientados a la afirmación de la independencia o la autonomía de sus miembros. Finalmente, pareciera una rutina con una fuerte relación de clase, instalada en especial en aquellas fracciones más renuentes a cualquier inclinación por lo común o lo colectivo y, por el contrario, más dispuestas a incorporar unas disciplinas fuertemente individualizantes. Con estos prejuicios está aquel que considera que la rutina de llevar o seguir un diario es una obsolescencia en medio de un mundo social expuesto de



manera persistente, agobiante si se quiere, a las tecnologías de la información y comunicación que, en apariencia, pueden registrar y hasta reproducir la cotidianidad de manera inmediata con altísima resolución y fidelidad.

Estos prejuicios pueden ser más evidentes en ciertas tradiciones, sociedades o medios sociales que en otros. Sea cual sea el caso, ellos son una expresión en escombros de una serie de certezas de otro tiempo sobre lo que implicaba registrar la vida propia en un diario: esta rutina era entendida en el pasado como una práctica pedagógica orientada a aquellos sujetos que se consideraba todavía no estaban totalmente sometidos a la coacción moral de la sociedad, que debían tramitar en la intimidad sus vicisitudes individuales, que de esta manera ponían en consideración sus propias actuaciones como forma de autocontrol, al final, una práctica tanto más ajustada a unas clases sociales, en particular a aquellas que pretendían reivindicar la individualidad de sus miembros sin detrimento de la integración social, de la asimilación de valores tradicionales o incluso de la emulación de los estilos de vida de otras clases sociales.

Por lo anterior, la rutina de llevar o seguir un diario puede aparecer en nuestro tiempo como una auténtica pieza de museo: el sujeto que somete su experiencia cotidiana a registro sistemático, que al hacerlo la dispone para la reflexión y que con esto pone en trance los vínculos entre la conciencia de sí y la conciencia del mundo, parece un asunto de espiritualidades de otro tiempo. Ella parecería rutina de los siglos desaparecidos, pero no de estos, con gentes tan convencidas en la claridad de su conciencia, en la voluntad de sus actuaciones, tan seguras en el sí mismo, esto aun cuando estén tan expensas, acaso subordinadas, a esa forma artificiosa de conciencia colectiva de rasgos arcaicos o arcaizantes como la que imponen las tecnologías de la información y la comunicación. O quizá sea precisamente el poder de estas tecnologías, con toda su capacidad de extinción masiva de la individualidad o de extinción de la individualidad por la masa, la que empuja al anacronismo la rutina del diario.

La pandemia por coronavirus con su presencia letal incontenible, así como las medidas de excepción impuestas por los gobiernos para hacerle frente, introdujeron entre las gentes un deterioro acelerado de sus certezas inmediatas, una progresión de inconsistencias entre el pasado y el presente, también entre el mundo que existía y el que emergía con la enfermedad, que no había forma de sostener más las relaciones establecidas entre la conciencia de sí y la conciencia del mundo, tampoco la entereza de los sistemas ideacionales, esto es, de las ideologías, las representaciones y los imaginarios, que son, efectivamente, los encargados de tramitar en todas las circunstancias la adecuación, la correspondencia o la compatibilidad, forzada o no, entre estas dos conciencias.

La pandemia, con su aura de antigüedad, con toda su apariencia de mal de otro tiempo, parecía propicia precisamente para un instrumento de perfiles igualmente antiguos como el diario. Desde los primeros anuncios de la pandemia, siguiendo mi vocación de antropólogo, abrí uno para consignar esta situación tan extraña,



pero menos con un afán de interrogación de sí y más con un ánimo de registro de los hechos disponibles. Será el discurrir de los días, con la propagación de la pandemia reeditando diariamente sus tragedias, el que hará patente que el diario, por factual que se pretendiera, adquiriría al final, como siempre, su forma primordial, que no es otra que la de una denuncia de la presencia del sujeto afectado en sus creencias, la cual se muestra en sus escrituras más desnudas, esas obligadas por las circunstancias inmediatas.

Precisamente, la rutina del diario me pareció una de las estrategias más promisorias para acometer nuestra investigación, considerándola, entre todas, la de mayores potencialidades, es decir, la de las terminales más sensibles para registrar las experiencias de los sujetos en medio de los acontecimientos de la pandemia en curso. Habría entonces que buscar diaristas, preguntarles por su rutina, averiguarles su interés de pensar su registro como parte de un legado compartido para el futuro. Pero, como quedó dicho, no es una rutina extendida, no solo por una serie de condiciones estructurales de nuestro mundo social, como veremos, sino porque ella en distintas circunstancias resulta demandante, a veces hasta la fatiga. Esto la hace de difícil cumplimiento o seguimiento, incluso entre los investigadores que la tienen como uno de los instrumentos centrales de su quehacer, en disciplinas donde el diario es un dispositivo con toda una tradición propia, como la antropología. Durante años sistematicé los diarios de campo procedentes de diferentes proyectos en terreno y era evidente que esta rutina era una de las empresas más difíciles para los investigadores: en los mejores casos efectivamente había un compromiso con una escritura que en virtud de la presencia de los investigadores ponía en evidencia el mundo social disponible en el discurrir de la vida cotidiana pero, en otros casos, en la mayoría, había serias dificultades para inscribir al investigador, para inscribir al mundo social disponible y, sobre todo, para inscribir simultáneamente al sujeto y al mundo social en el fluir de la cotidianidad. Las dificultades involucraban desde el escepticismo sobre la capacidad del diario en medio de otros dispositivos de registro más sofisticados, pasando por la limitación en sensibilidades propiamente escriturales, hasta consideraciones epistemológicas implícitas o explícitas sobre escribir entre otros o a los otros. No son casos extraños. No son pocos los connotados etnógrafos que no han sido especialmente diestros o dedicados con la rutina del diario antropológico.

Para superar los escollos que entraña el registro del mundo social como experiencia personal (diario personal), como ejercicio factual (diario técnico) o como experimentación expresiva (diario artístico), nuestra investigación apuntó a aproximar las posibilidades orales del testimonio con las exigencias escritas del diario, dentro de lo que se puede denominar el diario testimonial: una narración de lo cotidiano dispuesta en forma de texto escrito estructurado en función del paso de los días o las semanas. Bien se puede decir que este diario testimonial es una suerte de “textimonio”, apelando al término que ha sido utilizado por autores como Vera-León para referirse a la contextualización del testimonio en un campo escritural,



estrategia que permite poner en comunicación en un espacio franco las diferentes versiones que sobre un acontecimiento pueden tener sujetos con distintas inscripciones sociales, con diferentes modalidades expresivas y con diversas posibilidades de registro literario (Vera-León, 1989). Y ese fue, precisamente, el espíritu de esta parte de la investigación: que sujetos ubicados en las más diversas circunstancias alrededor del mundo pudieran dar cuenta de sus existencias en medio de la pandemia por coronavirus por medio de unos diarios testimoniales. Es este un aporte a la diarística y la diarología de la pandemia.

## El modelo clásico del diario

El modelo de un diario está definido por el soporte material, el carácter de la escritura, los modos de irrupción del self, la exposición de lo cotidiano y los criterios de periodización y datación que, en principio, considerados decisiones arbitrarias de los sujetos, corresponden no obstante con unas formaciones histórico-sociales determinadas. Por esto, el modelo o canon del diario varía de unas tradiciones a otras (Lejeune, 2009; Luque, 2016, pp. 298-302; Luque, 2018, pp. 751-753; Ben-Amos y Ben-Amos, 2020; Cardell, 2020, pp. 401-405). En esta exposición haremos alusión en particular a cuatro grandes tradiciones diarísticas: la británica, la francesa, la estadounidense y la latinoamericana.

## El modelo británico

Para las islas británicas, el modelo de diario se preforma desde el siglo XVI con los denominados *diarios puritanos*, un registro de las rutinas devocionales cotidianas que realizaban creyentes de distintas iglesias. En el siglo XVII, el modelo recibió las improntas de unos medios de registro gubernamentales, comerciales y religiosos que exigían el seguimiento de fechas exactas: cartas personales, biblias con la inscripción de los principales sucesos de la vida familiar (*family bibles*), libros de anécdotas y pasajes (*commonplace books*), crónicas, libros administrativos y relaciones comerciales, entre estas últimas, las que daban cuenta de travesías comerciales, las cuales permitían soportar los costos de estas empresas ante los responsables de su financiación. En el siglo XVIII, el modelo maduró de la mano del desarrollo de la literatura, sobre todo de la novela, dejando cada vez más atrás la orientación espiritual en beneficio de la orientación hacia cosas seculares con un ánimo de contemplación o de esparcimiento. En el siglo XIX, este tipo de diario no quedó al margen del desarrollo del campo científico, en particular de las ciencias naturales. Valga señalar que, si el desarrollo de la literatura y la ciencia afectaron el modelo del diario, también el diario afectó el desarrollo de géneros como la novela y de prácticas científicas como las de terreno (Steinitz, 2011; Doll, 2020; Youngs, 2020).

De cualquier manera, en el transcurso de los siglos, el modelo de diario en la tradición británica tuvo sobre sí los efectos persistentes tanto del protestantismo, con su rechazo de cualquier autoridad arbitraria y el impulso a la autoindagación y a la autosuperación, así como del capitalismo, con su promoción de la individualidad y



la reivindicación de las virtudes individuales, lo que implicó que las vidas de hombres y mujeres comunes y corrientes, en las más diferentes circunstancias, fueran consideradas ámbitos legítimos de registro narrativo. Por la capacidad del diario de favorecer el cultivo del sí mismo, fue promovido entre los niños, los jóvenes y, en la concepción patriarcal dominante, entre las mujeres, entendiéndose que con esta rutina se garantizaba una suerte de autocontrol o de obediencia autoinfringida (Steinitz, 2011; Doll, 2020). Para Doll (2020), “el diario comienza en el siglo XVII, dirigido y focalizado ante todo al desarrollo espiritual; prosigue en el siglo XVIII, concentrándose en la autoindagación mientras progresivamente se abre también a la observación del mundo secular; culmina en el siglo XIX vinculado con el mundo público más amplio, no solo como objeto sino como audiencia” (p. 76; traducción propia).

## El modelo francés

Para Francia, el modelo de diario tiene sus antecedentes igualmente en diarios espirituales, libros de familia (*livres de famille*), libros de anécdotas y pasajes (*livres de lieux communs*), crónicas y relaciones de viajes. Ahora, los diarios espirituales solo permitían la presencia del sujeto a propósito de cuestiones morales, más específicamente en tanto forma de exposición para el examen de conciencia, un modo de regulación individual cada vez más importante ante el distanciamiento creciente con la iglesia y la abstracción de Dios por cuenta del propio desarrollo de las ideas religiosas (Lyon-Caen, 2016, pp. 171-172; Braud, 2020, pp. 90-91). Los libros de anécdotas y pasajes, las crónicas y las relaciones de viajes, por su parte, implicaban puntos de vista subjetivos o individuales sobre distintos eventos o acontecimientos, pero no entrañaban ninguna descripción de la vida personal ni tampoco mención alguna a la vida interior (Braud, 2020, p. 89). Todo lo anterior incidió para que el diario solo apareciera en esta tradición a mediados del siglo XVIII, vinculado, en principio, con las vivencias de la vida nobiliaria o cortesana, aunque progresivamente se fue extendiendo entre las burguesías en ascenso, que lo acogieron como un lugar de confesión de las emociones, los afectos y los sentimientos, entre ellos, o, por sobre todo, el amor. En el transcurso del siglo XIX, el diario adquirió mayor relevancia, como quiera que se impuso como auténtica práctica pedagógica para que los niños, los jóvenes y, de nuevo, las mujeres, “pudieran proyectar en la escritura una imagen de sí mismos disponible para la vista permanente que pudiera ser corregida por los padres y los pedagogos” —el diario se tornó recomendación no solo para que las hijas mantuvieron obediencia a sus padres, sino para que las esposas la mantuvieron a sus esposos— (Lyon-Caen, 2016, pp. 173-174). De la misma manera, desde finales de siglo, el diario se tornará rutina frecuente de filósofos, literatos e intelectuales, erigido en una de las herencias más relevantes que pudiera dejar un gran escritor fallecido, como quiera que se consideraba que este era el lugar donde aquel podía mantener su comunión con el mundo de los vivos (Pachet, 1990; Lejeune, 2009, pp. 61-78 129-143; Cabanès, 2009; Lyon-Caen, 2016; Braud, 2020).



Si el protestantismo resultó determinante para la configuración temprana del modelo de diario británico, el catolicismo lo fue para el carácter tardío del modelo de diario francés (Lejeune, 2009, pp. 74-75). En compensación, no obstante, estuvo la influencia ilustrada que, creída en la supremacía del entendimiento, promovió la presencia del sujeto con su escritura en la apropiación del mundo inmediato, lo que hizo posible la irrupción de unos géneros progresivamente vinculados con la interioridad (Jay, 1992, pp. 83-147). Como lo señala Lyon-Caen, la rutina del diario “para uno mismo” (*journal “pour soi”*), ajeno de mandatos religiosos, como auténtico “barómetro del alma”, como dijera Rousseau, se difundió en la segunda mitad del siglo XVIII a la par con las correspondencias personales, familiares y amorosas, lo que por un lado develaba una apertura a la subjetividad y a la intimidad, la aparición de un “alma escrita” como dijera Lamartine, pero, por otro lado, favorecerá una progresión en los formalismos o las formalidades, es decir, una estandarización en los modos de expresión (Lyon-Caen, 2016, p. 170 y 172; Braud, 2020). Tras la escalada emocional que supuso la Revolución Francesa, estos géneros íntimos o privados proliferaron para tramitar la melancolía o el abatimiento de un mundo en restauración, tanto que empujarán un vasto mercado de literaturas personales que será determinante en el modelo del diario:

[...]poemas románticos, novelas de aprendizaje, novelas sentimentales, lirismo de lo íntimo en las correspondencias, las memorias, las confesiones: las generaciones de lectores —más y más numerosos, a medida que la alfabetización se generaliza— aprenderán en los libros a formular, hasta a experimentar emociones íntimas. (Lyon-Caen, 2016, p. 169; traducción propia)

## El modelo estadounidense

En los Estados Unidos, el modelo de diario hunde sus orígenes en la autobiografía espiritual (*spiritual autobiography*) y en el diario espiritual (*spiritual journal*), los cuales registraban las acciones de las almas de los peregrinos, puritanos y cuáqueros en su paso por la tierra. Estas acciones no eran solo de tipo religioso sino de distinta índole, incluidas las de tipo económico, social y político, eso sí, todas con un espíritu religioso. De la misma manera, el registro de estas acciones estaba abierto para el intercambio con familiares y próximos, así como para el escrutinio público por parte de la comunidad, tanto así que este se constituía en evidencia del estado espiritual de los individuos. Este carácter público del registro anulaba cualquier presencia del yo en beneficio de la tercera persona y lo empujaba a un estilo en extremo realista al margen de cualquier figura que pudiera considerarse ficticia o imaginaria, dentro de unas concepciones religiosas reticentes a cualquier artificio literario. Junto con estos primeros diarios aparecieron las relaciones de viajes o los relatos de exploración, habitualmente organizados o nutridos por cartas o epístolas de viaje, en unos casos como parte de alguna empresa comercial, en otros como parte de alguna empresa de exploración o colonización con fuertes inspiraciones religiosas (Culley, 1985; Kagle, 2020; Ferris Motz, 2020; Youngs, 2020).



El diario en los Estados Unidos, sobre todo en los últimos siglos, tiende a aparecer en medio de circunstancias adversas que ponen a prueba a los individuos, que los confrontan en sus creencias más profundas, como, por ejemplo, las empresas de exploración, las situaciones de ignominia, las circunstancias de la guerra o las enfermedades. En este sentido, el diario es un modo de dejar evidencia de las actitudes frente a la adversidad, pero, también, un modo de dejar testimonio para la posteridad: un esfuerzo expedito de memoria. Hasta el siglo XIX, la rutina del diario fue dominada por los hombres, inclinada a la tercera persona y con un fuerte sentido público, desde entonces fue una rutina más relacionada con las mujeres, con una inclinación hacia la primera persona y con una progresión hacia lo íntimo o lo subjetivo, que por demás se constituirá como una práctica asociada con el refinamiento de las costumbres, los buenos modales y la etiqueta (Culley, 1985; Kagle, 2020; Ferris Motz, 2020; Youngs, 2020).

## El modelo latinoamericano

En el caso latinoamericano, el modelo de diario tiene su origen más remoto en los diarios y las crónicas de los primeros viajes de exploración y de conquista en los siglos XV y XVI, el primero de ellos obviamente el famoso *Diario de a bordo* del propio Cristóbal Colón que, desaparecido en sus originales, fue recompuesto parcialmente por Bartolomé de las Casas (Colón 2003). Ahora, salvo ocasionales alusiones personales, en realidad estos diarios y crónicas de la conquista tenían más el carácter de registros propios de una bitácora de navegación o de una relación de campaña o de exploración que el de diarios en el sentido que estos adquirieron cuando menos desde el siglo XVII en tradiciones como la anglosajona. Una expresión bastante más elaborada que dará origen al modelo del diario latinoamericano hay que buscarla en la profundidad de los conventos coloniales, en la autobiografía espiritual, inspirada esta en escritos como los de Teresa de Ávila, entre ellos, su *Libro de la vida*, las muy famosas *Moradas* y las *Cuentas de la conciencia* —este último el más próximo a la estructura de un diario, que comienza en octubre de 1560 con los modos de proceder en la oración y termina en mayo de 1581 con una reflexión que involucra, entre otras cuestiones, “las hablas interiores” (Santa Teresa de Jesús, 1977)—.

En los claustros monacales de América, la autobiografía espiritual entrañó, en unos casos, la exteriorización por escrito de la experiencia mística con la cual las religiosas “intentaban no solo probar su propia ejemplaridad, sino también estructurar la conciencia de una experiencia inconsciente” (Arenal y Schlau, 1994, p. 283); en otros casos esta implicó una imposición de las autoridades eclesiásticas para el examen de conciencia de las religiosas, tanto más cuanto más se sospechaba de la comisión de faltas o incluso de pecados:

La autobiografía no equivalía a una confesión; más bien era un ejercicio insólito de la escritura que servía, por un lado, para poner orden en su propia existencia, y por otro, para censurar, según los casos, una aventura vital fuera de la norma y por tanto peligrosa. (Ricco, 1994, p. 331)



Estas primeras autobiografías, envueltas en los inciensos de la Contrarreforma, respondieron a la concepción barroca del mundo, esa que descansaba en la idea especular del mundo, esa que promovía el ver para verse, esa que proponía la contemplación simultánea del que se era y del que se temía ser, donde el autor imputado empezaba por la contrición para insinuar simuladamente el pecado y donde el lector como el confesor empezaba por el pecado para considerar disimuladamente la contrición. La autobiografía espiritual descansó en la imagen, en lo imaginario, en lo ficticio para administrar tanto el ascetismo como la delectación (Canovas, 1994; Riccio, 1994, p. 325; Rodríguez-Arenas, 1994, pp. 335-336).

Con la autobiografía también estuvo la confesión, un género con el cual en unos casos se confunde y en otros se distancia: mientras la autobiografía y la confesión coinciden en cuanto son consideradas como recursos fundamentales para el examen de la conciencia, se diferencian en cuanto la primera supone la puesta en escena de una trayectoria en el tiempo, mientras la segunda entraña una situación de afectación con relación al mundo inmediato que supone inadecuación, insolvencia, malestar o una abierta contradicción: “La vida se ha hecho imposible. Se siente una insatisfacción, una ausencia, un déficit de realidad que al hombre se le hace insoportable aun estando aparentemente en ella” (Lleводot, 2001, p. 62). En este sentido, la confesión irrumpe allí donde entre la vida y la verdad se abre una brecha profunda, cuando la una pareciera no tener cómo vincular a la otra, cuyo antecedente más remoto serían las lamentaciones bíblicas de Job. Este género, cuyos emblemas serían San Agustín y Rousseau, se hizo presente en América Latina también en la intelectualidad de los conventos o los monasterios (Zambrano, 1995; Wachowska, 2001; Lleводot, 2001).

A comienzos del siglo XVIII, el modelo del diario en América Latina también recibió las improntas de medios que, en principio, cumplían funciones gubernamentales o comerciales, como el muy famoso calendario manual y guía de forasteros. Este tipo de publicación periódica, que apareció en España en el siglo XVII y progresivamente se difundió por las colonias en América, puso en concurrencia una vieja tradición europea dedicada a organizar el tiempo de acuerdo con la posición de los astros y una pretensión más moderna de corte racionalista orientada a organizar las prácticas sociales y las actividades burocráticas (Cuéllar, 2014 y 2019). Desde el siglo XIX, el modelo del diario en América Latina también quedó expuesto a los efectos del relato de viajes, entendido este como una narración que, a medio camino entre la autobiografía y la novela, entromete un autor que es de manera simultánea un personaje con el cual el lector efectivamente suscribe un pacto de realidad o veracidad —en el mismo sentido del pacto autobiográfico referido por Lejeune (1991)—. Colombi (2006) dirá al respecto que:

En el viaje aceptamos [...] un pacto según el cual admitimos una doble actividad por parte del sujeto, que podríamos expresar en la fórmula ‘el que escribe es el que viaja’, en la medida que la mayoría de los textos escenifican una escena de escritura que convalida este doble papel. (pp. 23-24)



Finalmente, en este mismo siglo el modelo del diario en América Latina recibió las improntas de la literatura costumbrista, en ella del cuadro de costumbres, que en ciertos lugares resultó determinante para poner en escena, no sin maledicencia, la intimidad de determinados personajes, pero también para que un observador se hiciera a un espacio sin tiempo o, también, para que diera cuenta de un espacio con una única razón de tiempo posible, que era el de su propia vida —el costumbrista hace de su vida la temporalidad de las faenas que contempla, lo que le permite cuestionar la permanencia o la extinción de estas, también eternizarlas o declararlas obsoletas o anacrónicas— (Arciniegas, 1956; Walde, 2007; Gallego *et al.*, 2016).

En definitiva, hasta principios del siglo XX, toma forma un modelo clásico de diario que no es otra cosa que el decantado de distintos registros, en particular de tres: uno de extracción religiosa que interrogaba al sujeto a propósito de su adhesión o cumplimiento de unas normas o preceptos espirituales de corte religioso, otro derivado de una actividad secular de carácter periódico y, finalmente, otro procedente de unos ejercicios de reflexión o meditación con fuertes sesgos morales, pedagógicos o educativos en medio del proceso de formación de una sociedad de clases. De este modo, irrumpe un diario que se caracteriza por evidenciar la presencia del sujeto ante un orden establecido, que da cuenta en el día a día, de forma fechada, de esta presencia y que, con base en lo anterior, delibera o discierne los modos, circunstancias o imperativos de estar en el mundo en consecuencia con lo reglado. En ausencia de alguno de estos tres elementos no se podía hablar en estricto sentido de la existencia de un diario.

## El nuevo modelo del diario

El curso del último siglo introdujo nuevos atributos a los modelos de diario a propósito de diferentes circunstancias, tres fueron especialmente relevantes: en primer lugar, las contradicciones, los conflictos y las guerras, que emplazaron al diario como el registro dejado por el testigo de excepción, aquel que enfrenta lo más dramático o trágico, también el registro del disidente o el resistente, el que confronta lo impuesto o lo establecido; en segundo lugar, las transformaciones en el estatuto de lo factual y lo ficcional, que pusieron en debate el carácter literario, artístico o científico del diario; en tercer lugar, la conversión técnica o tecnológica que puso en cuestión la autenticidad, la consistencia, la reproducibilidad o la permanencia del diario en el curso del tiempo (Lejeune, 2009; Ben-Amos y Ben-Amos, 2020).

## La adecuación y la divergencia

En primer lugar, el diario dejó de ser solo una mediación para el autocontrol individual o para garantizar la adecuación entre la conciencia de sí y la conciencia del mundo, para constituirse en ciertas coyunturas en una auténtica práctica de denuncia, confrontación o resistencia a las condiciones imperantes, tanto más en medio de censuras autoritarias, de arbitrariedades totalitarias o de guerras declaradas. Aquí se



ubican, por ejemplo, los diarios que registraron las experiencias de los combatientes durante la Primera Guerra Mundial, en particular aquellos escritos desde la profundidad de las trincheras, que respondieron a diferentes intereses:

Algunos soldados escribían pensamientos privados solo para ellos. Otros apuntaban detalles aparentemente insignificantes casi de forma obsesiva, como un modo de registrar el paso del tiempo. Otros más escribieron sobre impresiones, sentimientos y eventos que algún tiempo después darían forma a un texto mejor redactado o escrito en forma de memorias. Incluso otros usaron los diarios de manera indirecta como base para otras formas de escritura bélica. (Smith, 2020, p. 333; traducción propia)

También aquí se ubican los diarios que registraron las experiencias de los combatientes en guerras internas, como los que escribieron los combatientes en medio de la Guerra Civil Española que, como refiere Riart, se constituirán en la fuente de toda una “nueva mitología bélica” desde la versión del soldado ordinario: “Esto aportaba una visión más dramática y a la vez más humana de los sufrimientos de la guerra, lejos de la vieja mitología que hasta entonces los había presentado como gestas patrióticas rodeadas de ambientes y escenas bucólicas llenas de romanticismo [...]” (Riart, 2020, p. 220).

Dentro de estos diarios confrontativos igualmente se encuentran aquellos escritos en medio de discriminaciones, persecuciones o genocidios, como los elaborados por los judíos bajo el régimen nacionalsocialista, en principio, unas escrituras atadas a las formas convencionales de la autobiografía con su afirmación del *self*, su estructura lineal y la progresión de la conciencia, los cuales adquirieron, con el paso de las semanas, los meses y los años, la forma de auténticos diarios en los que se ponía de manifiesto el colapso del *self*, se rompían las formas organizadas del relato e irrumpían las formas más dramáticas de narración ordenadas solo por la secuencia de las fechas. Estos diarios, como objetos que son inseparables en su materialidad, en su escritura y hasta en su simbolismo del acontecimiento trágico, de las adversidades de sus autores en tanto testigos de una catástrofe como *la Shoah*, bien se pueden considerar por ello evidencias y expresiones del “hombre-memoria” (*Homme-mémoire*) al que alude Hartog a propósito de Pierre Vidal-Naquet o Wieviorka a propósito del testigo, pero también expresiones del “objeto testimonial” al que aluden Hirsch y Spitzer, entendido este como el portador de unas trazas de memoria del pasado que pueden testimoniar desde su propia materialidad lo que sucedió en un momento determinado y transmitirlo a las nuevas generaciones —objeto que es un elemento central de la denominada posmemoria— (Hartog, 2007; Hirsch y Spitzer, 2010, pp. 391-399 y 2012; Wieviorka, 2013; Ben-Amos, 2020; Kurvet-Käosaar, 2020).



También se encuentran dentro de estos diarios confrontativos los que aparecieron en medio de la censura, la represión o la opresión impuesta por diferentes regímenes autoritarios o totalitarios. Si estos regímenes se caracterizaron por su pretensión de asimilar cualquier individualidad dentro de lo colectivo, de absorber cualquier tentativa subjetiva dentro de las exigencias de las instituciones o de las

ideologías del sistema, el diario fue erigido por diferentes sujetos o agentes en un modo de conservar en la intimidad la afirmación del self, de controvertir los dictámenes de las autoridades, de registrar las diferentes arbitrariedades perpetradas e, incluso, de mantener el recuerdo de unos tiempos anteriores. En unos casos esta rutina del diario fue una vieja práctica prerrevolucionaria que, sostenida clandestinamente en medio del nuevo orden revolucionario, se tornó en una forma de contestación o resistencia. En otros casos esta rutina del diario fue una práctica que se configuró, a propósito de las propias condiciones de imposición de la censura o la persecución, como un producto de la propia clandestinidad. Precisamente esto es lo que se advierte en los diarios que fueron escritos en medio del régimen nacionalsocialista, como el de Ana Frank, o en medio del régimen estalinista, como el de Julia Piatnitskaya (Lejeune, 2009, pp. 237-266, 271-272; Bunkers, 2020; Hellbeck, 2020).

La rutina del diario como práctica de denuncia, confrontación o resistencia ante las condiciones imperantes también está presente en medio de circunstancias que suponen la coexistencia de tradiciones sociales, culturales o políticas en situación de asimetría, de subordinación o de abierta confrontación. En estos casos, los diarios se convierten en el lugar para preservar una lengua amenazada, para sostener unas costumbres proscritas, para reivindicar unas territorialidades en riesgo, para sostener unas identidades censuradas o vetadas, para denunciar las incertidumbres provocadas por la marginación o la exclusión, para señalar la falta de oportunidades, para cuestionar las arbitrariedades de los dominantes o las pretensiones de las formas hegemónicas y hasta para proyectar unos futuros posibles con ánimos emancipatorios. Esto es evidente, por ejemplo, en los propios diarios de los judíos expuestos a la tiranía nacionalsocialista, como también en los diarios de los palestinos en medio de la ocupación israelí de Gaza (Lejeune, 2009, pp. 267-279; Ben-Amos, 2020; Katz, 2020).

Por último, dentro de estos diarios de confrontación se encuentran los que han sido recuperados para reivindicar diferentes identidades étnicas, sociales, culturales o políticas en el pasado, pero, también, los que permiten unas nuevas formas de posicionamiento o movilización de distintas subjetividades en las luchas del presente. Fue así como el diario quedó inmerso dentro de la crítica feminista que lo asumió como un lugar impuesto por la sociedad patriarcal a las mujeres con toda su pretensión de contención o represión, pero, igualmente, como un lugar donde las mujeres pudieron proponer formas de confrontación o resistencia al orden establecido. Así, para Swanson, los diarios, los libros de cuentas (*pass-books*), las fotografías y las reliquias cumplieron el papel fundamental de transformar los momentos triviales de la vida cotidiana en duraciones placenteras ancladas al recuerdo que fueron definitivos para señalar las identidades de grupo y los límites de la familia, con sus confidencias y secretos: “Estos rituales transfirieron el régimen de la memoria al espacio de la vida privada, siendo fundamentales en la construcción de la identidad individual, con conexiones espaciales y temporales con lo doméstico y lo femenino” (Swanson, 2000, pp. 116) [traducción propia].



Para Swanson, los diarios se erigieron en “géneros extraliterarios” que, así como permitieron una formación del *self* ajustado al orden establecido, también se constituyeron en fuentes para literaturas como “las novelas de sensaciones” (*sensation novels*) que pusieron en evidencia subjetividades trizadas o confrontativas habitualmente recubiertas o encubiertas bajo la forma de desvaríos psicológicos (Swanson, 2000).

Para Carter, por su parte, la búsqueda y el abordaje de los diarios de las mujeres tiene como uno de sus principales escollos la autenticidad, como quiera que estos han estado sometidos a todo tipo de formas de censura, en unos casos explícita, como cuando estos quedaban bajo depósito o curaduría de padres, hermanos, esposos o hijos, en otros casos implícita, como cuando estos estaban orientados ante todo a registrar las situaciones del mundo familiar o únicamente aquellas del mundo masculino: “Los diarios permanecen intratables, haciendo imposible conocer exactamente qué es lo que ellas representan y para quién ellas hablan” (Carter, 2020, p. 44; traducción propia). Para salvar estos escollos, Carter ubica unas aproximaciones para interrogar el yo que está inscrito en la diarística femenina: las aproximaciones psicoanalíticas, que entienden que las estructuras lingüísticas de los diarios son solo superficies sintomáticas que empujan las voces de las mujeres en las profundidades; las aproximaciones histórico-materialistas, que restituyen el diario a las técnicas o tecnologías de registro imperantes inseparables de la economía o, también, que encuentran que detrás de los momentos íntimos o privados del diario hay unas relaciones sociales más amplias negadas, solapadas o desconocidas. En definitiva, señala Carter, “un diario no es una ‘tumba limpia’ porque él habla de ausencia, esterilidad, muerte. Un diario es un espacio cacofónico donde el autor lucha con audiencias imaginadas, con expectativas culturales acerca del género, y con presupuestos históricamente cargados sobre la escritura” (Carter, 2020, p. 50; traducción propia).

## Lo factual y lo ficcional

En segundo lugar, los nuevos atributos que recogen los modelos de diario en el curso del siglo XX proceden de la revaluación de las relaciones entre la facticidad y la ficcionalidad —para lo cual será determinante la relación que se tejerá entre el diario y la autobiografía o, también, la afectación que tuvo sobre el diario la reflexión sobre el estatuto de la autobiografía—. El modelo clásico del diario apuntó en un principio a que este se debía en lo fundamental a la presencia del diarista que daba cuenta de la realidad disponible, que desde la subjetividad tenía un compromiso con lo factual y que, para algunos autores, como Colombi (2006), participaría de aquello que Lejeune definió como “el pacto autobiográfico”: ese contrato textual en el cual se entiende que el autor, el narrador y el personaje de la narración son la misma persona y que el lector asume de entrada esta identidad, “aunque no haya una declaración solemne en tal sentido” (Lejeune, 1991, p. 54). No obstante, aunque efectivamente el diario pueda participar de este “pacto”, que efectivamente esto le confiera un carácter “antificcional” semejante al de la autobiografía, para



el propio Lejeune es evidente que el diario y la autobiografía son dos géneros bien distintos, casi que opuestos: mientras el diario depende del día a día, del suceso en presente, sin ninguna posibilidad de anticipar o prever el futuro, que es un dominio poco maleable para la imaginación, la autobiografía, por el contrario, está supeditada a los días sucedidos, se orienta por lo mismo hacia el pasado, que es un dominio abierto para imaginar o crear. Dirá Lejeune: “el problema de la autobiografía está en el comienzo, en el enorme agujero del origen, mientras el del diario está en el final, en el enorme agujero de la muerte” (Lejeune, 2009, pp. 201-202; traducción propia).

Frente a la postura “antificcionalista” irrumpió aquella que consideró que el diario, por la presencia misma del diarista, por la propia subjetividad expuesta a la adecuación, la contrastación o la confrontación con un orden más general, era menos un lugar para la replicación o la reproducción de la realidad disponible y más un lugar para la imaginación o la creación de nuevas realidades, esto es, para la ficción. Autores como Luque despliegan hacia el diario la reflexión que acometerían autores como De Man para la autobiografía. Para De Man, la autobiografía ha quedado expuesta a permanecer como un género de avanzada en el conjunto de las escrituras íntimas o personales, pero de cualquier manera como un género menor frente a los otros géneros literarios como la novela, en buena medida porque su definición centrada en el conocimiento veraz de sí, que no es de ninguna manera cierto, ha minimizado o desvirtuado el esfuerzo que hace el autor para componer literariamente este conocimiento y, sobre todo, para trascenderlo. De Man señala: “Las autobiografías, a través de su insistencia temática en el sujeto, el nombre propio, la memoria, el nacimiento, el eros y la muerte, y en la doblez de la especularidad, declaran abiertamente su constitución cognitiva y tropológica, pero se muestran también ansiosas de escapar a las coerciones impuestas por ese sistema” (1991, p. 114). Para De Man, lo que se ha considerado característico del género autobiográfico por parte del “antificcionalismo”, como es la concurrencia del autor, el narrador y el personaje, es apenas una ilusión referencial que solapa cómo el autor que narra también hace o crea a su propio personaje. Para Luque, de hecho, “hay pocos espacios mejor ideados para la construcción de un sujeto y por tanto su desfiguración —entendida como lo hace De Man— como la modalidad diarística” (Luque, 2016, p. 281).

Una de las implicaciones del debate sobre el carácter factual o ficcional del diario involucró su tiempo de realización o de escritura. La mirada factualista asumió que el diario tenía por tiempo de realización las fechas en las cuales este estaba acotado, que eran las de su escritura efectiva, que eran también la de los acontecimientos que este testificaba, fuera de lo cual nada podía considerarse verídico, auténtico o real. Esta mirada factualista asumió, implícita o explícitamente, que el diario no tenía espacio para ningún ejercicio de ajuste o composición después de su escritura, más aún cuando se asumía que este no debía tener ninguna pretensión literaria o en general pública. La mirada ficcionalista, por el contrario, asumió que el diario dependía de una rutina cambiante en el tiempo, que no se



mantenía en su mismo espíritu con el paso de las fechas, lo que empujaba a que el diarista reemprendiera la rutina con nuevas iniciativas u orientaciones y hasta decidiera reescribir lo registrado con anterioridad. Para esta mirada, además, el diario, incluso después de su autor o en contravía a lo que este considerara, podía quedar expuesto a procesos de edición o curaduría, no exentos de intereses o pretensiones, que no afectaban para nada al diario en sí, sino que, por el contrario, lo mostraban en su complejidad advirtiendo las distintas circunstancias sociales, históricas o políticas que mediaron en su rutina o en su destino posterior. Este ha sido el caso de una de las intervenciones diarísticas más polémicas, la del muy famoso diario de Ana Frank, que desde un comienzo quedó sujeto a las pretensiones directas de su padre, a las diferentes circunstancias históricas de publicación y a las particularidades de sus comunidades de lectores (Lejeune, 2009, pp. 237-266; Luque, 2018, pp. 756-760; Bunkers, 2020). Estas intervenciones han sido utilizadas en el tiempo por diferentes personajes para pretender desvirtuar la autenticidad del diario e incluso para pretender negar con ello la ocurrencia misma del Holocausto (Lipstadt, 1994, pp. 229-235).

## Lo manuscrito y lo digital

En tercer lugar, los nuevos atributos que recogen los modelos de diario en el curso del siglo XX están relacionados con la incorporación de unas nuevas formas de registro producto de los desarrollos técnicos y tecnológicos. El modelo clásico del diario no fue indiferente a la evolución de los modos de manuscrición: desde el siglo XVIII, pero sobre todo en el curso del siglo XIX, se asistió a un desarrollo de la industria del papel que pudo disponerlo en formatos más accesibles, lo que, sumado a los avances en la estilografía, en particular con la aparición de la pluma fuente, permitió una masificación e individualización de las prácticas de escritura —con toda una serie de implicaciones en la alfabetización, la escolarización, la formación del *self*, el desarrollo cognitivo y hasta la reproducción de la cultura— (Trubek, 2016). Obviamente estos avances en el papel y la estilografía resultaron determinantes en la progresión del diario, como quiera que le confirieron accesibilidad, transportabilidad y privacidad, ello implicó ampliar el número de sus practicantes, extender sus contextos de realización, robustecer sus aplicaciones —cuales más las técnicas y científicas— y asegurar su carácter privado. Sin duda los avances del papel y la estilografía fueron fundamentales para uno de los atributos centrales del diario: su instantaneidad, que es la garantía de la autenticidad del lugar y del momento que este registra (Lejeune, 2009, pp. 122-128).

54



No obstante, la rutina de llevar o seguir un diario no ha quedado al margen de los efectos de los desarrollos técnicos y tecnológicos más recientes, en particular de tres: el computador personal, la internet y las redes sociales. Como lo advierten diferentes autores, la penetración masiva del computador personal a los más diversos ámbitos, entre ellos, a la profundidad de la vida privada, ha derivado en un progresivo desplazamiento de la manuscrición en beneficio de la diginscripción, con toda una serie de implicaciones: desde las más evidentes, como la

retirada progresiva del papel y el estilógrafo, con sus efectos inmediatos en la cotidianidad; pasando por algunas menos patentes, como la ampliación de nuestras potencialidades de registro y almacenamiento pero, paradójicamente, de pérdida de retención o de significatividad de lo almacenado; hasta las más profundas y estructurales, como la imposición de unas nuevas formas de cognición, la aparición de unos nuevos criterios para identificar lo considerado susceptible de conservación y hasta la irrupción de unas nuevas concepciones sobre el conocimiento, la historia y la cultura misma (Petrucci, 1999; Blouin y Rosenberg, 2011; Trubek, 2016; Serna-Dimas, 2021). Como dijera Petrucci:

Todo esto está llevando rápidamente, también en el campo cultural y editorial, al paso, en las maneras de registrar y conservar lo escrito, de la fijeza material a la movilidad, de la duración a la fugacidad, del carácter físico del objeto a la virtualidad, con perturbadoras consecuencias de general ‘fragilización’ y vertiginosa pulverización de todo el sistema que, hasta ahora, de algún modo y al menos en parte, ha garantizado la supervivencia de la cultura escrita del pasado. (Petrucci, 1999, p. 296)

Por otra parte, la expansión de la internet, así como la diversificación de sus modos de utilización, han redundado en una intensificación en los usos de las técnicas y las tecnologías computacionales, en la irrupción de una multitud de aplicaciones para todo tipo de actividades económicas, sociales, educativas, culturales y políticas, en la configuración de nuevas comunidades mediadas por la digitalidad y la virtualidad y, de manera más general, en la transformación profunda de la experiencia social entre amplios sectores de la población. Con la internet, los dispositivos electrónicos quedaron emplazados en el centro de la relación entre los individuos y el mundo social, erigiéndose incluso en ciertas circunstancias en el objeto de mediación por antonomasia de estos con aquel, tanto como para convertirse en auténticas cajas de condensación, es decir, en medios de registro inmediato, casi automático, de la existencia: por cuenta de la internet no solo es posible que el conjunto de transacciones de la vida cotidiana, sin distinción, queden inscritas en la red, configurando una suerte de “registro profundo” no necesariamente o no siempre pretendido o deseado. A diferencia de otros tiempos, donde ciertas técnicas y tecnologías se podían entender como metáforas eficientes de las formas de operación o funcionamiento de la mente y, con ella, de la memoria, en estos, las técnicas y tecnologías vinculadas con la internet no solo se entienden como metáforas, sino como auténticas extensiones a manera de prótesis de la mente y la memoria (Draaisma, 2000).

Finalmente, las redes sociales que surgieron con el desarrollo de la internet se han constituido en medios de amplificación de las esferas de relación de los individuos, una expansión de su espectro de vínculos no solo con parientes, amigos, pares o colegas, sino también con afines a diferentes actividades, aficiones o creencias, lo que ha implicado una sobreexposición de la individualidad que, incluso, ha supuesto una suerte de modelamiento de la personalidad en concordancia con las demandas de un “otro significativo” remoto o virtual que, de hecho, en



determinadas circunstancias, de acuerdo con la mediación, puede entrañar una suerte de idealización del *self* que garantice el reconocimiento dentro de una red social o dentro de ciertos círculos de interacción dentro de una red determinada (Zheng *et al.*, 2020).

Como se advierte, las nuevas técnicas y tecnologías han impactado la profundidad de la vida social, la presencia pública de la personalidad y las prácticas de registro de lo íntimo y lo privado, todo lo cual ha afectado rutinas como la del diario. De entrada, estas nuevas técnicas y tecnologías se convirtieron relativamente pronto en un espacio para alojar unas nuevas formas de diario, los denominados diarios *online* o ciberdiarios, habitualmente disponibles en *blogs* —los diarios serán parte importante de la denominada blogosfera—. Obviamente, estos diarios han desatado diferentes cuestiones: su carácter público y masivo abre de nuevo la cuestión sobre la honestidad o la autenticidad de lo escrito; su inscripción en unos medios de registro que demandan la renovación constante de contenidos pone en cuestión el espíritu mismo de la rutina por cuanto se considera que ella no es una exigencia motivada necesariamente por las circunstancias del individuo sino por el carácter de su soporte o plataforma. También la sujeción del diario a unos medios de registro que están orientados a ganar suscriptores, visitantes o aprobaciones lleva a la cuestión de si esto no suscita una presión sobre lo que debe ser consignado, sobre su originalidad o singularidad como producto legible, donde el problema no es entonces la honestidad o la autenticidad, sino la explotación morbosa de la intimidad; de igual forma, está la cuestión de que en virtud del medio de registro el diario pueda ser editado de manera permanente con amplia facilidad, actualizado en cada una de sus fechas sin importar el tiempo de escritura, lo que lo torna apenas provisional o efímero o, en el mejor de los casos, lo pone más cerca de las memorias o de las autobiografías; por último, está la cuestión sobre el hecho de que estos diarios, por todas las circunstancias anteriores, pero también por ciertas aplicaciones digitales, pueda dejar de ser un producto de la individualidad para constituirse más en una obra colectiva ajustada a la demanda con fines de consumo (De Laat, 2008; Lejeune, 2009, pp. 280-316; Rubio, 2011; Cardell, 2020; Henderson, 2020; Rettberg, 2020; Simonet-Tenant, 2020).

No obstante, también están quienes consideran que, pese a las cuestiones anteriores, los diarios *online* o ciberdiarios también tienen ventajas comparativas frente a los diarios convencionales manuscritos. Por una parte, estos diarios permiten que se recupere, mantenga o actualice la rutina diarística en unos entornos o contextos cada vez más ajenos a la manuscipción, garantizando así que ella sea incorporada dentro de los estilos de vida de unas nuevas generaciones inmersas en la digitalidad —de hecho, esto ha llevado a que la rutina gane nuevos adeptos en distintos países—. Por otra parte, estos diarios permiten romper con los obstáculos, también con ciertos convencionalismos, atados a la manuscipción, en la medida en la que la mediación tecnológica pone a disposición de manera simple e inmediata el registro —tanto así que se considera que la diginscripción facilita una inmersión más sincera y profunda del individuo en la escritura—. Por otra



parte, estos diarios permiten incluso nuevas experiencias diarísticas, por ejemplo, los diarios en comunidad o las comunidades de diario, que insertan la rutina en las redes creando nuevos vínculos, redes, asociaciones y solidaridades. Finalmente, están quienes consideran que la mediación tecnológica permite que el diario no sea más una suerte de repositorio de experiencias reprimidas o de sensaciones inhibidas sino, por el contrario, un objeto susceptible de ser revisado, revisitado e interpelado que, además, favorece nuevas formas de socialización y que entraña de hecho toda una nueva documentación pública que amplía las fuentes para el conocimiento de la historia, la cultura y, en general, la sociedad —es tal la fuerza de la digitalidad, que los viejos diarios manuscritos se han constituido en un objeto específico de intervención archivística digital que permite incorporarlos como fuente de conocimiento y como patrimonio colectivo— (Lejeune, 2009, pp. 280-316; Buford, 2020; Cardell, 2020; Henderson, 2020; Rettberg, 2020).

## Del diario personal al diario técnico

Todo diario es personal, lo que no obsta que en determinadas circunstancias o contextos este cumpla una serie de cometidos bastante específicos, incluso de índole técnico o instrumental. Hay dos tipos de diario que responden a esta exigencia, de los cuales se puede decir que son a su vez la concreción o la materialización de diferentes tipos de diario. Estos dos tipos de diario son el literario y el investigativo.

### El diario literario

Sin duda, buena parte de las tensiones asociadas al diario proceden de su carácter o condición literaria: mientras para unas posturas el diario en el estricto sentido del término no puede considerarse un género literario, ni literatura en ningún sentido, como quiera que no pretende comunicación alguna, para otras posturas toda puesta en escena de la escritura supone comunicación, por lo mismo potencialidades literarias, lo que hace del diario un género literario entre otros (Picard, 1981; Luque, 2016). Como quedó dicho, no se trata de una cuestión marginal, como quiera que el carácter o la condición literaria del diario efectivamente trae consigo su potencial publicación, lo que se considera tiene efectos en la naturaleza de este, en los atributos que se considera lo definen y lo diferencian de otras expresiones escritas, entre ellos, el compromiso del autor como personaje, la adhesión a los acontecimientos en tiempo real y la honestidad o la autenticidad de la escritura. Más o menos, la cuestión apunta a que la difusión o publicación del diario puede implicar que este deba prescindir de cualquier escritura auténtica del sí mismo al tiempo que debe acoger la escritura de aquello que los otros quieren leer. Precisamente, para diferentes autores, aquí está el papel fundamental de los escritores, de manera más amplia de los intelectuales, quienes pudieron hacer del diario un objeto publicable sin detrimento de sus formas más íntimas o personales ni de sus intereses más públicos (Hierro, 1999; Rodríguez y Pérez, 2011).



Bien se puede decir que la reivindicación del carácter literario del diario hace parte de una diarística que transita de un modelo confesional a un modelo testimonial, proceso que tendría lugar en medio de la propia génesis de los campos sociales modernos, entre ellos los de la creación, como la literatura y la ciencia —por esto bien se puede decir con Cabanès que en el diario literario concurrirán sin contraposición “dos formas de diario, una que permanece orientada por la práctica del antiguo ejercicio espiritual [...], la otra sobre el trabajo del escritor” (Cabanès, 2009, pp. 35-36) [traducción propia]—. En efecto, la formación de la figura del escritor moderno supuso que el conjunto de sus textos, incluidos aquellos con formas más realistas, como los diarios íntimos, empezaran a ser considerados como parte integral de su obra, lo que tuvo varias implicaciones. Primero, esto permitió que el diario, con toda su carga de autorreferencia, apareciera como un lugar en el cual se podía indagar el tránsito entre el universo del creador y el universo de la obra, erigiéndolo en un recurso propicio para que el autor modelara sus propios personajes y tramas y para que el lector pudiera interrogar el acto de creación. Segundo, esto permitió que los diarios, con toda su carga de incorrección política, de insolencia declarada o hasta de ánimo subversivo, pudieran salir a la luz pública con una suerte de fuero que los ponía a salvo incluso en medio de contextos jurídico-legales con fuertes restricciones o con censuras reglamentadas a la libertad de pensamiento y expresión. Tercero, esto admitió que los diarios, con toda su carga de autoafirmación, pudieran constituirse como la fuente de unas mitologías personales indispensables en unos mercados literarios que, en medio de una situación de competencia creciente, capitalizaban la singularidad del creador —dinámicas más propias del universo francés que del universo anglosajón, valga decirlo— (Cano, 1987, pp. 55-56; Alberca, 1996; Bourdieu, 1997, pp. 384-387; Hierro, 1999; Villoro, 2002; Sapiro, 2011, pp. 37-38; Rodríguez y Pérez, 2011; Luque, 2018, pp. 754-756; Luque y Braud, 2020).

Ahora, los diarios literarios tomaron formas distintas de acuerdo con la relación que suscribieron con el quehacer o el oficio literario, con las actividades corrientes o con el afán biográfico del autor —una distinción problemática, como quiera que en la práctica no resultan fácilmente discernibles—. De cualquier manera, a partir de estas tres circunstancias, el diario literario adquirió un carácter o cuando menos unos matices diferenciados: en la primera, el diario se manifestó como parte de la experimentación o la preparación que hacía el autor para acometer otro tipo de obras o géneros literarios; en la segunda, el diario fue constituido en la forma de registrar la existencia del escritor en medio de unas situaciones sociales o históricas determinadas; en la tercera, el diario fue configurado como la base literaria elemental para hacer del escritor un personaje en su propia vida —Cano dice que el diario es uno de los campos de entrenamiento para la novela (Cano, 1987, p. 56); Beltrán, por su parte, señala que el diario es uno de los géneros fagocitados por la novelística (2011, p. 9) y, finalmente, Villoro (2002) afirma que el diario es una vía a la intimidad del autor pero que, pese a ello, no tiene mayor peso en la creación misma—.



Pero el diario literario también involucra aquel que es concebido por el escritor para incorporarlo dentro de la estructura o la trama de una obra, una estrategia que irrumpió en la novelística temprana o, también, en subgéneros disruptivos dentro la novela más contemporánea, como una forma de demarcar la individualidad del sujeto dentro del conjunto de lo novelado —también dentro del esfuerzo naturalista por capturar aquello que Auerbach denomina “la realidad concreta del tiempo” (Auerbach, 1997, p. 433)—. Este diario, que es una ficción a otro nivel, cumple dentro de la narrativa una serie de funciones: una mimética, que permite introducir en la trama una sensación realista o una ilusión de realismo; una temática, que permite introducir en el discurrir de la trama un momento de aislamiento de los personajes habitualmente con una pretensión de reflexión; finalmente, una temporal, que permite conferirle a la trama un juego temporal que hace evidente la instantaneidad, la permanencia o el devenir (Porter-Abbott, 1982). Para Picard, en este caso, el diario entra a ocupar una función de carácter teatral

[...] parecida a la que en la escena tienen el monólogo o el aparte. Únicamente adquieren pleno sentido cuando tienen lugar en el ademán de la representación artística; mientras hacen como si no se dirigieran a nadie, en realidad se están dirigiendo a un público, o, en el caso del diario, a un lector. Lo que en el auténtico diario era precisamente negación de presentación —es decir, intimidad— se convierte en intimidad *presentada*. (Picard, 1981, p. 120)

## El diario investigativo

El otro tipo de diario que recoge distintas preformas diarísticas es el diario de investigación. Los orígenes más remotos de este diario se remontan a los relatos o las relaciones de viaje, en particular aquellos que fueron levantados en medio de las empresas comerciales o científicas que adquirieron relevancia desde el siglo XV. No obstante, como lo advierten diferentes autores, este diario de investigación realmente adquirió sus improntas características en el curso de los siglos XVIII y XIX, en medio de las expediciones naturalistas que fueron acometidas bien ante la urgencia de transformar el viejo modelo colonial prendado a los metales por uno nuevo prendado a la explotación de otros recursos como las plantas, ora en el contexto de apertura o reconocimiento de las fronteras de colonización dentro las nacientes naciones (Cano, 1987, p. 57-59; Nieto, 2000; Youngs, 2020). En cualquier caso, se trató de un diario inscrito dentro de un naturalismo profusamente afectado por el ascenso de la ciencia de entonces que, entre otras prácticas, exigía un registro minucioso de la geografía física, natural, humana y social. Hacer ciencia, dentro de los presupuestos ilustrados, involucraba, más que observar, escribir y, sobre todo, escribir con detalle, precisión y claridad de la experiencia en sí (Jay, 1993, p. 84). Hacer ciencia, dentro de los presupuestos románticos, implicaba también la imagen visual, la presencia de dibujos que permitieran solventar con la representación icónica lo que resultaba difícil o farragoso con la representación escrita —el dibujo tuvo una vocación científica y artística, tanto más en tradiciones



como la alemana, como lo muestran los cuadernos de viaje de Humboldt— (Nicolson, 1990; Oliver, 2015 y 2016, pp. 137-143).

Sin duda, la consagración del diario naturalista tuvo lugar en el transcurso del siglo XIX, cuando se constituyó no solo en un recurso indispensable para el registro directo de la naturaleza, sino también como un medio a través del cual se podía organizar el curso de las observaciones, hacer control sobre las descripciones en el discurrir del tiempo, tanto como para constituirse en una de las principales fuentes para la construcción de hipótesis. Cuando el diario investigativo pudo conseguir esto resolvió el impase que persistía, todavía en el siglo XIX, entre el diario que refería el viaje y el diario que refería la observación científica del viaje o, también, entre el diario que era la narración del viaje y el diario que permitía el discernimiento científico del objeto de indagación. En el umbral entre el diario dieciochesco y el diario moderno estarían unos diarios emblemáticos, el más entre ellos, el de Darwin. Como refiere Leaks, Darwin tenía sobre sí la influencia poderosa de Humboldt que se hacía patente inclusive en el carácter de su diario, en la composición de la geografía, el paisaje y las especies, en los modos de construir las impresiones escritas; no obstante, al mismo tiempo, Darwin supuso un esfuerzo por recomponer la literatura del diario dentro de una de carácter más monográfico (Leaks, 2003; Oliver, 2015 y 2016, pp. 137-143). El naturalista inglés tenía dos diarios: el *Beagle diary*, que era de secuencia temporal con alusiones personales para consumo de familiares y amigos, y el *Journal of researches*, que era de secuencia más espacial ajustado al itinerario del viaje y que permitía contrastar observaciones científicas:

Aunque Darwin adicionó material científico de sus cuadernos de notas mientras transformaba el *Diary* en *Journal* (solo alrededor de la mitad de las 182 000 palabras del *Diary* fueron incorporados en el *Journal*, cuya extensión final fue de 223 000 palabras), los pasajes de la discusión científica todavía se mantuvieron dentro de la estructura literaria general de la narrativa del itinerario. (Leaks, 2003, p. 15; traducción propia)

Las nacientes ciencias sociales decimonónicas se encontraron con la rutina del diario por medio de las relaciones de viaje, el diario personal y el diario naturalista. Estas nacientes ciencias, como lo muestra Lepenies (1994), quedaron en medio de una serie de vacilaciones: si sus métodos de conocimiento debían permanecer en la intuición filosófica o si debían replicar el análisis naturalista, si debían apelar a la descripción inmediata o si incorporaban los métodos estadísticos, si preservaban las exigencias del estilo y la retórica o si acogían un nuevo repertorio de lenguajes y conceptos propios, si debían mantener el vínculo entre el orden de investigación y el orden de exposición o, por el contrario, si debían hacer una estricta separación del uno y el otro. El diario en las nacientes ciencias sociales quedó inscrito de manera ambigua en este tipo de antinomias, en unos casos como albergue de intuiciones personales, con un carácter descriptivo y literario, que hacía indisociable el orden de investigación y el de exposición; en otros casos, como el primero de los métodos de análisis, supeditado a un nuevo lenguaje científico y que, en



cualquier caso, solo sería una fuente para géneros como la monografía. Bien se puede decir que el diario en la investigación social quedó supeditado a dos posibilidades: a constituirse en solo un registro de la inmersión del sujeto en un mundo social que este entendía diferente o extraño (siguiendo la tradición de los diarios personales o los diarios de viaje) o erigirse en un registro que de manera simultánea permitía recabar datos, organizar observaciones, proponer relaciones entre observaciones en el tiempo e incluso hasta formular hipótesis de trabajo (siguiendo la tradición de los diarios naturalistas). Precisamente aquí estuvo el desafío que tuvo que enfrentar la diarística en el seno de la investigación social: garantizar que lo primero y lo segundo concurrieran en el mismo texto escrito —esto en medio el ocaso del viejo viaje romántico y la aparición de un nuevo tipo de viaje inscrito dentro del desarrollo espectacular de los medios de transporte, de los medios de registro y de los medios de difusión o divulgación (Strain, 2003, pp. 15-36; Debaene, 2010, pp. 207-238; Hochman, 2014)—.

Sin duda fue en la antropología donde este desafío adquirió más relevancia, como quiera que ella apuntó al estudio de unas culturas lejanas o distantes a las que asumió como objetos naturales o como entidades de la naturaleza. Aquí, precisamente se encuentra la ascendencia de personajes como Franz Boas o Bronislaw Malinowski, quienes efectivamente se encargaron de incorporar el diario no solo como el medio de registro de una experiencia personal de inmersión en unas culturas diferentes, sino que, al mismo tiempo, lo asumieron como un recurso de inscripción de datos, contrastación de observaciones y construcción de ideas (Franceschi, 2006).

En el caso de Malinowski, el diario quedó inscrito en el centro de su concepción de que el etnógrafo era su propio cronista e historiador. Para el antropólogo de origen polaco, las fuentes del etnógrafo eran en apariencia más accesibles, pero también más evasivas y complejas que las de un historiador, como quiera que estas descansaban en el comportamiento y los recuerdos de los seres vivientes. El trabajo del etnógrafo durante años sería la recopilación de numerosas observaciones propias y declaraciones de los indígenas, diferenciando con base en ellas lo que serían las formas normales o típicas de las instituciones sociales y lo que serían sus expresiones variables o apenas accidentales. De esta manera, el etnógrafo podía distinguir lo que serían las creencias individuales o grupales sobre la vida colectiva, de lo que serían las razones verdaderas de esta que procederían por medio del sentido común, la capacidad de penetración psicológica y la teorización del etnógrafo (Malinowski, 2000, p. 21).

Para Malinowski, esto implicaría en términos metodológicos, por un lado, el método de documentación estadística a partir del ejemplo concreto, que básicamente consistiría en una sistematización de las observaciones de la vida de los indígenas en cuadros sinópticos que, basados en datos etnográficos cristalizados, es decir, típicos o normativos, permitirían “exponer las líneas directrices del entramado de la cultura indígena, en el sentido más amplio de la palabra, y la estructura



de la sociedad” (Malinowski, 2000, p. 34). Por otro lado, esto implicaría el método práctico de observación y recopilación de los imponderables de la vida real y del comportamiento en el campo de trabajo, que consistiría en una recolección del discurrir de los pequeños incidentes de la vida cotidiana, del cúmulo de vivencias de la auténtica vida indígena, de las creencias de las gentes en el devenir de las situaciones concretas de la existencia, de la observación del conjunto de ceremonias y transacciones, en últimas, de los datos etnográficos vividos que permitirían “rellenar” los cuadros sinópticos. Precisamente, para este último método, que ocuparía buena parte del trabajo de campo, sería indispensable el diario:

Un diario etnográfico, llevado a cabo de forma sistemática a lo largo del trabajo sobre un distrito, sería el instrumento ideal para este tipo de estudios. Y si, junto a lo normal y típico, el etnógrafo toma cuidadosa nota de las débiles desviaciones de la norma y de las más acentuadas, de este modo podrá precisar los dos extremos entre los que oscila la normalidad. (Malinowski, 2000, p. 38)

Eso sí, Malinowski consideraba que en este último método “la ecuación personal del observador interviene con mucho más peso que en la recolección de datos etnográficos cristalizados. Pero, también en este caso, debemos poner el mayor empeño en que los hechos hablen por sí mismos” (Malinowski, 2000, p. 37).

El método etnográfico de Malinowski supuso una ruptura con el registro por correspondencia de la antropología de gabinete, con el registro lego de las antropologías informales de funcionarios, misioneros y exploradores, e incluso con el registro superficial de una naciente industria turística. Se erigió desde allí “la mitología del trabajador de campo” que salía de su sociedad para adentrarse a unas sociedades extrañas a las cuales podía acceder en su verdad por cuenta del método, todo lo cual quedaba consignado en recónditos diarios que, no obstante, estaban en la base de unas monografías etnográficas o etnografías de carácter público. La mitología del trabajador de campo que puede sumergirse en la cultura extraña para develarla en sus profundidades alimenta lo que Malinowski denominó la magia del etnógrafo, que para Geertz (1989) no es otra cosa que “la ilusión etnográfica”, esa que permite “hacer encajar hechos extraños e irregulares en categorías familiares y ordenadas” (p. 11). De cualquier manera, entre el diario y la monografía se fue disponiendo la distancia entre la impresión y el dato, entre la escritura del sujeto y la escritura del objeto, entre el registro *in situ* y el registro en casa, entre el “estar allí” y el “estar aquí”, entre la primacía de la observación y la primacía de la teoría (Geertz, 1989; Strain, 2003, pp. 217-220).

62



No obstante, esta distancia habría de enfrentarse a un atributo sustancial del diario que irrumpe como una suerte de escollo u obstáculo permanente: la presencia del Yo. En efecto, el Yo, como ruina imperturbable del canon diarístico clásico, sobrevivirá alrededor del dato concreto, pero también sobrevivirá como entidad fantasmática alrededor del dato cristalizado, haciendo de la monografía una suerte de género ambiguo que requiere al sujeto que duerme en un diario para mostrarnos paradójicamente el carácter absolutamente objetivo del mundo o, también,

que requiere un Yo silente para mostrarnos el carácter absolutamente natural o evidente del Otro.

Esta situación, que tiene en su origen en la presencia del diario como método de investigación, se pretende resolver en la monografía por medio del presente etnográfico, esto es, por medio de un recurso retórico que permite convertir la experiencia en pasado de un Yo en la experiencia presente de la cultura del Otro, que no es otra cosa que la transferencia inconsciente de una experiencia subjetiva denegada como forma básica de la estructura objetiva y manifiesta del Otro. Por esto, se puede afirmar que el diario está en la base de esa contradicción estructural que persigue a la etnografía: él es una de las expresiones por antonomasia de un modo de conocimiento que entraña al Otro en tanto coetáneo, pero, al mismo tiempo, él es la base de un modo de conocimiento que dispone al Otro como alguien fuera de nuestro propio tiempo. El diario estaría en la base del alocronismo que, como refiere Fabian (2019), define a la etnografía y a la antropología.

Por lo anterior, no resulta casual que la puesta al descubierto del diario etnográfico de Malinowski, del que bien se puede decir que es el diario de los diarios en antropología, haya desatado una serie de debates al interior de la disciplina antropológica y, en particular, alrededor de la práctica etnográfica (Malinowski, 1989). En efecto, la publicación un tanto ingenua o inocente, para algunos también premeditada, de los diarios etnográficos de Malinowski por parte de su viuda a finales de los años sesenta, sacó a flote la experiencia íntima o personal del trabajador de campo en la Melanesia poniendo de manifiesto, cierto, una cantidad de asuntos menores sin mayor relevancia, pero, también, una serie de experiencias vividas del etnógrafo que, de una u otra forma, de manera mimética o transfigurada, trascendieron a los fenómenos que este interrogó así como a los modos de entenderlos o interpretarlos, con impactos incluso sobre las propias comunidades indígenas en el futuro<sup>7</sup>. Estos debates fueron vinculados a otros debates de mayor extensión o calado sobre el papel de los modos de producción de la disciplina antropológica en el contexto del colonialismo y el imperialismo, lo que condujo a una serie de revisiones sobre el quehacer etnográfico que, al problematizar al sujeto etnográfico, problematizaron al diario en cuanto la forma sustancial, pero habitualmente velada, de producción de conocimiento sobre el Otro (Clifford, 1986; Tyler, 1986; Geertz, 1989, pp. 83-110).

Este panorama ha suscitado una serie de transformaciones sobre el carácter del diario etnográfico. En efecto, los remezones de la práctica etnográfica, que han puesto en cuestión desde sus destinos, pasando por sus métodos de indagación, hasta la propia escritura monográfica, han implicado una reinención del diario o de las notas de campo (*fieldnotes*). Para autoras como Jean Jackson, esta reinención debe partir del reconocimiento de que el diario o las notas de campo irrumpen a propósito de una condición de confrontación o contrastación entre culturas



7 Al respecto de este intenso debate véase Serna-Dimas (2014).

o medios sociales, que, por lo mismo, están inscritos en una situación liminal y que, en tal sentido, debe ser entendidos como objetos instalados en medio de un auténtico rito de pasaje. Solo así, considera Jackson, se pueden reasumir las inconformidades o los desajustes que suscitan las notas de campo entre diferentes etnógrafos, entendiéndolas menos como imperfecciones y más como el resultado del paso del “aquí” al “allí”, del lugar del etnógrafo al del nativo, del *self* al Otro y del *self* a lo escrito. Las notas de campo como el diario son entonces para Jackson objetos simbólicos que están en medio del tránsito de palabras a palabras, de mundos a mundos y de mundos a palabras (Jackson, 1995, p.72). Bien se puede decir que el diario es una de las estrategias que están en la base de la etnografía como forma simbólica.

Ahora, esta definición del diario en términos simbólicos resulta tanto más compleja en la medida en la que los remezones de la práctica etnográfica han propiciado una serie de experimentaciones novedosas. En primer lugar, están las experimentaciones orientadas a lo que se ha denominado la autoetnografía, una práctica que, surgida del encuentro de la antropología nativa, de la autobiografía étnica, de la etnografía autobiográfica e incluso de la etnografía de la etnografía, se caracteriza por una serie de presupuestos fundamentales: la subjetividad del etnógrafo en contextos de frontera étnica, social, cultural o política involucra distintos “yo sociales” (*selves*) que requieren nuevas formas de representación o de escritura. Los múltiples *selves* rompen con el monólogo o el monolitismo de la univocidad etnográfica y, por lo mismo, permiten la irrupción de diferentes voces que se deben ante todo a la autenticidad y a las posibilidades de la polifonía; las voces de los *selves* no estarían más inscritas o ubicadas en un espacio detenido o único, sino que ellas atravesarían o se desplazarían por sistemas culturales en interacción, movimiento, conflicto y transformación permanente. El *self* o los *selves* etnográficos pueden apelar a la memoria autooética o a la memoria episódica, esto es, a los recuerdos de la experiencia vivida, como recurso para aproximarse o involucrarse en los fenómenos en indagación. Como se advierte, hay una suerte de deslocalización generalizada de la práctica etnográfica que lleva a que las distinciones clásicas de la etnografía se atenúen, cuando no a que desaparezcan, rompiendo de paso con los presupuestos naturalistas que subyacen al diario, tal cual este se entendió de manera convencional (Heider, 1975; Van Maanen, 1995, pp. 8 y 9; Reed-Danahay, 1997; Swanson, 2000; Collins y Gallinat, 2010).

64



En segundo lugar, están las experimentaciones orientadas a lo que se ha denominado *performance* etnográfico o las aproximaciones etnográficas al *performance* que, de entrada, confrontan el logocentrismo predominante en la tradición occidental, el peso de las formas escriturales en la investigación social y, sobre todo, la sujeción a la textualidad en la etnografía. Estas experimentaciones reintroducen varios elementos fundamentales, entre ellos, el cuerpo y la corporalidad, las emociones, los afectos y los sentimientos y la experiencia sensorial no exclusivamente visual, que son los primeros dominios que desaparecen bajo los efectos de la escritura. Para estas experimentaciones, estos dominios son, por un lado, las

elaboraciones más idiosincráticas de la cultura y, por otro lado, las instancias más sensibles para un encuentro auténtico entre alteridades. Estas experimentaciones, que encuentran sus antecedentes en algunas de las puestas en escena que emprendieron tanto las artes como la etnografía desde los años setenta, asumen que la escritura no debe ser la primera, tampoco la última, ni mucho menos la fase dominante de la investigación.

Desde esta perspectiva, La etnografía se entiende como una puesta en escena, mediada por diferentes recursos sensibles que incluyen desde las imágenes hasta los olores, que pasa por la incorporación del investigador en unas audiencias, públicos o comunidades de interpretación establecidas, que se pliega a las formas de la cultura, a las más inconscientes o mimetizadas, para disponerlas en términos de crítica, pero también de creación que permitan o favorezcan procesos de transformación social. En estas circunstancias, dispositivos como el diario pasan a manufacturarse con los propios recursos sensibles que permiten las puestas en escena, como las imágenes sensibles, para entrar a participar de los propios procesos de creación (Conquergood, 2002; Pink *et al.*, 2016, pp. 37-59; Landis y Macaulay, 2017; Cortés, 2017; Elliot y Culhane, 2017; Causey, 2017, pp. 28-31).

Finalmente, en tercer lugar, están las experimentaciones orientadas a lo que se han denominado las etnografías digitales o virtuales. Estas experimentaciones asumen, de una parte, que el acceso al mundo social, a la diversidad de las culturas o a los fenómenos culturales está mediado por las tecnologías de la información y la comunicación; de otra parte, que las plataformas tecnológicas de la información y la comunicación constituyen en sí mismos universos culturales con sus propios procesos de construcción de realidad, de constitución de lógicas y significados, de irrupción de subjetividades y comunidades, y de configuración de problemáticas específicas. En cualquiera de las dos concepciones, es evidente que las tecnologías no son simples instrumentos, sino que ellas hacen parte constitutiva de las formas sociales y simbólicas que le proporcionan configuraciones objetivas al mundo social. Dentro de estas experimentaciones el diario etnográfico adquiere el carácter de un diario *online*, emplazado en redes o en la nube, administrado a través de aplicaciones y dispositivos móviles y abierto a diferentes lenguajes escritos, auditivos, visuales y audiovisuales (Pink *et al.*, 2016, pp. 61-80; Beaulieu, 2017; Elliot y Culhane, 2017; Fortun *et al.*, 2017; Gómez Cruz, 2017).

En síntesis, el diario investigativo, cual más el diario etnográfico, que es su forma característica por antonomasia, tiene en la actualidad distintas mutaciones, lo que no es obstáculo para señalar que, de cualquier manera, su forma y su función seguirá profundamente atada a los modos de autorización del etnógrafo y al carácter de la escritura etnográfica. En efecto, el modo de autoridad etnográfica establecido —el experiencial, el interpretativo, el dialógico y el polifónico siguiendo a Clifford (1995)—, así como la forma de escritura etnográfica concebida —la realista, la confesional y la impresionista siguiendo a Van Maanen (2011)—, se han encargado de configurar distintos tipos de diario etnográfico: el diario con una vocación



descriptiva con ánimos realistas que se orienta a identificar regularidades o recurrencias del mundo social; el diario con una vocación más narrativa con ánimos interpretativos que se orienta a construir o reconstruir episodios o pasajes de la vida cotidiana; el diario con una vocación más performativa con ánimo multivocal que se orienta a incorporar o poner en circulación experiencias, voces y versiones diversas desde diferentes lenguajes no exclusivamente escritos o verbales. En este sentido, el diario es una expresión bastante leal de los criterios epistemológicos y metodológicos que orientan una práctica etnográfica o una investigación social, como quiera que, desde el ejercicio mismo del registro, desde el tipo de escritura, advierte las circunstancias de cómo se entienden los fenómenos de la cultura dispuestos para la indagación.

## Los atributos del diario

De acuerdo con el recorrido anterior, se pueden discriminar una serie de atributos específicos de la estrategia de llevar o seguir un diario y del diario como instrumento en sí, de los que se puede decir, no obstante, que son objeto de tensiones o contradicciones recurrentes. La rutina del diario es individual, es decir, supone la presencia de un *self* en la escritura, con un ánimo de confesión, indagación, deliberación o testimonio, sin que ello obste que, en determinadas circunstancias, como en los diarios *online*, esta rutina quede abierta a la retroalimentación permanente de unas comunidades más amplias (Buford, 2020; Henderson, 2020; Lejeune y Bogaert, 2020, pp. 28-30). La rutina del diario obligatoriamente tiene un carácter íntimo o privado, aunque por distintas circunstancias, previstas o imprevistas, contempladas o accidentales, el diario puede terminar siendo de carácter público: en unos casos efectivamente esta publicitación es una pretensión desde la concepción misma de la práctica, lo cual, de una u otra manera, afecta su naturaleza, como quiera que cuestiona la autenticidad de la intimidad o de la privacidad del diario; en otros casos, por el contrario, esta publicitación es un accidente que reivindica la honestidad de lo íntimo o lo privado, pero al costo de exponer a su autor hasta en las formas más descarnadas (Lyon-Caen, 2016, pp. 172-173; Lejeune y Bogaert, 2020).

La rutina del diario tiende a enmarcarse en un estadio peculiar de la vida, en un momento de cambio de la existencia individual o colectiva o en una situación de crisis, siendo excepcional la rutina que se extiende más allá de un periodo discriminado o que se prolonga indefinidamente en el tiempo. La rutina del diario se debe reunir sobre un mismo soporte, requiere un registro compilado y, sobre todo, ordenado en unas fechas: una página suelta de un diario es una carta. En este sentido, no hay forma de que un registro se pueda entender como un diario en ausencia de una secuencia fechada que, por un lado, es una referencia de la autenticidad de su escritura, de su diligenciamiento en tiempo real, y, por otro, es una referencia de su seguimiento o mantenimiento en el discurrir del tiempo. Ahora, aunque la rutina de llevar o seguir un diario pueda tener esclarecida la conciencia expedita de su origen o comienzo, no tiene cómo tenerla sobre el



momento específico de su suspensión, de su pausa o de su terminación (Lejeune, 2009, pp. 187-200; Lejeune y Bogaert, 2020, pp. 27-28).

La rutina del diario, incluso cuando esta es intensa y este exhaustivo, no implica necesariamente una disciplina constante, una sistematicidad bien determinada, un estilo imperturbable o una inclinación inmodificable a conservar el carácter o el detalle. La rutina del diario supone una escritura desnuda, es decir, ella no pretende proseguir un relato, sostener una trama o mantener un argumento al margen del estado emocional, afectivo o sentimental del diarista, sino que ella se debe a las condiciones o circunstancias del día a día, a su injerencia en las actitudes y los temperamentos del sujeto, en las energías y abulias cotidianas del diarista, que animan la generosidad de su registro, la profundidad de su relato, de lo que dependen, ahora sí, las tramas o los argumentos. No es un asunto sencillo, como quiera que la rutina del diario está presa de una cierta paradoja emocional, de la que Lyon-Caen dijera en su momento: “El diario parece por excelencia el lugar de expresión de las emociones, pero bajo su control, su vigilancia, su alineamiento. La dialéctica constante de la efusividad y el control, de la sensibilidad y la frialdad lúcida” (2016, p. 172).

La escritura del diario puede ser inscrita dentro de los tres rasgos típicos de la escritura autobiográfica propuestos por Brunner y Weisser: la secuencialidad, la canonicidad y el perspectivismo. La secuencialidad permite dar cuenta del transcurrir a través de conjunciones de ordenamiento temporal del tipo “y sucedió”, “y luego”, “y luego sucedió”, “entonces”. La canonicidad garantiza la estabilidad, la predecibilidad o la adecuación de unos hechos presentes por cuenta de unos hechos referidos en el pasado por medio de marcadores de frecuencia-recurrencia del tipo “una vez”, “a veces”, “otra vez”, “de nuevo”; de marcadores de variabilidad del tipo “o”, “y pero”, “aunque”; de marcadores de necesidad del tipo “tener que” o “hay que”; y de marcadores de obligación moral del tipo “deber”, “asumir”, “enfrentar”. Finalmente, el perspectivismo permite ubicar al sujeto en el curso de los acontecimientos registrados por medio de términos que implican gustos, decisiones o convicciones del tipo “quizá”, “no sé”, “gusta”, “prefiero”, “sostengo” (Brunner y Weisser, 1995, pp. 189-190).

La rutina del diario implica otros objetos. En efecto, la rutina clásica del diario supone un cuaderno o libreta, aunque también involucra el registro o la conservación de otros objetos vinculados a fechas determinadas o a periodos específicos, como pueden ser hojas sueltas con escritos como poemas, cartas personales, tarjetas de aniversario, estampas, recortes de prensa, fotografías y hasta pétalos de flores que, como refieren Lejeune y Bogaert, se consideran auténticas reliquias —el diario es una traza y recoge series de trazas que marcan o enmarcan los sucesos en el tiempo con ánimos de rememoración— (Lejeune y Bogaert, 2020, pp. 28-29). La rutina del diario vinculada con las nuevas tecnologías de la información y la comunicación también incorpora otros materiales, como fotografías, gráficos, audios y videos (Lejeune, 2009, pp. 280-316; Beaulieu, 2017; Gómez Cruz, 2017;



Henderson, 2020; Rettberg, 2020). Por lo anterior, bien se puede considerar que la rutina del diario le abre posibilidades dentro del denominado archivo-monumento, esto es, el archivo que restituye las relaciones entre las cosas y los documentos, entre los testimonios y los objetos, desde una perspectiva dialógica o polifónica (Serna-Dimas, 2021).

Finalmente, la rutina del diario, pese a todas sus particularidades como escritura del *self* supeditada a toda suerte de circunstancias o contingencias, de sus recorridos imprevistos o accidentados, incluso de sus confesiones o aseveraciones más crudas, no deja de pretender una suerte de transmisión del pasado hacia el futuro, una proyección tanto del sujeto en relación consigo mismo como del sujeto en relación con sus generaciones siguientes. En este sentido, todo diario se escribe para que llegue a un destino, al sí mismo pasado el tiempo, a los descendientes después de la muerte, a la sociedad en el curso de varias generaciones (Lejeune, 2009, pp. 324-326; Lejeune y Bogaert, 2020, pp. 29-30).

## El diario testimonial de la pandemia

Nuestra investigación apeló a lo que podemos denominar un diario testimonial, un nombre que puede sonar redundante si se asume que el diario es una suerte de testimonio escrito. No obstante, como quedó dicho, el testimonio y el diario representan dos tradiciones distintas que solo recientemente se ponen en concurrencia. Por un lado, la tradición del testimonio supone un testigo de un acontecimiento o un hecho concreto, que como tal está dispuesto a dar cuenta de este y que para ello apela a formas orales o a formas escritas de la oralidad, con todas sus contingencias (Serna-Dimas, 2014a). Por otro lado, la tradición del diario, como quedó visto, supone un diarista que no está detenido en un acontecimiento o en un hecho en sí, que se interesa ante todo por el discurrir en la corta o mediana duración, que no pretende o no tiene como dar cuenta de este en toda su extensión o en sus formas objetivas, sino en cuanto este lo afecta o lo compromete, todo lo cual queda consignado en la escritura. En consonancia con esto, se puede afirmar que el testimonio tiene en medio la intención de un testigo de publicitar su experiencia desde la oralidad, distinto al diarista que pretende reflexionarla desde la escritura.

En las últimas décadas, sin embargo, se ha reivindicado la capacidad del testimonio como registro o medio de registro, esto como resultado de una serie de replanteamientos literarios, culturales y políticos. Los replanteamientos literarios son el cuestionamiento al continuum evolutivo oralidad y escritura, el reconocimiento del carácter literario tanto de las expresiones orales como de las escritas y la irrupción de la posibilidad de que las manifestaciones orales puedan transmitirse y conservarse por diferentes tecnologías —desde la escritura clásica hasta las plataformas digitales o virtuales del presente—. Los replanteamientos culturales son el reconocimiento de diferentes realizaciones materiales e inmateriales como patrimonio cultural, la reivindicación de la memoria como una dimensión sustancial



para la cultura y la historia y la reinención de los modos de conocimiento mediados por el lenguaje oral y escrito como la investigación social. Los replanteamientos políticos son el reconocimiento de las luchas de los grupos, clases o pueblos subordinados desde la legitimidad de sus propias realizaciones sociales y simbólicas, el resarcimiento a minorías oprimidas o violentadas desde las denuncias que ha acometido con voz propia y la apertura de la institucionalidad o la oficialidad a las diversidades culturales. Todo esto ha conducido a que el testimonio sea reconocido como un género oral con capacidad de agenciamientos históricos, sociales, culturales y políticos que es, además, objeto de registro, archivo, reproducción más allá de su tiempo de realización (Serna-Dimas, 2014a, 2021).

El diario también ha sido reivindicado por ciertas apreciaciones o concepciones como testimonio en sí, como repositorio testimonial o como producto con un valor testimonial, tanto más en la medida en la que este se ha convertido en objeto de recuperación, sistematización, digitalización y archivo. En este sentido, el diario supone en sí mismo un objeto, una traza o un conjunto de trazas, en el sentido referido por Lejeune y Bogaert (2020, pp. 28 y 29), que con su presencia testimonia unas subjetividades específicas, unas rutinas concretas, un paisaje cotidiano singular, un lugar en el conjunto del mundo social, más allá, un momento histórico determinado. Pero también, en conjunto, como parte de un archivo, el diario bien puede ser la expresión de los modos de existencia de unas comunidades, de unas visiones compartidas del mundo, de unas expectativas comunes (Ben-Amos, 2020, pp. 369-370; Hellbeck, 2020, pp. 384-387; Henderson, 2020, pp. 171-172).

Empero, la posibilidad de vincular el testimonio con el diario también apela a una serie de antecedentes más directos que conectan de manera general la oralidad, la escritura y la literatura, entre ellos, la oralitura y el etnotexto (Niño, 1998; Malaver, 2003; Toro, 2014). Más concretamente aún está el antecedente del testimonio escritural, una forma de referirse a la confesión que quedaba registrada en lo escrito que, propia del convento colonial, recogía al mismo tiempo la posibilidad de la subjetividad del testigo, pero, también, la posibilidad de su castigo por infringir normas o mandamientos (Canovas, 1994, p. 435).

Sin embargo, el antecedente más inmediato a nuestro diario testimonial es el “textimonio”, como quedó dicho al comienzo, una inscripción contextualizada del testimonio dentro de un campo escritural, estrategia que permite poner en comunicación en un espacio franco las diferentes versiones que sobre un mismo acontecimiento pueden tener sujetos con distintas inscripciones sociales, con diferentes modalidades expresivas y con diversas posibilidades de registro literario (Vera-León, 1989). El “textimonio” tiende a ser especialmente visible o manifiesto en contextos donde coexisten en relativa proximidad culturas eminentemente orales con culturas escritas, donde se aproximan o se entrecruzan lenguas en situación social, cultural y política de asimetría o donde se extiende una lengua o unas lenguas que, no obstante, son distintas a una lengua oficial declarada. En cualquiera de estas situaciones el “textimonio” es el medio a través del cual las



culturas orales, las culturas subordinadas o las culturas no oficiales se hacen de los medios para interactuar, consensuar o confrontar con las culturas escritas, dominantes u oficiales.

Por demás, esta posibilidad de vincular el testimonio, el diario y el archivo resulta pertinente en medio de las críticas que señalan los límites de una cultura de la memoria atada al testimonio y, sobre todo, a las formas más emocionales, afectivas o sentimentales de este: una cultura de la memoria que frente a los acontecimientos o hechos agraviantes, ignominiosos o crueles no tiene cómo trascender la vicisitud, el sufrimiento y el dolor, que permanece instalada en una idea agobiada o agotada del lenguaje, en muchas circunstancias prendada al trauma, todo esto en detrimento de una cultura de la memoria que, instalando a los testimonios y a los diarios en el archivo, permitiendo su contrastación con otros de su tipo, haciéndolos además partícipes de un repertorio más amplio de fuentes o recursos, bien permitiría adentrarse al conocimiento de aquellas vicisitudes, sufrimientos o dolores para interrogarlos desde unas miradas más amplias que permitieran su superación (Sarlo, 2006; Hirsh y Spitzer, 2010). Bien pudiera decirse, en complemento, también como contraposición, que más allá del conocimiento estaría en juego la pregunta por el modo como la creencia queda en suspenso, trizada o destruida por efecto de la adversidad y como su rehabilitación es inseparable de los modos de reinención del testimonio, del diario y del archivo.

Precisamente, la idea del testimonio, el diario y el archivo permiten entender que, pese a la absoluta singularidad de la situación individual ante la pandemia, todos enfrentamos un fenómeno de naturaleza compartida o colectiva que se puede dibujar conectando experiencias. Para este ejercicio, reunimos a latinoamericanos residentes en ciudades y pueblos de diferentes países del mundo para que, con el acompañamiento nuestro, se dieran a la tarea de construir un registro a modo de testimonio del modo como sus vidas fueron afectadas por los diferentes acontecimientos presentados en medio de la propagación de la pandemia. El registro fue insistente en recuperar los sucesos del día a día, la progresión de la situación en el curso de las semanas, resaltando no solo lo que creían y pensaban cada uno de los diaristas-testimoniante, sino también cómo ello intervenía en sus modos de entender cuanto estaba sucediendo. El resultado de este ejercicio es el que presentamos a continuación.

## Conclusión

La rutina de seguir o llevar un diario es bastante más compleja que aquello que muestran ciertas imágenes estereotipadas que, prendadas socarronamente a la vieja fórmula del “querido diario”, no tienen cómo percatarse de que esta es solo una expresión en escombros de lo que por mucho tiempo fue el cometido profundo del diario íntimo o personal. La rutina de seguir o llevar un diario tiende a aflorar en configuraciones histórico-sociales que le confieren relevancia o problematizan a la individualidad, en medio de unos procesos confrontativos de formación del



self y en la intersección de prácticas de distinta índole que suponen un registro serial o secuencial del ocurrir en función de dataciones o fechas. Ahora, mientras durante siglos esta rutina habitualmente supuso un modo de adecuación, regulación o control de lo individual por lo instituido o lo establecido, desde finales del siglo XIX, en buena medida bajo los efectos de la literatura, la filosofía o la propia ciencia, esta rutina fue progresando a un modo de testificación, manifestación o denuncia de lo individual frente a lo recurrente, lo impuesto, lo opresivo o lo ignominioso. El modelo del diario, en este sentido, pasó de una forma confesional a una forma declaradamente testimonial.

El tránsito del diario como confesión y adecuación a lo que es el diario como denuncia y testimonio supuso también redefinir sus relaciones con la factualidad y la ficcionalidad. Mientras el modelo confesional exige una suerte de resignación al realismo, un diario orientado sin contenciones ni cortapisas a la presencia del sujeto ante los hechos desnudos, lo que lo aproxima a la factualidad, el modelo testimonial entraña una inclinación más expedita a la impresión emocional, afectiva, sentimental, en general sensible ante los hechos en curso, también un diario más estructurado por la introspección o la reflexión del sujeto ante aquello que lo afecta o lo ofende, lo que obviamente lo hace más abierto a las posibilidades de la invención, la creación o la generación, esto es, a la ficcionalidad. Como quedó visto, aquí se inscribe el debate sobre el carácter antificcional, ficcional o simplemente ambiguo del diario.

La orientación a una factualidad apenas parcial, también el carácter de una narrativa apenas en ciernes, o la inclinación a una ficcionalidad que le arroga total autonomía, que le confiere el carácter de narración en pleno derecho, introducen el problema sobre las pretensiones del diario íntimo o personal, sobre su ánimo efectivamente privado o, por el contrario, sobre su pretensión hacia lo público por medio, por ejemplo, de la divulgación o la publicación masiva. Mientras para algunos el diario está destinado a nunca aspirar a la publicación, lo que le niega cualquier condición literaria, para otros, por el contrario, toda escritura, incluso esta de carácter íntimo o personal, persigue en algún momento la presencia de un lector distinto de aquel quien la escribe, lo que le confiere el carácter de literatura. Cuando se admite que el diario cumple funciones públicas en la literatura, la filosofía o la ciencia, unos entienden que se trata de un género literario menor o una herramienta científica elemental, subsidiario apenas frente a los grandes géneros o las herramientas investigativas más elaboradas, mientras que otros entienden que es un género singular o la base de unos métodos de investigación con nombre propio, que no solo se considera un pivote central de la creación artística o científica, sino que incluso puede ostentar un carácter independiente como obra literaria o científica en sí misma.

Finalmente, todo lo anterior introduce una cuestión definitiva: la autenticidad del diario. Durante siglos, más en unas tradiciones que en otras, se ha considerado que el diario, incluso cuando se reclama absolutamente íntimo, no es de ninguna



manera una exposición sin filtros de la existencia personal sino un montaje con dejos de impostura de la vida propia, un artificio de las apariencias, un artilugio de reflexiones presentadas como vivencias, en últimas, una forma de continuar en el texto las máscaras de sociabilidad que se asumen indispensables para ocupar el mundo público, tanto que se asume como necesario que el diario sea sometido a reescritura o re manufactura, lo que al final lo hace más cercano al género de las memorias o las autobiografías —en este el diarista se presenta como aquel que asume las actitudes adecuadas para cada momento de la existencia, que hace del orden que solo puede ofrecer la vida contada la expresión fidedigna de la vida vivida, toda una forma de ilusión biográfica (Bourdieu, 1986)—. No obstante, frente a posturas como esta, están quienes consideran que el diario, en el estricto sentido del término, esto es, el que está inscrito en la rutina periódica de un sujeto que reacciona de manera inmediata a lo cotidiano, siempre será íntimo y personal, como se percibe en esos diarios que solo unas situaciones accidentales o imprevistas pudieron sacar a la luz pública, en los cuales se despliega sin contenciones la escritura del *self* en el contexto. Este diario tiene un aura, esto es, una presencia irrepetible ante quien lo contempla, ante quien lo hojea o lo ojea, que involucra la propia materialidad del objeto, los trazos de la escritura, los usos del espacio escribible y el contenido mismo con toda su improvisación, reiteración y hasta agotamiento.

A pesar de sus evidentes tensiones o contradicciones, el diario se puede considerar uno de los modos de registro, de los más idóneos por demás, en medio de condiciones de cambio acelerado, de circunstancias adversas, de situaciones dramáticas o de acontecimientos críticos. Por una parte, es un modo de registro inmediato, que no requiere mayor preparación, que apela a la sensibilidad del sujeto en cuanto este se ve directamente afectado por los sucesos en curso. Por otra parte, es un modo de registro profundo, que se instala en los entramados naturales de la existencia social, en concordancia con unas posiciones, disposiciones y tomas de posición singulares, enclavado dentro de unos quehaceres, oficios o conocimientos particulares, ajustado a unas trayectorias vitales específicas. Finalmente, es un modo de registro constante, que no solo atiende el discurrir de los sucesos, sino que, de manera casi automática, se hace al tiempo con ellos, esto es, toma la forma, el carácter, la vibración misma de lo que registra. Por todo esto, el diario constituye uno de los modos más sensibles para interrogar el mundo social, porque su registro es inseparable del carácter social del sujeto, de las relaciones o tramas en las que este participa y de sus prácticas sociales concretas, ello permite dar cuenta de un fenómeno desde la manera como este es vivido, percibido, interpretado e incluso explicado naturalmente por los agentes sociales desde su entorno o contexto —en el sentido de la actitud natural de la fenomenología—.



La pandemia por coronavirus, así como las medidas adoptadas por los gobiernos para ralentizar su propagación, configuraron un escenario que parecía especialmente propicio para el diario. En efecto, un fenómeno sanitario, económico, social y político a gran escala, que exponía a vastos sectores de la población en todos los países a la desocupación, la pobreza, la soledad, la enfermedad o la muerte,

en medio de unas medidas de confinamiento o de cuarentena en muchos lugares inflexibles, bien podía conducir a que, como sucedió con otras catástrofes del pasado, se despertara el ánimo por el diario como un lugar de registro tanto como de reflexión en la intimidad de las existencias. No sucedió exactamente así. El diario dentro de los cánones más reconocidos no se hizo visible y fue difícil encontrar a alguien que admitiera la rutina. Las razones pueden ser muchas: desde la escasa ascendencia de la rutina en nuestro medio, pasando por la inexistencia de las condiciones socio-históricas que la hacen posible, hasta la simple imposibilidad física de un compromiso con la intimidad desnuda en medio de unos entornos familiares con espacios reducidos, muchas veces sobreocupados o sobreexigidos por el trabajo, con una proliferación de mediaciones tecnológicas que más que empujar a una conciencia del discurrir buscan distraerla con la entretención o la diversión. Aunque no puede desconocerse que la invisibilidad de la práctica, en distintas circunstancias, también tuvo que ver con su propio carácter íntimo o privado.

En sustitución del diario escrito aparecieron otros. En algunos medios de comunicación, sobre todo la prensa impresa, se decidió incorporar una suerte de diario de la pandemia, habitualmente delegado a periodistas reconocidos o a escritores destacados, que, no obstante, pese a su periodicidad diaria, parecía menos destinado a dar cuenta sin máscaras de la cotidianidad inmediata y más a crear una versión del día a día al margen de los estados emocionales, afectivos o sentimentales de sus autores. Cuando algunos de estos diaristas involucraron sus estados inmediatos, más por cuenta de su temperamento que por las circunstancias de la rutina en medio de la pandemia, los periódicos decidieron llamarlo a la morigeración, proponer el espacio a otros escritores o simplemente suspenderlo. De una u otra manera se le exigía a al diarista corrección política o cuando menos sensatez respecto a temas álgidos como el carácter de la pandemia o la pertinencia de las medidas gubernamentales, corrección o sensatez que, indispensables para la noticia, la información o la opinión periodística, están totalmente al margen de cualquier diario auténtico. Un diario en medio de una pandemia no tiene forma de constituirse en un género para el periodismo.

Hubo, eso sí, una expansión sin precedentes del diario *online*. Como lo refiere *The Conversation*, una búsqueda en Google con base en el término *Coronavirus diary* arrojó un total de 910 000 resultados, lo que efectivamente advierte que la pandemia desató el interés de gentes alrededor del mundo por dejar registrado en medios virtuales su experiencia en medio del confinamiento. Los medios preferidos para llevar o seguir estos diarios fueron espacios como Youtube, así como las plataformas que fueron habilitadas por diferentes medios de comunicación, como, por ejemplo, la BBC de Londres<sup>8</sup>. Una revisión a diferentes muestras de diarios




---

8 <https://theconversation.com/note-to-self-a-pandemic-is-a-great-time-to-keep-a-diary-plus-4-tips-for-success-144063>  
<https://theconversation.com/lockdown-diaries-the-everyday-voices-of-the-coronavirus-pandemic-138631>

*online* audiovisuales deja ver el interés de las personas por registrar la cotidianidad de la pandemia, pero también, en otros casos, el interés de registrar las actividades que las gentes organizaban premeditadamente para pasar los días de confinamiento. Hay casos en los que se presenta un interés por mantener las fechas para garantizar en el registro el sentido del discurrir, aunque también hay casos donde la periodicidad no juega un papel importante o simplemente no se cuenta con periodicidad alguna. En suma, es recurrente en estos diarios que la narración sea el resultado espontáneo de la exposición audiovisual más que de una orientación del relato desde la situación particular del sujeto. Obviamente, los diarios tienden a comprometer a la familia o los cercanos.

En definitiva, la pandemia por coronavirus es la primera en la historia de la humanidad registrada casi minuto a minuto por las tecnologías de la información y la comunicación soportadas en la internet. Sin duda este registro resultó fundamental para concienciar en tiempo récord a miles de millones de personas sobre diferentes asuntos, como la naturaleza de la enfermedad, el comportamiento del virus, las medidas de bioseguridad, los alcances de la vacuna y las formas de inmunización masiva. También para cubrir el impacto de las medidas gubernamentales, las reacciones de las gentes, la catástrofe sanitaria, social y económica y las reacciones de protesta en medio de la profundidad de la crisis.

En medio de este registro, se produjo una documentación monumental de la pandemia que, sin duda, será determinante para quienes en el futuro quieran estudiarla como fenómeno sanitario, social, económico, cultural y político. Dentro de esa documentación monumental hay cientos de miles de diarios, unos en la lógica clásica, otros en la lógica digital o virtual, que tienen en medio no la reflexión solipista de los individuos ni la exposición cruda de los hechos, sino, precisamente, la reflexión del sujeto sobre su inmersión en medio de unos hechos tan complejos como los que hemos vivido en los últimos dos años. Este registro diarístico será fundamental para interrogar los anclajes más profundos de la crisis por la pandemia en las existencias de las gentes, en sus cotidianidades, en sus prácticas y en sus expectativas de futuro.



## Referencias

- Alberca, M. (1996). El pacto ambiguo. *Boletín de la Unidad de Estudios Biográficos*, (1), 9-18.
- Arciniegas, G. (1956). Los cuadros de costumbres y las malas costumbres. *Revista Iberoamericana*, 21(41-42), 245-259.
- Arenal, E. y Schlauf, S. (1994). El convento colonial mexicano como recinto intelectual. En J. Ortega y J. Amor y Vázquez (eds.), *Conquista y contraconquista. La escritura del Nuevo Mundo* (pp. 279-288). El Colegio de México y Brown University.
- Auerbach, E. (2015). *Mimésis. La représentation de la réalité dans la littérature occidentale*. Éditions Gallimard.
- Beaulieu, A. (2017). Vectors for fieldwork: computational thinking and new modes of ethnography. En L. Hjorth et al. (eds.), *The Routledge Companion to Digital Ethnography* (pp. 29-39). Routledge.
- Beltrán, L. (2011). Novela y diario. En L. Rodríguez y D. Pérez (eds.), *El diario como forma de escritura y pensamiento en el mundo contemporáneo* (pp. 9-20). Institución Fernando El Católico.
- Ben-Amos, B. (2020). On Holocaust diaries. En B. Ben-Amos y D. Ben-Amos (eds.), *The diary. The epic of everyday life* (pp. 364-382). Indiana University Press.
- Ben-Amos, B. y Ben-Amos, D. (2020). Introduction. En B. Ben-Amos y D. Ben-Amos (eds.), *The diary. The epic of everyday life* (pp. 1-22). Indiana University Press.
- Benjamin, W. (2017). Diario de Wengen. En *Walter Benjamin. Obras Libro VI. Fragmentos de contenido misceláneo* (pp. 331-342). Abada Editores.
- Blouin, F. y Rosenberg, W. (2011). *Processing the past. Contesting authority in history and the archives*. Oxford University Press.
- Bourdieu, P. (1986). L'illusion biographique. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, (62-63), 69-72.
- Bourdieu, P. (1997). *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Editorial Anagrama.
- Braud, M. (2020). The diary in France and French-speaking countries. En B. Ben-Amos y D. Ben-Amos (eds.), *The diary. The epic of everyday life* (pp. 88-104). Indiana University Press.
- Brunner, J. y Weisser, S. (1995). La invención del yo: la autobiografía y sus formas. En D. Olson y N. Torrance (comps.), *Cultura escrita y oralidad* (pp. 177-202). Editorial Gedisa.
- Buford, L. (2020). A journey through two decades of online diary community. En B. Ben-Amos y D. Ben-Amos (eds.), *The diary. The epic of everyday life* (pp. 425-440). Indiana University Press.



- Bunkers, S. (2020). The complicated publication history of the Diaries of Anne Frank. En B. Ben-Amos y D. Ben-Amos (eds.), *The diary. The epic of everyday life* (pp. 147-162). Indiana University Press.
- Cabanès, J. L. (2009). L'écrivain et ses travaux au miroir des journaux intimes. En P-J. Dufief (dir.), *Les journaux de la vie littéraire* (pp. 33-46). Presses Universitaires de Rennes.
- Cano, A. (1987). El diario en la Literatura. Estudio de su tipología. *Anales de filología hispánica*, (3), 53-60.
- Canovas, R. (1994). Úrsula Suárez (monja chilena, 1666-1749): la autobiografía como penitencia. En J. Ortega y José Amor y Vázquez (eds.), *Conquista y contraconquista. La escritura del Nuevo Mundo* (pp. 427-439). El Colegio de México y Brown University.
- Cardell, K. (2020). Feminist interpretation of the diary. En B. Ben-Amos y D. Ben-Amos (eds.), *The diary. The epic of everyday life* (pp. 39-57). Indiana University Press.
- Carter, K. (2020). From puritans to fitbit: self-improvement, self-tracking, and how to keep a diary. En B. Ben-Amos y D. Ben-Amos (eds.), *The diary. The epic of everyday life* (pp. 399-410). Indiana University Press.
- Causey, A. (2017). *Drawn to see. Drawing as an ethnographic method*. University of Toronto Press.
- Clifford, J. (1986). Introduction: Partial truths. En J. Clifford y G. Marcus (eds.), *Writing culture. The poetics and politics of ethnography* (pp. 1-26). University of California Press.
- Clifford, J. (1995). Sobre la autoridad etnográfica. En *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva postmoderna* (pp. 39-77). Editorial Gedisa.
- Collins, P. y Gallinat, A. (2010). The ethnographic self as resource: an introduction. En P. Collins y A. Gallinat (eds.), *The ethnographic self as resource. Writing memory and experience into ethnography* (pp. 1-22). Berghahn Books.
- Colombi, B. (2006). El viaje y su relato. *Revista Latinoamérica*, (43), 11-35.
- Colón, C. (2003). *Diario de a bordo [1492 – 1503]*. Dastin Editores.
- Conquergood, D. (2002). Performance studies: interventions and radical research. En *The Drama Review*, 46(2), 145-146.
- Cortés, C. (2014). El diario como práctica narrativa y visual. *Corpografías. Estudios críticos de y desde los cuerpos*, 1(1), 44-60.
- Cuéllar, L. (2014). Territorios en papel: las guías de forasteros en Hispanoamérica. *Fronteras de la Historia*, 19(2), 176-201.



- Cuéllar, L. (2019). Hacia una definición y caracterización de las guías de forasteros en América hispana, 1761-1893. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 46(1), 85-122.
- Culley, M. (1985). Introduction. M. Culley (ed.), *A day at a time. The diary literature of American Women from 1764 to the present* (pp. 1-29). The Feminist Press.
- De Laat, P. (2008). Online diaries: reflections on trust, privacy, and exhibitionism. *Ethics and information technology*, (10), 57-69.
- De Man, P. (1991). La autobiografía como desfiguración. *Anthropos. Boletín de información y documentación*, (29), 113-118.
- Debaene, V. (2010). *L'adieu au voyage. L'éthnologie française entre science et littérature*. Éditions Gallimard.
- Defoe, D. (2020). *Diario del año de la peste*. Impedimenta.
- Doll, D. (2020). British diary canon formation. En B. Ben-Amos y D. Ben-Amos (eds.), *The diary. The epic of everyday life* (pp. 75-87). Indiana University Press.
- Draaisma, D. (2000). *Metaphors of memory. A history of ideas about the mind*. Cambridge University Press.
- Elliot, D. y Culhane, D. (Eds.). (2017). *A different kind of ethnography. Imaginative practices and creative methodologies*. University of Toronto Press.
- Fabian, J. (2019). *El tiempo y el otro. Cómo construye su objeto la antropología*. Universidad de los Andes y Universidad del Cauca.
- Ferris Motz, M. (2020). Sharing secrets in Nineteenth-Century America. En B. Ben-Amos y D. Ben-Amos (eds.), *The diary. The epic of everyday life* (pp. 261-273). Indiana University Press.
- Fortun, F., Fortun, K. y Marcus, G. E. (2017). Computers in/and anthropology: the poetics and politics of digitization. En L. Hjorth et al. (eds.), *The Routledge companion to digital Ethnography* (pp. 11-20). Nueva Routledge.
- Franceschi, Z. A. (2006). Franz Boas e Bronislaw Malinowski: il diario e la lettere dal campo. En B. Tarozzi (ed.), *Giornate particolari. Diari, memorie e cronache* (pp. 11-20). Ombre Corte e Università degli Studi di Verona.
- Gallego, A. et al. (2016). Diarios latinoamericanos. Teorías del género. En A. Gallego et al. (eds.), *Diarios latinoamericanos del siglo XX* (pp. 9-18). Ediciones Peter Lang.
- Geertz, C. (1989). *El antropólogo como autor*. Ediciones Paidós.
- Gómez Cruz, E. (2017). The (be)coming of selfies. Revisiting an *Onlife* Ethnography on digital photography practices. En L. Hjorth et al. (eds.), *The Routledge Companion to Digital Ethnography* (pp. 300-307). Routledge.



- González, A. (2017). El diario: la escritura autobiográfica en su dimensión sociocultural y sus posibilidades cognoscitivas y creativas. *La Palabra*, (30), 151-167.
- Hartog, F. (2007). *Vidal-Naquet, historien en personne. L'homme-mémoire et le moment-mémoire*. Éditions La Découverte.
- Heider, K. (1975). What do people do? Dani auto-ethnography. *Journal of Anthropological Research*, (31), 3-17.
- Hellbeck, J. (2020). The Stalin-Era diary. En B. Ben-Amos y D. Ben-Amos (eds.), *The diary. The epic of everyday life* (pp. 348-363). Indiana University Press.
- Henderson, D. (2020). Digitized diary archives. En B. Ben-Amos y D. Ben-Amos (eds.), *The diary. The epic of everyday life* (pp. 163-175). Indiana University Press.
- Hierro, M. (1999). La comunicación callada de la literatura: reflexión teórica sobre el diario íntimo. *Mediatika. Cuadernos de medios de comunicación*, (7), 103-127.
- Hirsch, M. y Spitzer, L. (2010). The witness in the archive. Holocaust studies / Memory studies. En S. Radstone y B. Schwarz (eds.), *Memory. Histories, theories, debates* (pp. 390-405). Fordham University Press.
- Hirsch, M. y Spitzer, L. (2012). Testimonial objects. En M. Hirsch, *The generation of postmemory. Writing and visual culture after the Holocaust* (pp. 177-199). Columbia University Press.
- Hochman, B. (2014). *Savage preservation. The ethnographic origins of modern media technology*. University of Minnesota Press.
- Jackson, J. (1995). Déjà entendu. The liminal qualities of anthropological field-notes. En J. van Maanen (ed.), *Representation in ethnography* (pp. 36-78). Sage Publications.
- Jay, M. (1993). *Downcast eyes. The denigration of vision in Twentieth-century French Thought*. University of California Press.
- Kagle, S. (2020). The American diary canon. En B. Ben-Amos y D. Ben-Amos (eds.), *The diary. The epic of everyday life* (pp. 105-125). Indiana University Press.
- Katz, K. (2020). Writing the self, writing history in Palestine. En B. Ben-Amos y D. Ben-Amos (eds.), *The diary. The epic of everyday life* (pp. 247-260). Indiana University Press.
- Kuhn, A. (2000). A journey through memory. En S. Radstone (ed.), *Memory and methodology* (pp. 179-196). Berg.
- Kurvet-Käosaar, L. (2020). Estonien women's deportation diaries. En B. Ben-Amos y D. Ben-Amos (eds.), *The diary. The epic of everyday life* (pp. 383-396). Indiana University Press.



- Landis, K. y Macaulay, S. (2017). *Cultural performance. Ethnographic approaches to performance studies*. Macmillan International.
- Leaks, N. (2003). Darwin's 'Second Sun': Alexander von Humboldt and the genesis of *The Voyage of the Beagle*. En H. Small y T. Tate (eds.), *Literature, science, psychoanalysis, 1830-1970. Essays in honour of Gillian Beer* (pp. 383-396). Oxford University Press.
- Lejeune, P. (1991). El pacto autobiográfico. *Suplementos Anthropos*, (8), 47-61.
- Lejeune, P. (2009). *On diary*. University of Hawai'i Press.
- Lejeune, P. y Bogaert, C. (2020). The practice of writing a diary. En B. Ben-Amos y D. Ben-Amos (Eds.), *The diary. The epic of everyday life* (pp. 25-38). Indiana University Press.
- Lepenes, W. (1994). *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*. Fondo de Cultura Económica.
- Lipstadt, D. (1994). *Denying the Holocaust. The growing assault on truth and memory*. A Plume Book.
- Llavadot, M. (2001). La confesión, género literario: la escritura y la vida. *Papeles del Seminario María Zambrano*, (3), 60-67.
- Luque, A. (2016). El diario personal en la literatura: teoría del diario literario. *Castilla. Estudios de Literatura*, (7), 273-306.
- Luque, A. (2018). La construcción del espacio íntimo en el diario literario. *Signa. Revista de la Asociación Española de Semiótica*, (27), 745-768.
- Luque, A. y Braud, M. (2020). El establecimiento del diario personal en el sistema literario: el diario literario en Francia y España. *Revista de Literatura*, 828(164), 347-373.
- Lyon-Caen, J. (2016). Le 'je' et le baromètre de l'âme. En A. Corbin (dir.), *Histoire des émotions. 2. Des Lumières à la fin du XIXe siècle* (pp. 169-188). Éditions de Seuil.
- Malaver, R. (2003). De la oralitura al etnotexto: un ejemplo de aplicación. *Revista Enunciación*, 8(1), 27-43.
- Malinowski, B. (1989). *Diario de campo en Melanesia*. Ediciones Júcar.
- Malinowski, B. (2000). *Los argonautas del Pacífico Occidental. Comercio y aventura entre los indígenas de la Nueva Guinea Melanesica*. Península.
- Nicolson, M. (1990): Alexander von Humboldt and the geography of vegetation. En A. Cunnigham y N. Jardine (eds.), *Romanticism and the sciences* (pp. 169-185). Cambridge University Press.
- Nieto, M. (2000). *Remedios para el imperio. Historia natural y la apropiación del Nuevo Mundo*. Instituto Colombiano de Antropología e Historia.



- Niño, H. (1998). El etnotexto: voz y actuación de la oralidad. *Revista de Crítica Literaria*, 24(47), 109-121.
- Oliver, J. C. (2015). El dibujo de descubridores, exploradores y colonizadores. En L. Cabezas e I. López (coords.), *Dibujo y profesión 3. Dibujo y territorio. Cartografía, topografía, convenciones gráficas e imagen digital* (pp. 187-216). Cátedra.
- Oliver, J. C. (2016). El dibujo en las grandes expediciones científicas. En L. Cabezas e I. López (Coords.), *Dibujo y profesión 4. Dibujo científico. Arte y naturaleza, ilustración científica, infografía, esquemática* (pp. 113-143). Cátedra.
- Pachet, P. (1990). *Les baromètres de l'âme. Naissance du journal intime*. Éditions Hatier.
- Petrucci, A. (1999). Escrituras de la memoria y memorias de lo escrito. Del orden de los objetos escritos al desorden de la escritura virtual. En *Alfabetismo, escritura y sociedad* (pp. 290-299). Gedisa.
- Picard, H. (1981). El diario como género entre lo íntimo y lo público. *Anuario de la Sociedad Española de Literatura General y Comparada*, (4), 115-122.
- Pink, S. (2009). *Doing sensory ethnography*. Sage Publications.
- Pink, S. et al. (2016). *Etnografía digital. Principios y prácticas*. Morata.
- Porter-Abbott, H. (1982). Diary fiction. *Orbis litterarum*, (37), 12-31.
- Rak, J. (2020). The diary among other forms of life writing. En B. Ben-Amos y D. Ben-Amos (eds.), *The diary. The epic of everyday life* (pp. 58-72). Indiana University Press.
- Reed-Danahay, D. (1997). Introduction. En D. Reed-Danahay (ed.), *Auto/Ethnography. Rewriting the self and the social* (pp. 1-17). Berg.
- Reina, C. (Ed.). (2021). *Crónicas de una pandemia*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso); Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Reina, C. y Serna-Dimas, A. (eds.). (2021). *Memorias de una pandemia. Archivo testimonial [Antología]*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso); Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Rettberg, J. (2020). Online diaries and blogs. En B. Ben-Amos y D. Ben-Amos (eds.), *The diary. The epic of everyday life* (pp. 411-424). Indiana University Press.
- Riart Arnalot, O. (2020). Diarios personales de combatientes como fuente para el estudio de la Guerra Civil española. *Revista de Historia Contemporánea*, (20), 213-233.
- Riccio, A. (1994). La autobiografía de la Madre Josefa del Castillo. En J. Ortega y José Amor y Vázquez (eds.), *Conquista y contraconquista. La escritura del Nuevo Mundo* (pp. 325-333). El Colegio de México y Brown University.



- Rodríguez, L. P. y Pérez, D. (eds.). (2011). *El diario como forma de escritura y pensamiento en el mundo contemporáneo*. Institución Fernando El Católico.
- Rodríguez-Arenas, F. M. (1994). El desierto prodigioso y prodigio del desierto o Contrarreforma y Barroco en la Nueva Granada. En J. Ortega y J. Amor y Vázquez (eds.), *Conquista y contraconquista. La escritura del Nuevo Mundo* (pp. 335-342). El Colegio de México y Brown University.
- Rubio, V. (2011). Express yourself: los blogs, o el diario en la lógica cultural del capitalismo multinacional. En L. Rodríguez y D. Pérez (eds.), *El diario como forma de escritura y pensamiento en el mundo contemporáneo* (pp. 31-46). Institución Fernando El Católico.
- Sapiro, G. (2011). *La responsabilité de l'écrivain. Littérature, droit et morale en France (XIXe-XXIe siècle)*. Éditions de Seuil.
- Santa Teresa de Jesús (1977). Cuentas de conciencia. *Obras completas de Santa Teresa de Jesús* (pp. 451-488). Biblioteca de Autores Cristianos.
- Sarlo, B. (2006). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Siglo Veintiuno Editores.
- Serna-Dimas, A. (2014). Amor salvaje. Tempestades en el relato etnográfico. En A. Serna-Dimas (ed.), *Promesa recóndita. Relatos sobre la cultura y el amor romántico* (pp. 43-83). Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Serna-Dimas, A. (2014a). Testimonio y contingencia, archivo y permanencia. Oralidad, memoria y archivo en cuestiones de derechos humanos. *Revista Esfera*, 4(1), 4-39.
- Serna-Dimas, A. (2021). Archivo, testimonio, pandemia. En C. Reina y A. Serna-Dimas (eds.), *Memorias de una pandemia. Archivo testimonial [Antología]* (pp. 21-37). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso); Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Simonet-Tenant, F. (2020). The contemporary personal diary in France. En B. Ben-Amos y D. Ben-Amos (eds.), *The diary. The epic of everyday life* (pp. 231-246). Indiana University Press.
- Smith, L. (2020). Diary and narrative: french soldiers and World War I. En B. Ben-Amos y D. Ben-Amos (eds.), *The diary. The epic of everyday life* (pp. 333-347). Indiana University Press.
- Steinitz, R. (2011). *Time, space, and gender in the Nineteenth-century British Diary*. Palgrave Macmillan.
- Strain, E. (2003). *Public places, private journeys. Ethnography, entertainment, and the Tourist Gaze*. Rutgers University Press.
- Swanson, G. (2000). Memory, subjectivity and intimacy: the historical formation of the modern self and the writing of female autobiography. En S. Radstone (ed.), *Memory and methodology* (pp. 111-132). Berg.



- Toro, D. (2014). Oralitura y tradición oral. Una propuesta de análisis de las formas artísticas orales. *Revista Lingüística y Literatura*, (65), 239-256.
- Trubek, A. (2016). *The history and uncertain future of handwriting*. Bloomsbury.
- Tyler, S. (1986). Post-modern ethnography: from document of the occult to occult document. En J. Clifford y G. Marcus (eds.), *Writing culture. The poetics and politics of ethnography* (pp. 122-140). University of California Press.
- Van Maanen, J. (1995). An end to innocence: the ethnography of ethnography. En J. van Maanen (ed.), *Representation in ethnography* (pp. 1-35). Sage Publications.
- Van Maanen, J. (2011). *Tales of the field. On writing ethnography*. The University of Chicago Press.
- Vera-León, A. (1989). Montejo, Barnet, el cimarronaje y la escritura de la historia. *Inti. Revista de Literatura Hispánica*, (29), 3-16.
- Villoro, J. (2002). El pasado que será. El diario como forma narrativa. *Letras Libres*, (6), 30-35.
- Wachowska, J. (2001). En torno al género literario de la confesión. *Studia Romanica Posnaniensia*, (28), 177-187.
- Walde, E. (2007) El 'Cuadro de Costumbres' y el proyecto hispánico-católico de unificación nacional de Colombia. *Revista Arbor. Ciencia, pensamiento y cultura*, 183(724), 243-253.
- Wieviorka, A. (2013). *L'ère du témoin*. Éditions Pluriel.
- Youngs, T. (2020). British and North American travel writing and the diary. En B. Ben-Amos y D. Ben-Amos (eds.), *The diary. The epic of everyday life* (pp. 179-194). Indiana University Press.
- Zambrano, M. (1995). *La confesión: género literario*. Siruela.
- Zheng, A. et al. (2020). Self-presentation on social media: When self-enhancement confronts self-verification. *Journal of Interactive Advertising*, 20(3), 289-302.



**SEGUNDA PARTE**  
**DIARIOS TESTIMONIALES DE LA PANDEMIA**





# Una pandemia y dos formas distintas de vivirla y percibirla

Nhasly Vásquez

Melbourne, Australia

(4 de septiembre del 2020)

## La aventura de ir al otro lado del mundo

Soy colombiana, tengo treinta años y estoy aquí en Melbourne, Australia, hace alrededor de tres años. Tomé la decisión... Yo trabajaba como ejecutiva de cuenta en una agencia de publicidad en Colombia y en ese momento me quedé sin trabajo, entonces pues en la búsqueda de un nuevo trabajo y explorar como nuevas opciones, como que decidí aventurarme. Yo dije como: “Bueno, quiero como salir del país y tener una experiencia diferente”. Entonces en ese momento tenía un conocido que se había venido para Australia, me quedó como sonando la idea y ahí empecé a revisar y eso. Aparte mi nivel de inglés no era muy bueno, entonces dije: “Pues bueno, vamos a aventurarnos”.

Me vine para acá con mi esposo. Al principio fue un poco difícil por el idioma, fue difícil comunicarse con otras personas. Aparte de eso, llegamos a vivir aquí en una casa de familia de Filipinas, entonces la comunicación era... O sea, tenía que ser en inglés y pues nosotros sin inglés, al principio fue muy complicado. Pero aparte de eso, ellos fueron muy bonitas personas con nosotros, entonces como que nos colaboraron mucho con las indicaciones, el transporte... Porque, claro, uno llega acá y es otro cuento.

Al principio llegué a trabajar limpiando casas, luego empecé a trabajar en un restaurante que es donde actualmente trabajo. Entonces, bueno, pues inmediatamente nosotros empezamos a estudiar. Acá igual te encuentras muchos latinos, mucho colombiano, entonces también esas personas te colaboran con las cosas



que uno al principio no sabe, [como] en dónde buscar trabajo, el transporte... Al principio a mí me parecía complicado entender cómo moverme en la ciudad, pues uno llega de ceros. Pero también, la gente en general acá, en mi percepción, es muy amable; los Australianos son muy bonitas personas, muy amables. O sea, se entiende que llega mucho latino, mucha persona que no habla inglés, entonces ellos como que hacen todo lo posible para colaborarte y así tratan de solucionararte y te indican. Te colaboran un montón. Eso me parece muy bonito de acá.

Y pues aparte, uno tiene en su pensamiento una cosa muy... Con lo que siempre vives en Colombia, entonces tienes una forma de pensar y llegas acá y ves tantas culturas, tantas formas de vivir, o sea las costumbres de tantas culturas. Entonces como que también rompes esa barrera que tienes como de criticar, de estar pendiente qué dice el otro, de las formas de vivir de todos, como que aprendes a respetar un montón esa parte.

La familia de Filipinas, ellos vivían un poco lejos de donde nosotros estábamos estudiando. Acá es muy fácil que vivas cerca de donde estás estudiando, aparte el transporte es un poco costoso, pero es un muy buen transporte, entonces digamos que es muy organizado. Por eso decidimos movernos, pues como por facilidad. Duramos con esa familia dos o tres meses, creo, y decidimos movernos por lo mismo, por la distancia y porque en ese momento mi esposo consiguió un trabajo que quedaba en el otro extremo.

Ahí ya tuvimos la facilidad de conseguir un apartamento pequeño, porque aquí también al principio es difícil conseguir un apartamento, conseguir un arriendo, porque pues te piden muchos papales, te piden obviamente los ingresos, la estabilidad que tengas acá. No es fácil conseguir una propiedad para uno solo, entonces de por sí lo que uno hace es llegar a compartir con otras personas. Normalmente hay una página que se llama Colombianos en Melbourne en Facebook, entonces ahí postean. O hay otras páginas y buscas y rentan habitaciones. Pero pues también es un poco incómodo. Yo no llegué a vivir ahí, pero sí hay muchos casos que digamos la gente se aprovecha —en un apartamento de dos habitaciones meten, no sé, cuatro o cinco personas en cada habitación—. Entonces eso también es como un negocio ¿no? Pero nosotros, afortunadamente, llegamos fue a la casa de la familia de Filipinas, entonces como que con ellos sí fue una casa familiar, llegamos a tener nuestro propio cuarto y ya después pudimos conseguir el lugar que queríamos para los dos. Actualmente, estamos viviendo con otra pareja de colombianos, que son unos amigos de Colombia, ya los conocíamos de Colombia, entonces estamos los cuatro viviendo en un apartamento.



Al principio pues uno siente un poco de... O sea, es que uno se angustia mucho, como que se preocupa mucho porque aquí, pues obviamente, uno viene con pesos y acá es dólar. El tema del dinero, al principio, es como angustiante mientras uno consigue trabajo. Entonces al principio es como esa preocupación. Pero realmente yo siempre me he sentido muy feliz y muy tranquila acá, o sea, claramente siempre hace falta la familia, porque pues uno, o yo soy una persona muy familiar,

entonces esa parte sí es un poco difícil. Pero yo siento que la palabra “calidad de vida” me cambió ese concepto totalmente. Como que en Colombia no tenía tiempo, me la pasaba trabajando, a veces podía trabajar hasta sábado y domingo, salía de mi casa siete de la mañana y podía llegar a la una de la madrugada, o sea era todo el día en el trabajo. En cambio, acá como que empiezas a trabajar, pero trabajas pocas horas, tienes lo suficiente, no tienes que endeudarte y tienes para estar bien.

Y aparte de eso, la sensación de que no está todo el mundo pendiente de cómo estas, cómo te vistes, qué haces... Tú vas a cualquier lugar, a una tienda, la gente te recibe bien en su mayoría —obviamente hay excepciones—. A la gente se le nota esa alegría; así estés atendiendo una tienda, sientes que la gente es muy amable. Entonces como que uno aprende es que como que en Colombia uno está apurado todo el tiempo, como tan preocupado por la plata. En cambio, acá como que tienes esa tranquilidad del dinero, no estás en ese estrés. Aparte el estrés que te genera el transporte en Bogotá es terrible, subirte a un Transmilenio a las siete de la mañana, ahí tú ya llegas demasiado estresado, de mal genio, ya se te daña el día. En cambio, acá empiezas tu día, de por sí uno se puede demorar... O sea, hasta puedes vivir cerca de donde trabajas o pues ya a tu gusto. Si vives más lejos te puedes demorar entre veinte o treinta minutos, pero es un transporte que te puedes ir sentado, a veces está desocupado. Y las horas que son muy llenas, de todas maneras, la gente es muy tranquila, entras y no hay empujones. Entonces como que tu día empieza tranquilo, tú vas con esa tranquilidad.

Y obviamente el tema de la seguridad porque pues este es un país del primer mundo. No es que no pasen cosas, pero pues tú puedes ir con tu celular tranquilo en la calle, no tienes que estar pendiente de tu maleta. Eso te da una tranquilidad que yo digo: “Eso vale mucho para mí”. Entonces yo me siento muy feliz y muy tranquila. Si me dan ganas de volver es por mi familia, pero normalmente como del estilo de vida que tengo aquí me siento muy feliz acá.

## Al principio se creía que era una simple gripa

Como a principios de enero fue que se empezó a escuchar lo del coronavirus, pero pues realmente al principio no fue como tan relevante... O sea, lo que recuerdo, más o menos, los australianos sí fueron como un poco más cuidadosos, como que empezaron a usar tapabocas... Bueno, uno de latino sí es más de contacto, ¿no? De abrazarse, de saludar de beso. En cambio, ellos sí son un poco más distantes.

Pero pues al principio uno pensaba como: “Es una gripa”. O sea, no es tan trascendental. Y bueno, empezó a pasar que los supermercados empezaron a quedarse sin papel higiénico, sin enlatados. Pero pues en ese momento, en mi percepción, yo sentía que era muy exagerado, pero eso sí fue como la primera reacción, lo más pronto que se vio antes de que se pronunciaran o dijeran algo exactamente de lo que iba a pasar.



Al principio se tomaron las medidas de higiene. Y yo que trabajo en un restaurante era más del lavado de manos. Nos pidieron, obviamente a nosotros que somos de saludar de abrazo y eso, que mantuviéramos la distancia. Pero igual el restaurante donde yo trabajo se llena bastante, la gente seguía llegando... Se llenaba bastante, no era como que estuviesen tomando medidas. Después, creo que eso fue en marzo, que ya se empezó a poner más serio y ya tomaron medidas. Aquí lo dividieron como en fases, entonces la primera fase fue como que cerraron los restaurantes ¿qué más cerraron? No recuerdo... Los bares, los cines, sí... Fue eso, los lugares públicos. Pues en mi caso me quedé sin trabajo porque cerraron el restaurante, entonces ahí fue bastante complejo. Pero mi esposo sí seguía trabajando, entonces fue esa tranquilidad que por lo menos lo que necesitamos para comer y el arriendo lo podíamos sustentar con el trabajo de él. Pero muchas personas, obviamente muchos latinos, creo que mucha gente que acababa de llegar la pasó mal. Entonces sí fue un poco traumático porque pues llegaron y empezaron a acabarse las ofertas laborales.

La otra fase fue cuando empezaron a avisar que iban a cerrar el aeropuerto. Entonces ya empezaron con lo de los quince días: las personas que llegaban tenían que mantenerse quince días encerrados. Si llegaban a una casa, digamos si alguien llegaba a mi casa, las personas que vivíamos ahí no podíamos salir tampoco. Teníamos que encerrarnos todos quince días. Entonces también empezó el susto. Nadie quería recibir la gente que llegaba. Las escuelas, en ese momento, fue como a decisión... Seguían abriendo, pero ya era decisión de los padres. Sí era muy necesario recomendar mandar a los niños a las casas... Pero, si lo necesitaban, como que igual iban a seguir dándoles el servicio.

## Reaccionar rápido, pero no afectar la economía

Para mí, al principio como que trataron de reaccionar como rápido, pero no afectaron tanto los negocios. Siento que se preocuparon por mantener un poco la economía y al principio les funcionó. Como que hubo un momento que se empezaron a manejar los números... O sea, como para principios de junio se manejaba el tema manteniendo esas medidas del aeropuerto cerrado, los lugares públicos cerrados... Pero digamos, los centros comerciales seguían funcionando normal. O sea, se podía salir e ir a comprar ropa. Para los supermercados no había ninguna restricción como esas de que solo fuera una persona o que solo saliera una persona de la casa. No, en ese momento no había esas restricciones. Entonces al principio les dio resultado, porque a principios de junio ya los números de los infectados habían bajado un montón, ya se reportaban como entre cinco o diez personas al día. ¡Ah bueno! Los restaurantes estaban solo con domicilios. Como en esos dos meses que tomaron esas medidas, permitieron que los restaurantes solo hicieran domicilios.

El Gobierno empezó a ofrecer ayudas, pero al principio fue solo para los australianos —obviamente pues tienen que darles prioridad a los australianos—. Entonces



salió algo que fue el *jobkeeper*. Entonces las personas a las que se les había disminuido las horas de trabajo les empezaron a dar un sueldo, mil doscientos dólares quincenal. Digamos que en el caso del restaurante aplica con su personal, pero australiano, y el Gobierno les da a ellos un sueldo que hasta el momento sigue funcionando así. Entonces por eso el restaurante y los negocios se siguen manteniendo. No sé si las pequeñas empresas funcionen igual, pero digamos en ese caso... En general eso es para todas las empresas. Es para todos.

Ya después, obviamente aquí hay mucho extranjero, los estudiantes pidiendo qué ayudas nos iban a dar, porque pues no había ninguna ayuda para nosotros. Las ayudas que nos dieron fueron: los que llevamos mucho tiempo y tenemos la pensión en el fondo de pensión —que aquí se llama *Superannuation*—, podíamos acceder hasta cierto valor, podíamos pedir que nos dieran ese dinero. Pero pues tenía algunos requisitos: que llevaras un tiempo acá, no recuerdo bien los requisitos... Pero digamos, yo en ese caso, pude acceder. Pero si alguien llevaba menos tiempo o no estaba empleado, pues no. No tenía de donde sacar.

A mí me ofrecieron otra ayuda después: daban mil doscientos dólares a los estudiantes que habían perdido sus trabajos. Pero lo mismo, tenía algunos requisitos: como que hubieses llegado antes de junio de este año, que hubieses estado empleado antes de marzo... Y era solo un pago, te lo daban solo una vez. Pero en mi caso, yo tengo visa de pareja, entonces la condición de mi visa es que mi esposo estudia y yo solo trabajo. Entonces como yo no estoy estudiando ese era uno de los requisitos de esa ayuda, entonces yo no pude aplicar a esa ayuda. Otra ayuda fue para la renta: dan otro valor específico para ayudarte con la renta y para los servicios. Pero todo tiene que ser sustentado con documentos: que se te han disminuido los ingresos, el tiempo que llevas acá, el tiempo de tu visa, bueno... Esas han sido las ayudas respecto a nosotros.

## Las restricciones mayores y el temor los estamos viviendo ahora

En junio empezaron a activar las cosas. Como que ya empezaron a ver que estaban reflejándose buenos números, entonces ya empezaron a abrir los lugares públicos y dejaban entrar solo veinte personas, tenía que ser con distancias específicas —obviamente con toda la seguridad, la limpieza—. Bueno, creo que eso duró como dos semanas y empezaron a subirse otra vez los casos. Entonces empezaron a devolverse otra vez porque ya empezaban a aumentarse; ya empezaban veinte o cincuenta casos por día. Entonces tuvieron que devolverse, volver y cerrar los lugares públicos. Y en este punto, ya en este momento como estamos, cerraron otra vez los restaurantes, solo domicilios. A los supermercados solo puede ir una persona del hogar y hacer mercado. Cerraron los centros comerciales y solo podemos salir a cuatro cosas indispensables que son: la comida, se puede salir a ejercitar una hora diaria, a trabajar y pues por cosas de salud. Esas son las únicas cosas por las que podemos salir.



O sea que el confinamiento, por ejemplo, que allá en Colombia se dio a mediados de marzo —que tenían restricciones específicas—, realmente aquí en Australia se está viviendo en este momento, hace dos semanas. Las medidas más estrictas las tomaron cuando les dio el rebrote, porque ya se les disparó de un momento a otro. Subió muchísimo. Lo que he visto es que igual la gente aquí es muy estricta... Si a mí me detectan que tengo coronavirus tengo que estar en mi casa y hacen un seguimiento de que yo esté en mi casa. Si me salgo de mi casa me multan. Aquí la policía es muy estricta y uno ve por todo lado que hay policía, pero aun así la gente lo hace. Entonces uno ve en noticias cada rato que tantas personas fueron multadas, todo el tiempo. Y hay personas que todavía no creen. Y también hay personas que se rehúsan a usar el tapabocas... Ese es otro punto, el tapabocas tampoco lo habían puesto obligatoriamente, hasta ahorita en el rebrote. Lo que decían es que las personas que estaban enfermas, o sea si tú estabas bien y no tenías ningún síntoma, pues no tenías porqué usarlo. Pero ahora, en este punto, ya es obligatorio. Y también es multa si no vas con el tapabocas. También nos dieron un formulario donde si hay que ir a trabajar, llenas ese formulario para la policía, para mostrar que vas a trabajar. Es un formato donde está toda la información de en dónde trabajas, y firmas y todo para que sea de verdad por qué estás saliendo de la casa.

En los supermercados de un momento a otro íbamos a hacer mercado y todo lo que eran enlatados, pastas, granos... O sea, todo era: nada... Y el papel higiénico... O sea, era increíble. Como que uno lo asimila como: “No es el fin del mundo [como] para que la gente esté haciendo eso. No es como que van a parar la producción de la comida para que la gente esté haciendo esto”. O sea, es como ilógico. La gente trataba de estar alejada de ti, y fue como en esos puntos del supermercado que se sentía como que algo estaba pasando.

Yo todo el tiempo vi mucha gente, e inclusive, igual que la primera vez que hicieron el cierre de los lugares públicos. La gente no se cuida porque si vas al centro comercial había mucha gente, en el supermercado te encontrabas mucha más gente. Inclusive más gente, porque la gente iba más y todo el tiempo a revisar qué había llegado. Si había un punto en que llegaba el papel higiénico y tú estabas ahí, toda la gente salía corriendo a coger el papel higiénico. Entonces había más aglomeración, había más gente reunida en esos puntos. Siento yo que es como más difícil que te encierres, como que igual la gente buscaba las otras opciones para salir. Entonces al principio no percibí tanto cuidado, inclusive con las medidas, igual la gente salía bastante.

90



En este momento si sales a la calle hay muy poca gente, porque solo pueden salir a cuatro cosas específicas. En los parques sí se ve gente, pero pues mantiene sus distancias, pero si ves gente por los niños, por sus perros, por todo. La gente igual sale. Y si no tienen más que hacer, pues salen por lo menos al parque. En los parques sí se ve un poco más de gente. Pero en general en la calle, en el transporte, son muy pocas personas. Igual en todo lado, si entras, la gente mantiene la distancia y están pendientes, si te acercas mucho como que te miran y te hacen caer en

cuenta que estás muy cerca. Mantienen la distancia en las filas. Aquí pues funciona de que compres en línea, entonces pues haces mercado en línea y vas y lo recoges o te llega a la casa. Entonces por ese lado la gente en la calle...

La fecha [de levantamiento de restricciones] es hasta la otra semana, hasta el doce de septiembre está la fecha. Porque al principio lo que hicieron fue anunciar que vamos a estar en esta medida seis semanas. Ya llevamos cinco y realmente sí les ha funcionado porque los números ya bajaron. Pero igual se siguen viendo, en este momento, alrededor de cien casos por día —que igual es bastante—. Creo que este fin de semana va a salir el ministro para ver qué va a pasar porque ya quedaría prácticamente una semana, entonces hay que decidir si se va a alargar más, o qué medidas diferentes va a tomar.

Yo más o menos reviso las cifras, no creo que hayan sido más de diez mil los infectados, o cuando han llegado al tope han sido alrededor de diez mil, no han ido tan altos. O sea, cuando han sido los picos, han sido, más o menos, diez mil infectados en casos activos. Ahorita cuando fue el [rebrote], hubo como setecientos casos al día, fueron como de las más altas que se presentaron; setecientos casos en un día, eso era como demasiado. La primera vez sí había menos muertos, cinco, diez, no sé. En este punto sí hay más muertos, entre cincuenta, [aunque] no es la cantidad como en otros países, pero pues para ellos es hartó. En este punto lo que yo veo en noticias es que [el virus] llegó a donde están las personas de tercera edad, como a todos esos lugares donde están más concentradas las personas de la tercera edad; entonces sí reportan que la mayoría de personas que han muerto son de la tercera edad. Por eso también se ha aumentado más [el número de muertos].

## En medio de todo, hemos podido manejar la situación

Al principio que me quedé sin trabajo, a pesar de que en el restaurante nos decían: “No es que los estemos echando, es simplemente la situación. Pero no podemos seguir ayudándolos, no les podemos seguir dando trabajo”. Mi esposo, él sí no se quedó sin trabajo, hasta el momento él sigue trabajando; entonces eso fue la tranquilidad porque por lo menos para las cosas inmediatas, las cosas que se necesitan día a día, las podíamos suplementar con él. Y pues de cierta manera uno tiene un ahorro y pues dice: “Bueno, si se necesita algo pues uno no está tan en ceros”. Digamos, en mi caso, que trato de ser precavida y que puedo acceder a lo de la pensión —que fue uno de los beneficios—, yo saqué un dinero. Entonces eso también me ayudó, porque él estudia, entonces teníamos que pagar el estudio de él. Eso me ayudó a lo que necesitábamos en ese momento.

Algunos colegios ayudaron a bajarle un poco al valor de los cursos, pero sé que no fue en todos. En el caso de nosotros sí nos favoreció un poco eso. Entonces al principio entre los dos ayudándonos. O sea, él tenía una persona que es de gran ayuda, pero también hay muchas personas que están solas o acabando de llegar, entonces es una situación más complicada. Nosotros porque llevamos más tiempo acá, entonces estás más organizado. Entonces yo al principio estuve más tranquila:



“Pues ni modo hay que tener paciencia”. Ya después, como cuando volvieron a reactivar las cosas, en el restaurante me empezaron a dar unas horas, nos volvieron a llamar y nos empezaron a dar unas horas. Entonces como que tú sientes tranquilidad por ese lado porque dices: “Por lo menos no es nada”. Y hasta el momento igual, la decisión que tomaron en el restaurante fue seguir colaborándonos. Entonces igual nos dan unas horas, no vamos como antes, trabajamos unas horas. Ahora vamos un día y ellos nos colaboran con un dinero. Eso ha sido de gran ayuda porque no es algo que ellos tengan que hacerlo, sino que lo han hecho para colaborarnos a nosotros. Y mi esposo no ha dejado de trabajar, entonces por ese lado, nosotros, hasta el momento, seguimos tranquilos y pues manejando la situación.

No salir sí se vuelve aburridor, pero pues también uno es consciente que nada qué hacer, nadie estaba preparado para eso. Pero sí claro, es maluco estar todos los días en el mismo lado, no salir, no hacer nada diferente... Pero pues igual ya uno no tiene otra opción. En mi vida cotidiana, un día laboral... Yo tengo diferentes horarios, entonces podía irme a trabajar en la mañana o en la tarde. Los fines de semana uno estaba acostumbrado a que íbamos a almorzar al centro comercial o se encontraba con algunos amigos, hacíamos reuniones... ¡Ah bueno! Porque eso también es otra cosa, no se puede visitar a nadie en este momento. Y ahorita, en este momento, es como que te levantas y todo el día en la casa, y ya. Pues el fin de semana lo mismo, de vez en cuando uno pide un domicilio. Pero pues nada, si de pronto puedes salir a hacer mercado, a recoger las cosas y ya. Nosotros tenemos carro, entonces eso también nos ha facilitado porque podemos movernos.

Para mí es la tranquilidad de que él siga trabajando, como que... Y de que nos hemos organizado... Gracias a Dios no tenemos deudas, tenemos deudas en Colombia, pero como que con lo que yo estoy trabajando y eso, yo puedo pagarlas. O sea, no estamos preocupados por cosas inmediatas, estamos bien, entonces no me he estresado, no me lo he tomado mal. Y gracias a Dios, digamos en mi caso, mi familia está muy bien, entonces por ese lado no tengo preocupaciones. Creo que, en mi situación personal, gracias a Dios, no me ha pasado nada. Porque me imagino que, si mi familia estuviera en alguna situación difícil, yo estuviera acá desesperada.

## Colombia no está preparada para una pandemia

Al principio como que allá [en Colombia] tomaron medidas, a mi percepción como rápido. Empezaron a reaccionar rápido, porque inclusive aquí había más casos que los que se presentaban en ese momento en Colombia y allá tomaron medidas rápidas. Al principio dije: “Fue bueno”. Pero ya con los días te das cuenta de que no funcionó. Entonces si se empieza uno a preocupar mucho porque, digamos, yo aquí... La economía aquí es totalmente diferente, en Colombia hay muchos independientes, muchas personas que trabajan... O sea que viven de lo que reciben día a día. Sí es como más difícil, uno sabe que Colombia no está preparado para recibir como esa situación, como para afrontar esta pandemia [de manera] tan fácil. Y pues la gente de pocos recursos son los más afectados. Mis papás son independientes,



entonces, por ese lado, uno sabe que son los que se van a ver más afectados. Y la gente también no es consiente, creo que esto es el gran problema, de que mucha gente se toma a la ligera. Creo que ese pensamiento de que los que se van a morir son las personas de la tercera edad o como de que eso no pasa nada, de no tomar esas medidas es muy de uno. Uno es muy relajado en ese sentido.

En el sentido de mis sobrinitos, sí pienso mucho en ellos porque para los niños es difícil estar todo el día en la casa. Mi sobrinito a veces me habla y me dice que está demasiado aburrido y me da mucha tristeza porque, claro, debe ser difícil para ellos estar tanto tiempo en el mismo lugar y más en esa edad que uno es tan activo —estar en ese encierro me parece muy difícil—. Y pues sí es preocupante que la gente no se cuida y que tú ya empiezas a pensar en tus papás, en que obviamente con las personas mayores es más complicado. Entonces eso es como preocupante: que la gente lo tome a la ligera y que no tome las medidas. O sea, es triste que no hayan aprovechado todo el esfuerzo que se hizo al principio y que no lo hayan aprovechado. La situación es compleja, pero también pienso que es muy difícil.

El sistema de salud de allá me generaba mucha preocupación. O sea, ni tienes derecho a enfermarte, porque si te enfermas, te vas y sales peor. Y pues obviamente entre más casos... Si normalmente es demasiado demorado que te atiendan para una urgencia, pues ahora con un montón de gente al mismo tiempo esperando a que lo atiendan... Entonces sí es demasiado preocupante. Y lo otro es que uno empieza a [pensar]... Como que uno se sugestiona todo el tiempo. Entonces me decía: “No, me siento un poquito mal”. Y uno como: “¡Ay! que no sea eso”. Como que todo el tiempo, cualquier cosa como que estás pensando solo en eso... Y el sistema de salud es muy complicado allá, o sea ni que vayan al médico. Una conocida, ella tiene diabetes y tuvo que ir al médico, pero en su experiencia la atendieron muy bien. Gracias a Dios le fue muy bien y ya está en la casa, fue buena la atención. Pero también hay otra persona que me dijo que a la mamá —no recuerdo muy bien cómo fue la historia—, la llevaron porque le dio como un ataque y se murió, y resultaron diciendo que fue por coronavirus. Se mueren de una cosa y lo hacen pasar por coronavirus. Pero también el tema de que las personas, los allegados que se han muerto —allegados a mí no me ha pasado—, pero sí otras personas que se mueren por coronavirus y no pueden ni ver a la persona. Entonces es demasiado difícil como aceptar eso, porque ya no la vuelves a ver.

Mis papás son independientes. Mi mamá hace costuras, entonces por ese lado ella nunca tiene que salir; ella está todo el tiempo en la casa. Mi papá trabaja haciendo mantenimiento de neveras y lavadoras. Con él sí ha sido un poquito más complejo el tema porque él ha salido todo el tiempo, y en mi casa todos se estaban cuidando, entonces era como: “No salga”, pero pues también era su responsabilidad de salir. En mi casa viven mis papás con mi hermana, y mi hermana tiene su esposo y dos hijos. Entonces todos estaban encerrados. Mi papá era el que salía, entonces era un poquito de problema con él. A mi hermana le tocaba ir en alguna ocasión a la oficina, que digamos en ese lado me parecía como ilógico que la encierren por



un buen tiempo, y luego le dijeran: “Venga a una reunión” —que perfectamente la puedes hacer *online*—. Bueno, ya en este punto están volviendo a retomar, todo entonces ya están yendo a trabajar.

Mis sobrinos todo el tiempo sí con sus clases *online*. Y pues mi mamá le colabora mucho a mi hermana, entonces está con el más pequeño que tiene cuatro o cinco años. Ella lo ayuda con las tareas, pues con las clases *online*, pendiente de él —que me parece muy difícil uno poder concentrar a un niño en frente de un computador no sé cuántas horas—. El otro niño sí es grande, tiene quince años, entonces pues... Pero también para él... Lo que él me dice es que se siente muy aburrido, que se aburre mucho, que no puede salir. Ellos son muy del deporte, de fútbol y de todo esto, entonces todo el tiempo en la casa es difícil.

A nivel económico... Es muy difícil porque es como te mueres de hambre o de virus, algo así. No tienes opción. Como que en parte siento que... O sea, no es decir como: “No, ¿por qué lo hacen?” Porque también pienso que para esas personas que viven del día a día... O sea, me imagino que debe haber muchas personas que están en una situación tan difícil.... Se deberían seguir teniendo medidas, pero si la gente no lo respeta, o sea, igual tampoco se está haciendo nada. Es como que se está afectando un montón de gente, pero tampoco nadie es consciente. Entonces no sirve de nada. Es preocupante porque, si no más así hay un montón de casos, pues ahora que todo el mundo [está afuera]... Aparte fue que levantaron la cuarentena y todo el mundo ya estaba por fuera. Lo que me cuentan es que... Yo me imagino que hay más gente. O sea, todo el mundo quiere estar por fuera. Me imagino que esa es la reacción también de uno, después de vivir tanto tiempo encerrado pues ahora cojo para donde sea. Entonces pienso que va a hacer dramático, que se van a disparar los casos un montón. Pero también como que siento que no podían soportar más esa situación de cuarentena a nivel económico.





# La pandemia me hizo querer regresar al país

Gina Huertas

Goa, India

(29 de junio del 2020)

## Ir a la India en una búsqueda espiritual

Soy colombiana, tengo veintitrés años y llegué a la India hace dos. Llevo aquí en el continente asiático dos años y en este momento estoy ubicada en la ciudad de Goa, en el sur de India. Terminé acá porque cuando tenía veinte años empecé a tener la necesidad de encontrar una conexión espiritual. Entonces, conocí a un muy buen amigo en Bogotá, un amigo indio, y él fue el que me invitó a venir aquí, a conocer un poquito más de la cultura, de la religión, de la espiritualidad. Ese fue el motivo principal de mi viaje. Vine con el plan de quedarme tres meses, pero después simplemente me gustó y decidí quedarme un poquito más. He estado viajando alrededor de India porque tengo mi visa de turista y cada cierto tiempo tengo que estar renovándola, entonces no solamente he estado en India. Como terminé quedándome más tiempo del que tenía proyectado, pues empecé a buscar trabajo porque el dinero que traía se agotó, obviamente. Los primeros meses estuve trabajando como modelo; estuve haciendo unos *photoshoots*. No tuve ninguna agencia, pero pues, así como trabajando en uno que otro lado haciendo *photoshoots* y *recording video*.

Inicialmente llegué a la ciudad de Nueva Delhi, estuve tres meses ahí. Nueva Delhi es una ciudad muy bonita. Pero, no sé, es una ciudad muy peligrosa, es demasiado peligrosa. Además, es muy caliente, o sea, impresionante. Cuando yo llegué, precisamente yo llegué en una temporada... Es que Nueva Delhi es como un desierto. Llegué en una temporada de sequía terrible y como estuve tres meses, digamos



que el primer mes, fue terrible porque me enfermé. La comida, ellos no manejan mucho la salubridad y ese tipo de cosas, yo diría que lo poquito que sabemos de India allá en Colombia, lo que vemos en la televisión, las películas, es cierto. Me enfermé el primer mes. También por lo de la polución y las tormentas de arena que ocurren allí. Fue algo impresionante. Pero en sí es una ciudad interesante.

Luego estuve en Mumbai, que es otra ciudad demasiado grande. Ahí trabajaba y hacía mi curso de meditación de yoga que duraba seis meses. Para ese momento yo ya estaba muy estresada de estar en esas grandes ciudades y decidí venirme a Goa. Aquí en Goa llevo ocho meses y he estado trabajando con arte, con pintura, haciendo manualidades, tatuajes con henna, que es un material originario de India. Es lo que hago más que todo ahora en la cuarentena. Aquí es totalmente diferente, yo no lo siento como India, porque aquí nació la cultura hippie, hay mucho turismo, entonces digamos que aquí se encuentra gente de todo el mundo. Es muy chévere, es muy lindo y es muy tranquilo porque es una ciudad costera. Pero yo no pensaba quedarme aquí. Antes de que todo esto de la pandemia sucediera yo tenía planes para irme a hacer un voluntariado a España e Italia, pero pues por todo esto que sucedió, ahorita, la verdad, lo que nunca fue mi plan, es regresar a Colombia. Yo quiero estar con mi familia, quiero estar allá, porque sé que me necesitan.

## Cumplir la cuarentena a punta de “garrote”

Cuando yo me enteré del coronavirus fue algo así como por publicaciones de gente de mis redes sociales. Yo me lo estaba tomando en broma, pues en esa temporada no era un asunto tan grave. Pero después de unos dos meses de que aparecieron las primeras noticias empecé a mirar con más atención de qué era lo que se trataba. A los dos meses fue que iniciamos el *lockdown* [la cuarentena]. Ahí todo cambió. Fue un cambio superdrástico, la gente se volvió loca literalmente porque aquí en la ciudad de Goa, como es una ciudad a la que viene mucho turista, pues la gente empezó a reaccionar de una forma en la que no quería a ningún turista, no querían ver a ningún turista, más cuando se vio que el virus se extendió tanto en España, Italia y, obviamente, China.

En esa época yo estaba haciendo un voluntariado en un hostel, un voluntariado de estadía. O sea, yo trabajaba un ratito en la recepción y ellos me daban estadía gratis. Entonces yo trabajaba allá y pues tenía mi tiempo libre también para trabajar en mis artesanías. Yo estaba en ese hostel cuando declararon el *lockdown*, estuve en ese lugar como por un mes cuando todo cerró. Fue terrible porque cerraron las tiendas, cerraron todo, no había comida, no había absolutamente nada para comer. El Gobierno empezó a enviar una ayuda alimentaria, pero lo que daba era como un cuarto de lentejas y arroz en kilos. Regalaban mucho arroz y lentejas para que uno cocinara, eso era lo que regalaban. Era impresionante porque la gente venía en multitudes, multitudes a buscar comida, y ellos siempre les daban prioridad a las personas locales. Fue terrible al inicio.



Por la situación que estaba pasando, los dueños del hostel en el que me estaba hospedando y en el que hacía mi voluntariado se quedaron en Nueva Delhi en el *lockdown*, ellos se habían ido para allá porque son originarios de Nueva Delhi y estando allá los cogió el *lockdown*, no se pudieron regresar y aún siguen allá. Entonces yo quedé como encargada del hostel, había un chico hindú que solo habla hindi y con él estábamos pendientes de la administración del lugar y de todo. Obviamente no había mucha gente hospedada, después nos tocó cerrar todas las aplicaciones, las reservas *online* y no podíamos permitir el ingreso de más gente. Además, también las leyes acá para corregir a los que violaban el *lockdown*, lo que ellos empezaron a hacer fue que la policía si veía a alguien afuera en la calle, los cogía con un palo gigante y te pegaban. Esos videos se hicieron supervirales. Aquí lo llamamos “el garrote”. Te pegan con ese palo hasta que te vayas para tu casa, supuestamente así se aprende que no se debe salir. Demasiado loco. Muy loco, muy loco. Fue muy gracioso también, pero pues así fue la reacción de las autoridades porque es que la gente no entendía, no hacía caso y a pesar de que la medida del *lockdown* ya llevaba como un mes, la gente seguía saliendo a tomar, o sea, no tomaban consciencia de la gravedad del virus.

Por toda esa situación, el dueño del hostel me dijo que él iba a cerrarlo y que yo tenía que irme, me dio tres días para salir del hostel. Yo me quedé como: “¡Oh my god! ¿Ahora qué voy a hacer?”. Empecé a intentar a hacer una reserva *online*, pero todas las páginas estaban bloqueadas, o sea no encontraba un lugar donde quedarme y tenía solo tres días, eso fue terrible. Finalmente hice una publicación, un post en mi Instagram, diciéndole a alguno de mis amigos que yo ya había estado en mi cuarenta, que no tenía ningún síntoma, que estaba sana y que estaba buscando un lugar para hospedarme, que no importaba el precio del lugar, simplemente que necesitaba un lugar seguro para quedarme. Así, un amigo... No, un amigo no, un conocido que conocí en un evento en el tiempo que yo he estado aquí en Goa, me dijo: “Te puedes quedar en mi casa”, y yo: “Bueno, listo”. Al día siguiente yo intenté irme del hostel, pero pues no podía conseguir un taxi, estaba muy lejos del lugar al que me tenía que mover y no podía conseguir taxi ni nada para transportarme. Me tocó llamar a la policía porque yo salí con mi máscara, con gafas, súper protegida, yo salí a buscar un taxi, pero, o sea, las calles estaban completamente vacías y ahí yo dije: “¿Quién me va a ayudar? Necesito moverme”. Llamé a la policía, ellos muy queridos, muy amables, llegaron a mi hostel, como después de dos horas de estarme interrogando, finalmente me ayudaron, me consiguieron un taxi y me fui de ese lugar.

Eso fue en el mes de febrero porque fue después del Holi, la fiesta de los colores que se celebra en aquí en la India en primavera. En esa temporada yo veía que la gente como que no se tomaba en serio lo que estaba pasando, mucha gente, aunque estaba en sus casas, seguía llamando a los amigos, rumbeando, tomando, fumando, todo. Entonces pues yo no bebo, yo no fumo, yo no consumo drogas ni nada de eso, entonces cuando yo llegué a la casa de este amigo ellos estaban



en ese modo *party, party, party*, todos los días. No pude estar ahí mucho tiempo, simplemente la energía que se manejaba en ese ambiente, yo me sentía insegura. Además, ese muchacho también empezó a acosarme, aunque vivía con la esposa y con la hijita, empezó a acosarme y me tocó buscar un lugar para irme de nuevo. Finalmente, gracias a Dios, apareció un angelito y llegué acá a este lugar. Aquí ya llevo dos meses larguitos, y pues ha sido muy lindo. La gente aquí es muy diferente, completamente diferente, me han acogido muy bien, aunque soy extranjera me han acogido muy bien, son muy amables, muy atentos.

A inicios de marzo... Realmente fue como a mediados de marzo [fue] que la gente como que empezó a hacer caso con lo de la cuarentena, sobre todo por la medida de los policías con los garrotes en las calles. Fue después de que sacaron la policía a la calle como que la gente ya lo tomó en serio y se quedó en la casa. Estuvimos en ese *lockdown* completo como por un mes y medio más o menos. Fue terrible. Había días, digamos una vez a la semana, ellos permitían abrir un supermercado, un solo supermercado en toda el área, como en cada localidad, solo un supermercado, entonces eso era demasiado loco ver cómo la gente se abarrotaba para ir a comprar. Pues en los supermercados ponían una marca en el suelo de un metro de distancia, esa era la distancia que había que mantener entre persona y persona.

Eso era afuera del supermercado, esperando a que abrieran y permitieran el ingreso. Abrían, dejaban entrar 15 personas y cerraban. Adentro las personas podían durar 15 minutos y salían. Era así, como en tandas de determinado número de personas que dejaban ingresar a hacer las compras. Eso fue terrible, porque era mucha gente para una sola tienda o un solo supermercado. Bueno, después la gente por la pura necesidad como que ya no les importó lo que estaba diciendo el Gobierno y empezaron a abrir las tiendas con medidas de protección propias, digamos. Los dueños de las tiendas colgaban las medidas de protección para ingresar al establecimiento, ponían en todos lados el *sanitizer* [desinfectante] y pues la obligación de usar la máscara y los guantes.

Al principio esta ciudad no estaba contagiada. Goa estuvo sin casos de COVID por los primeros dos meses, creo yo. Pero cuando ya la gente se empezó a relajar, llegaron los casos de Mumbai. Aunque las fronteras estaban completamente cerradas, los casos llegaron a esta ciudad por el transporte de alimentos. En una semana pasamos de cinco a quinientos casos. Pero igual, la gente no lo ha tomado muy en serio. En este momento uno sale y ve tiendas abiertas, aunque sigamos en el *lockdown*. El *lockdown* ya lo han extendido como cuatro o cinco veces. Hasta el momento dicen que irá hasta el 15 de julio, pero siempre lo extienden, eso no se sabe ahorita. Ya están permitiendo los vuelos nacionales, pero no los vuelos internacionales, por eso no me he podido ir, no me he podido regresar para Colombia. Sí, al principio todo estaba cerrado, completamente todo. Pero es que después de dos meses esto estaba en crisis, la gente no aguantaba más y empezó a abrir los negocios. Entonces, aunque el Gobierno no dio el permiso, la gente empezó a tomar medidas por su cuenta y digamos que la autoridad comprendió. Se sigue



manteniendo un cuidado propio, la distancia social y pues todo está, digamos, bajo control. Aquí en Goa creo que hay reportados como mil casos. No es que esta sea una ciudad grande, sino que es superpoblado. La verdad no sé en realidad cuánto será el nivel de contagio. No veo noticias porque eso me deprime demasiado.

## Enfrentando una fuerte depresión

Esto de la pandemia me ha impactado demasiado, emocional, espiritual y personalmente. En todas las áreas y sentidos de mi vida me ha impactado muchísimo. Al principio pues yo estaba con toda la actitud positiva, yo lo tomé bien en mi lugar seguro, que fue el primer lugar en el que estuve, en el hostel. Ahí estuve bien, aunque tuvimos algunas dificultades, en general estuve bien. Pensando muchísimo en mi familia, estaba muy preocupada, pero pues no podía hacer nada más que cuidarme. Con el cambio, cuando me tocó salirme de allá, entré en una depresión terrible. Estuve deprimida tremendamente como por un mes. Bajé alrededor de unos ocho kilos, estaba muy preocupada por mi familia, estaba muy preocupada frente a qué iba a ser de mí aquí porque, o sea, así tuviera el dinero no había lugar para quedarme, no había lugar para conseguir alimentos. Fue terrible. Pero después de un tiempo, digamos, que me fortalecí mucho espiritualmente. Mi fe, mi confianza en Dios, y así poquito a poquito todo fue mejorando, como cogiendo forma, porque por mi depresión estuve demasiado mal.

Yo busqué a la embajada de Colombia para que me ayudara a conseguir un lugar, un hospedaje, para que me ayudaran a conseguir alimentos, pero ellos nunca me ayudaron porque según la ley no podían ayudarme. Yo recibí no sé cuántos miles de correos de la embajada colombiana haciéndome propaganda de los famosos vuelos de repatriación, pero yo no podía aplicar a esos vuelos. Primero porque según la embajada yo no llegué a India en la temporada del COVID y yo no tenía plan de regresar a Colombia, o sea yo no tenía un tiquete para regresar a Colombia. Cuando yo llegué aquí yo vine con mi tiquete de tres meses, pero como yo decidí quedarme, pues perdí ese tiquete de regreso. Entonces un requisito para esos vuelos de repatriación era tener un tiquete de regreso a Colombia. No me ayudaron por eso, o sea nada. Yo les dije mi situación que estaba superdeprimida, que no tenía qué comer, que no tenía dónde quedarme. No les importó y no me ayudaron. Hasta el día de hoy no me han ayudado para nada. Pero bueno, la verdad no esperaba mucho de ellos, del Gobierno.

Después de que yo logré ubicarme en este nuevo hostel, luego de salir de la casa de ese personaje, las cosas cambiaron positivamente. La gente, la energía, a pesar de la situación, las personas que están aquí en este lugar son muy positivos. También son muy creyentes.... Gente con mucha fe. Me acogieron superbien. Ahorita somos como una familia, ya llevamos dos meses viviendo aquí juntos. Aquí, en este lugar, todo cambió, la perspectiva cambió. Además, cuando yo llegué aquí, empezaron a abrir algunos lugarcitos en las calles vendiendo frutas, verduras, y lo que me sorprendió es que todo era económico. O sea, las frutas y las verduras



eran prácticamente regaladas, entonces eso fue una bendición. Y ya pues así de a poquito empecé... Aquí hay muchos artistas, entonces pues nos la pasamos pintando, haciendo arte, música y eso me ha ayudado bastante emocionalmente. Aquí estamos en un confinamiento. O sea, aquí tenemos unas reglas, entre todos nos cuidamos, entonces cada semana una persona o dos o tres, dependiendo de los que quieran ir, dependiendo lo que vayamos a comprar, van con todas las medidas de seguridad a hacer las compras, compran todo, regresan, desinfectamos todo lo que traen y listo. Aquí todo está bien. Nos apoyamos mucho. Pero no salimos.... Personalmente, yo no he salido. Únicamente a la playa solita, cero contacto social. En realidad, la pasamos la mayoría del tiempo acá en el hostel.

## La pandemia me hizo pensar en regresar a Colombia

Cuando empecé a ver la magnitud de esta situación, cómo se estaba moviendo este virus tan rápido, yo solo le pedía a mi Dios que esa cosa no llegara a Colombia. Yo estaba muy preocupada por mi mami, por mis hermanas, por mi familia en general. Al hablar con ellas y enterarme que el presidente no había puesto ninguna ley de protección, que no estaba realmente preocupado por el pueblo, o sea él nunca cerró el aeropuerto hasta que ya había varios casos en Bogotá. No, o sea, yo estaba demasiado, demasiado preocupada. En esos momentos fue que yo cambié la mentalidad y empecé a pensar: “Necesito regresar a Colombia”. Es que uno no sabe qué pueda suceder, todo es muy incierto y empecé a creer que lo mejor era estar en Colombia con mi familia. Pero pues gracias a Dios, mi mami se dedica mucho a esto del tema de la salubridad entonces ella cuida muchísimo a mi familia. Entonces, eso como que me dio un poquito de paz, pero igual está el hecho de que cualquier cosa puede pasar.

Al principio yo pensé que el Gobierno iba a tomar decisiones más inteligentes antes de que la situación se agravara en Bogotá, en Colombia. Cuando el Gobierno empezó a tomar medidas al respecto ya era un poco tarde, igual no me parece que hayan sido medidas suficientes, ni por el tiempo adecuado. La cuarentena en la realidad duró muy poco, el Gobierno nacional como que empezó a abrir los comercios rápidamente y yo pienso que debieron haber mantenido las medidas de confinamiento por más tiempo, pero pues.... Ahorita, la verdad es que no sé cómo estará la situación en Bogotá en este momento, pero pues creo que no está... Espero que no esté tan mal. Todos en mi familia estábamos superpreocupados, obviamente. Ellos, allá en Bogotá, por la misma situación, el problema de la falta de alimentos, el problema del empleo... Si, o sea, yo creo que a nivel mundial todo el mundo ha sufrido mucho esto. Aunque debo decirlo: mi familia en Bogotá lo tomó de mejor manera, ellos estaban muy positivos allá y me hicieron sentir tranquila porque estaban tomando las medidas necesarias para cuidarse. Al menos en mi casa se estaban cuidando mucho y hasta el día de hoy lo siguen haciendo.

Obviamente mi mami estaba preocupada por mí. Pero ahí lo único a lo que nos podíamos apegar era a Dios. Ella me llamaba todos los días y lo único que hacíamos



era orar, pedir por el mundo, pedir por nuestras familias. O sea, nuestra fe creció en ese momento, porque no podíamos hacer nada, solo tener fe. Eso también me ha ayudado a disipar un poco mis preocupaciones, mis temores iniciales. Como sé que allá se están cuidando muchísimo... Además, yo tengo mucha fe de que no les va a pasar nada. Pero pues, igualmente, hasta que esto no desaparezca no estaremos completamente seguros. Y sí. Todo esto me hizo pensar y decir en regresar a Colombia. Está decidido. Yo voy a regresar a Colombia. Simplemente estoy esperando a encontrar el vuelo para regresar. Dios quiera que en Julio pueda regresar. Digamos que ahorita ya entiendo el valor de mi familia. Antes no me importaba realmente. Yo decía: "Bueno, ellos están en Colombia, ellos están bien y pues yo estoy haciendo mis cosas". Ahorita yo digo: "El tiempo es valioso, el tiempo es precioso y la familia es lo único que tenemos". Yo creo que eso me ha enseñado la cuarentena, el apoyo, el amor, el verdadero amor que uno va a recibir es solamente de ellos. Ya me están esperando. Están buscando formas de trabajo para mi allá. Sí, me están esperando. Ellos me llaman todos los días. Mi mamita me llama todos los días y pues yo la mantengo informada de lo que dicen acá de abrir las fronteras. Ella me mantiene informada, bueno, de que allá no han abierto las fronteras, pero pues tenemos una esperanza de que abran en el mismo tiempo, en el mismo momento que haya conseguido mi vuelo.







# Los contrastes del mundo en pandemia

Yésica Ricaurte Benítez

Dubái, Emiratos Árabes Unidos

(26 de junio del 2020)

## El anhelo de aventura que se transformó en proyecto de vida

Llevo viviendo en Dubái, Emiratos Árabes Unidos, tres años y tres meses. Me vine en el 2017 con quien era mi novio en ese momento, pero me casé con él dos semanas antes de venir acá porque en este país es ilegal vivir con la pareja si no eres casado. Al mes y medio de estar acá conseguí trabajo. Yo soy Licenciada en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital, conseguí trabajo acá en un colegio americano, entonces trabajaba enseñando grado noveno, décimo y once. Ese fue mi trabajo por los primeros dos años, como profesora de ciencias sociales, sobre todo, en el área de geografía. Esa ha sido la materia a la que más me he dedicado en la enseñanza. A partir del 2019, tomé el cargo de jefe de departamento, entonces estoy a cargo de la jefatura desde grado primero hasta grado doce de todos los profesores que enseñan sociales en el colegio.

Yo trabajaba en un colegio de élite en Colombia, era un muy buen colegio. Ahí empecé a trabajar con un programa que se llamaba el International Baccalaureate (IB). Básicamente es un programa de bachillerato internacional que consiste en que todos los estudiantes del mundo estén aprendiendo lo mismo con independencia de donde se encuentren. Me familiaricé con ese programa, pero sentía que estaba estancada a nivel personal, porque lo que yo podía haber aprendido en ese colegio ya lo había aprendido. En ese momento le digo a mi novio: “Yo me quiero ir a vivir fuera de Colombia y quiero que sea un país donde se hable inglés porque quiero perfeccionar mi inglés”. Ya había enseñado en colegios bilingües en Colombia, pero mi idea era irme a estudiar inglés, a perfeccionar el inglés con un



curso, con una especialización. Yo tenía 24 años, mi pareja ya tenía 30 años, y él no se veía haciendo eso. Entonces él aplicó a trabajos acá —en Dubái— y le salió uno de esos trabajos. Ahí fue cuando decidimos. Bueno es un país que habla inglés, económicamente era una muy buena oportunidad para ir. Entonces él me dijo: “Por qué no cambias tu plan, que ya no sea el plan de irte a perfeccionar el inglés, ¿por qué no buscas trabajo allá? Tú ya hablas inglés muy bien y yo creo que puedes conseguir un trabajo”. Entonces vinimos acá. Lo que era un proyecto mío inicialmente, realmente la oportunidad se le dio a él. Nos decidimos, nos casamos, nos vinimos a vivir acá y efectivamente simplemente tomé un examen para certificar mi inglés acá y con eso pude conseguir trabajo. Así fue como llegamos acá, era un proyecto personal que luego se volvió una experiencia de pareja.

Yo creo que lo más interesante de ese momento, que lo recuerdo, es que de Oriente Medio se sabe muy poco en Latinoamérica; además se piensa que el Oriente Medio es todo igual a Arabia Saudita. Entonces se cree que aquí las mujeres no tienen derechos, que aquí es una sociedad extremadamente machista donde no hay ningún tipo de tolerancia religiosa, sino que, básicamente, todos son de pensamiento extremo en el islam. Esa es como un poco la idea que se tiene. Nosotros leíamos y esa era una preocupación que yo tenía cuando nos vinimos para acá: siendo mujer, siendo latina ¿podré conseguir un trabajo? Cuando llegamos y empezamos a darnos cuenta de que Dubái es como el foco de la vida occidental en esta región del mundo, en el Medio Oriente. Entonces en Dubái las mujeres se visten completamente normal. Para empezar algo que nos llamó la atención es que acá el 10 % de la población son locales, o sea nacidos acá que se llaman emiratís, y el 90 % de la población son extranjeros. Yo diría que con tres nacionalidades predominantes: los europeos, bueno, sobre todo los británicos; luego los indios y los pakistanís. Los europeos en las posiciones ejecutivas y los cargos altos, y los pakistanís y los indios en todo lo que tiene que ver con trabajo no calificado. También los filipinos que están en todo el sector de atención al cliente. Pero es muy marcado, o sea es algo que se nota desde el momento cuando estás en el aeropuerto, una sociedad muy jerarquizada por nacionalidades, y eso pues también fue algo nuevo para nosotros. Porque el latino en Estados Unidos, de pronto, tiene ese lugar al final de la estructura social. Pero acá no, aquí el latino no está. Entonces como eres latino no hay tanto racismo, ni tanto prejuicio como lo podría haber en Estados Unidos o en otras sociedades. Acá el latino en términos generales tiene un buen concepto porque el latino es una cultura cercana, por sorprendente que parezca, a la cultura árabe.



Para mí realmente, no sé si por bendición, por trayectoria académica o profesional o por qué, pues yo tenía 24 años, tres años de experiencia y no tenía maestría, no tengo maestría todavía, conseguí rápido un trabajo en mi área. Eso era algo que me preocupaba mucho. Recuerdo que yo apliqué al trabajo, modifiqué mi hoja de vida un martes, y al otro día fui contactada por el colegio en el que actualmente sigo trabajando. O sea, al otro día de haber enviado la hoja de vida ya me habían llamado, a la semana hice la entrevista —tuve que hacer una clase

de demostración en grado décimo—, y empecé a trabajar en agosto, como a los tres meses porque aquí todos los colegios son calendario B. Obviamente que el idioma, en un primer lugar, fue un choque porque es un lugar donde se habla inglés 24/7. Pero también, y ahí es algo muy interesante, yo creo que los latinos cuando viajamos al extranjero a lugares académicos y posiciones laborales, tenemos un complejo de inferioridad y es preguntarnos: “¿será que yo por venir de una universidad latina, por venir del tercer mundo, no estoy en las mismas capacidades de un profesional europeo o de un profesional asiático, de universidades coreanas o australianas?” Entonces esa era como una pregunta que yo tenía cuando empecé a trabajar. Y luego empecé a darme cuenta de que yo sabía de pedagogía mucho más que mis colegas canadienses, americanos; entonces empecé a entender que ese complejo de inferioridad es tal vez heredado de esas relaciones de poder del primer y el tercer mundo, o de los países desarrollados y los países en vía de desarrollo. Y empecé a darme cuenta de que el pensamiento crítico que existe y está integrado en las universidades colombianas, en mi opinión, es de mucha más alta calidad que el del primer mundo.

En el primer mundo, la pobreza, la desigualdad, son objetos de estudio —sin negar que no existen o pensar que no existen—, pero cuando tú vienes del tercer mundo, cuando la pobreza, la desigualdad, el machismo, los has vivido, los has experimentado —porque yo soy graduada de colegio público, de una universidad pública—, y llegas acá, te das cuenta de tu pensamiento crítico... Y eso se traduce en cómo enseñas, en lo que enseñas y en esa comprensión. Entonces mis estudiantes también empezaron a sentir empatía en mis clases de: “Me gusta lo que dices, me gusta cómo lo dices, me gustan las perspectivas que estamos considerando cuando discutimos un tema”. Eso es algo que para mí ha sido invaluable. Hoy en día que soy la jefe de esos británicos y de esos americanos, pienso que en la universidad en Latinoamérica aprendemos cosas que son útiles en primer lugar, pero también la investigación y la pedagogía están en el lugar que deberían estar. Entonces yo me vine a sentir muy orgullosa de lo que aprendí a nivel pedagógico, ya ejerciendo la carrera en el extranjero y, digamos, comparándome a nivel internacional.

Ya luego en la vida del día a día en un país tan desconocido como este, pues te empiezas a fijar en ciertas cosas de la cultura. Primero, que el lugar que la religión ocupa en la vida de los musulmanes no es el lugar que ocupa la religión católica o cristiana para los creyentes. La religión es una práctica, una creencia que está arraigada en cómo se vive, no solamente en asistir a la mezquita, sino que está arraigada en las relaciones interpersonales. No se puede, por ejemplo, dar besos, como lo hacemos los latinos, al sexo opuesto, no está bien visto. Las mujeres se cubren el cabello, las niñas musulmanas son lo opuesto de las niñas latinas en su adolescencia. Aquí la niña musulmana todavía es una niña sumisa, es una niña que sabe que el mundo no es igual para ella y para ese niño que está sentado a su lado, eso en el contexto del colegio. Pero también empezar a ver esas prácticas de contraste, porque aquí hay dos tipos de leyes: la ley islámica que se llama *sharía* y la ley civil.



Entonces si tú no eres musulmán y cometes un crimen te juzga la ley civil. Pero si eres musulmán te rige la ley islámica que significa, por ejemplo, que si cometes un crimen te pueden sentenciar a pena de muerte. Entonces en ese sentido hay que ser demasiado respetuosos de esas prácticas. Por ejemplo, el alcohol no es de venta libre, el alcohol solo se consigue en ciertos lugares. Solamente hay lugares que son supermercados de alcohol, pero digamos no se consigue con la misma facilidad que se consigue en Latinoamérica.

Y, por otro lado, pues coexisten con una mayoría europea que vive acá también. Entonces perfectamente puedes ir a la playa y puedes encontrarte una mujer rusa o europea en un bikini, y luego tienes al lado una mujer musulmana en burkini. Así, en la misma playa, en el mismo mar, compartiendo, sin que haya ningún tipo de censura. Cuando vas al centro comercial existe la mujer que está tapada por completo, solo le puedes ver los ojos, y al lado estoy yo, tal vez, que voy en un short porque vivimos a 40 grados. Ahí está la tolerancia que se percibe y que se siente. A cualquier lugar que llegas hay musulmanes, hay gente asiática y eso genera un cambio y una prudencia que se aprende. Porque esos estereotipos y esa facilidad con la que se abordan muchos temas en Latinoamérica, aquí aprendes a tener la sensibilidad de puede ser que en mi audiencia haya gente de ese lugar. Entonces la forma y la ligereza cambian... Y lo mismo sientes cuando abordan a la Colombia de Pablo Escobar. Entonces todavía te encuentras al que te dice: “¡Ah colombiana! Pablo Escobar”. Sigue siendo la referencia más común.

Pero también sientes el peso de la ley porque esta es una sociedad en la que casi todas las cosas que puedas pensar dan cárcel. No solamente estar viviendo con alguien sin estar casado da cárcel, ser infiel da cárcel, escribir un insulto contra alguien da cárcel. Entonces comparar cómo la gente se expresa y el odio que se esparce por las redes sociales en Colombia frente a cómo se maneja acá ese tema es muy diferente. Aquí realmente podemos ir a la cárcel con facilidad y no existe la libertad de prensa, entonces hay mucho más control de lo que se habla, en qué lugar se habla y qué se dice. Definitivamente está prohibido criticar y cuestionar al Gobierno, por ejemplo. Y vienes de una sociedad democrática en la que estás acostumbrada a demandar del Estado. Entonces sí hay unos contrastes entre la monarquía en la que vivo acá y la sociedad democrática de la que vengo. Pero no necesariamente, diría yo, que todos esos contrastes son negativos porque aquí sin que exista todo el discurso de los derechos humanos y las libertades civiles, la calidad de vida es mucho más alta que las democracias latinoamericanas. Entonces la experiencia es un contraste, digamos, de los modos de gobierno, del lugar que ocupa la religión y el movimiento social. Yo creo que aquí en muchos aspectos todavía estamos atrás de la sociedad latinoamericana. Por ejemplo, aquí hasta ahora se está empezando a entender que la mujer es igual al hombre, que la mujer debe tener acceso a la educación, se está hablando del divorcio, que ya puedo decir que no quiero estar con esa persona, algo que antes no se hacía en la sociedad árabe y musulmana. Entonces, en ese sentido, la sociedad todavía está atrás, por ejemplo, ser homosexual es ilegal. Hay unos contrastes sociales en los que acá estamos más



desarrollados, pero a la vez Latinoamérica ha avanzado en otros temas de derechos, de movimientos sociales. Yo diría que esos son como los contrastes que más he percibido y más me impresionaron.

## El virus: de las noticias sobre China a la cuarentena en Dubái

Acá hay demasiado turismo. Las dos industrias más importantes son la del petróleo y la del turismo. En ese turismo hay una gran cantidad que tiene que ver con los adultos asiáticos, que incluye chinos, japoneses y coreanos. Entonces empezamos a escuchar que hay un virus en China que tiene un nivel de propagación significativo. Aquí empezamos a leerlo en las noticias, empezamos a escucharlo en las redes sociales también. Pero yo diría que en términos generales hubo mucha desinformación: se pensaba que el virus seguía estando allá. También hubo muchas personas que empezaron a cuestionarse: ¿cuál es la medida del Gobierno? y, en particular, ¿cuál es el rol del aeropuerto si sabemos que tenemos tantos turistas chinos? Pero inicialmente no hubo pronunciamiento porque los vuelos siguieron con normalidad, no hubo ningún tipo de control en ese momento. Y ese primer momento, incluso, está marcado por algo que para mí fue muy importante. Fue en noviembre... No, en enero.

En enero del 2020 uno de mis colegas tuvo los síntomas de una gripa, y él va al hospital y le dicen: “Nosotros pensamos que puedes tener el COVID-19”; lo que nos hizo pensar que aquí ya debían haber existido casos en ese momento para que en el hospital se pensara que él lo podía tener. En el colegio deciden darle dos semanas de licencia para prevenir el contagio. Finalmente, no era eso, pero ya existía el conocimiento que estaba en Dubái. Ese fue el primer momento, enero. Yo digo que, por los turistas, por las redes sociales y en mi caso particular porque yo tengo amigos que viven allá en China, quienes empiezan a decir que están entrando en un estado de cuarentena, de aislamiento social. Pero todavía aquí no lo percibíamos y no lo veíamos. Se percibía como muy localizado en la ciudad de Wuhan. Allá estaban entrando en una cuarentena, y estaban haciendo los exámenes para ver cuánta población estaba infectada. Pero pensábamos que sí iba a llegar y era como un sentir general: “Va a llegar”, pero nunca pensamos que iba a ser a un nivel de pandemia. No se pensaba así, al menos en el primer momento acá.

Cuando pienso lo que ha pasado en la pandemia hasta este momento, lo clasifico en tres momentos. El primer momento, digo yo, pocos contagios. Se empiezan a clasificar casos acá en Dubái de turistas, o familias que habían estado haciendo turismo en China, o personas que venían de visita familiar, o personas que regresaban de haber visitado el país. Pero los contagios eran pocos. La prevención era ninguna, no había ninguna medida. Yo creo que el sentimiento colectivo y el pensamiento colectivo era la indiferencia. O sea, está ocurriendo en ese país —China—, sin pensar que de repente era una amenaza para nosotros. El segundo momento fue, y lo tengo supremamente claro, el 5 de marzo. Yo soy profesora y acá tenemos



las vacaciones de primavera, son dos semanas, las dos primeras de abril. El 3 de marzo el Gobierno anunció: “todos los colegios en Dubái se van de vacaciones inmediatas”. Entonces a mí me anunciaron un martes: “el jueves sales de vacaciones por dos semanas”. Y el Gobierno dijo: “todos los colegios en Dubái salen a vacaciones por dos semanas y después vendrán dos semanas de aprendizaje en línea”, o sea que, en sí, los colegios y maestros tuvimos dos días, miércoles y jueves, para planear la enseñanza a distancia, que pensábamos sería por dos semanas y duró 4 meses. Además, se redujo la capacidad de todos los lugares de trabajo del sector público a un 30 % y el otro 70 % inició teletrabajo.

Ya a finales de marzo y principios de abril decidieron cerrar el aeropuerto —que fue una de las medidas más tardías en tomarse en Emiratos Árabes—. Porque definitivamente por las cualidades físicas y humanas del país, nosotros dependemos de lo que se produce en el extranjero. La mayoría de comida que se consume es importada de India, Pakistán, Europa, y Latinoamérica. Entonces yo creo que se pensaba que el país podría verse gravemente afectado si se tomaba la medida de cerrar el aeropuerto, de cerrar todo el tema de los barcos que acá también es importante. Y entonces esa se tomó tarde, se tomó a mediados de abril más o menos, que fue cuando se cerró el espacio aéreo. No se permitieron, ni siquiera, vuelos de tránsito. Y en ese momento mi esposo, él trabaja como diseñador 2D y 3D, seguía trabajando en la oficina. O sea, el sector privado seguía trabajando con normalidad. Y ya a finales de abril el Gobierno dijo: “todas las empresas privadas deben enviar a sus empleados a trabajar desde casa”. Entonces mientras el sector público y los colegios habían sido cerrados desde marzo, el sector privado se cerró dos meses y medio más tarde. Y ya digamos que cada empleado decidió cuáles eran las condiciones de trabajo en cuanto a jornada y flexibilización de beneficios.

En ese momento los casos eran alrededor de trescientos o cuatrocientos casos. Inicialmente, hacia marzo eran entre doscientos y trescientos casos. Cuando enviaron al sector privado a casa, que fue a finales de abril, ya eran entre los quinientos y los seiscientos casos al día. En ese momento decretan formalmente una cuarentena. Dijeron: “todo el mundo en casa y no se puede salir sino 30 minutos al día”. El Gobierno creó un sitio web al cual uno debía entrar y pedir permisos de salida. Por ejemplo, yo lo solicité dos veces, te decían cuánto tiempo necesitas: ¿dos horas? ¿tres horas? ¿para qué lo necesitas? ¿para ir a hacer mercado? Y te daban un permiso que es de 4 a 7 de la noche, con las placas del carro y con tu número de cédula para poder salir de casa. Entonces se decretó formalmente una cuarentena. Ya empecé a notar que no había gente, que no había transporte en las calles; eso fue como el momento cumbre. Se empezó a sentir una depresión económica muy fuerte que tiene que ver con eso de que la mayoría somos extranjeros, el 90 % de la población. Empezaron a darse los despidos masivos, con la particularidad de que si estás en tu país puedes tener tu casa, o puedes estar en la casa de tus padres o de tus amigos. Aquí la gente empezó a decir: “necesitamos vuelos humanitarios porque no tenemos ni para comer ni para pagar la renta”.



Se implementaron vuelos humanitarios, incluyendo la embajada de Colombia. Y el Gobierno abrió el aeropuerto para los vuelos humanitarios. Sé que de acá de Emiratos Árabes a Colombia hubo dos vuelos. El primero hacia finales de abril o principios de mayo, que fue un vuelo en el que viajaron cincuenta y seis personas, y, además, un dato muy importante, regresó con cien colombianos que eran médicos y profesionales de la salud que decidieron venir a trabajar a los Emiratos Árabes durante la pandemia. Los aislaron por quince días, les pagaron el hotel, y bueno, les ofrecieron buenas condiciones de trabajo. Eso fue criticado por la sociedad colombiana: “¿hasta qué punto es bueno llevarse a los profesionales de un país como Colombia que puede entrar en un estado de emergencia con mayor facilidad?”. Y el segundo fue hace quince días, o sea principios de junio del 2020, un vuelo mucho más representativo, doscientos treinta personas que se fueron del país diciendo: “realmente no tenemos para comer”. Entonces la embajada se los lleva completamente gratis de regreso a Colombia.

Como decía antes, empiezan los despidos masivos, empieza también la poca circulación del dinero, es lo que sentimos acá. Todos entramos en el estado de pánico de: “puede ser que pierda mi trabajo”, y en ese sentido ya no gasto lo que gastaba antes, ya no pido comida, ya no compro, sino que vuelvo a gastar el dinero en lo que necesito para vivir. Y ese sería el segundo momento. Yo digo que esas fueron las características del momento más álgido.

Y ya para nombrar el tercer momento, algo que me sorprendió es que empezaron a registrarse mil doscientos casos al día. O sea, era el pico de la pandemia y, en ese momento se dijo: “Vamos a reabrir la economía. Hay apertura económica”. Entonces nos preguntábamos con mi esposo: “Fuimos a cuarentena cuando había seiscientos o setecientos casos, ¿por qué salimos ahora si hay mil doscientos?” Ahora bien, algo interesante, y es que el sistema de salud es muy efectivo; entonces los contagios son muy altos pero las muertes son muy bajitas. Nunca se presentaban más de tres o cuatro muertes al día. El número nunca fue alto, la tasa de recuperación era muy alta, y en ese sentido creo que también eran optimistas al decir: “Bueno, podemos de pronto permitir la reapertura económica y el regreso a nueva normalidad sin que eso le cueste la vida a tantas personas como ocurrió en otros países”.

Esa nueva normalidad que es justamente la que estamos viviendo ahora: cámaras térmicas en todas las instalaciones de centros comerciales, supermercados, registro de la temperatura en absolutamente todos los sitios. También una apertura gradual del turismo. A partir del siete de junio, hay 20 países a los que se permite viajar. Ellos dicen, viene el verano que es una época en que estamos entre cuarenta y cincuenta grados de temperatura, por lo que básicamente todos viajamos y salimos del país. Y dicen: “vamos a permitir el turismo”. Entonces emitieron un comunicado diciendo: “Alto riesgo, mediano riesgo, bajo riesgo”, de acuerdo con los países que se sugerían poder ir a visitar.



Los colegios, eso olvidé mencionarlo, inicialmente fueron cuatro semanas de cierre. Pero en la tercera semana se anunció: “Todos los colegios de Dubái van a estar cerrados por lo que queda del año escolar”. Entonces desde el cinco de marzo hasta el dos de julio que es nuestro último día de colegio vamos a hacer aprendizaje en línea. E incluso algo muy riguroso que muestra la importancia de la educación acá: el Ministerio de Educación evaluó todos los colegios de Dubái sobre cómo estaban implementando el aprendizaje en línea. Entonces entraban a las plataformas, revisaban cómo se daban las clases, hicieron encuestas a papás, encuestas a estudiantes, encuestas a profesores. Encuestas de bienestar, esas encuestas de cómo se siente, cómo percibe la pandemia, la calidad del conocimiento, las habilidades que están desarrollando en este espacio. Entonces eso también fue importante.

¿Y ahora qué está abierto? Los centros comerciales están abiertos, la playa está abierta —que es algo muy importante para todos los que vivimos en esta ciudad—, duró cerrada tres meses; se puede volver a la playa, se puede volver a los restaurantes. Duró quince días la medida en la que podíamos asistir a los bares, pero por el descontrol de la gente con el licor, porque mientras estamos sobrios la gente sigue las medidas, hace dos días otra vez los bares están cerrados como resultado del comportamiento de la gente dentro de los bares.

Por otro lado, a nivel personal, yo creo que esta pandemia me ha permitido: uno, ser más consciente de cuán clasista es este país, cuánto racismo existe y qué tan grande es esa brecha entre las clases sociales. Porque al igual que en Colombia, digamos que yo vivo en un barrio de estrato alto, entonces este barrio ha sido permisivo: ha sido el barrio donde las personas, vivimos al lado de un lago, entonces las personas todos los días se les veía caminar; personas de más de 60 años saliendo a caminar, a trotar; niños. Me he sorprendido de que no hay ningún tipo de cuidado para los niños; si he visto dos niños usando tapabocas es mucho. Pero luego hay barrios, digamos más cercanos al aeropuerto, que los cerraron por completo; duraron semanas que las personas no podían ni salir ni ingresar del barrio. Cerraron esos barrios, les dejaron una sola entrada; y esos eran los barrios de los trabajadores, donde existe el hacinamiento de empresas que traen pakistaníes o indios y que ponen a vivir cinco u ocho personas en un cuarto. Esos fueron los barrios donde hubo el foco del contagio y donde todas las medidas fueron mucho más estrictas.



En cuanto a la gente creo que como se ha observado en todas las latitudes están los incrédulos y están los precavidos. Entonces hay mucha gente que dice: “El virus no existe, lo estamos exagerando o simplemente todos nos vamos a contagiar”. Entre esos una nacionalidad que me ha parecido particularmente obstinada son los británicos, dos nacionalidades, los británicos y los españoles. El primer día que abrieron los bares, los británicos asistieron de manera masiva y les tocó volverlos a cerrar como resultado de la cantidad de británicos que salieron a los bares a tomar. Y los españoles por la obsesión de viajar; ellos tienen que regresar a la casa sin importar qué. Eso lo he notado en esas dos nacionalidades. Pero también están

los precavidos. Entonces también hay mucha gente consciente que ha optado por decir: “Tomo todas las medidas de cuidado en casa, tomo decisiones en el mediano plazo, como, por ejemplo, no viajar”. Esos somos nosotros. El verano siempre viajamos porque todos los colegios están en vacaciones y regresamos a nuestros países de origen. Entonces decidimos que no era un buen momento para viajar. Yo diría que en eso hay una gran mayoría de la población que decidió quedarse en Dubái. Yo creo que los excesos en los que normalmente vive esta sociedad se han visto reducidos por la pandemia y por esa conciencia de: “No puedo gastar el dinero de la forma que lo hacía antes”. Y otra consecuencia: empezó a surgir un mercado del usado; todas esas personas que se van del país por la pandemia crearon esa nueva economía de “lo vendo todo porque me tengo que ir del país”.

## **Mi experiencia: lo positivo de desacelerar en los tiempos modernos**

En mi caso desde el cinco de marzo —y hoy vamos a 26 de junio— estoy trabajando desde mi casa. Es la primera vez que hago teletrabajo, y la primera vez que me enfrento a pensar cómo hago una clase digital, aunque finalmente me ha permitido desarrollar muchas habilidades que no tenía. Yo estoy enseñando a través de la plataforma Microsoft Teams, y realmente he aprendido a hacer videos, hacer anuncios, cambiar documentos, a pensar cómo evaluar a la distancia, cómo hacer una retroalimentación significativa. Eso digamos por el lado laboral. También, pues me vi afectada económicamente, aunque no fue tan grave: mi sueldo fue reducido un diez por ciento. Aunque no lo sientes tanto porque no gastas de la misma forma, estás en casa, cocinas en casa, no sales, no haces compras y no tienes tantos gastos. Pero, igual pienso que puedo lograr afectar a otras personas, a otros cargos inferiores del colegio: los conductores de los buses, las personas del aseo, las personas de la cafetería, por ejemplo.

Yo tengo que decir que la pandemia ha sido una experiencia positiva para mí. Realmente yo me tomé la cuarentena como un regalo, por varias razones: uno, ha representado tiempo para mí. Por la naturaleza de Dubái, que es una ciudad muy acelerada, lo que he sentido es que esta pandemia ha desacelerado mi vida: me ha dado tiempo, me ha dado calma, me ha dado la tranquilidad de sentarme a comer con mi esposo todos los días, a desayunar con mi esposo, me ha permitido desacelerar mi vida y decirme: “Hay tantas cosas que quiero hacer en mi vida cotidiana que no hago y que este es el momento para hacer”. Entonces yo he hecho ejercicio toda la cuarentena, he meditado, me he visto virtualmente con un montón de amigos que, a pesar de que vivo por fuera, nunca buscamos los espacios. Me vi con mis amigos de la universidad, del colegio; me he visto con la familia de mi esposo; con mi familia, antes era con mi mamá solamente, pero ahora se ha extendido a mis tíos, mis primos, a hacer juegos a través de Zoom.

Realmente yo creo que es un llamado al bien común. Cuando veía por redes sociales que en distintos lugares aparecían nuevas especies, o que simplemente el agua



estaba más limpia, que la polución estaba bajando, creo que eso también nos muestra que la globalización ha tenido este efecto masivo de turismo, de los viajes, del consumismo, del gastar, que luego cuando estas en esta situación de cuarentena entras a darte cuenta que es más una deshumanización que una opción de vida o un estilo de vida. Y yo creo que en ese sentido yo he vivido la pandemia como un regalo. O sea, esta cuarentena ha sido un regalo, pero también entiendo que es un regalo porque tengo la consciencia para saber que he sido privilegiada; que tengo todos los días que comer, tengo como pagar el arriendo, que mi trabajo podía cambiar de ser en aula a ser virtual. Entonces también me ha dado conciencia y me ha hecho sentir afortunada porque me doy cuenta que realmente este no es el lugar de todas las personas, incluyendo a muchos colegas nuestros: cocinero, ingenieros, amigos que son cantantes. Es que acá los colombianos, la mayoría, trabajan en el sector del entretenimiento y los despidieron. Y es justo en ese sentido que la pandemia fue para mí un regalo de tiempo y de calma porque no tenía la preocupación de decir cómo me regreso, cómo podré comer, cómo podré pagar el arriendo.

Mi rutina sí ha cambiado porque yo normalmente madrugaba a las cinco y treinta de la mañana, mi primera clase es a las ocho de la mañana, entonces debía estar en el colegio a las siete y treinta de la mañana para empezar a trabajar. Ahora me levanto más tarde. Normalmente lo que hacía antes de la cuarentena era cocinar en la tarde. Yo llegaba a las cuatro de la tarde de trabajar y cocinaba para tener al otro día listo lo que íbamos a comer. Lo que hago ahora es cocinar en los espacios libres que tengo de una clase a otra. Entonces creo que esa oportunidad de comer cosas frescas, por ejemplo, de no pedir algo para comer sino comer eso que está recién cocinado ha sido también bueno. También me he acostado más tarde, eso es verdad, yo creo que eso tiene que ver con que me despierto más tarde, y con el horario de mi esposo también, porque hacemos ejercicio juntos, pero él termina de trabajar hacia las siete de la noche. Creo que a nivel social es donde más he sentido el cambio. Nosotros tenemos una vida social activa, salimos con amigos, los invitamos a nuestra casa, cocinamos, nos reunimos en bares, salimos a trabajar, y en los últimos meses ha sido solo la interacción con mi esposo. Y eso es donde más lo he sentido yo, realmente cómo se transforman esas relaciones sociales y esos espacios de interacción que ahora es Zoom, que ahora es Google Meet o diferentes espacios que se trasladan a la virtualidad. Eso ha sido muy interesante de analizar.



Ahora bien, en cuanto al tema del virus como tal, yo creo que estoy en un nivel más alto del precavido y es el paranoico. Porque, sí, nosotros decidimos tomar el riesgo y compramos los vuelos a Colombia como todos los años. Yo viajaba para Colombia el domingo cinco de julio. Entonces mi idea era que tenía que cuidarme para poder viajar y estar libre del COVID-19 para no ser un riesgo al llegar a mi casa; mi papá tiene más de sesenta años. Entonces mi primer mes y medio fue la paranoia: salí de mi casa solo a hacer compras, desinfectaba la ropa, los zapatos al regresar, evité las interacciones sociales al cien por ciento. Realmente yo fui

muy juiciosa y muy estricta con la cuarentena. Nosotros recibimos la noticia que en Colombia se cierra el espacio aéreo hasta el primero de septiembre y, además, en mi trabajo nos dieron una notificación que decía: “nosotros no recomendamos que las personas viajen y si viajan y no pueden regresar el contrato está cancelado”. Entonces digo: “Está el escenario de arriesgar mi trabajo, la situación no está mejor allá y básicamente el espacio aéreo está cerrado. No se puede hacer nada”. Ahí cambió un poco la perspectiva. Entonces ya empezamos a flexibilizarnos más, a salir a algunos sitios con el tapabocas, a flexibilizar más pero también a entender que la nueva normalidad iba a ser por el resto del 2020.

## **América Latina: cuando la corrupción no disminuye los recursos sino las vidas**

Yo siempre fui consciente de que la situación en América Latina iba a ser crítica. Lo sabía porque para mí la corrupción es el mayor mal de Latinoamérica. Entonces sabía que iba a ser un escenario para la corrupción. Y, en segundo lugar, era consciente de esa desigualdad social que existe en Latinoamérica que también se ve reflejada en la baja calidad en el sistema de salud, y me preocupaba que no pudiésemos hacerle frente. Porque mi comparación era: “Estoy en un lugar donde hay muchos contagios, pero pocas muertes”. Pero luego tienes el escenario de España o Italia, que igual son países desarrollados, con muertes masivas y que tiene que ver con la capacidad del sistema de salud. Entonces yo empecé a pensar cómo va a ser el enfoque del Gobierno, y en particular de la ciudad de Bogotá. Y en ese sentido debo decir que yo, aunque tengo mis diferencias políticas con Claudia López, me generó cierta tranquilidad saber que era la alcaldesa que le estaba haciendo frente a esa situación. ¿Por qué? Porque es una mujer que tiene formación de cómo manejar una ciudad tan difícil como Bogotá con diez millones de habitantes. También pensaba que no iba a haber tanta improvisación como en unas administraciones anteriores se vio, porque una pandemia es significativa, no es lo mismo que un metro en el que dices: “Bueno, se perdieron recursos”, sino que acá se pierden vidas. Y eso me generaba cierta tranquilidad.

Por el lado de la gente, pues siempre fui consciente que la desigualdad iba a poner en evidencia esas brechas sociales de la sociedad colombiana. Yo le decía a mi esposo: “cuando veo gente acá que quiere salir a trotar alrededor del lago, me molesta”, porque es el inconsciente que piensa que su deseo de salir a trotar alrededor del lago es más importante que la pandemia y la vida del resto. Pero también le decía a él: “Si yo fuese una madre colombiana estrato uno, que tiene dos hijos y que dice no salgo porque hay un virus o salgo porque tengo que darle de comer a mis hijos”, mi elección también habría sido salir a buscar qué darles de comer. Entonces creo que no se puede juzgar con el mismo criterio. Una cosa es cómo la gente inconscientemente reaccionó en Italia o en España desconociendo el riesgo de la pandemia y, otra cosa cómo ocurre en Latinoamérica que básicamente es: “O nos mata el hambre o nos mata el coronavirus”. Eso sí lo pensé muchísimo. Pero también creo que, así



como está el que debe salir por la necesidad, también hay una falta de cultura y de educación que creo que no es solo de la sociedad latinoamericana, sino que, en todas las sociedades globales, incluyendo a las asiáticas que están tan idealizadas en el sentido de que son superrestrictos y que hay una preocupación por el otro, eso es falso. La semana siguiente a que removieron la cuarentena en China, todos los lugares turísticos estaban llenos de gente, la muralla China estaba llena, los lugares turísticos estaban a reventar. Entonces eso no es solamente una condición de la sociedad latinoamericana, sino que esta pandemia ha demostrado que es una ignorancia del mundo entero, es una condición de egoísmo del ser humano. Así lo veo yo.

Y como decía depende del escenario y el contexto, por ejemplo, mi mamá tiene 55 años y trabaja en Alkosto. Ella es empacadora y está a un año de pensionarse. Digamos, en mi núcleo familiar, mi mamá y su esposo, su esposo trabajaba en Uber, él dijo: “Yo me voy a quedar en casa”, porque puede tomar esa decisión. Pero mi mamá, su empresa le informó: “Nosotros vamos a estar abiertos como siempre; normalidad total”. En ese momento me entró una preocupación, una angustia, lloré. Yo deseaba poder decirle: “Quédate en la casa”. Claro y como está a un año de pensionarse ya es muy difícil que ella pueda decir: “No voy”. Entonces mi mamá ha trabajado toda la cuarentena. Hace más o menos una semana ella me llamó y me dijo: “Te voy a contar algo, pero no te preocupes. Yo he venido sintiendo mal hace una semana y tengo fiebre, tengo síntomas. La empresa ha decidido enviarme a un aislamiento preventivo”. Entonces mi mamá hace diez días está en un aislamiento preventivo, esperando a que le tomen la prueba del COVID-19. No pensamos que sea eso porque los síntomas han venido desapareciendo desde el primer día que tenía fiebre, ha sido más una gripa, digamos. Pero eso me ha dado más consciencia porque veía esas fotos de la gente comprando en el día sin IVA en Colombia y yo sabía que mi mamá estaba trabajando en un supermercado y que todo el tiempo estaba en contacto con mucha gente. A ella le tomaron la prueba ayer, le dijeron que entre siete y diez días le entregan su resultado. Entonces mi análisis es que los datos que estamos conociendo hoy, en realidad son de hace diez días. Y eso ha sido una buena reflexión: “Bueno si puedo quedarme en casa voy a hacerlo de manera responsable porque hay personas, como mi mamá y otros, que son primordiales para la economía, como el personal de la salud, los que trabajan en un supermercado, las personas que están en servicios primordiales”. Para mí eso ha sido particularmente difícil, la conciencia de que ella podía contagiarse en cualquier momento. En estos momentos estamos optimistas, pero igual me preocupa.



Tengo una crítica a mi país y es la desconexión entre el Gobierno nacional y el Gobierno de la ciudad de Bogotá. O sea, creo que cuando no hay un diálogo y un lenguaje común entonces se genera esto de... Por ejemplo, escuché que una iniciativa de Claudia López era: “Vamos a garantizar tres meses de servicios públicos gratuitos”, y luego la siguiente semana: “No, ya no se puede”. E incluso sé que los servicios han estado llegando más caros para la gente por el tema de aseo, la

tarifa de aseo ha aumentado. Y eso también creo que ha sido un obstáculo, una barrera para que haya una mejor implementación de las iniciativas que Claudia López tiene, que en mi opinión son en su mayoría buenas. Ahora bien, yo creo que ha existido corrupción en Bogotá y creo que hay negligencia porque leí un artículo que Corea del Sur donó una plata para la pandemia en Colombia, ¿dónde está la plata? ¿Por qué la plata no le llega a la gente? Y entiendo que hay esas localidades donde hay mayor contagio Kennedy, Bosa, Engativá que no reciben la ayuda que necesitan y que definitivamente deberían ser la prioridad.

También creo que a pesar de que la alcaldesa fue estricta en implementar la cuarentena al principio, la medida se flexibilizó muy rápido, en mi opinión, y eso generó que los contagios se incrementaran. Pero creo que la estrategia de cerrar algunas zonas o de decretar alerta naranja en algunas zonas, es efectivo porque no se puede desconocer la naturaleza de los barrios, que es lo mismo que ocurría en Dubái, donde hay mayores trabajadores y donde hay mayor informalidad, pues hay mayor exposición y mayor contagio. Creo que el día sin IVA, que fue aprobado por la Presidencia de la República, en una o dos semanas vamos a observar los catastróficos resultados de ese día de contagio masivo.

Un último comentario que creo que dice mucho y que es importante hacerlo en este momento es la ineficacia del sistema de salud de Colombia. Ya la conocíamos y éramos conscientes, pero en este momento definitivamente nos pone en alerta: el número limitado de unidades de cuidados intensivos, la falta de inversión en tecnología, la poca estima por ciertas profesiones como la profesión médica, los enfermeros, los radiólogos, los bacteriólogos, que socialmente no están tan apreciados como los políticos o los ingenieros, por ejemplo, pero que terminan por reivindicar su lugar, al ser los únicos capaces de salvar vidas y de detener esa propagación. Yo creo que el sistema de salud colombiano necesita una reestructuración profunda, una revaluación de cuál es ese lugar social e incluso la remuneración del personal médico.

Finalmente, los testimonios de mi mamá como trabajadora de un supermercado me permitieron analizar varias cosas. La primera era que se implementó la medida del “pico y género”: los días en que podían salir las mujeres y los días en que podían salir los hombres. Sorpresivamente cuando se trataba de decidir quién se exponía al virus o al contagio, eran los hombres los que debían ir a hacer las compras. El día que era “pico y género” para las mujeres muy pocas personas veía mi mamá en Alkosto, también muy pocas personas en el transporte público. Pero el día que era para los hombres, entonces muchísimos hombres haciendo mercado, muchísimos hombres en búsqueda de productos. Mi mamá me lo decía: muchos hombres con fotos en el celular de los productos que tenían que llevar a la casa. También tiene que ver con el tema de la seguridad. Cuando la cuarentena fue total en Bogotá, mi mamá sentía mucho miedo porque Bogotá estaba sola: en el bus de repente podía haber dos o tres personas y en la calle nadie. Entonces esa falta de gente la percibía como inseguridad, y no solo la percepción al riesgo del robo,



sino también a ser agredido en su condición de mujer: “que me pueden violar, me puede ocurrir algo mientras estoy fuera de casa”. También algunas experiencias de robo, por ejemplo, se escuchaba entre sus amigos que eran robados en los buses, muchos compañeros de mi mamá trabajan en zonas alejadas al trabajo y decían que los robaban en el transporte público. Ha sido muy difícil también para quienes han tenido que salir a trabajar, porque la pandemia agrava todos nuestros problemas.





# Relato de un colombiano en París en tiempos de pandemia

Juan David García Ríos

París, Francia

(8 de mayo del 2020)

## Mi estadía en Francia

Vivo en Francia desde el 2008, o sea, que este 2020 estaría cumpliendo, en septiembre, doce años de vivir aquí. Me vine en un principio por un intercambio cultural que había entre un grupo musical, una banda sinfónica de la que yo hacía parte en Colombia, en mi pueblo de origen, que es Neira, en Caldas, y una ciudad en el occidente francés que se llama Saintes, en Charente-Maritime. Y bueno, me vine con otros compañeros a realizar unos trabajos de intervención musical en diferentes colegios y escuelas.

Yo tenía 18 años, había terminado mi bachillerato hacía poco tiempo, me fui inicialmente a hacer parte de ese proyecto y también para empezar a hacer mis estudios superiores de música, que era a lo que yo me dedicaba en ese entonces. Después de permanecer en ese proyecto por unos dos o tres años, terminé estudiando música en París. Luego de terminar los estudios de música sentí que quería aprender algo más y así que empecé a estudiar ciencias sociales. Desde ese momento estoy estudiando ciencias sociales y hoy en día, pues, hasta antes de la pandemia, mi vida cotidiana estaba básicamente dedicada al doctorado en sociología. Estoy en tercer año.

Actualmente, durante el día estoy dedicado a la tesis, en mi casa, porque generalmente trabajo allí. A la par tengo un trabajo, que llaman un trabajo de estudiante, en un gran teatro de París, en la Opera Nacional de París, y allí trabajo en las noches más o menos en promedio 15-17 horas semanales, en realidad cambia



mucho porque es en función de la programación que haya en el teatro. Hay semanas donde hay mucho trabajo y hay semanas donde no hay prácticamente nada por hacer. En ese trabajo estoy desde el 2011. Siempre el objetivo de mi viaje a Francia fue estudiar, pero se fue alargando porque estudié música, luego estudié ciencias sociales, luego que la maestría, luego que por qué no el doctorado y así el estudio se fue alargando hasta hoy en día. Ya llevo casi doce años en Francia.

## Noticias de una pandemia

En muchas partes nadie creía de verdad en la epidemia, nadie se creía el cuento en serio. Yo me acuerdo que la primera vez que escuché hablar del coronavirus fue, más o menos, en diciembre del 2019. En medios de comunicación franceses (yo leo regularmente el periódico *Le Monde* todas las mañanas), empezaron a decir “que había un foco de una epidemia, que habían detectado una nueva enfermedad respiratoria en China, que ésta surgió en un mercado en la ciudad de Wuhan y que, pues, están como alarmados, aunque por el momento no se sabe muy bien qué ocurre, salvo que íbamos camino a una pandemia”. Bueno, lo de que no se sabía bien, era porque era en China, que, por el hermetismo, pero que parecía que allá estaba pasando algo. Y eso empezó así, pero yo no le puse mucho cuidado, nunca pensé que eso fuera a llegar hasta Europa y los franceses tampoco, o sea, nadie hablaba de eso. Llegaron las fiestas navideñas, 24 de diciembre y nadie hablaba de eso. En la Ópera trabajé esa noche y nadie hablaba de eso; el 31 de diciembre uno ya escuchaba que se hablaba un poquito más, pero no mucho. Y en ese momento llegó mi novia a visitarme a Francia y estuvimos viajando por Europa. Me acuerdo que luego, en estos días hablando, nos dimos cuenta que cuando ella y yo estábamos viajando, viajamos del uno de enero como hasta el veintidós de enero, ya había rumores de que estaba llegando a Europa la pandemia... No, en esa época no era la pandemia, pero que ya estaba llegando el virus. Nosotros estuvimos en ciudades donde pudo haber estado y dejamos de ir a una donde sí seguramente estuvo, que fue a Italia. Íbamos a ir a Venecia y a Lombardía, y finalmente no fuimos porque hubo inundaciones. Ella regresó a Colombia, e incluso en ese momento, a finales de enero, no se hablaba mucho del coronavirus. En ese momento estábamos en Francia en las huelgas iniciadas contra las reformas de Macron. Las huelgas nacionales, eso era lo que era noticia. Los medios de comunicación hablaban casi el 90 % del tiempo de las huelgas contra la reforma de las jubilaciones, las huelgas contra la reforma al sistema de investigación y de ciencia francés.

Yo creo de verdad que se empezó a hablar del coronavirus, en serio, cuando los medios comenzaron a hablar de uno de los primeros casos confirmados en la región parisina, que si no estoy mal fue el 5 de marzo<sup>9</sup>. Es decir, estamos hablando



9 <https://www.leparisien.fr/yvelines-78/yvelines-un-cas-de-covid-19-detecte-a-versailles-04-03-2020-8272854.php> En realidad, para el 5 de marzo del 2020 el sistema de salud francés tenía reportes de al menos 285 casos confirmados a lo largo y ancho del país.

casi ya tres o cuatro meses después de que eso empezó en China y ahí fue cuando ya empezaron a preocuparse. O sea, a preocuparse no, pero a hablar sí un poquito más seguido del tema. Entonces cuando llegó el primer caso a Francia, cuando comenzaron a investigar, cuando ya hubo la primera muerte, ahí sí ya empezaron a hablar todos los medios: “¿Qué estaba pasando?, que eso en China ya estaba muy complicado...”. Empezaron a hacer como el informe de lo que ocurría en China: “Que fue antes de unas vacaciones, que la irresponsabilidad de un alcalde, pero que al alcalde le hicieron presión desde arriba...”. Bueno, todo ese tipo de cosas, como explicando cómo fue que eso llegó hasta Francia. Eso fue lo primero que la gente se preguntó: “¿Pero eso cómo llegó hasta acá?”. Aun así, la gente no se lo creía del todo. Recuerdo que cuando ya la cosa estaba en crisis en Italia, yo todavía estaba trabajando en la Ópera, había estado en reunión con mi director de tesis una semana antes y en la Universidad había seminarios... O sea, yo creo que las cosas de verdad se las empezaron a tomar en serio en Francia fue cuando el presidente salió en televisión diciendo: “Vamos a tener que pararnos y vamos a tener que hacer un confinamiento”. Antes de eso, pues lo mismo, solo se hablaba de los gestos barrera, que consistían en el distanciamiento social (evitando el contacto físico), en el uso de gel antibacterial y en el lavado de manos. En ese momento, el uso del tapabocas era poco común. Yo estaba tan tranquilo y como tan poco consciente de la gravedad de la situación, que cuando fui a la farmacia a buscar gel y a buscar tapabocas ya no había. O sea que tal vez había mucha gente que se había tomado la cosa en serio antes y quizás yo estaba un poco más tranquilo que los demás, porque cuando quise surtirme de tapabocas y de gel, como decía, ya no había. Y busqué como en quince farmacias y no encontré. En internet sí había, pero a precios muy altos. Finalmente vine a comprar tapabocas y gel cuando me iba a venir para acá (para Colombia), para el viaje humanitario porque era obligatorio, aunque tuve la suerte que mi novia desde Colombia me compró, no sé en qué país, un tarro de gel que me llegó hasta París porque como decía, en Francia, o en París, en todo caso, no había ni gel ni tapabocas, todo se había agotado.

Yo creo que un primer “timbronazo”, fue cuando empecé a sentir una preocupación algo “maluca”, fue una noche que estábamos en la Ópera trabajando y un compañero que había llegado de Lombardía nos contó, muy preocupado: “Que no, que eso allá estaba muy grave, que eso allá estaba muy feo, que...”. Pero, digamos, el primer pensamiento que yo tuve quizás fue muy egoísta, como sentir un poco de rabia hacia él porque yo me decía: “¿Este tipo qué hace aquí trabajando en la Ópera? Si acaba de llegar de Lombardía y allá están en una crisis. ¡Qué irresponsabilidad!”. El caso es que no fui el único en reaccionar así porque cuando los superiores de nuestro trabajo se dieron cuenta que él había acabado de llegar de Lombardía, lo llamaron a la oficina del médico de la Ópera, al médico en servicio, y ahí mismo le ordenó a mi compañero, a partir del otro día, preservar la catorcena, (no sé si se dice así), a catorce días de aislamiento obligatorio en casa. De hecho, el chiste era: “tan bueno que le van a pagar por estar en la casa”. Ahí fue donde



me di cuenta de que la cosa era en serio porque yo empecé a sentir como nervios. Pensé: “como que esto sí es en serio, como que esto sí me puede afectar”.

Y otro “timbronazo” fue cuando quise comprar el tapabocas y el gel, que me di cuenta de que ya se habían agotado. Entonces fue como una especie de campanazo: “oiga Juan, usted está muy tranquilo. Mire que todo el mundo ya está preparado y usted qué”. Y el tercer “timbronazo” fue cuando iba a hacer una entrevista. Estaba haciendo entrevistas para mi tesis, que había estado muy afectada, primero por las huelgas y luego por todo esto. Tenía una reunión con una doctorante en economía para una entrevista, digamos el viernes, y la muchacha me llamó el miércoles a decirme: “Lo siento, debo cancelar la entrevista o la podemos hacer por internet porque contraí el virus”. Y yo como: “¡Uy! Yo me iba a encontrar con ella... ¡Uy! Yo iba a hablar con ella, o sea yo me habría podido contaminar”. Y digamos que ya desde el punto de vista institucional yo sentía que la Ópera, que mi universidad e incluso que mis amigos, que todos de verdad ya estábamos en modo alerta frente al coronavirus. El día que decretaron el inicio del confinamiento, que en estos momentos se me escapa la fecha exacta, fue a mediados de marzo<sup>10</sup>. Un lunes, tal vez el 17. Ahí sí fue como que ahora esto iba en serio. Recuerdo que también hice parte de los que fueron a mercar antes del lunes que iniciaba el confinamiento y me hice una pequeña dispensa con enlatados y no compré papel higiénico en gran cantidad porque no vi la utilidad<sup>11</sup>, pero pues sí compré muchas cosas con fechas de vencimiento lejanas. Y pensaba hasta con cierta alegría sobre el hecho de que me pudiera encerrar, porque yo sí tengo tendencia a ser bastante ermitaño, y me dije: “Qué bueno, por fin tengo una excusa para estar en la casa”. Y también pensé: “Qué bueno, se va a detener un poquito el mundo, ya no voy a tener la presión de la tesis y de la Ópera. Voy a poder estar más tranquilo, nadie me va a poder exigir nada porque estamos en tiempos de crisis”. Pero esto se alargó demasiado.

## Entre restricciones y confinamiento

Al principio, la preocupación de nosotros (los doctorantes) era porque en la universidad empezaron a cancelar reuniones y seminarios, mi director de tesis empezó también a cancelar nuestros encuentros. Entonces por ese lado yo sentía que ya estaba siendo afectado por la pandemia. Del lado del trabajo, sí se demoraron un poquito más en tomar medidas, pero pocos días antes de que el presidente decretara el confinamiento, digamos una semana antes, como la del 9 de marzo, en la Ópera empezaron a reaccionar, cancelando espectáculos y empezaron a decirnos que no fuéramos a trabajar. Me acuerdo de una vez que nos hicieron ir a algunos trabajadores para hacernos en la entrada de la Ópera para informarle



10 El primer confinamiento en Francia fue del 17 de marzo al 11 de mayo del 2020.

11 Días antes del inicio del primer confinamiento en Francia, se expandió entre la población la necesidad imperiosa de comprar cantidades en muchos casos exageradas de papel higiénico, hasta tal punto que, en algunos supermercados y tiendas, hubo ruptura de stocks.

a la gente que iba asistir al espectáculo que este había sido cancelado por coronavirus. Y nosotros decíamos: “Pero esto es una estupidez. Cómo nos van a poner a exponernos a nosotros y a propagar más el virus, solo para decirle a la gente que el espectáculo se canceló”. Y a los poquitos días ya se decretó la cuarentena nacional, en el marco como de una especie de decreto presidencial que en Francia se llama “arrêté” de presidencia. Al principio no podía salir sino para ir a mercar, porque para poder salir a otros asuntos tenía que cumplir o entrar en las excepciones, las cuales eran: tener obligatoriamente que ir a trabajar, para eso me pedían una “attestation”, un certificado de mi empleador. Yo no estaba en ese caso porque como la Ópera es un centro cultural tuvieron que cerrar; podía salir si tenía razones o motivos familiares imperiosos, no sé, como una enfermedad de mi mamá o de mi papá, pero eso no me vinculaba porque mi familia está lejos; salir a buscar ayuda médica, citas médicas urgentes o tratamientos urgentes; podía también, como había dicho, salir si tenía que hacer compras necesarias para la vida, para subsistir; y la última excepción era si tenía una convocatoria de la policía o de la justicia. Entonces uno debía indicar la razón por la que salía y tenía una hora precisa. Se debía indicar la hora en la que se salía y a partir de esa hora que se indicaba se tenía sesenta minutos para hacer la vuelta y regresar a la casa. Y si se pasaba del tiempo debía tener buenas razones para justificarle al policía porqué se había demorado más. Entonces, pues, me imagino que en una cita médica o en una cita con un juzgado, le aguantaban a uno que se hubiera demorado. Pero que uno sacara un papel, que estaba haciendo compras y que se demoró más de una hora, ya no le iban a creer. Y había multas. Multas a partir de los 135 euros, según la situación. Si a uno lo cogían dos veces ya subían más, lo que llaman una penalidad adicional. Y al final creo que las sanciones podían llegar hasta la cárcel, después de siete u ocho multas, por poner en riesgo la salud de la población. Entonces yo la verdad salí muy poquito.

Cuando decretaron el confinamiento nacional yo llevaba casi una semana encerrado. Y lo que hice fue simplemente continuar haciendo algunas entrevistas vía Skype o vía Zoom, asistir a ciertas reuniones virtuales de la Ópera y trabajar un poco en la tesis. Lo que pasó fue que no contaba con que, pues, yo iba a estar muy disperso en esas primeras semanas, pendiente de que lo que estaba pasando en Francia, porque yo soy una persona que, tal vez por ser tan hogareño, soy también una persona que le gusta estar conectado, leyendo noticias, le gusta estar sentado en su sofá con su computador viendo qué pasa. Entonces estoy inscrito en *Le Monde*, *The New York Times*, *The Economist*, *El Espectador* y sigo varios canales para estar informado de lo que pasa en América Latina. Entonces como que sin darme cuenta me metí en una marea gigante de noticias, hasta que eso me terminó asfixiando, hice una especie de sobredosis de noticias. Esto me vino a dar como a las dos o tres semanas de que empezó el confinamiento.

La tesis empezó a quedar de lado. Y lo que sí hice, puede parecer bobo, fue que me puse a leer sobre lo que pasa si uno se queda solo en el mundo. ¿Cómo hace uno para no perder la cabeza? Una de las cosas que hice fue mantener una rutina.



¿Cuál era mi rutina? Aunque me da mucha dificultad mantener rutinas lo que hice fue: no va a haber día que no me bañe. Entonces yo me levantaba y otra cosa: no va a haber día que me levante después de las nueve o diez de la mañana. Y desde el primer día hasta el último me bañé todos los días. Salvo una excepción, tal vez, me levantaba todos los días antes de las nueve de la mañana... Porque al final empecé a correr el horario, a dormirme a las dos o tres de la mañana, porque empecé a vivir a la colombiana llamando a mis papás, llamando a mis abuelos, llamando a mi novia, a veces también hablando con mis amigos en Francia. Empecé a correr el horario porque no tenía nada que estructurara mi tiempo. Pero, aun así, me obligaba a levantarme todos los días a las ocho o nueve de la mañana, máximo nueve y media o diez, pero en todo caso me bañaba. Yo me levantaba y lo primero que hacía era bañarme y después de bañarme no perder la costumbre de desayunar y, de al menos, almorzar o cenar muy bien. Entonces eso fue como la primera cosa. Y la segunda, me propuse también evitar consumir alcohol. Como uno está tan desocupado, puede sentir el deseo de tomar cerveza o tomar vino. Entonces me dije: "No, nada de eso". Y durante casi los dos meses que estuve en confinamiento, solo una vez como que me dejé llevar por la tentación y me compré un *pack* de cervezas que obviamente, no debí, porque me lo terminé tomando como en dos días. Entonces, o sea, era como una especie de lucha por el autocontrol, y lo logré más o menos. Pero ya en el campo emocional, sí era mucho más difícil.

## Las reacciones de la gente

En mi entorno me pareció que la gente asumió el confinamiento como algo que era necesario. Yo estaba aislado, pero yo tenía acceso a lo que se veía en los medios y lo que podía hablar con mis amigos y la mayoría de la gente parecía verlo como un mal necesario, como algo que había que hacerse. Uno sí notaba que la mayoría de la gente respetaba el confinamiento. Pues París de verdad se vació, estaba vacío. Pero creo que había otra razón por la que uno podía salir, no sé si lo permitieron al principio o a mediados del confinamiento, pero era poder hacer deporte en el rango de un 1 km a la redonda del domicilio durante máximo una hora. Entonces lo que sí me pareció gracioso fue la gran cantidad de gente en París que descubrió que tenía vocación por el deporte, pues eso se multiplicó. Y uno veía, pues era hasta chistoso verlo, a personas que por su manera de hacer deporte como que llevaban treinta años sin actividad física. Salían porque tal vez estaban desesperados en casa, porque querían salir. Entonces eso sí se multiplicó, eso fue un problema para la policía. Y otra cosa fue que empecé a ver como quejas, que se veían en los medios, pero también compañeros que hablaban de los abusos policiales. Que estaban empezando los policías a multar gente de manera desconsiderada, sin tomar en cuenta las particularidades de las personas, de las situaciones, unas más difíciles que otras. Y también como un tratamiento un poco desigual según el barrio en el que uno estuviera. Por ejemplo, mi barrio, que es en Bastilla, que es un barrio, cómo decirlo, no muy popular, es un barrio más bien de gente adinerada, entonces la policía no estaba tan presente por ahí, no había



tanto control. Pero se oía noticias de las redadas que hacía la policía en los barrios pobres, en las que uno veía cómo trataban a la gente. Pues generalmente en esos barrios pobres es donde hay mayor cantidad de inmigración, entonces eran gente de África o gente del Magreb. Uno los veía en el piso esposados, la policía dándoles matraca, que porque estaban irrespetando el confinamiento. Entonces sí, ese tipo de cosas sí se empezaron a ver.

Y otra cosa que fue parte de la angustia de la gente fue una especie de sentimiento antiparisino. Aunque este sentimiento siempre ha existido en Francia, esta vez se exacerbó. Porque cuando empezó el confinamiento hubo casi dos o tres millones de parisinos o de la región parisina que abandonaron la región y se fueron en cuestión de días hacia otras regiones de Francia, hacia el campo, hacia las ciudades más pequeñas, hacia las casas de vacaciones en Bretaña, Normandía, o en el sur o en el centro de Francia. Y pues la primera reacción de la gente que se quedó en París, incluyéndome, fue como: "Oiga, la gente es muy inconsciente ¿cómo se van a ir? Van a propagar el virus. El sistema hospitalario parisino es mucho más grande que el de otras regiones. Los van a hacer colapsar". O sea, hubo como una especie de rabia que se generó hacia los parisinos que se iban. Eso duró así mucho tiempo, casi las primeras seis semanas del confinamiento. Y empezaron a ocurrir cosas, a los parisinos que estaban no sé en qué pueblito en el sur, les empezaron a desinflar las llantas de los carros, les quebraban los vidrios del carro, de las casas, o sea empezaron a ocurrir cosas así porque la gente estaba muy nerviosa y les daba mucha rabia que, sabiéndose que todos debían estar en sus casas, los parisinos lo primero que hacían era empacar sus maletas y arrancar para sus casas de vacaciones, o para los lugares de vivienda de la abuelita o de la tía que vive en casa grande, con jardín. Pero al mismo tiempo, para el parisino, imaginar quedarse encerrado en París podía ser algo duro. El parisino promedio vive en 30 o 40 metros cuadrados. Vivir un confinamiento encerrado en una pequeña superficie es muy complicado, más si son familias. En París hay familias de tres o cuatro personas, que viven en 30 metros cuadrados. Entonces, de verdad, era un problema difícil de manejar. Después, parecía ser que la gente empezó a decir que finalmente era una buena idea que los parisinos se fueran porque así distribuían los pesos que debían soportar los diferentes sistemas hospitalarios. Y pues finalmente parecía ser buena cosa que la gente se repartiera por todo el país y que no fuera una gran metrópolis de 12 millones contaminada, y que a la vez el resto del sistema hospitalario alrededor por todo Francia no estuviera colapsado, mientras que el de París sí, el de la región parisina sí. Entonces parece que eso fue buena idea, finalmente. No sé si es verdad, pero esas fueron como las dos tendencias que yo empecé a notar, o como las dos posiciones que surgían cuando hablaba con mis amigos, las discusiones que tenía con mis compañeros de la universidad o amigos franceses que he conocido durante este tiempo en Francia.

Yo vivo encima del bulevar Richard Lenoir, que es un bulevar que sale de la Plaza de la Bastilla y comunica esa zona con el norte y el nororiente parisino. En general esa vía es muy transitada y pues se vació, quedó totalmente vacía. Entonces yo sentí



ese cambio abrupto. La Plaza de la Bastilla es una zona muy concurrida. Hasta de noche hay gente moviéndose, hay turistas, hay gente que trabaja, gente que está por ahí, que pasa por ahí, vendedores, hay comercio, hay de todo. Otra cosa que me impactó fue en mi trabajo. Ver a la Ópera cerrada, empezar a ver que cada día todos los espectáculos los estaban empezando a cancelar, sabiendo que eso nunca ocurría. Eso fue bastante impactante. Y también fue impactante ver las reacciones de la gente en el supermercado de mi casa, al lado de mi casa, o sea de verdad los nervios, las compras casi compulsivas; gente comprando papel higiénico, leche, enlatados, pero en cantidades impresionantes; la gente como irritada, estresada. Eso también me impactó mucho.

## Entre Francia y Colombia

Tengo muy buena comunicación con mi familia, digamos, con mi círculo más cercano, con mis papás, mi hermana y mi abuela, y con mi novia que vive en Colombia. Y claro, con ellos hablábamos del tema porque las noticias empezaron a llegar también a Colombia y ellos empezaron a preguntarme (yo también les contaba): “No, que ya cerraron la ópera, que no voy a poder trabajar, que estoy encerrado en mi casa, que la tesis”. Bueno, pero pues, de todas las inquietudes de mi familia, yo me di cuenta que la primera inquietud no fue tanto una inquietud de salubridad como de: “¿Será que a usted se le va a pegar esto? ¿será que a usted le va a pasar algo?”. Sino como: “¡Ay! ¿Y la Ópera? ¿Y entonces el trabajo? ¿Y entonces de qué va a vivir?”, eran como ese tipo de preocupaciones porque yo creo que todavía se consideraba algo muy lejano y no se entendía bien lo que significaba el coronavirus. Recuerdo, sin embargo, que durante la cuarentena en mi casa encerrado sí me decía: “¡Eh! ¿Será que a mí sí me van a infectar? ¿Será que a mí sí se me pega eso?”. Y también me decía “¡Eh! ¿Será que yo me voy a morir? Pues es que somos nueve millones de parisinos, y en la época había no más como diez mil infectados. De 9 millones o 12 millones de habitantes que hay en la región Île-de-France, ¿Será que yo voy a estar dentro de los 10 mil infectados y dentro de los 500 muertos?”. Es que claro, también uno empieza a ver que todo esto es por los medios de comunicación, viendo la crisis en Italia, en España que eso fue antes de que se agravara la cosa en Francia, entonces ahí ya me empezó a dar miedo. Y ese miedo, que también había llegado a Colombia en cierta manera, o en todo caso a mi casa porque estaban mucho más atentos a lo que ocurría en Europa, ahí sí ya empezó el nerviosismo, sobre todo el de mi mamá, pensando que a mí me iba a dar eso. Ella prácticamente no había día que hablara conmigo desde que empezó la pandemia y que no me recordara: “Mijo usted es joven, usted tiene salud, usted tiene apenas 29-30 años, pero recuerde que hay gente de su edad que se ha muerto de eso y que estaba muy saludable. Cuidese que a usted también le puede dar”. Esa es una manera de hablar de mi mamá: “La vida solo es una oportunidad. Si usted la pierde, ya no tiene más oportunidades entonces cuídela”. Y claro, uno se ponía nervioso.



La otra preocupación de ellos era lo de la soledad, porque ellos se imaginaban que yo estaba allá solo. Yo vivo en un apartamento, en un apartaestudio de 24 metros cuadrados. En realidad, en comparación con muchos otros compañeros de mi universidad, digamos que yo vivo en muy buenas condiciones: tengo un apartamento iluminado, con tres ventanas, con cocina más o menos grande, con baño dentro del apartamento, el apartamento está nuevo, tengo mi biblioteca, tengo mi escritorio, internet, estoy cerquita de todo. Muchos elementos me permiten decir que vivo en buenas condiciones en París. Aunque a mí me gusta la soledad, en esos momentos uno se da cuenta que una cosa es la soledad impuesta, la soledad sobre la que uno no puede decidir, y otra cosa es la soledad por la que uno puede decidir; o sea, cuando uno está solo porque quiere, esa es una soledad muy distinta a la soledad a las malas, a la soledad en la que no hay nada que hacer y que simplemente es la que me tocó. Y no era tanto como el hecho de poder tener compañía, sino del hecho de que todas mis interacciones sociales se redujeron al teléfono y al internet. Entonces para poder hablar con alguien, discutir con alguien, siempre debía pasar por Whatsapp, o por el celular, o por correo, pero sobre todo era Whatsapp y llamadas telefónicas. Y eso va desgastando, hasta un punto en el que, claro, a mí me llamaban a preguntarme: “¿Qué hubo? ¿Qué más?” y yo no tenía nada que decir, porque mi vida se había vuelto nada. Mi vida se había vuelto estar encerrado en una pieza no más que viendo noticias, con la lucha y el estrés constante de: “Tengo una tesis por hacer, pero es que no tengo ganas”. Y claro, se volvió que las llamadas me hacían falta porque tenía ganas de hablar, pero al mismo tiempo estaba irritado, maluco, enojado y angustiado, porque no tenía nada que decir, porque estaba cansadísimo de tener que pasar por celulares o por computadores para poder hablar con mi familia o con alguien y además para hablar de lo mismo. Las conversaciones, todas, se redujeron casi en un 90 % al coronavirus o a las consecuencias del coronavirus.

## Seguir la pandemia en Colombia desde la distancia

Otra cosa fue la preocupación de cuando el virus llegó a Colombia. Yo estuve muy atento, de hecho, me acuerdo que yo viví, desde allá, esa ruptura de la manera como manejaba el tema el presidente y como lo manejaba la alcaldesa en Bogotá. Yo estaba muy pendiente de Bogotá porque para mí era la puerta por donde iba a entrar el virus, aparte de las costas. Y digamos que, en sus comienzos, el coronavirus impactó a mi familia de tres maneras. La primera fue: “Juan en Europa”; la segunda fue unos tíos y unas tías, que estaban de viaje en un crucero que zarpó de Cartagena como tres o cuatro días antes de que el presidente cerrara los puertos marítimos, quedando así atrapados. Entonces claro, la familia toda dijo: “Bueno, ¿qué vamos a hacer con esa gente? ¿Qué van a hacer?”. Los del crucero diciendo que ellos no podían hacer nada porque el Gobierno los había obligado y los viajeros atrapados en el barco sin saber qué hacer. El Gobierno diciendo que eso no era responsabilidad de ellos. Panamá no quería recibirlos, Cartagena no quería recibirlos. Bueno, la angustia por la familia atrapada en un crucero en



ese momento. Luego eso se arregló. Y en ese momento nadie hablaba digamos de la crisis económica, del empleo, de todo eso, nada. Porque estábamos era más bien como pensando: “Vamos todos a ubicarnos en lugares seguros, regresamos a las casas”. Ya cuando todo el mundo estaba ubicado, apareció la tercera preocupación, pero en varias etapas. Por ejemplo, en mi casa, mi hermana tiene una panadería que heredó de mis papás. Yo tengo una aplicación que me permite ver las cámaras que están instaladas en la panadería de mi casa, así yo puedo saber quién está trabajando. Esas cámaras las tienen mis papás por control de seguridad, control de calidad y bueno, todas esas cosas. Pero yo tengo la aplicación como por una manera de estar más al tanto de lo que ocurre en mi pueblo, en mi casa. De pronto, mi hermana me escribió: “Juanda, mire por las cámaras”. La panadería está en un local más o menos grande como de 150 metros cuadrados y caben más o menos unas 100 personas. Y claro, la primera regla que llegó a los comercios y a las cafeterías, no sé si de todo Colombia, pero en todo caso sí del pueblo, fue que debían reducir la ocupación como hasta un 50 % o un 30 %. Recuerdo que al final solamente se podía admitir el acceso hasta 10 personas, creo. Pasamos de 100 a 10 personas. Solo podía haber 10 personas en el salón, distribuidas en los 150 metros. Era una silla por mesa, mientras que antes eran cuatro o cinco sillas por mesa. Esa fue la primera etapa.

Segunda etapa, no podía haber nadie. Tiene que cerrar el negocio y dejar únicamente la atención por vitrina. Luego la tercera etapa: ¿Qué hacer con los empleados? En la panadería hay entre 6 y 8 empleados, todos en forma legal, porque ella decidió en un proceso muy interesante, formalizar. Antes, la organización era informal, como suele ocurrir en los pueblos. Pero claro, lo hizo en un momento delicado, ya que por ley tenía que seguir pagando los salarios. No era como antiguamente que, si no había más trabajo, el trabajador se iba para su casa y no había nada más. Entonces claro, yo asistí al drama de los dos lados porque yo soy empleado también, de la Ópera, y me decía: “Juepucha, pero es que si mi empleador me dice que chao, que esto se acabó, ¿yo qué hago?”. Yo tuve la suerte que mi empresa me dijera: “No se preocupe. Tiene salario garantizado hasta mayo. Después de mayo vamos a ver qué pasa”. Estábamos en marzo, yo estaba tranquilo. Entonces fue una discusión en mi casa, hablando sobre qué iban a hacer con los empleados, buscando soluciones, hablando con el abogado, negociando con los empleados. Fue complicado ver cómo mi hermana al final debió suspender los contratos a cambio de que ella les siguiera pagando la seguridad social y esas cosas.



Yo veía todo eso de una manera muy dramática porque vi cómo se redujo prácticamente en un 90 % la actividad de la que vive mi familia. Y desde ese momento hasta hoy las preocupaciones mayores han sido esas dos: la reducción en un 90 % de la actividad y el temor de contaminarse. Porque Neira es un pueblo relativamente chiquito, con un hospital creo que nivel uno. Es un hospital pobre, precario. Entonces, en Neira todo el mundo sabe que, si ese virus entra,

además en un pueblo con una parte grande de la población en la tercera edad, no va a haber manera de hacer la gestión de toda esa gente, la mortandad sería grande... Y ahí están mis abuelos y está también gente que estimo mucho y que está encerrada desde marzo. Llevan ya dos, casi... marzo, abril, mayo... bueno, dos meses largos encerrados. Entonces he estado por medio de llamadas telefónicas siguiendo todo eso.

## Regreso a Colombia en un vuelo humanitario

En realidad, cuando empezaron con lo del vuelo humanitario, pensaba que yo no podía estar cobijado porque no soy turista, soy estudiante con una residencia temporal en Francia. Entonces yo pensé: “No, esas convocatorias de vuelos humanitarios pues en realidad deben ser para las personas que están de verdad atrapadas en otro país y que no son de allá y que no están viviendo allá”. Entonces no le puse mucho cuidado a eso. Hasta que una vez, un amigo que hace un doctorado en biología, también en Francia, habló con otro amigo que terminó el doctorado y está haciendo posdoctorado en Brasil. Este último se dio cuenta que nuestro amigo en común iba para Colombia en un vuelo humanitario. Entonces, desde Brasil mi amigo me contactó y me dijo: “Oiga Juan, mire que fulanito se va a ir para Colombia. Mire usted, hermano, cómo está de solo en París. Usted allá que no es capaz de darle a esa tesis porque, claro, usted está saturado en 24 metros cuadrados de los que no puede ni salir. Váyase para Colombia, que usted va a estar mucho mejor allá. Busque información”. Y eso fue un viernes por la noche cuando me iba a acostar a dormir. Y entre el viernes y el jueves de la semana siguiente ya estaba viajando. Eso fue superrápido. Un proceso muy rápido con algunas cosas muy positivas para mí, porque llegué a Colombia, así me haya tocado hacer cuarentena, estaba decidido a hacerla. Pero ya estaba llegando a mi casa, a mi país, y yo sé que estando en otras condiciones iba a estar mucho mejor para trabajar en la tesis.

Pero al mismo tiempo fue complicado, porque al final me di cuenta de que muchos de los que viajaron en ese vuelo humanitario fueron los que tuvieron con qué pagarlo y pudieron además pagar la cuarentena obligatoria en un hotel de Bogotá. Hubo mucha gente que no tenía con qué pagar el vuelo humanitario, ni con qué pagar la estadía porque ya llevaban un mes atrapados en París gastando hotel y comida, y por las tarifas del euro, estaban ya quebrados. Esa gente quedó allá. Los que tomamos el vuelo, yo me acuerdo, ¿quiénes éramos? En gran medida estudiantes, uno reconocía a la gente, tal vez un poquito ‘pupis’, que tenían con qué pagar su viaje para llegar a Colombia. Y los demás, los que quedaron en París, ¡jumm! Eso fue raro y paradójico. Ya en Bogotá hice la cuarentena, pero la verdad no la viví mal. Primero porque ya había hecho la escuela de vivir una cuarentena solo en París, en la que de verdad en esos dos meses creo que no hablé con nadie, o sea en persona, aparte de las cajeras del supermercado a las que iba a visitar cuando iba a comprar mi comida una vez a la semana los sábados. De resto, yo no hablaba con nadie más físicamente. En cambio, aquí en este hotel en Bogotá,



donde estoy pasando la cuarentena, tengo a la señora que me trae el tintico y me pregunta cómo estoy, está el muchacho que hace los domicilios y me monta la conversa, y luego llega el que administra el hotel y también me pone la conversa. Y cada ratico me suben tintico, y mi novia llega, y ya que no puede entrar al hotel porque debo permanecer aislado, entonces me hace visita por la ventana como si fuéramos Romeo y Julieta. Y me trae comida y regalos. También llamo por celular a mi familia, entonces claro, para mí ha sido como unas vacaciones, como un pequeño esfuerzo adicional para lo bueno que se va a venir, es decir, regresar a casa y hacerle frente a la pandemia con la familia; es decir, muy distinto de lo que había vivido en París.





# La pandemia lo desequilibró todo

Licedt Fernández

Louvain-la-Neuve, Bélgica

(14 de mayo del 2020)

## De Bolivia a Bélgica: ¿en búsqueda de una oportunidad?

En octubre de este año va a ser cinco años que llegué aquí a Bélgica. Llegué en el 2015 por estudios, vine a hacer un máster en Tecnología Alimentaria. Se me dio la oportunidad de poder recibir una beca, con las becas ARES [Académie de Recherche d'Enseignement Supérieur], envié mis papeles desde la Universidad Mayor de San Simón aquí a Bélgica y logré ser seleccionada. Entonces de esa manera pude venirme aquí. Tuve muchos problemas al inicio porque yo venía con mi hijita, en ese entonces tenía seis años, pero el problema fue que los belgas dan la visa de estudiante solo al estudiante, no a los hijos. Solo cuando llega a Bélgica y se instala es que puede pedir la agrupación familiar para que lleguen los hijos. Pero yo no podía, o sea, no tenía con quién dejar a mi hija en Bolivia. Finalmente logré resolver ese problema con la ayuda de la Universidad en Bélgica y logré que la Embajada me aceptara la petición de visa para mi hija y se la concediera. A causa de eso llegué tarde al inicio de los cursos. Llegué bastante tarde porque el año académico en Bélgica empieza a mediados de septiembre y yo llegué casi un mes después. Los cursos eran prácticamente el día entero, la mitad en la Universidad Católica de Lovaina y la otra mitad en la Universidad de Gembloux, otra ciudad que es aquí en Bélgica. Eran cursos que avanzaban rápidamente, o sea que casi la mitad de los cursos yo ya los había perdido a causa de esperar para tener la visa de mi hija para poder venirme con ella.

La verdad todo al inicio fue todo lindo porque es una experiencia nueva, porque cuando uno no sale de su país conocer esto, como quien dice el nuevo mundo, este mundo tan diferente al que nosotros vivimos: la gente, la cultura, los estudios,



realmente otra cosa. Entonces estaba maravillada. Aunque fue muy difícil empezar a desenvolverme porque tenía a mi hija conmigo y yo no hablaba el idioma, no hablaba el francés, entonces me lancé un poco a la aventura como somos muchos en Latinoamérica buscando un nuevo futuro. Decir: “Voy a hacer esto” y me vine acá con ella sin hablar francés a hacer unos estudios en francés, fue una locura. Lo bueno es que las escuelas ayudan bastante con los chicos, es el día entero. En mi país, las escuelas duran solamente medio tiempo o es solo mañana o solo tardes, entonces es más complicado, pero aquí las escuelas son día entero, de ocho y media de la mañana a prácticamente cuatro de la tarde, y además tienen guardería para los niños que sus papás trabajan. Entonces, los puedes dejar desde las siete de la mañana y dejarlos en la tarde hasta las seis de la tarde. Eso fue la gran ayuda, pero claro, mi hijita como no estaba acostumbrada a estar todo el día en la escuela y además solo vivía conmigo, lloraba porque decía: “Mamá me dejas en la noche y me recoges en la noche”, porque los días aquí son muy raros. Cuando es el invierno uno sale en la mañana y es todo oscuro y cuando uno regresa en la tarde sigue de nuevo oscuro. Los días son muy cortos en invierno. Entonces esa experiencia fue dura al principio, pero bueno, ya poco a poco fuimos adaptándonos.

Mi hija fue una gran ayuda para mí porque fue ella la que me enseñó a hablar el francés. Gracias a ella empecé a desenvolverme en los centros comerciales, en los estudios, porque ella me ayudaba a traducir algunas cosas, leía el diccionario, el internet y con ella a mi lado para hacer las traducciones. Así, fuimos sobreviviendo poco a poco. El primer año no me fue tan bien en la Universidad; el segundo año ya mucho mejor, logré defender la tesis pero no logré terminar mis cursos porque había dos materias que no he logrado aprobarlos, porque era muy difícil entenderle al profesor que hablaba francés, pero era como nosotros, un francés que venía de otro país, me imagino del lado de Marruecos, algo así, de uno de esos países, porque tenía el acento más de ese lado. Entonces era muy difícil para mí entenderle en su materia, que era la de estadística, que ya es difícil en mi propia lengua, más aún en francés. También era difícil la materia de microbiología que era en inglés, pues yo tampoco sabía hablar inglés. Por eso digo, que me lancé al éxito al venir aquí. Pero bueno, ya en eso encontré el amor. En mi laboratorio conocí al que ahora es mi esposo y con el tiempo nos casamos. Hace tres años que estamos casados y tenemos un bebé de un año. No es fácil la vida con la familia y los amigos tan lejos, pero poco a poco se hace más llevadero.



La gente latina que uno conoce aquí termina convirtiéndose en familia de alguna manera. Cuando uno no tiene familia estando tan lejos, los amigos se vuelven familia. Tuve la suerte de conocer unos amigos que fueron una hermana para mí y unos grandes padrinos para mi hija. Entonces ellos fueron la familia que logré formar aquí aparte de mi esposo. Poco a poco vamos avanzando cada día un poquito más, pero claro que es difícil. Es otra vida y, aunque es difícil, estoy feliz de poderle dar esta vida a mi hija que tal vez no podría dársela en mi país.

## Cuando llegó la pandemia

Del coronavirus me enteré por las noticias. Que lo veíamos algo un poco lejano cuando empezó en China. Yo creo que ni aquí ni en ningún otro país imaginamos que ese virus iba a llegar a nuestros países. Yo la verdad no me imaginé que podía ser de esta magnitud. Nunca imaginé que podía paralizar al mundo de esta manera. Al principio yo decía: “Pobre China. Pobre la gente de China, cómo está sufriendo con esto”, pero la verdad no me imaginé que fuera ni siquiera a paralizar de esa manera a China. Cuando lo veía en las noticias me parecía algo tan lejano, no lo podía ver en realidad. Ya cuando llegó aquí a Europa, a los países vecinos de nosotros, Italia, Francia, España, ya como que llegó realmente el susto de decir: “Está ahora aquí”. Enseguida cerraron fronteras, escuelas, pero el virus ya estaba en todo Europa. Entonces gracias a Dios aquí en Bélgica no hubo tantos casos, claro que es un país bastante pequeño en comparación con los otros. Entonces se puede decir que no se logró sentir como en Italia, Francia y España, logramos manejarlo de mejor manera, bueno el Estado logró manejarlo de mejor manera.

Es bastante difícil de creer que estemos tanto tiempo, ya más de dos meses, encerrados en las casas con este confinamiento. Para poder salir las primeras semanas fue un caos porque creo que la gente entró en pánico. Íbamos a los supermercados y era difícil encontrar cosas, fideos, harinas. Claro que la gente empezó a quedarse en sus casas y todos cocinaban. Creo que estar en casa encerrados, no sé si por tristeza o no sé cómo llamarlo hace que cocinemos más, hace que comamos más y que preparemos más postres, porque si hay algo que ha escaseado en los supermercados son las harinas. La cantidad de harina que uno puede comprar en los supermercados, así como papel higiénico y otro tipo de cosas son limitadas. Al principio todos eran con el pánico de salir y querer comprar lo máximo y guardar en sus casas sin conservar la distancia y la higiene, pero ahora como que la gente ya entendió que los supermercados están abasteciendo todo de manera normal, entonces como que ya se han calmado un poco, ya se han dado cuenta que de nada sirve hacer eso. Ya la gente ha dejado de salir a toda hora, tiene más control de la higiene en las casas, en los supermercados e intentan no salir mucho a sitios públicos.

Bueno, ahora ya se puede salir. Aquí se ha hecho progresivamente. Primero podía salir una persona a hacer ejercicio, pero las primeras dos semanas o tres semanas, más o menos, nadie podía hacer eso. Ya luego el Gobierno dijo que se podía salir, la ministra dijo que podíamos salir a hacer deporte. Entonces eso fue algo bueno porque con los chicos uno necesita salir, es difícil quedarse en casa. Luego dijeron que se podía hacer deporte de a dos personas y abrir uno que otro centro de bricolaje que llaman aquí, tiendas para hacer trabajos manuales, eso para que la gente también pueda hacer cosas en sus casas. Luego dijeron que ya se podía visitar la gente mayor porque aquí la gente sufre mucho de depresión. Al principio pedían no ver a nadie, que todos se quedaran en sus casas porque el coronavirus es una enfermedad que afecta sobre todo a la gente mayor, pero también es un riesgo para ellos porque empezaron a estar muy solos, aquí la gente de por sí es



muy solitaria, y cuando son gente mayor están más en las casas de reposo, que ellos lo llaman, y los hijos solo van a visitarlos los fines de semana. Pero ahora no había ni eso. En estos centros la gente empezó a deprimirse mucho más. Era estar enfermos por otro tipo de enfermedad que trae la tristeza de no poder ver a los familiares, de no poder tener contacto con nadie. Entonces dijeron que ya se podía visitar a la gente mayor, que uno podía ocuparse de sus papás o de personas mayores que lo necesitaban. Y así fueron pasando los días.

Las escuelas desde el primer momento se cerraron, o sea, cuando se dijo que el virus se propagó, lo primero que hicieron fue cerrar las escuelas. Fue la primera medida que tomaron. El año escolar ya se terminó aquí, los niños no regresan a la escuela, los que regresan son los que tienen que dar examen para pasar a otro nivel: de la primaria a la secundaria, de la secundaria a la universidad. Son los últimos cursos de cada ciclo los que regresan a la escuela, y los van a organizar en aulas de cinco u ocho personas, porque es una persona, un alumno por dos metros cuadrados. Entonces tienen prioridad estos niños para poder hacer ese examen que necesitan para pasar de nivel, los van a preparar para poder hacer ese examen. A un principio se decía que para los niños que estuvieran para pasar de primaria a secundaria iban a encargar a los profesores de quinto y sexto grado para que evaluaran entre los dos, que asumieran esa responsabilidad de decidir si ese niño pasaba de curso o tenía que repetir. Era una presión muy grande para los profesores y para los niños. Por esta razón han decidido que los últimos cursos de primaria y secundaria van a iniciar este dieciocho de mayo los cursos.

## La vida en confinamiento

Cuando la pandemia llegó la gente sintió miedo. Pánico es la palabra que creo que se puede usar en este caso. La gente realmente entró en pánico por temor a sus padres, por temor a sus hijos, son las personas que uno más quiere y son las personas que están más expuestas a esta enfermedad, de alguna manera son las personas más sensibles. Entonces de alguna manera uno se pregunta: "¿Qué hago? Mis papás, mis hijos...". Entonces entra uno en pánico en esta situación sin saber si eres tú, si es tu vecino, sin saber qué es lo que estaría pasando, tu trabajo, tu futuro prácticamente sin saber nada. Pánico porque esto ha sido de un día para otro, alterando lo que uno ha programado para el día de mañana. Aquí en Bélgica se programa con meses de anticipación todo. Si vas a organizar una fiesta, si vas a salir a algún paseo, si vas a hacer algún viaje, todo se prepara con meses de anticipación. Entonces, esto fue como desequilibrar un poco la idea que tenemos aquí de organizar las cosas. Aquí son bastante cuadriculados en organizar. Entonces esto quedó completamente fuera de sus manos. Entonces yo los veía como sin saber qué hacer... Para mí que soy boliviana fue un poco más tranquilo, por decirlo así, porque soy alguien que siempre, bueno, no vivo el día a día, pero no me gusta tampoco programar con meses anticipación las cosas. Soy como que programo, pero no con tantos meses de anticipación. Entonces de ese lado a mí no me chocó tanto, en cambio veo que a ellos sí. La gente aquí en Europa sí entró en pánico.



Para mi hija fue, como para los otros niños, algo desconcertante, igual de un día a otro dejar la escuela e intentar retomar de alguna manera los cursos por internet, pero muy cortos. Entonces perder esa habilidad que ellos tienen de hacer muchas cosas, muchas actividades el mismo día, ha sido perder la estabilidad completa para todos. Entonces mi hija también me ha preguntado: “¿Y ahora cómo hago mamá? ¿Y mis cursos? ¿Y mis tareas?”. Y los profesores también intentando aprender, porque no todos tienen la facilidad de usar el internet, de hacer cursos por internet. Entonces para todos es una nueva vida ¿no? Ahora todo es *online*, como quien dice.

En cuanto a los trabajos, no todos han tenido la suerte de poder trabajar desde la casa, hacer teletrabajo, muchos otros sí. Pero claro, es difícil estar en casa y que todos estemos aquí y que haya personas trabajando en la casa, eso es un poco complicado. Sucede que los niños hacen ruido, piden cosas, uno no se puede concentrar, se pierden los espacios propios que se tenían cuando unos se iban a trabajar y otros a estudiar.

Yo tengo un bebé que pronto va a tener un año, entonces ha sido ocuparme al cien por ciento de él, porque él iba a ‘la crèche’ (la guardería) y lo tuve que dejar de llevar. Yo hacía unos cursos, dejé de hacerlos porque todo se paralizó. Entonces dedicarme a estar aquí en la casa. Mi esposo trabaja, él es una de las personas que tiene la suerte de trabajar desde la casa. Mientras tanto yo intento que las cosas continúen siendo lo más tranquilas posibles para todos, intentar asignarle deberes a mi hija, intentar enseñarle nuevas cosas a mi bebé, pero al mismo tiempo intentar no hacer tanto ruido porque hay una persona trabajando. Tenemos una casita que es pequeña en la cual se escucha todo, entonces es muy difícil para mí esposo porque él hace conferencias, videollamadas con personas de otros países. Y bueno entonces hay que intentar estar en calma que es muy difícil sin poder salir. Gracias a Dios ahora, aquí, ya estamos en primavera entonces por lo menos ya tenemos luz, podemos salir a nuestros jardines porque en otro momento, si hubiera sido en invierno, tocaría estar completamente encerrados aquí. Yo creo que hubiera sido más difícil para nosotros, pero teniendo el jardín, teniendo el espacio que tenemos, viendo la luz, viendo el sol, se toman las cosas con un poco más de tranquilidad, con más facilidad.

Generalmente despierto muy temprano con mi bebé, le doy su leche, preparo el desayuno porque mi esposo empieza a trabajar a las nueve de la mañana, y luego intentar asignarle horarios de estudio a mi hija durante la mañana, que ella estudie en la mañana mientras yo hago la cocina, ordeno un poco la casa y al mismo tiempo cuido a mi bebé. Luego en la tarde hacer un pequeño paseo por los alrededores con él porque mi bebé necesita salir afuera, no puede estar aquí encerrado aquí todo el tiempo. Para hacer su siesta, él tiene que salir un poco. Entonces salir un poco con él, que mi hija también haga un poco de deporte, darle sus horarios y en ese momento que todos salimos, es un momento libre para mi esposo para que pueda trabajar tranquilo. Después intentar tener una actividad con mi hija, ya sea



que ella me ayude en la repostería, en hacer una torta de chocolate, hacer otro tipo de tortas, hacer un juego juntas. Y ya tarde noche, cuando mi esposo se libera de trabajar, intentar pasar de alguna manera el tiempo juntos, sin estresarnos tanto, porque la verdad también es un estrés estar todos en la casa. Intentar asumir que tenemos la suerte de estar bien, de estar contentos, sanos en casa, sin ningún problema, siempre tratando de ponernos al día llamando a las familias y a los amigos para saber si todos están bien, si alguien necesita algo o si podemos ayudar de alguna manera a alguien, a mi familia en Bolivia o a la familia de mi esposo aquí. Entonces, intentando tener contacto con las personas que uno quiere ¿no? Que al final yo creo que si de algo sirvió este confinamiento fue para eso, para unir un poco más a las familias, porque a veces uno cuando está lejos no se da el tiempo de llamar, de escribir, de saber cómo están, de enviar un pequeño mensaje porque todos estamos ocupados con el trabajo, la vida de cada cual, y nos olvidamos un poco de esto, de estar pendientes de los demás. En cambio, ahora hemos estado en contacto con familia que vive en Argentina, Estados Unidos, allá, aquí... Y todos preocupándose: “¿Estás bien? Si pasa algo avísanos, tennos al tanto”. Todos estamos preocupados los unos por los otros.

Yo creo que lo que más me ha afectado ha sido no poder tener contacto con la gente, no poder abrazarla, no poder acercarse, no poder hacer un brindis. Si alguien necesita consuelo, no poder darle un abrazo. Ahora se necesita una contención que realmente no permite el tacto. Yo tengo mi vecina aquí al lado y nos vemos y decimos: “Quisiera darte un abrazo, un beso”, porque fue su cumpleaños, porque fue el día de la madre o por cualquier circunstancia, pero no puede. Es una impotencia muy grande que uno siente al no poder acercarse a esa persona; o acercarse a tu mamá, a tu hermana, tenerla ahí pero no poder tocarla, da mucha impotencia. Yo creo que eso es lo que me llega más a fondo. Esta situación nos aleja, pero al mismo tiempo nos acerca mucho a otras personas, a ver la sensibilidad del mundo entero, yo pienso.

## Pensando en Bolivia

Cuando supe que esto ya no paraba y que era en el mundo entero me dio mucho miedo por mi país, por mi familia, por mis amigos, porque en Bolivia no tenemos un sistema de seguridad como el que existe aquí, por ejemplo. En Europa todos tenemos la suerte de poder ir a un hospital. No importa si uno tiene plata, si es pobre, si es rico, todos son atendidos. En Bolivia, es una pena, pero solo tiene acceso a un hospital la gente que tiene plata. Entonces el sistema de salud es realmente triste, es una pena. Entonces yo decía: “¿Qué va a pasar? Si realmente como se ve este virus como ha sido en España, en Italia, en China y en todos esos países ¿qué va a pasar en Bolivia? Los va a matar a todos”. Es casi imposible no contagiarse allá cuando hay tanta gente pobre, cuando no tenemos recursos como aquí en Bélgica. Aquí las compras se hacen en los supermercados. En Bolivia, las compras prácticamente se hacen en un 80 % en las calles. Todo es en la calle. ¿Entonces de dónde sacamos alimentos para toda esta gente que compra en la



calle? Porque los supermercados no podrían abastecer tanta gente. No pueden abastecer por más de que uno tenga dinero, no tienen capacidad para abastecer a tanta gente. Además, los supermercados son supercaros allá. El precio que uno encuentra en el supermercado es tres o cuatro veces mayor que el que uno encuentra en la calle. Entonces: ¿Cómo hace allá la gente que tiene cinco o seis hijos, que son madres solteras, que viven realmente de lo que venden en el día? Y yo decía: “¿Cómo va a hacer esta gente?”, la verdad [da] mucha pena. En un principio veía muchas noticias, pero luego empecé a ponerme muy triste, era como: “¿Y ahora qué pasó? ¿y ahora qué dicen? ¿y ahora qué hacen?” E impotencia igual de no poder hacer más por ayudar a toda esta gente. Eso me hacía recordar también por qué yo había insistido tanto en salir de mi país. Entonces, la verdad mucha tristeza de ver lo que pasaba y de imaginar lo que podría pasar allá.

Creo que el Gobierno boliviano actuó de manera muy rápida, casi al mismo tiempo que aquí. Con diferencia de unos pocos días cerraron fronteras, cerraron las escuelas y hasta el día de hoy aún siguen en confinamiento. Entonces la enfermedad, este virus no se propagó como aquí, no hay muchos casos. Pero, claro, somos un país pobre, entonces la gente ahora empieza a salir a la calle porque necesita trabajar, necesita comer. Entonces está pidiendo al Gobierno que la dejen salir ¡Por favor! Parar con este confinamiento porque sus hijos no se están muriendo con el virus sino de hambre. Entonces me pregunto a mí misma: “¿Qué hubiera hecho yo en esa situación?”. Y pienso que tal vez, igual que ellos, saldría a intentar a hacer algo, porque yo creo que no hay nada peor que ver a tus hijos con hambre y no tener nada para darles de comer. Ese es, yo creo, el punto que me afecta más a mí.

Cuando yo veo toda esta situación digo: “¿Cómo el Gobierno no se ocupa de esta gente pobre?”. No solo este Gobierno que está ahora, sino los anteriores. Gracias a todos ellos estamos en esta situación de que la gente pobre es más pobre y que no tienen recursos para poder ir a un hospital o para poderse quedar en su casa tranquilo y decir: “Me quedo aquí hasta que esto pase”. No tienes opción. Tienes que salir sí o sí. Entonces pues está el riesgo de morir de hambre o de COVID. Una de dos opciones: “Si yo salgo corro el riesgo de contraer la enfermedad, pero si no salgo qué le doy de comer a mis hijos”. Entonces realmente es una situación muy difícil. Yo entiendo a la gente. Yo leo muchos comentarios de gente que dice: “Gente ignorante que no entiende que tienen que quedarse en su casa”. Yo pienso que es más ignorante el que no logra entender a esta gente pobre que necesita salir. ¿Quién no quisiera quedarse en casa y protegerse? Y claro, el dinero no nos cae del cielo. Entonces, mucha gente que no entiende y es triste para mí eso. Mi hija cuando ve eso dice: “Mamita ayudaremos, haremos algo, les mandaremos nuestros ahorros”, y yo le digo: “Pero no alcanza hija, no alcanza y aunque pudiéramos por el momento todo está cerrado, no se puede”. Y realmente es una situación muy difícil para mí. Gracias a Dios en mi familia, todos están bien. Pero ver a tanta gente en esta situación, a mamás, a niños... a mí eso me parte el corazón.



A mi familia y a mis amigos no les ha tocado el virus. Tengo amigos que son médicos y ellos tienen mucho miedo de contagiarse. Los médicos tienen mucho miedo de contagiarse porque no tienen las herramientas necesarias o la seguridad que ellos necesitan para atender. Entonces ellos me dicen: “Tenemos mucho miedo de ir a atender a los pacientes”. Después mi familia me dice que para ellos es difícil porque solo algunos pueden seguir trabajando de manera normal desde sus casas. También me dicen que es difícil no poder tener contacto con toda la familia. Nosotros somos una familia muy grande, siempre hacemos reuniones los fines de semana e intentamos estar siempre juntos. Ahora no se puede. Justamente en estos días una de mis tías se accidentó, se cayó de la bicicleta y se rompió el brazo. A mi abuelita le dio dengue y estaba en el hospital. A pesar de estas cosas no se pueden acompañar en el hospital, es una situación difícil. Pero ellas intentan llevar todas las medidas de seguridad posible, estar con máscara, gel y lavarse las manos constantemente. Siguen todo lo que recomiendan los expertos para no contagiarse.

Tengo amigos que igual me dicen que tienen miedo sobre todo por sus hijos. Que intentan, igual que aquí, no ver a sus papás, que intentan que ellos permanezcan en sus casas, les hacen las compras y se las llevan. Hasta el momento no conozco persona que me diga que un familiar o un amigo cercano haya contraído la enfermedad y estén pasando por esa situación. Entonces creo que todos están logrando salir adelante. Claro que tienen miedo de que cuando toda la gente salga, porque como yo digo las compras uno las hace en las calles, entonces va a ser el punto de mayor contacto con todos. Y va a ser en ese momento que va a haber un gran contagio, los picos van a subir, porque hasta ahora no se ha visto eso. Pero el día que empiece el desconfinamiento, yo creo que ahí especialmente vamos a ver muchos contagios. Lo que se teme o lo que temen todas las personas que yo conozco es qué va a pasar, porque los hospitales no están preparados para acoger tanta gente enferma. Los médicos no tienen los insumos para poder protegerse ellos y menos tienen para poder proteger al resto. Ese es el mayor riesgo, que por más que tengas plata, tal vez, no podrás ser atendido porque no hay manera. Ese es el miedo que la gente tiene en este momento, de que cuando todo empiece a funcionar de nuevo haya contagios y no haya hospitales. Incluso hay hospitales que no quieren recibir, mi abuelita estaba con dengue y hubo hospitales que no querían recibirla porque tenían miedo de que fuera COVID. Ese es el criterio.

Solamente los hospitales que son estatales de alguna manera reciben en cualquier circunstancia, es decir, que son dos o tres a los que uno puede ir. Pero cuando alguien tiene que internarse realmente tiene que ir a una clínica privada y esas clínicas tienen sus criterios de a quiénes aceptan y a quiénes no. Nosotros, bueno, mi familia, llevé a mi abuelita muy enferma porque en ese momento en Bolivia el dengue estaba afectando más que el COVID. En esos momentos había más gente muriendo por dengue que por COVID. Había una epidemia de dengue. Aunque es una enfermedad que no había aparecido recientemente, ha vuelto a aparecer, incluso ahora se está dando en lugares fríos donde no debería haber porque el



dengue generalmente es del trópico, de climas calientes. Entonces es extraño y en ese momento allá ya estaba haciendo un poco de frío, entonces no tendría que haberse presentado en esa época del año, no tendría que haber esa enfermedad. Allá ya casi estábamos en invierno, podría decirse de alguna manera, como en una especie de otoño, como diríamos aquí en Europa, y no tendría que haber dengue. Pero hay mucha gente enferma, hay zonas que, como con el COVID, tienen mucha gente enfermándose de dengue, la zona sur del país es la parte que más gente tiene con dengue. Entonces ese es un problema. Y a mi abuelita, eso es lo que me decían mis tíos, tuvieron que ir a buscarla a su casa con un permiso especial por lo del confinamiento. Ella se sentía ya muy mal, no podía más; entonces mis tíos fueron a buscarla al pueblo de donde somos nosotros. Y más antes, mis tíos habían llamado a hospitales y sobre todo a médicos amigos que tenemos para ver dónde podían recibirla, porque como hay hospitales que no quieren recibir enfermos por miedo a que sea COVID. Finalmente, la recibieron en un hospital. Yo creo que sobre todo porque teníamos conocidos, amigos en esa clínica. Había alguien ahí en ese hospital que la estaba esperando. Todos los signos que ella tenía mostraban que no era COVID, entonces mis tíos explicaron al personal médico que el lugar donde ella vivía había mucha gente con dengue y que creían que era dengue porque ella no tenía fiebre, no tenía problemas respiratorios. Tenía otros síntomas que uno tiene con dengue. Pero igual, también teníamos miedo de llevarla a algún hospital porque como ella es mayor..., nos daba miedo llevarla a un hospital. Ahora, con esto del COVID, a uno le da miedo ir a los hospitales.







# La pandemia mostró muchos sinsentidos y contradicciones

Tomás Ilabaca

Louvain-la-Neuve, Bélgica

(22 de mayo del 2020)

## Vine a Bélgica por mi interés de hacer un doctorado

Llegué en 2017 a Bélgica, a la ciudad de Louvain-la-Neuve, para estudiar un doctorado. Vine a este país y a esta ciudad con mi esposa Fernanda y aquí nació nuestro hijo en el 2018. Mi interés por hacer un doctorado comenzó cuando yo estaba estudiando en Chile la carrera de sociología en la universidad Alberto Hurtado. Allí tomé cursos con un par de profesores quienes me inspiraron hacia una sociología más de corte académico y en especial hacia el ámbito de la investigación sobre la educación.

Yo soy parte de una generación marcada por las movilizaciones estudiantiles que, en dos momentos, en el 2006 y el 2011, se movilizó para generar cambios estructurales en el sistema educativo chileno. En mi caso, fue apoyando y asistiendo a las movilizaciones y no en un rol de liderazgo. Justamente en esas circunstancias y contexto tomó fuerza el ramo de la sociología de la educación al cual yo asistí y me influenció fuertemente, y fundamentalmente gracias a las reflexiones, preguntas y análisis del profesor en particular que dictaba dicho curso. Me picó el bichito de conocer el funcionamiento, las dinámicas internas, los distintos temas y en general la teoría sobre la educación. Conversando con este profesor empecé a trabajar en distintos proyectos de investigación que se estaban desarrollando en la Universidad y en otros centros de estudios en los cuales trabajé en Chile.

Ahora, complementariamente, una buena parte de los profesores de la Universidad en la que yo estudié sociología hicieron su máster y su doctorado acá en Lovaina.



Ellos vinieron acá durante la dictadura chilena y se formaron acá. Luego volvieron y colaboraron en el desarrollo del proyecto de la universidad y de la carrera de sociología y educación en la Universidad en la que yo estudié. Por esto yo tenía muy buenas referencias a esta universidad. O sea, me gusta el sello o el estilo de cada profesor, la aproximación a los fenómenos sociales que cada uno de ellos hace. Además, a mí me gusta mucho la sociología francesa, la manera como aborda los problemas, los fenómenos que interroga. Por ende, vine aquí, por un lado, por la pasión por la investigación, por mi deseo de estudiar un doctorado, y, por otro, porque se trataba de una universidad francófona que había formado a los profesores con los que me formé. Y también hay una tercera razón, no menos importante tampoco, un tema práctico: hoy en día para tener un buen trabajo como sociólogo o en ciencias sociales en Chile hay que tener posgrado. La competencia está brutal y si uno no se forma bien tiene un techo más bien bajo para competir.

Desde que conocí a Fernanda, durante la universidad, yo siempre le hablé del deseo de salir a estudiar, de ir a estudiar un doctorado, ojalá acá. En el 2017 se dio la opción. Fui aceptado en la universidad y teníamos ahorros. Aunque no me gané a beca del Gobierno chileno, decidimos invertir los ahorros que habíamos juntado para poder venir acá. Desde que llegué me he centrado en la tesis, en mi tema de investigación. He tomado un par de cursos, profundicé en los conocimientos del idioma. Yo tenía una base bien baja en francés, un francés estándar, que me permitía desenvolverme en el día a día. Pero ya alcancé la suficiencia para poder sostener una conversación de tú a tú. La dedicación a la tesis conlleva publicar artículos e ir a congresos. También estuve siete meses en Chile realizando el terreno de investigación en dos escuelas chilenas, haciendo una etnografía.

Durante un año trabajé en una de las bibliotecas de la universidad como personal que ordena los libros. Fue muy interesante conocer esa dimensión de las bibliotecas, cómo funciona el *backstage* por decirlo de alguna manera. En cuanto a mi señora, ella al principio tuvo varios problemas con la visa, de carácter burocrático, por lo cual tuvo que devolverse a Chile tres meses. Cuando estuvo de regreso acá quedó embarazada, así que tuvimos nuestro hijo. Este era un proyecto que en algún momento queríamos realizar durante el doctorado, porque la ciudad y el mismo hecho de la estancia permitía también una crianza del hijo en los primeros años bastante cercana. De mi oficina a mi casa son solo cinco minutos, entonces hay bastante tiempo para estar pendiente de lo que suceda en los dos sitios. Esto ha sido muy bonito. Fernanda también logró mejorar en el francés y ahora está buscando cursos de especialización, aunque con esto del coronavirus toca hacer un poco *standby*.



## Al principio pensé que el virus era de fronteras para afuera

Por las redes sociales uno puede hoy en día estar atento a la información que está ocurriendo en todo el mundo al instante. A mí me llegan noticias por redes

sociales de dos países: Chile y Bélgica. Tuve las primeras noticias sobre el comienzo del coronavirus en diciembre o enero, por ahí. Me llamó la atención un hecho en particular: si bien uno por la globalización tenía información de lo que estaba sucediendo en China, y en general en el Asia, también era cierto que tanto en Bélgica como en Chile uno creía que eso era algo muy lejano. Eso es una rareza o especie de paradoja de la globalización. Uno decía: “Bueno, es en Asia, no acá”. El primer caso en Bélgica, si no me equivoco, fue a finales de febrero o principios de marzo. Este primer caso fue alguien que trajeron, que repatriaron, un belga que estaba en Oriente, quien venía con el coronavirus, y ahí se empezó a propagar por este país. Y yo creo que también el virus llegó porque se propagó rápidamente desde Italia y España, y como aquí en Europa no hay fronteras prácticamente, entró más fácil. Entonces se empiezan a tomar medidas, se anuncia una cuarentena. Solo entonces se sintió que podía pasar algo aquí, porque al comienzo todo era de fronteras para afuera. Es como si las fronteras, a pesar de la globalización, siguieran existiendo. Una vez entra a este país, luego cuando ves que llega a Latinoamérica, pues la sensación es de que se trata de un tema global. Pero bueno, yo no he tenido mucha información de qué está pasando en África y si ha llegado o no, entonces también hay espacios que quedan medio en la sombra, en el limbo de todo esto.

Acá, en un principio, yo seguí la vida normal. Traté de alargar la vida corriente lo más posible. Sobre todo, porque uno intuía que prontamente iban a decretar cuarentena y el trabajo en el doctorado se iba a ver fuertemente afectado. Entonces, si bien desde el principio hubo gente que empezó cuarentena voluntaria, pero yo seguí saliendo. La Universidad comenzó a recomendar no ir a la oficina, pero yo seguí yendo por lo que te decía anteriormente. Además, las condiciones en cierto sentido me permitían: en esos momentos estaba con oficina individual entonces no había riesgo de que pudiera contagiar a otra persona o de que me contagiaran a mí. Pero igual había una sensación de que en la universidad había mucho académico asistiendo. Mi percepción es que hasta que no se empieza a descontrolar el tema de la propagación del virus en el país, es como una sensación de que no hay mucho temor al respecto, como que es un virus más. Que no hay mucho riesgo.

En Bélgica después de mucho tiempo sin gobierno se nombra un primer ministro para enfrentar la crisis. La situación empezó a cambiar. Desde mediados de marzo se fueron haciendo más rígidas las medidas. Luego del llamado a iniciativas voluntarias se empezaron a cerrar actividades económicas, hasta que finalmente se cerraron las universidades. Y a mediados de marzo el Gobierno decreta la cuarentena. Al principio parecía una cuarentena de solo tres semanas, pero después se alargó hasta principios de mayo, cuando empezó el desconfinamiento.

Cuando se impone el confinamiento el tiempo que pasa no tiene sentido, todos los días son iguales, por ende, se pierde la rutina a lo que uno está acostumbrado. Cuando la rutina se pierde, como en mi caso, es difícil, porque mi tesis depende de seguir una rutina. Al mismo tiempo uno descubre que no conoce tanto el país



donde uno está. Yo estoy en un pueblo que es universitario y cuando se decreta la cuarentena se va el sesenta por ciento de la gente y quedan familias que viven a los alrededores, gente que se vino a vivir acá porque es una ciudad bien tranquila, o académicos de otros lugares. Pero que el pueblo estuviera vacío no era extraño, sucede muchas veces en ciertos feriados o en vacaciones. Entonces el confinamiento no se nota mucho. En esos días había gente paseando, mucho adulto mayor paseando, jóvenes paseando más tranquilos. Yo creo que el hecho de que el pueblo está más o menos aislado y que tiene un nivel socio económico alto, condujo a que no se percibiera la magnitud del problema. Yo notaba cierta tranquilidad. No es que minimizaran el virus con la enfermedad, pero sí había una sensación de tranquilidad que contrastaba con la presión de la gente vinculada al mundo hospitalario y con algunas protestas. Pero cuando uno ve las imágenes de Bruselas, por ejemplo, completamente vacío, se sorprende y entiende mejor lo que está pasando. Finalmente, vivir en un pueblo pequeño y alejado de grandes ciudades, es vivir en una especie de burbuja donde la realidad se percibe de una manera muy diferente.

También estaba la realidad familiar, que también marca mucho. Nosotros, luego de muchas semanas, lo único que queríamos era que se terminara el confinamiento. La crianza en estas condiciones puede ser muy desgastante. Sobre todo, por la monotonía del día a día; de vivir en espacios reducidos —nuestro departamento acá evidentemente es chico— y eso supone un problema de aburrimiento para tu hijo, y de no poder trabajar y avanzar en tu trabajo de tesis. Esta la presión de que no te puedes atrasar porque tienes que volver a tu país; porque los recursos se acaban y tienes que terminar la tesis. Aparte de eso, no teníamos especial preocupación, o sea, las cifras de Bélgica eran bien malas, impactantes en contagios y muertos teniendo en cuenta el total de la población. Pero el hecho de que mi señora proviniera del mundo de la salud, que supiera cómo funcionan estas cosas, que entendiera cómo son los términos de un virus respiratorio, nos dio cierta tranquilidad, sobre todo con nuestro hijo, porque en los menores de dos años, al parecer, los síntomas son leves. Más bien son muy altos transmisores, por lo menos por lo que sabemos hasta el momento, puede que después cambie. Entonces, más allá de eso, yo creo que las condiciones particulares en las que yo me he encontrado acá con mi familia hicieron que nos tranquilizáramos sin dejar de atender las preocupaciones del Gobierno, la distancia social, si vas a un mercado hay que ir con mascarilla, no juntarse con gente evidentemente.

## Hubo cuarentena, pero se podía salir



Me llamó la atención que el Gobierno declarara la cuarentena, pero no restringiera la salida de la gente. No sé si fue una decisión basada en la ciencia o fue una decisión política. O sea, tú podías salir todo el día, todo el rato, no necesariamente tenías que hacer la cuarentena en la casa, a no ser que tuvieses el virus. Pero si tú no tenías el virus podías salir, podían salir de a máximo dos a tres personas de la misma familia, eso sí manteniendo distancia social con el resto. Y eso me llamó la atención porque por ejemplo en Francia, Italia, España y Chile son mucho más

estrictas las cuarentenas. En esos países tú podías salir solamente al supermercado, solamente a la farmacia. Solo ahora en algunos de estos países están dejando salir, pero una hora a pasear durante el día y creo que por rangos etarios. Pero aquí no, aquí tú podías salir, incluyendo pasear o hacer deporte. Había mucha policía verificando que no hubiese grupos, que no hubiese gente reunida en los parques comiendo picnic que, con una mantita, comiendo algo entre amigos, tomando una cerveza. Eso no se podía y las multas eran muy altas si te pillaban. Pero yo creo que en términos de salud mental fue una muy buena medida. O sea, quizás no contuvo rápido la propagación del coronavirus, la propagación, pero sí permitió que las familias pudieran salir, que los niños pudieran salir al parque. A nosotros nos benefició mucho, nuestro departamento es muy chico acá y estar con un hijo encerrados todo el tiempo iba a ser terrible. Entonces esas medidas sí me llamaron la atención.

Pero hubo otras medidas más bien similares a las de otros países. Por ejemplo, se restringió el transporte público. Uno podía tomar ciertos transportes, pero tenía que ir con permiso. Solo ciertas profesiones, empleados o funcionarios tenían permiso sin restricción. Los buses pasaban muy poco, muy de vez en cuando. Autos no se veían en la calle, pero hoy en día sí se ve mucho más. Claro, en el transporte público tú tienes que ir con mascarilla obligatoria. Pero hay otras cosas que sí me han llamado la atención, por ejemplo, el tema de los colegios. Mi hijo que tiene año y medio va a la sala cuna, a la guardería y esas están funcionando perfectamente. Los jardines infantiles, el prekindergarten o el preescolar no están funcionando y esas son decisiones que uno dice: "Bueno, por qué con tan poca diferencia de edad pueden ir o no. Los niños del liceo van y los de las escuelas básicas no". Me imagino que ese tipo de decisiones se toman con alguna evidencia.

Las otras decisiones tenían que ver con la economía, que en principio llevó a cerrar todos los sectores que no eran fundamentales. Luego de lo más difícil de la pandemia, se empezaron a abrir sectores. El día de la madre, por ejemplo, se dio la apertura de los *malls* o de las tiendas comerciales, lo que generó cierta polémica. Pero era lógico que iba a haber presiones de los grupos económicos por volver a abrir la industria. Yo creo que Bélgica no ha tomado medidas progresivas como en otros países, sino que al ver la disminución de los contagios ha decidido abrir de manera rápida la economía.

## Todos los días se volvieron iguales

Mi rutina dependía de los días, pero más o menos empezaba con mi señora en sus clases de francés *online* en la mañana. Ella iba a una pieza que tenemos con escritorio y yo me quedaba con mi hijo toda la mañana. Después de que mi hijo almorzaba, tomaba una siesta y ahí yo me ponía a trabajar o hacía los quehaceres de la casa. Y cuando mi señora terminaba las clases de francés, almorzábamos juntos y después caminábamos un rato. Yo trabajaba durante la tarde, tres o cuatro horas, en mi tesis. Estaba escribiendo un artículo también, entonces trabajaba en eso. Y después, a las cinco o seis, salíamos con nuestro hijo a pasear un rato para que



podiera salir de la casa e ir a jugar al parque que tenemos aquí al lado. Eso era un poco la rutina y eso era todos los días de la semana, de lunes a domingo, porque los domingos no era diferente de lunes o martes. Como no te puedes juntar con nadie, no hay diferencias en los días. Y ya en la noche, bueno, después de que se acostaba mi hijo, tomamos una sopa, comemos algo y dependiendo el día vemos una película, una serie o yo trabajaba en la tesis, en algún artículo o en alguna cosa del doctorado. Yo traté de tomarme con un poco de más calma este periodo, dentro de lo posible, en el sentido que yo asumí que como teníamos que turnarnos a nuestro hijo, como él no estaba yendo a la sala de cuna, tenía que asumir que lamentablemente no iba a poder trabajar como normalmente lo hacía en una semana normal. Era lógico que entre los dos nos hiciéramos cargo de nuestro hijo. Entonces trabajaba tarde algunos días.

También estaban las rutinas de ir al mercado. Viviendo acá me he dado cuenta que las reacciones de la gente en Latinoamérica cuando se anuncian situaciones de emergencia o de catástrofe se ven igualmente entre las personas acá. Aquí, desde antes de que se decretara cuarentena, empezó la locura en los supermercados. No bastaron los anuncios de la ministra de que los supermercados permanecerían abiertos, de que no había riesgo de desabastecimiento, porque la gente se lanzó a los supermercados. Y yo digo: “Bueno, dónde está el país desarrollado que siempre dicen”. Conversando con mis amigos de Chile, siempre decíamos que en nuestro país no se cumplían las reglas y que así iba a pasar en la cuarentena, pero cuando nos dimos cuenta aquí pasa lo mismo. O sea, tú veas en el parque grupos de jóvenes, o no tan jóvenes incluso, tomando o comiendo reunidos, cuando la disposición era que no tenías que estar reunido en grupo. Eso permite desmitificar las superioridades que habitualmente le concedemos a los países desarrollados en el acatamiento a las normas.

Es cierto que mi vivencia, como la de mi familia, fue excepcional. Yo no perdí el trabajo, mi señora no perdió el trabajo. Nosotros seguimos recibiendo una manutención de la Universidad todos los meses, entonces no teníamos los temores o los riesgos de otras personas. En esas circunstancias, en ausencia de riesgo, uno puede dedicarse a pensar otras cosas. Por ejemplo, pensé mucho en ciertas cosas que uno da por naturalizadas, como el tema de la rutina y la estructura de los días. Voy a asumirme como sociólogo. Bourdieu decía que el Estado tiene la capacidad de crear el tiempo social: jornada laboral, jornada escolar, después tiempo para la familia. Lunes, martes, miércoles, jueves y viernes se trabaja y el fin de semana no se trabaja. Todo eso uno lo da por natural, prácticamente incuestionable. Pero la pandemia puso todo esto en cuestión, puso en evidencia que nuestras rutinas naturales eran en realidad el producto de unas estructuras sociales. Yo creo que la pandemia sí nos llevó a tomar conciencia de lo que es la rutina, de lo que es el tiempo social y también a sentir el sinsentido de los días. Yo creo que eso fue desgastante. Lo he conversado con amigos, ahora que nos podemos volver a encontrar. El problema acá era el cansancio mental de todos los días hacer lo mismo sin el menor cambio. En la vida corriente, por rutinaria que sea, siempre hay una



anécdota nueva, se conversa con una persona nueva, se realiza alguna actividad esporádica o se atiende un evento como una clase que, por planificada que sea, es distinta a la del año pasado o a la del semestre anterior. Si hay un choque en la calle, estuviste parado y no pudiste llegar al trabajo a tiempo, eso ya es una anécdota. Por mucho que haya rutina ahí, hay cosas distintas todos los días. Aquí era lo mismo, no había gran diferencia, todo era igual.

La cuarentena también puso a prueba mi paciencia en la crianza. Eso me hizo pensar en la educación. En algún momento pensaba que las profesoras deben estar refregándole en la cara a los padres las creencias que estos tienen sobre sus hijos. Los padres deben estar diciendo: “Bueno, no es tan fácil enseñarles a los niños”. La docencia no es una profesión fácil. En ese sentido, para muchas personas fue el paso de saber estas cosas, pero un conocimiento lejano, que no se experimenta en carne propia; todo el mundo tiene algún grado de noción que el trabajo docente es complejo, pero ahora experimentan las dificultades de ellos en carne propia. También pensaba en la importancia del encuentro social que tiene lugar en la educación, el estar con otros. Ahora que mi hijo volvió a la sala cuna es otra persona, juega solo, cuando llega a la casa juega solo, está menos dependiente de los papás, empezó a decir nuevas palabras, se le nota más contento y eso es porque uno necesita del otro también.

## Pensando en el precario sistema de salud de mi país

Mis pensamientos sobre lo que podía ser la pandemia en Chile pasaban por los problemas que se hicieron evidentes en octubre del año pasado cuando se vino una crisis social muy grande en el país. Las protestas y las manifestaciones fueron la reacción a unos problemas irresueltos desde hace décadas y ellas pusieron de manifiesto la baja legitimidad del sistema político y de las instituciones en general del país. Entonces cuando uno estaba acá en Europa y sabía que esta pandemia iba a llegar tarde o temprano a Chile, uno se preocupaba. Además, la pandemia iba a llegar en invierno, la peor época para un virus respiratorio. Todo me hacía mirar con escepticismo las capacidades del Gobierno o por lo menos a tener una actitud ambivalente. Por un lado, se trata de un Gobierno de derecha, que tiene vinculados a muchos empresarios con formación en ingeniería, con estudios por fuera del país, lo que hacía pensar que podía haber una administración eficiente, sobre todo por los imaginarios que rodean a este mundo empresarial. Pero, por otro lado, uno conoce las carencias de los países de Latinoamérica. Chile es un país que tiene un precario sistema de salud público. A pesar de ciertos avances, es un sistema de salud precario.

Entonces me decía por un lado que había un Gobierno de gerentes, por decirlo de alguna manera, que eventualmente podía reaccionar bien, pero también pensaba por otro lado en la crisis de legitimidad del sistema político y las instituciones, que hace a la gente incrédula. Y a eso sumaba el individualismo que nos caracteriza. Por mucho que se diga que después de las protestas sociales del año pasado Chile es un país más solidario, más empático, más comunitario, lo cierto es que sobre la



sociedad chilena están los efectos de una ideología neoliberal marcadamente individualista. Hay mucha gente que no tiene en cuenta para nada a los demás, que no sabe la importancia colectiva de la cuarentena, de las medidas de protección. También hay deficiencias culturales con el acatamiento de las normas. Puede que alguien que esté en Chile refute lo que estoy diciendo. Pero así lo veía yo desde acá.

De las medidas por tomar, pensaba, seguramente la primera sería decretar la cuarentena. No sé si nacional, por regiones o en ciudades, pero que ella sería la primera medida por tomar, porque en Chile faltan hospitales, camas y recursos. Además, en invierno no iba a estar solo el coronavirus, también haría su aparición la influenza y otras enfermedades respiratorias. Pero más allá yo no sabía qué podía hacer el Gobierno, porque las protestas sociales habían impactado indirectamente a la economía afectando el empleo y el crecimiento. Y para la derecha la economía es el tema más importante, el que está sobre los demás. Lo anterior se complementa con que el Estado chileno es chico porque las reformas neoliberales impuestas por la dictadura lo redujeron al máximo, no tiene capacidad institucional propia ni mucho menos margen alto de endeudamiento. En ese sentido, muchas de las medidas adoptadas en otros países serían impensables porque la constitución ni siquiera te lo permite. Entonces era muy difícil prever.

Eso sí, sabía que la evaluación de las decisiones del Gobierno iba a quedar sometida a la polarización que está viviendo el país. Y así ha sucedido hasta ahora. Mis padres son de derecha y para ellos el Gobierno lo ha hecho bien. Más allá de algunas críticas que puedan tener, ellos perciben que el Gobierno lo ha hecho bien hasta el momento. Tengo un par de amigos, también, que son de derecha y que también tienden a coincidir con eso y que los problemas que hay no son tanto del Gobierno, sino de la gente que no está cumpliendo los protocolos. Entonces si la gente no cumple la cuarentena, o sea, si la gente se contagia, no es por culpa del Gobierno, sino es por culpa de la gente que no cumple las cuarentenas. Y también tengo amigos con más tendencia de izquierda que sí critican al Gobierno, sobre todo ahora. Al comienzo, al Gobierno le iba bien en el panorama latinoamericano con una estrategia de cuarentena por sectores. Pero eso no fue suficiente y el contagio se disparó. Ahora hay una ocupación de casi el noventa por ciento de la disponibilidad hospitalaria, por lo menos Santiago o la región metropolitana que es la más grande, lo que está obligando a llevar los pacientes a otras regiones. La izquierda critica el exitismo que tuvo que el Gobierno que lo llevó a que luego de unas cuantas semanas a reabrir los malls, las oficinas, las industrias anunciando una nueva normalidad. Ahora, el Gobierno tiene en estos sectores de opinión una valoración muy mala. Yo creo que la gran mayoría del país tiende a mirar de manera más negativa que positiva lo que está pasando. Es la impresión que tengo desde lo que puedo ver desde acá.

Yo también he percibido las diferencias de clase. Por ejemplo, la gran mayoría de los jóvenes que van a la universidad, pero sobre todo los de clase alta, exigen cuarentena total. La gente de las clases populares pide menos cuarentena,



porque el problema es de hambre. Yo entiendo que el Estado es el que tiene que tomar medidas para suplir las carencias y mantener la cuarentena, pero también entiendo que Chile no es un país rico. A mi “me patea la guata” [estómago], como decimos en Chile, que alguien desde el sector rico de la ciudad, con grandes casas con piscina y patio, con piezas del tamaño del apartamento que yo tengo acá, esté exigiendo cuarentena sin tener en cuenta a la gente de los sectores populares, con casas enanas, cada una con siete personas, incluidos los abuelos, y con problemas de violencia intrafamiliar. Y así pasa con todo. Las demandas al Estado también están influidas por un dejo de clase social. En Chile esta discusión se caricaturizó popularmente en el dilema “o estás por la economía o estas por la salud de las personas”. Muy simplista.

Al final se declararon unas cuarentenas, focalizadas al principio, pero ahora se sigue manteniendo en varias regiones, aunque ellas están sujetas a que no acaben la actividad económica. Con otras medidas pasa lo mismo. Se decide el teletrabajo, pero si usted no tiene los medios, tiene que ir a la oficina. En cualquier caso, la cuarentena es bastante restrictiva, más que acá en Bélgica, donde nos dejaban salir todo el tiempo. Allá en Chile tú tienes que meterte a una plataforma virtual a pedir permisos si quieres salir. Entonces si quieres ir a la farmacia tú tienes que meter tu RUT (número de identificación nacional) e imprimes un documento para ir a la farmacia o al supermercado, y tienes derecho a un número limitado de permisos por semana. Si un policía te ve en la calle sin ese permiso te saca multa porque no estás con ese papel. Entonces es mucho más restrictivo que acá en Bélgica. No sé si de los más restrictivos del mundo, pero es bastante más restrictivo de lo que yo viví acá. No sé qué tan recomendable es ese nivel de restricción, teniendo en cuenta que en Chile hay sectores urbanos donde las familias viven en situación de hacinamiento en lugares muy pobres. Están los campamentos a la manera de las favelas de Río en Brasil, en esos sectores es difícil la existencia, ni imaginar lo que será el confinamiento obligado. ¿Qué pasa con todo lo que sucede al interior de esas residencias? Pero así han sido las medidas que han tomado hasta el momento.

En términos sociales y económicos, hay suspensión de los contratos para salvar a las empresas, pero las grandes empresas se aprovecharon y suspendieron los contratos de miles de trabajadores. Se aprobó una renta básica familiar muy, muy baja, es casi una burla de verdad. Son como el equivalente a ochenta dólares por familia durante tres meses. También el Gobierno aprobó abastecer con alimentos, con víveres básicos, a la gente, pero se cree que es menos para ayudar a la gente y más a los empresarios de los grandes supermercados a quienes les compró el Gobierno las cajas. No se le va a comprar a los feriantes de los mercados populares. Eso ha sido bien criticado. Bien poco todo lo que ha hecho en términos de ayuda social, sin tener en cuenta que han empezado las protestas, algunas muy violentas, en barrios donde la marginalidad es muy fuerte, hay mucha exclusión, algunas bandas de narcotráfico, donde se está pasando hambre. En términos sociales, hubo suspensión de todos los eventos deportivos, musicales y cualquiera que requiera aglomeración de personas. Eso es lo que ha pasado hasta el momento.







# Viviendo la pandemia como extranjera

Andrea Ramírez

Valencia, España

(13 de mayo del 2020)

## Un viaje de estudios...

Llegué aproximadamente hace ocho meses a Valencia, España, a hacer un máster en Marketing e Investigación de Mercados en la Universidad de Valencia. Decidí venir aquí porque quería tener una experiencia en otro país que no fuera el mío. Siempre me llamó la atención España, pues digamos que por todo el legado y herencia cultural que tenemos de ellos, de los españoles. También pude haber escogido otro país latinoamericano, como Chile o México; sin embargo, también me motivaba mucho el tema de estar en Europa, de tener tanta cultura, de tener tantos idiomas, de poder viajar tan fácilmente entre los países, de todas las oportunidades que te ofrece. Básicamente eso fue lo que me motivó. También otro tema fundamental fue digamos el valor del máster, pues si bien en la universidad en la que me gradué me hacían descuento, me salía mucho más económico hacerlo acá en España y pues también me gustaba la idea de tener un título de una universidad europea. Desde que llegué en septiembre del 2019 me he dedicado a estudiar, a viajar, a conocer. Y pues mis planes es de pronto buscar oportunidades laborales acá y poderme radicar.

Sin duda, salir de tu zona de confort es una experiencia totalmente retadora. En lo personal, no solo ha sido académicamente enriquecedora, sino también personalmente. Cuando te enfrentas a una situación en la que tienes que adaptarte a lugares, costumbres, comida, palabras, expresiones y modos de vida distintos, es como si una parte de ti naciera nuevamente.



Y lo mejor o peor de esto —aún no lo sé—, es que debes hacerlo sin los tuyos; no solo te separa una distancia física enorme, sino también un huso horario que hacen que tú y tu familia y amigos vivan momentos del día muy diferentes. Mientras ellos duermen, tú ya llevas media jornada más que realizada. Y a mi parecer, más que los kilómetros, son los tiempos los que hacen que la distancia se sienta aún más. Ahora, la pandemia es algo que hizo que yo los eche de menos, más que en la vida normal, pero también fue algo que me hizo comprender que nuestros corazones están más unidos que nunca y que la familia es más que una palabra o un concepto, un sentimiento o conexión.

Si bien, muchos de nuestros orígenes, lengua y costumbres como latinoamericanos vienen de España, “la madre patria”, existen diferencias que resultan notorias y que requieren de trabajo para entenderlas e ir las interiorizando (es lógico, quien llega se adapta). Hasta los cruces peatonales y vehiculares cambian respecto a los que ya se asimilan como propios, esto es solo un ejemplo cotidiano de muchos. Así que es necesario observar y perderse para poder aprender y así empezar a tener una idea de lo que es la ciudad a la que se llega. En mi caso, el metro fue clave, pero no más que la bicicleta y mis dos piernas para meterme en lugares donde no podría acceder de otra manera y que me han permitido disfrutar como nunca antes lo había hecho.

## Entendiendo la magnitud de la pandemia

Me enteré porque tenemos a Italia muy cerca. Aproximadamente el tema del coronavirus empezó a sonar en España en el mes de febrero. Se escuchaban algunos casos, tipo en enero, pero muy lejanos que ocurrían en China. Si bien no tenemos a Asia cerca, como no le ocurría a Europa en ese momento, fue algo que no llamó la atención. Cuando empezaron a venir todas las noticias de que este problema estaba creciendo exponencialmente en Italia, fue cuando empezó a llamar la atención en el resto de los países europeos, también en España... Entonces en febrero fue cuando empezamos a oír, todo el mundo empezó a hablar del coronavirus. Sin embargo, se tomó como un tema muy superficial, como un tema que no nos podía llegar a afectar, como nos ha afectado hasta hoy. Y fue de la noche a la mañana que se tomaron acciones del 1 al 2; es decir, pasamos de libertad absoluta a un confinamiento muy estricto. Para mí no hubo conciencia de cómo nos podía llegar a afectar lo que estaba sucediendo en Italia. Teniendo en cuenta las libertades que hay de cruce de fronteras acá y que hay tanto ciudadano italiano acá en Valencia, pues la magnitud y el impacto de esto fue enorme... Bueno a crecer a lo que es hoy en día y a lo que ha llegado a ser ¿no?

Acá me enteré por el boca a boca porque mucha gente empezó a hablar. En las calles el tema de conversación empezó a ser el coronavirus, también por los medios de comunicación, especialmente... Digamos que yo leo mucho *El País*, entonces por ahí se empezó a hablar... pues obviamente muchísimo como todos los otros medios y también a través como de las redes sociales, fue muy importante para



conocer sobre todo lo que pasa en el día a día (desde que empezó el virus hasta lo que llevamos).

Sobre los primeros contagiados que hubo voy a hablar más de la Comunidad Valenciana que es donde vivo yo, porque en España las tasas de contagio han sido diferentes de acuerdo con las comunidades. En Valencia empezó porque hubo un partido de fútbol de un equipo... del equipo Valencia FC con el Atalanta fueron a jugar un partido de la Champions... Bueno, fue un partido de fútbol de una de estas ligas, y cuando estaba sonando todo el tema de que Italia estaba súper invadida, aun así, los futbolistas fueron a ese partido de fútbol. Nuevamente regresan a España, a Valencia, y todo... y pues se contagiaron. Se contagiaron varios. Y toda la gente ahí empezó a preocuparse, digamos que esa fue como la primera fase donde se empezó ya a decir: "Esto es un problema serio". Aun así, no se tomaban las medidas necesarias. Pero bueno, esa primera fase fue cuando los jugadores de fútbol fueron a Italia y regresaron contagiados.

Adicionalmente, en Valencia se celebran unas fiestas muy grandes, como que son de las más reconocidas y populares de España. Se llaman *Las Fallas*. Es un evento que genera muchísimo dinero, como 500 millones de euros a la Comunidad Valenciana y ya habían arreglado toda la ciudad. Acá se detiene todo, trabajos, estudios, todo... por darle protagonismo a las fiestas y vienen muchísimos, muchísimos turistas de todas partes de Europa, en especial de Italia, como el 60 % de personas que vienen son de allá. Entonces la ciudad estaba repleta, los dejaron entrar sin ningún tipo de protección, en los aeropuertos no se hacía absolutamente ningún tipo de pruebas, todo por seguir como dándole prelación a estas fiestas y al turismo. La ciudad estaba llena de gente y, aun así, las autoridades no hicieron nada. La ciudad estaba llena, llena, llena de gente. Ese digamos que fue el primer momento. Ahí empezábamos a hablar con un valenciano que está casado con una amiga y me decía: "España va a ser el peor país de Europa, te vas a acordar de mí. Esto va a ser vergonzoso. ¿Cómo es posible que no cancelen estas fiestas?".

Después ahí seguíamos estudiando normal, nos hacían ir todavía a la universidad pese a que el panorama en Europa se preveía que iba a ser terrible. Italia ya estaba en confinamiento hacía dos semanas. Nosotros llevamos dos semanas de atraso de iniciar el confinamiento. Aun así, todavía no se tomaban medidas de absolutamente nada de control, ni de empezar a faltar a clases, ni de hacer teletrabajo... Cuando yo iba a finalizar el máster, las últimas clases que me faltaban eran más o menos tres clases de cada materia, fue cuando el Gobierno pasó de tener 300 contagiados a una cifra de 10 000 contagiados de un día para otro, en menos de una semana (una cosa así). Fue algo que se les salió de las manos.

La segunda fase que me ha impactado muchísimo fue cuando la gente empezó a volverse loca y en los supermercados había desabastecimiento de comida, no se encontraba nada. Ya cuando vieron que la gente comienza a entrar en pánico y en terror, y que esto se empieza a volver una película de apocalipsis, es cuando el Gobierno decide frenar absolutamente todo y entrar en cuarentena obligatoria,



el 14 de marzo, 13 o 14 de marzo, más o menos. Bueno, y desde ahí obligatorio... después empezamos a llegar exponencialmente al pico y pocos días después nos convertimos en el peor país en cuanto a número de muertos de Europa, también con una tasa de contagios increíble. Es ahí cuando Pedro Sánchez decide poner en confinamiento también la economía, básicamente todos los sectores productivos del país, y solo se quedaron los esenciales que se reactivaron hace dos semanas. O sea que volvieron a entrar como otro tipo de trabajadores, como por decirlo así, no tan esenciales... Digamos que esa fue como la segunda etapa y llegamos al pico y aun así el Gobierno no planteaba como un panorama claro.... Ha sido siempre el confinamiento sin como... mirar otro tipo de soluciones porque pues sí o sí tenemos que convivir con el virus. La vida normal tiene que volver y la opción no es quedarnos encerrados.

Ahorita, digamos que el tercer panorama, bueno esta tercera fase que estamos viviendo es la desescalada. Empezamos a bajar, o sea llegamos a un tope casi de 1000 muertes diarias a tener cien, ahorita en estos momentos, ciento ochenta y algo... ciento ochenta y seis, creo que han sido doscientas más o menos diarias aproximadamente y el número de contagios también ha bajado. Entonces estamos en la desescalada que ya se planteó en cuatro fases. Estamos en fase cero, como te decía, en las diferentes comunidades de España se está manejando diferente según los contagios y muertos, y lo que es Cataluña, Bilbao, Madrid y Comunidad Valenciana todavía estamos en fase cero mientras el resto del país pasó a fase uno que significa la reapertura de comercios y volver a salir a reencontrarse con los amigos. Por ahora acá no lo podemos hacer, sino salir dos veces al día en determinadas horas a hacer deporte.

## Viendo las reacciones de la gente

La reacción de la gente en general sin duda la resumiría en miedo y en incertidumbre. Normalmente la vida ya es una incertidumbre, pero creo que nunca nos hemos enfrentado a una situación como esta, nunca jamás en la vida. Entonces creo que en cada una de las etapas el miedo es persistente. Sin embargo, creo que la primera reacción que tuvo la gente fue como: "Esto no es tan serio como lo creemos". Sí, como incredulidad. Y como el tema de creernos superiores ¿no? Como de: "No nos va a pasar nada. El mundo es capaz de seguir ante este virus. Este virus es una gripa". Muchos decían: "No va a pasar absolutamente nada". Ya cuando empiezan a ver el número de muertes diarias y cuando empiezan a ver cómo los está afectando económicamente, la gente se vuelve loca. Y cuando ven que tu comida y todo lo que conoces que normalmente lo das por sentado, que vas a un supermercado y está lleno de cosas, y cuando ya no está, pues claramente la reacción con la que tú sales no es la mejor... Acá entendí que los seres humanos estamos en una zona de confort continua y cuando las circunstancias hacen que ya no estés en ella, actúas como loco, como ser egoísta... es como "sálvense quien pueda".



España fue el país europeo donde se aplicaron las medidas de cuarentena más extremas, bueno junto con Italia... pero digamos que otros países fueron más laxos. En Francia podían seguir saliendo, hacer deporte. Siempre ocurrió en la cuarentena que podían salir a hacer deporte. Y en otros países como que las medidas eran un poco más flexibles. Había gente que todavía se lo seguía tomando como una broma y salían disfrazados a la calle a reírse de la situación, entonces las medidas tuvieron que ser mucho más estrictas, poner cárcel a quien infringiera la ley y también multas económicas. Ya después cuando vieron que la policía estaba rondando todo el tiempo (hubo helicópteros que sobrevolaban los domicilios diciendo "quédense en sus casas" y vieron que había una vigilancia extrema, la gente empezó a tomárselo más en serio.

Finalmente, según lo que dice el Gobierno, los ciudadanos tuvieron un buen comportamiento en general. Sí hubo multas y sí hubo infracciones al estado de alerta, pero la gente en general lo cumplió. El Gobierno ha tomado varias medidas, tarde, pero las ha tomado. No ha sido tan abierto... No ha sido tan subsidiario como otros países de Europa. Pero en medio de todo, los autónomos (dueños de empresas) están recibiendo ayudas, así como también aquellos ciudadanos que se encuentran en riesgo y en vulnerabilidad por el virus... Ayudas económicas, ayudas en arriendos, en servicios y en comida.

## Vivir la pandemia siendo extranjera

Como extranjera, la situación la he percibido bastante mal. Yo siempre he criticado la gestión que ha hecho acá el Gobierno respecto a los extranjeros porque somos millones atrapados acá. Somos muchas personas que estamos acá, que hemos venido si no es por estudios, por turismo, por negocios... Bueno, varias son las circunstancias de las personas. Pero siento que no han pensado absolutamente nada en la situación que estamos atravesando acá. Afortunadamente tengo ahorros, pero tengo muchos compañeros extranjeros que pagaban un arriendo o comían porque trabajaban en un restaurante. Y son personas que no se han tenido en cuenta y que también están en vulnerabilidad, atrapadas en un país del cual no pueden salir.

No solamente la gestión del Gobierno de España ha sido pésima, sino también la de la Cancillería colombiana. Yo personalmente mandé un correo al consulado que queda en Valencia, solicitando ayudas porque la canciller Claudia Blum dijo que se habían destinado ciertas ayudas para colombianos, bien sea vuelos humanitarios o ayudas económicas o en alimentación. Han pasado dos semanas y no he tenido respuesta, pero de nada. Entonces sí, me siento desprotegida no solo por este país, sino también por el mío. No he sentido absolutamente nada el respaldo como ciudadana de Colombia, en lo absoluto. Yo estoy en una ciudad terciaria, pero tengo muchos amigos que también están en Madrid, que es la capital y tiene muy buenas, digamos relaciones con Colombia, y no han hecho absolutamente nada por los colombianos, están atrapados, han salido muy pocos vuelos humanitarios. Tras del hecho los vuelos humanitarios los están cobrando, entonces ¿qué tan



humanitarios son? ¡Terrible! No, la verdad es que el proceso, los costos... ¡Todo! ¡Todo! ¡Pésimo! ¡Pésimo!

O sea, yo realmente lo único que siento que puede salvarme de coger el coronavirus o la única protección es el cuidado de mí misma porque España no ha sacado ninguna disposición para extranjeros, no ha otorgado ayudas, no ha pensado en los estudiantes que es un público muy importante acá. España es un país que vive del turismo y no solamente del turismo de vacaciones, sino también de estudiantes que vienen de América Latina y otros países a hacer sus estudios acá de posgrado o de idiomas. Entonces ya sabrás lo que genera esto para una economía... Y ya han salido más de 2 500 000 estudiantes de España. Están muy preocupados también, yo he visto que acá las universidades están haciendo constantes publicaciones para atraer a más extranjeros para que vengan a estudiar acá y no se desincentive ese rubro, pero sin ayudas o cierto tipo de seguridad, difícil.

## Adaptándome a una nueva rutina

Yo trato de hacer rutinas todos los días, pero rutinas distintas. Afortunadamente yo estudio y las exposiciones, trabajos y exámenes me ayudan a mantener mi cabeza ocupada. Aunque la verdad, en estos momentos tampoco logro concentrarme mucho por todo el caos que se ve y porque me preocupa que, en vez de facilitar las cosas, nos lo han hecho un poco más complicado. No han tenido en cuenta como que hay muchos extranjeros en situaciones complicadas, que en lo que menos están pensando es en estudiar en este momento, sino en cómo llevar la situación... ¿cómo viven?, ¿cómo pagan un recibo?, ¿cómo pagan una habitación?

Aparte de estudiar, imagino proyectos para generar ingresos, también pienso si debería volver a Colombia, lo pienso muchísimo. Pienso si quedarme acá o no, pienso si me gustaría empezar un nuevo idioma, me gustaría... Empiezo a hacer recetas de cosas que quiero aprender, hago lista de mercado, como para no aburrirme... Compró nuevos alimentos, tengo rutinas de ejercicio con mis compañeros, tratamos de jugar, sí. De tener juegos de mesa también, tratamos de llevar como una vida normal dentro de las cuatro paredes. También trato de vestirme aún, así no tenga que salir a la calle... Yo siento que, si uno también se ve como en ese estado de que tras de que no hace nada, el mundo está en pandemia y estás todo el día en la cama sin vestirse en pijama, pues puedes llegarte a deprimir un poco.

Entonces nada, tratando de llevar la vida muy normal, aprovechando mucho para reflexionar, para estudiar, para plantear proyectos, para conocerse con vecinos. Digamos que he establecido relaciones con unos viejitos que están al frente mío; entonces, hablamos sobre la pandemia, hablamos de música, me preguntan que de dónde soy, que quieren probar las arepas, que me van a traer paella, que no sé qué, que lo uno, que lo otro... Entonces también como que ha sido una forma de replantearse las formas de relacionarse en sociedad bajo este contexto. Esto cambia un poco los modelos en como tú interactúas con las personas normalmente y también con personas que incluso están lejos. También me alegró mucho saber de



personas que aparecieron y hace tiempo no sabía de ellas, también te das cuenta de que eres importante para mucha gente. O sea, como que si bien hay gente muy egoísta también uno ve gente muy solidaria, en todo sentido.

Más que todo son las dinámicas sociales, pues porque tú todo el día estás interactuando con personas. Entonces pues básicamente yo me levantaba, salía, me encontraba con amigos, iba al supermercado sin ningún tipo de problema, iba a una tienda, volvía a entrar, teníamos planes los viernes, los sábados, los domingos, incluso entre semana. Después me iba para la universidad, tenía cinco horas de clase, montaba en bicicleta también un montón, iba y regresaba en ella a todo lado. Básicamente eso, es como que las dinámicas sociales y la libertad. Te restringe la libertad en todo sentido. Y no, en ese sentido igual. Yo trato de llevar mi vida como si fuera la de antes, yo tengo una rutina de levantarme temprano, tengo una rutina de hacer el desayuno a tal hora, de hacer deporte en casa y de estudiar. Básicamente ese tipo de cosas como que no han cambiado. Me sigo acostando a la misma hora. Depende de lo que tenga que hacer, o sea yo trato de llevar una vida completamente normal.

En ciertos temas, como la comida, las compras diarias, tampoco es que se haya afectado mucho. Bueno, al principio sí. Cuando había un poco de desabastecimiento como que no podía comprar lo que normalmente compraba, pues porque estaba acabado, pero afortunadamente luego de que la gente empezó a bajarle un poquito a la crisis, normal, seguí yendo al mercado, comprando. Normalmente hago mercado para un mes entonces pues sigo yendo al supermercado los primeros días del mes y lo hago completamente normal. Respecto a cosas de la casa también, todo lo mismo. Es un poco difícil tener que adaptarse como a tener que llevar un tapabocas y unos guantes y, por ejemplo, cuando tú vas a cualquier tipo de comercio, acá no puede entrar más de una o dos personas, si es un establecimiento pequeño. Obviamente cuando llegas hay geles antibacteriales. No puedes entrar sin haberte puesto el antibacterial y ponerte unos guantes siempre, te lo exigen. Aparte todo está superblindado, no hay contacto con la persona que te atiende y siempre tiene que haber una distancia de dos metros. Entonces, como primeras medidas, esas.

Como que uno ahora está superpendiente de tener el antibacterial todo el tiempo en el bolsillo y estar pensando en que la persona de al lado puede llegar a contagiarte también. Todo el mundo se mira como con sigilo... como si uno fuera un sospechoso. Me da miedo toser en la calle porque ya todo el mundo te mira como "¿Tendrá el coronavirus?, ¿o no?" Y me da susto que también la gente lo haga. Pero es también llegar a la casa... es lo primero que uno llega, a quitarse los zapatos, lavarse las manos. La verdad, diría mentiras si digo que me baño, porque no me baño cuando llego de la calle. Pero sí lo de los zapatos... Aunque ya no tanto. Nos hemos relajado un poco, pero era sagrado quitarnoslos, dejarlos ahí afuera. También, lavarnos las manos y absolutamente todo eso, es una obligación. Y claramente limpiar la casa con lejía, le dicen acá, con Clorox.



## Pensando en Colombia

Pensar en mi familia en Colombia es muy duro porque la preocupación ya no es una sino doble. Todo el tiempo me levanto preocupada no solo por el país en el que vivo, sino también por el país en el que está mi familia. Entonces, cuando me enteré que llegó el coronavirus ahí, preocupante también... Aún más preocupante teniendo en cuenta que allá no hay una integración regional como la hay acá. Europa es como si fuera un solo país grande, donde todos tienen un objetivo en común, donde tienen medios económicos, donde la gente es muy consciente y donde tienen países muy potentes. También donde hay gente que de alguna otra forma cumple la ley. Pero eso no pasa en Colombia. Entonces: ¿Cuál es mi percepción? Yo la verdad no estoy tan enterada como una persona que vive la realidad ahí, pero leo las noticias cada vez menos porque me preocupo de más y doble angustia, no tiene sentido. Ya pasé por momentos de mucho estrés. Pero lo que veo y lo que me cuenta mi familia, incertidumbre 200 %. Acá por lo menos tú ves en algo la luz y ves que hay planes concretos de lo que se va a hacer para cada sector, de cómo la gente tiene que volver a la normalidad, de cómo en alguna forma se va a asemejar a lo que va a ser nuestra vida. Prevén en porcentajes el daño económico, el daño social, lo que nos va a llevar reconstruir nuevamente.

Pero en Colombia no se habla absolutamente nada de eso. Ni siquiera entiendo cómo funciona la cuarentena allá, veo que la vida sigue normal; entonces como que no entiendo cómo la llevan. Me parece que la gestión del Gobierno ha sido muy floja, me parece que le han dado prelación más a la economía... Lo que veo es un desastre total. Y que en uno o dos meses van a llegar al pico por el que ya pasamos nosotros acá hace más o menos un mes. Y que no se tienen planes, ni se tiene una estrategia, ni se sabe qué hacer porque hay poderes que literalmente están chocando todo el tiempo. Uno dice una cosa, otro dice otra y no se articulan para tener un plan para mitigar lo que puede llegar a ocurrir. Pues con una catástrofe de estas como lo fue en Europa.

Mis parientes, mi familia, tratan de ser positivos, también mis amigos, pero es como todo, una incertidumbre que se vive con mucho miedo. La verdad también con mucha tristeza precisamente por lo que comentaba hace un momento, de que estamos atravesando por una crisis muy difícil y aún se siguen viendo casos de corrupción, cuando de verdad deberíamos estar pensando en que las personas que viven del día a día están jodidas, de que la economía se va a joder terriblemente, que dependemos de un dólar y que si el mundo está jodido pues el país también lo está y no se tienen medidas al respecto..., no se tiene, o sea, normalmente en Colombia no se tiene plan de absolutamente nada, pero pues esto ya es aún más complicado y la gente aún sigue pensando en que esto es un chiste. También vi por Instagram y redes sociales en general que la gente se burla de la pandemia; siguen teniendo fiestas, se siguen encontrando y siguen saliendo como si nada. Yo siento que, no sé, Europa quizás esté muy lejos y



muchos no leen noticias de lo que pase acá, pero esto es un problema muy serio. Entonces la verdad con mucho temor..., con mucho temor sobre lo que va a pasar económica, social y políticamente en absolutamente todo.







# La pandemia no ha traído muchos cambios para mí

Johan Esteban

Nueva York, Estados Unidos

(24 de mayo del 2020)

## Enfrentado un choque cultural

Llegué acá a los Estados Unidos hace trece o catorce años. Primeramente, llegué a vivir a California, donde permanecí un año. A California llegué como estudiante internacional a la Universidad de California en Davis. Entré a estudiar primeramente inglés, a mejorarlo, y también comencé a tomar mis primeras clases de filosofía. En Colombia estudié Filosofía. Entonces, yo viajé con un pregrado de Filosofía. En California estuve alrededor de un año hasta cuando el tiempo de estudio se venció en la universidad. Mientras estudiaba también trabajaba, porque me fui con la ayuda de Colfuturo, pero apenas con una beca parcial. De ahí que una vez yo llegué a California una de mis primeras preocupaciones era que tenía que trabajar aparte de estudiar, tenía que buscar un trabajo y entonces, quizá en el primer mes, encontré el primer trabajo que yo tuve aquí en los Estados Unidos, que fue como *full service worker*, es decir, como trabajador de cocina en un restaurante de comida rápida. Y allí trabajé, yo creo que como unos cinco meses y al tiempo estaba tomando mis clases de inglés y las clases de filosofía. Era un momento medio difícil porque llegué aquí solo, sin familia, porque no tenía familia en California. Entonces evidentemente enfrenté el choque cultural. Aunque había estudiado inglés en Colombia, cuando llegué acá me di cuenta que en realidad no sabía mucho. Entonces fue un choque bien grande. Y después, verme trabajando en el restaurante, aunque era difícil, era también agradable, porque todos éramos estudiantes, entonces todos nos ayudábamos. Allí trabajé como unos cinco meses.



Luego trabajé en otro lugar, como en banquetes, como los que se organizan cuando hay fiestas. Yo era una de las personas que ayudaban a colocar las mesas, a todas estas cosas. Allí seguí trabajando hasta cuando se venció la posibilidad de seguir siendo estudiante en la Universidad de California, pues era muy costoso, y con parte de lo que ganaba me tocaba pagar la renta del cuarto, me tocaba pagar la alimentación, andaba en bicicleta, esa fue una de mis maneras de ahorrar dinero, pero en ese momento pues me estuve movilizándolo bastante para tratar de ahorrar la mayor cantidad de dinero y poder pagar la Universidad. Entonces vivía en Davis, luego viví en Sacramento, luego viví en... Toda esta movilización con el objeto de encontrar un lugar donde yo eventualmente pudiera no gastar tanto dinero y pudiera seguir estudiando. También viví en San Francisco, bueno, viví en muchas ciudades en California. Y en un momento como que me vi que ya no podía más, pero la posibilidad de regreso a Colombia no era la posibilidad, la única posibilidad era continuar. Entonces tenía un amigo en New York y él me dijo: “Bueno pues si quiere véngase para acá y yo en lo que pueda le colaboro”. Yo viajé en diciembre, me acuerdo tanto, porque yo llegué aquí a New York en un invierno, nunca antes había vivido un invierno como se vive aquí en New York. Entonces evidentemente no llegué con la ropa más adecuada, llegué y ese fue uno de los primeros choques que tuve, el frío. Entonces llegué a vivir al apartamento de mi amigo que también es colombiano. Él compartía el apartamento con un mexicano y me dio la posibilidad de llegar a este lugar, pero a dormir en la sala, en el piso, en un colchón. Me dijo: “Ahí usted va a dormir”, y yo le dije: “Okey, no hay problema. Está bien”. Ahí estuve viviendo como unos tres meses.

Afortunadamente, como al segundo mes, encontré un trabajo en una oficina de abogados. Entonces comencé a trabajar como asistente legal ahí en esa oficina. Duré casi cinco o seis años trabajando con estos abogados. Entonces tuve la oportunidad de aprender de las leyes aquí en los Estados Unidos y aparte también continué estudiando inglés en un *college* y también seguí tomando clases de filosofía con el objeto de prepararme para hacer la maestría en filosofía. Eso me tomó un par de años porque, evidentemente, yo no tenía ningún apoyo del Estado colombiano y tampoco me importaba tenerlo. Me presenté cuando me vi listo para hacerlo. Me presenté a diferentes universidades aquí en los Estados Unidos y en Canadá. Me salió. Me dieron una carta de aceptación en tres universidades, dos aquí en los Estados Unidos y una en Canadá. Cuando yo recibí las tres cartas de aceptación, evidentemente, uno de mis intereses era poderme estabilizar, tener una vida más tranquila. La universidad en Canadá me daba una beca completa y yo dije: “¡Aw! Esta es una oportunidad muy buena”, pero el departamento de Filosofía era uno que se inclinaba, como muchos departamentos de filosofía aquí en los Estados Unidos, por la filosofía analítica y yo estoy lejos de ser un filósofo analítico.

Mi formación filosófica, digámoslo así, desde Colombia ha sido siempre mucho la filosofía continental, la literatura, la política, todas estas mezclas. Aquí, en América, la mayor cantidad de departamentos se inclinan por la filosofía analítica, incluso los canadienses. Entonces, esa era la situación en la que me encontraba,



un departamento que me daba la posibilidad, pero bajo una condición en la que yo tenía de alguna manera que cambiar mi perspectiva y, por otro lado, yo tenía dos universidades aquí en los Estados Unidos, una de las cuales me parecía muy interesante para estudiar, porque entre otras era una universidad aquí en New York que acogió a muchos de los filósofos alemanes que viajaron aquí a los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, entre ellos, Hannah Arendt. Ella, junto a muchos filósofos alemanes e intelectuales americanos, formaron esta universidad. Entonces yo decía: “Esta es la universidad en la que, probablemente, me pueda sentir más cómodo”. Era la New School for Social Research. Pero la situación era que me dieron la carta de aceptación, pero no me dijeron nada de la beca. Me decían: “El comité se va a reunir en un mes”, no me acuerdo de las fechas, pero tomaba tiempo, “Y en ese tiempo le va a dejar saber qué porcentaje de beca le podemos suministrar”. Yo dije: “Okey”. La otra universidad en Estados Unidos no me había dado carta de beca, sino solo de aceptación. Entonces yo dije: “No me sirve porque eso significa que me toca seguir trabajando, pagando los estudios y no voy a tener la concentración, la disciplina, el tiempo para poder hacer lo que yo quiero”. Entonces como que la descarté de una vez.

Me quedaba, por un lado, la universidad en Canadá y, por otro lado, la universidad en New York. Esta última me dijo que solo en un mes me podía decir si me daba alguna beca, y justamente en un mes yo tendría que viajar a Canadá si aceptaba irme a estudiar allá. Yo tenía todo listo para irme para Canadá, pero me daba mucha nostalgia porque me había costado mucho tener amigos acá, me había costado adaptarme y entender lo que era la cultura americana, entonces verme de nuevo en otro país significaba asumir ese desafío otra vez. Había sido muy doloroso el tiempo aquí en los Estados Unidos. Hasta ese momento había sido un desafío que nunca antes yo había tenido en mi vida, pero para mí representaba un choque porque la universidad en Canadá me ofrecía ciertas condiciones. Se trataba de un cambio de perspectiva en mi formación y también llegar a una cultura un poco diferente. Entonces faltando un día para irme a Canadá, donde yo ya tenía un apartamento y me estaba esperando mi supervisor de tesis que ya conocía mi proyecto y toda la cosa, me llegó la respuesta de la universidad aquí en New York. Yo no había comprado el tiquete aéreo a Canadá porque quería esperar hasta el último día para ver si llegaba la respuesta de la universidad en New York. Justo ese día me llegó la respuesta. La universidad me decía que me daba, creo que el 40 o el 50 % de beca. Entonces fue una sensación extraña, porque si bien era la universidad en la que yo quería estudiar, uno no deja de pensar: “Bueno, 50 % es un buen porcentaje”, pero si uno entiende lo que vale la educación aquí en los Estados Unidos, uno sabe que cuando habla del otro 50 % es una cantidad de dinero considerable. Entonces me dije: “¿Qué hago?... Bueno, yo he corrido con mucha suerte, he pasado por muchos desafíos”. Decidí quedarme aquí en New York, a pesar de que me daban ese porcentaje.



Comencé a estudiar. Seguí trabajando en la oficina de abogados, corrí con la suerte que en ese momento mi jefe, que era el abogado principal, un tipo muy comprensivo, una persona muy humilde a pesar de tener muchas posibilidades, me ayudó desde el primer día que yo llegué a trabajar allí. Yo sentí que él casi que me adoptó como su hijo, pues ya era una persona adulta. Yo pasé muchas dificultades cuando llegué aquí a New York y así viví mucho tiempo, desde no tener la ropa adecuada. Hasta hubo un día que los mismos abogados me vieron vestido como para una primavera y me dijeron: “No, no ¿usted qué está haciendo?”. Me acuerdo que el manager de la oficina me llevó a una tienda a comprarme ropa y fue un gesto bien bonito. Uno solamente cuenta pedazos de las muchas cosas que en realidad le han pasado.

Terminé la maestría con muchos desafíos. Hice el primer semestre, me fue muy bien. Lo hice con todo el amor del mundo porque yo quería ver si de pronto esta gente veía algo en mí y me daba otro 30 % de beca. No me dieron ese porcentaje, entonces me tocó parar. Hice el primer semestre, pero no tenía para el otro, entonces me acordé de Colfuturo. Y no sé si fue un mal recuerdo o un buen recuerdo, pero dije: “Voy a aplicar a ver si ellos me dan una ayuda”. Apliqué y me dieron la ayuda, me gané la beca que ellos dan y así pude terminar la maestría, sobre todo porque bajo mi estatus legal en Estados Unidos como estudiante internacional, excepto en el campus de la universidad y creo que máximo 20 horas. Yo estaba trabajando fuera del campus y mi jefe me daba lo que se suponía eran 20 horas de trabajo en un cheque para no meterse en problemas. Por otro lado, él me pagaba la universidad cuando yo estaba haciendo el college. En ese entonces él me pagaba los semestres para compensar. Fue así como pude terminar mi maestría y me dije: “Mi objetivo cuando llegué aquí a los Estados Unidos va a ser mi doctorado”, pero al conocer los departamentos de filosofía y la suma de dinero que se requiere para hacer un doctorado acá, dije: “Okey, voy a intentar aplicar a las universidades que más dinero tienen para que ellas me puedan dar beca”. Entonces apliqué, por ejemplo, a Cornell University que es una universidad muy famosa.

Cornell tiene un departamento de Filosofía muy interesante. Es un departamento que reúne lo analítico, lo contemporáneo, lo europeo, toda esta cosa. Entonces yo dije: “Allí de pronto puede ser”. Entonces me contacté con una profesora que trabajaba el autor que yo regularmente trabajo. Hablé con ella y me dijo: “No, pues aplique a ver qué pasa”. Y apliqué. En esa universidad hacen aplicación unas cuatrocientas personas y el departamento solamente tiene posibilidad de aceptar alrededor de ocho. Esas ocho personas van con beca completa. Yo sabía eso. Sabía que tenía muchas cosas a favor, pero también tenía muchas cosas en contra. Entonces cuando uno se presenta a estas universidades uno se presenta con gente superpila, o sea, gente muy competente. Entonces yo dije: “Bueno, pues, una vez más me boto a ver qué pasa”. Y lo hice, pero desafortunadamente no me dieron la aceptación. En ese mismo momento estaba yo mirando a Europa, siempre mirando hacia allá, y encontré la Universidad de Frankfurt y apliqué. Conocí a un profesor que es una persona de las que más que aprecio y que trabaja temas como los que yo trabajo.



Entonces le escribí y me dijo: “Presente los papeles a la universidad a ver qué sucede”. Y así fue. Me aceptaron y en menos de nada me vi viviendo en Alemania.

El Gobierno alemán fue muy generoso conmigo. Siempre lo han sido, entonces me daban hasta los tiquetes para el bus, me daban ciertas posibilidades que yo no tenía acá. Allá estuve un tiempo, la experiencia fue totalmente diferente a la que yo había tenido acá en los Estados Unidos. Pero como yo ya era residente en los Estados Unidos, tenía que regresar para no perder el estatus. Y yo pues obviamente no iba a permitir tal cosa después de semejante trabajo. Aunque en Alemania igualmente se me presentó la posibilidad de hacerme residente, decidí regresar porque vi entre otras causas que las posibilidades de trabajo allí eran bien reducidas. El campo académico en Alemania es bien competitivo. Entonces me encuentro yo, un colombiano que, aunque estudió en Estados Unidos y que en ese momento estaba en Alemania, de todas maneras, no era un nacional y pues evidentemente ellos ante cualquier posibilidad laboral le van a dar prioridad a los suyos ¿no? Entonces fue un escenario que me desanimó bastante porque esperaba otras cosas. Aunque, una vez más digo, el Gobierno alemán fue muy generoso conmigo. Y ya al poco tiempo me regresé, después de hacer el periodo de estudios allá regresé y entonces seguí aquí trabajando.

Entonces tengo dos trabajos. Uno como supervisor en una compañía de construcción y ese mi trabajo *part time* [tiempo parcial]. Ahí hago un par de horas, nada más. El otro trabajo es en una escuela secundaria, donde trabajo con jóvenes en justicia restaurativa y en resolución de conflictos. También hacemos que los muchachos se animen a venir a la escuela porque hay una tasa altísima de estudiantes que no quieren venir a la escuela. Es bien interesante. Para mí la filosofía desde que salí de Colombia ha sido la vida misma y muy práctica. A mí la academia me parece muy interesante, pero, con el respeto que ella se merece, creo que muchas veces se queda en la teoría. Yo me he hecho muy práctico, entonces me gusta vivir la filosofía. Para mí la filosofía es vida y es un hecho. Desde el momento que salí de Colombia, todas las dificultades que he tenido han sido por amor a la filosofía. Entonces he padecido desde humillaciones hasta situaciones que uno nunca antes se había imaginado. Porque de pronto uno en su país uno no se ve enfrentado a ese tipo de cosas. El simple hecho de que todos hablemos el mismo idioma, de que todos tengamos la misma cultura, lleva a que, a pesar de las dificultades económicas, uno tenga ciertas posibilidades. Además, está la familia, está el papá, está la mamá, que en cualquier caso le dice a uno: “Venga y se queda a dormir aquí”. Pero pues uno llega aquí solo, en el que no existen tales cosas, sino es uno solo. Entonces, es de ahí que yo digo que el amor a la filósofa, a la vida misma, me llevó a que hoy día esta sea un saber práctico.



## Cuando llegó la pandemia hubo mucha incredulidad

Yo me vine a enterar de la pandemia como en diciembre del año pasado. El primer caso de COVID fue como en diciembre o noviembre, no me acuerdo bien, pero me enteré en el momento en el que hubo los primeros casos en China. Tuve la sensación de que la situación se iba a salir de las manos cuando varias entidades internacionales de salud comenzaron a alertar, pero la gente, en realidad, no tomó las medidas que debió tomar cuando esas alarmas se encendieron.

Yo sabía que el golpe iba a ser duro acá por lo que estaba pasando en Italia. En ese momento seguían llegando vuelos internacionales aquí a New York. Las personas que conocen esta ciudad saben que esta es una ciudad multicultural. No hay otro país o ninguna otra ciudad como esta, donde haya tanta variedad racial, étnica, social y cultural. Y ese es el escenario más propicio para que una pandemia se pudiese desarrollar. Y efectivamente lo fue, pues no se tomaron las medidas adecuadas a tiempo y siguieron entrando vuelos. Yo vivo en New Jersey, pero el trabajo queda en New York. Entonces eso daba mucho miedo, daba mucho temor, porque yo tengo que tomar el tren, luego el bus, luego nuevamente el tren, luego caminar. Todo eso implicaba un riesgo. La gente seguía viviendo normal, seguía tomando el transporte, pues uno sabe que New York es una ciudad que en realidad nunca para. Y entonces, a pesar de la pandemia, la gente seguía trabajando y eso ayudó a que fuera más letal la situación.

La manera como la gente asumió el tema fue cambiando. Al principio la gente como que lo veía muy ajeno o tal vez por la propia condición de la ciudad, por su carácter multi o pluricultural la gente asumió que era un riesgo latente. La gente asumió que era una cuestión de autocuidado o simplemente le pareció que no había ningún riesgo. Desafortunadamente, aquí no hubo ningún simulacro. Yo creo que hubo mucha incredulidad de la gente. Como que no creían que eso la fuera a tocar. También hubo mucha negligencia de la gente. Digamos que solo cuando ya estaba el pico de la pandemia, cuando la gente empezó a ver los hospitales llenos de muertos, empezó a creer. Yo creo que los medios de comunicación jugaron un papel fundamental para que la gente, de pronto, se abstuviera de salir. Se veían imágenes que yo creo que nunca se habían visto, como que eso impactó a la gente y como que se dijo: "Bueno, definitivamente es mejor no salir".

Tampoco hubo una cuarentena. Lo que pasó fue que una vez el Estado de New York vio el impacto tan fuerte que estaba teniendo la pandemia comenzó a imponer ciertas restricciones. Fue entonces cuando cerraron los parques, los cines, los restaurantes, en general, los lugares donde regularmente se concentra gente. Las escuelas las cerraron también. Todos los lugares que las autoridades consideraban propicios para la aglomeración de personas fueron cerrados. Pero esto no significó necesariamente que la gente no saliera. No hubo ninguna restricción como las que se pusieron en Colombia, como esas que determinan que hoy salen las mujeres y mañana salen los hombres o de acuerdo con el número de la cédula. Nada de eso se vivió acá. Muy pocos conservaron el trabajo en medio de los cierres de



restaurantes, estadios, todos estos lugares y muy pocos tuvimos la oportunidad de trabajar desde la casa. Digamos el proceso de la pandemia fue así, hubo mucha incredulidad de la gente, primero eso. Segundo hubo negligencia, mucha gente entonces a pesar de saber que había pandemia salía. Y tercero, cuando ya llegó el pico de la pandemia, la gente comenzó a creer y esto debido al impacto que tuvieron los medios de comunicación en la percepción de la pandemia. Entonces la gente sí empezó a resguardarse un poco y esto fue ya casi en el pico de la pandemia, cuando ya había una gran cantidad de muertos.

Ya después entonces sí se comenzaron a tomar ciertas medidas: que el tapabocas, que si tú vas a ir a un lugar entonces tienes que hacer fila para poder entrar y no pueden haber más de diez personas en el lugar, pero esto después de que ha arrasado con una cantidad de gente ¿no? A pesar de lo trágico que fue, yo creo que... y sonará quizá contradictorio, irónico, no sé, las políticas del Estado, en particular de New York, yo creo que fueron muy a punto ¿no? Porque si hubiésemos estado en manos del líder, en este caso, pues hubiese sido aún más catastrófico ¿no? Entonces, sí digamos que fue así. Hoy en día, por ejemplo, siguen estando los parques cerrados, uno entra bajo cierta restricción a determinados lugares y la tasa del desempleo está como nunca antes, aquí, en los Estados Unidos. La cantidad de muertos, estaban diciendo, que superó los de... es decir es una cantidad impresionante de muertos. Entonces está la situación un poco delicada...

La gente ante todo ese drama fue cuando empezó a ser más consciente del autocuidado. En ese sentido, los medios de comunicación jugaron un papel importante, el impacto fue tan fuerte, casi que tocaba mostrarle a la gente los muertos ahí tirados en una fosa, entonces la gente al ver eso como que dijo: "Bueno, pues evidentemente yo no quiero ser uno de esos". Entonces sí, han empezado a tratar de seguir las medidas, digamos que de diez personas al menos ocho acatan la situación. Y pues uno trata de cuidarse mucho. Yo por ejemplo en uno de mis trabajos, en el trabajo de la escuela, pues trabajo desde la computadora, desde la casa, pero en el otro trabajo sí me toca salir y tengo contacto con gente todo el día. O sea, yo trabajo de cinco de la tarde a once de la noche en ese trabajo y durante todo ese tiempo tengo contacto con gente, pero regularmente se ponen el tapabocas y yo trato de mantener la distancia. Yo también uso el tapabocas, siempre he usado porque en mi trabajo hay mucha tierra, se corta madera, aquí las casas son hechas en madera, entonces se corta mucha madera, por eso yo siempre he usado tapabocas, por mi propia salud. No necesariamente por la pandemia, sino que yo siempre por mi trabajo en la obra lo he usado. También uso guantes, lo hago porque pues el trabajo es bien rústico, entonces trato de cuidarme un poco las manos. Entonces digamos que yo estaba de alguna manera, en ese sentido, listo para ese tipo de cosas.

Hasta este momento siguen las restricciones. Los restaurantes, unos pocos, han abierto y solamente para ordenar comida, o sea, yo ordeno algo, voy y lo recojo y ya. Pero uno no se puede sentar ahí. Las escuelas siguen cerradas y seguramente



van a estar cerradas hasta, por ahí, agosto, las universidades también; ellas están haciendo mucho trabajo *online* ¿no? Los centros comerciales pues peor todavía, todavía no han abierto. Sí, entonces así, todavía sigue y yo creo que por ahí hasta finales de junio. O sea, es decir, el proceso va a hacer un proceso lento porque por ejemplo en el barrio donde yo vivo, la pandemia mató como a unas ochocientas personas y no es un barrio grande. No sé cuántos habitantes habrá acá en el barrio, pero no somos un barrio muy grande. Sé de la cantidad de muertos porque yo estoy conectado con la biblioteca del barrio y ellos están conectados con el departamento de salubridad e higiene, entonces ellos presentan una tasa diaria, y sigue habiendo contagios, que han bajado considerablemente, pero los contagios siguen existiendo. Entonces eso quiere decir que... Y se habla de una segunda ola de pandemia y yo creo que, una vez más, la gente no quiere entender la situación.

## Experimentando una pandemia

Yo me siento muy privilegiado ¿no? En el trabajo de la mañana en la escuela he tenido la oportunidad de trabajar desde la casa, lo que me da la posibilidad de estar tranquilo. De sentirme seguro. En ese trabajo, regularmente, comienzo a las 8 de la mañana y termino a las tres o cuatro de la tarde. Entonces, digamos, que es un trabajo gratificante. Y entiendo que la tasa de desempleo está tan alta aquí en los Estados Unidos, me siento aun con mucha más suerte, entiendo que tengo dos trabajos. Entonces el de la mañana me da la sensación de estabilidad y seguridad, tranquilidad y en el de la tarde, pues es un trabajo totalmente diferente porque es un trabajo físico y, aparte de físico, se requiere de contacto con la gente. Entonces se siente, digamos que uno se siente inseguro ¿no? A pesar de las medidas que uno toma por sí mismo, la compañía trata de tomar ciertas medidas: no permiten el ingreso a la compañía sino a cierta cantidad de personas, entonces están bien controlados, además todas las personas que entran tienen que usar tapabocas y tienen que usar guantes. Cuando, por ejemplo, las personas se quitan el tapabocas o se lo ponen en la quijada y este tipo de cosas, entonces hay personal encargado en decirle: “Oiga, qué pena o se pone el tapabocas o sencillamente se tiene que salir”. Entonces hay gente que está controlando eso, pero como ya lo decía de diez personas, ocho tratan de seguir la norma. Entonces no deja uno de sentirse inseguro.

Casualmente, debido a eso, muchas personas del trabajo, muchos trabajadores no han regresado a trabajar, tienen miedo. Pero la compañía para tratar de motivar al personal lo que ha hecho es darles más horas a las personas para que trabajen y les dan bonos, entonces les dan, yo qué sé, doscientos dólares más. Pero aun así la gente no va porque está muy asustada. Yo pues sí desde que comenzó la pandemia hasta el momento no he faltado un día en el trabajo. Mi trabajo siempre ha sido la exposición con químicos, entonces por ejemplo el cemento, concreto, todas estas cosas, entonces yo siempre he tenido como ciertas maneras de cuidarme a mí mismo, lo que como decía ha hecho que frente a una pandemia pues sigan siendo



las mismas medidas de autocuidado, pero entonces uno agrega a eso el hecho de que uno trata de tener cierta distancia con las personas.

En mi vida personal yo soy un hombre muy tranquilo y en realidad, pues, mi experiencia en general me ha llevado a intentar tener una buena vida con lo que tenga en ese momento. Entonces la pandemia no ha traído muchos cambios para mí. Yo no soy una persona que salga mucho, no tengo mucha necesidad de estar viendo películas en el cine o estando en los restaurantes, yo no soy así. Entonces me gusta estar en la casa, me gusta cuidar las plantas, me gusta cuidar a mis animales, entonces digamos que mi vida diaria no ha cambiado mucho en realidad porque no soy el ser humano más sociable en términos de tener muchos amigos, no lo soy, entonces eso ha llevado a que mi vida diaria, en realidad, no haya cambiado mucho porque permanezco en la casa leyendo, trabajando y cuando hago ejercicio salgo en bicicleta y si salgo en bicicleta, salgo solo, cosas así. Entonces digamos que en términos generales en eso también he corrido con la suerte de que yo siempre he sido un hombre muy tranquilo, que me gozo lo que tengo, puede ser mucho, puede ser poco. Y pues los libros están conmigo... Y hoy en día muchas de esas bibliotecas también son virtuales. Esa es la otra que pues... la biblioteca aquí del barrio, por ejemplo, le da a uno la posibilidad de consulta *online* y toda esta cosa, entonces no ha tenido mayor cambio.

Casualmente cuando yo comencé a ver que la pandemia venía, cuando la situación en Italia estaba tan grave y aquí estaban comenzando los contagios, fui al supermercado y entonces como que traté de comprar cosas que yo sabía que me iban a durar mucho. Entonces intenté ser muy precavido con eso. Lo mismo que con la comida de mis mascotas. Compré como tres bultos de comida de perro, tres bultos de comida de gato. Yo dije: “Que le falte a todo el mundo menos a mis gatos y a mis perros”. Entonces sí, me preparé mucho en ese sentido. Y ya después, evidentemente, iba al supermercado, pero iba a ciertas horas que yo sabía que no había tanta gente. Entonces por ejemplo el fin de semana yo nunca iría porque sé que todo el mundo quiere ir a comprar, yo no iría un fin de semana, prefiero levantarme temprano un día entre semana e ir a comprar. De hecho, un día me pasó que fui a un supermercado aquí cerca a mi casa como a las seis y veinte de la mañana, y me dice el de seguridad: “¿Usted para dónde va?”, y le digo: “Pues para dónde voy... Voy a comprar algo”. Y me dice: “¿Es que usted se cree que tiene sesenta años?” —con cierta actitud me habló él—, y yo le dije: “No”, pero yo estaba totalmente confundido. ¿Qué pasó? Que el supermercado había puesto el horario de seis a ocho de la mañana para que las personas de sesenta años para arriba hicieran sus compras. Y yo totalmente ingenuo de la situación, pero pues mi idea era utilizar espacios en los que yo sabía que no iba a haber mucha gente para comprar las cosas que yo necesitaba. Y de resto pues sacar a los perros. Yo vivo en un barrio donde las casas están separadas las unas de las otras entonces uno rara vez ve al vecino. Yo salgo con mis perros en la mañana, a mediodía y en la noche cuando llego del trabajo. A eso de las once u once y treinta de la noche estoy caminando y a esa hora uno no encuentra a nadie, todo el mundo está descansado.



## En Colombia se manejó mejor la situación

Me acuerdo que cuando empezó a hablarse del coronavirus, en ese momento, estaba subiendo al poder la nueva alcaldesa de Bogotá. Y la he escuchado hablar un par de veces y me parece una mujer muy inteligente. Entonces, naturalmente, yo esperaba que ella tuviese la posibilidad y la inteligencia para manejar una situación como la que empezaba a mostrarse. Encontraba la situación de que el líder, en ese caso el presidente, no era el más competente para manejar cualquier tipo de circunstancias y eso me preocupaba. Pero cuando comenzó la pandemia en Colombia noté, de pronto, que la alcaldesa empezó a plantear una serie de estrategias, entre ellas, la de un simulacro. Entonces cuando uno comienza a ver esas acciones, como que dice: “Al menos hay una persona que está pensando en el pueblo”. Estrategias que ni siquiera en un país como este se han presentado. Entonces eso me dio cierta sensación de tranquilidad. Y, por otro lado, yo también sabía que, pues hoy más que nunca, tenía que seguir apoyando a mis papás, siempre los he apoyado desde que llegué aquí. Para mí era algo muy claro, que iba a llegar el momento en que no podían trabajar, entonces ellos iban a depender de mí. Entonces yo dije: “Bueno, vamos a hacerle”. Y por eso, igualmente, yo no paraba de trabajar acá porque están ellos.

Entonces así fue. Era una mezcla de tranquilidad, sé que mis papás son unas personas inteligentes. También la sensación de yo poder darles esa estabilidad me daba cierta tranquilidad. A pesar de lo grave que podía ser, de lo que puede ser ¿no? Pues ellos están un poco asustados porque ellos viven en la zona de Kennedy. Entonces ellos me hablan de la cantidad de casos que hay en esa zona de Bogotá y el temor que implica salir a comprar el mercado, por ejemplo. Entonces pues yo trato de darles ciertas... transmitirles cierta sensación de tranquilidad a través de lo que yo he visto acá. Pero los he visto así, muy preocupados porque pues obviamente quieren empezar a trabajar porque necesitan trabajar, a pesar de que yo los estoy apoyando, ellos entienden que tienen que hacerlo. Y no solamente mis papás, también mis hermanos, ellos tienen hijos y toda la cosa, entonces ellos están naturalmente muy preocupados por la situación. Uno no ve el momento en que va a comenzar a funcionar una vez más la economía como antes, si es que llega a suceder eso. Yo creo que esto tiene un impacto en la economía. La otra vez estaba hablando con un amigo del hecho de que una situación como esta va a ratificar, e incluso va a ampliar, las desigualdades sociales, va a mantener el *statu quo*. Yo creo que va a incrementar la pobreza. Los ricos van a seguir siendo los ricos y se van como a consolidar en esta situación. Es una situación bien, bien triste. Y eso es un fenómeno mundial, porque está pasando incluso aquí en Estados Unidos.





# Trabajo en comunidad en tiempos de pandemia

Angie Carolina Rozo Blanco

San Juan de los Lagos, México

(7 de julio del 2020)

## La vida en México antes de la pandemia

Llegué a México en febrero del año pasado, hace más o menos año y medio. Soy licenciada en Humanidades y Lengua Castellana de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Me vine a vivir con mi pareja aquí a México por cuestiones de trabajo. Actualmente, trabajo como asesora de proyectos y como maestra. Yo trabajo con el Gobierno municipal aquí en San Juan de los Lagos, un municipio a las afueras de Guadalajara. Lo que yo hago es diseñar los proyectos sociales del municipio en temas de educación, trabajo comunitario y trabajo social. También apoyo la redacción en otro tipo de proyectos que necesiten las diferentes direcciones. También trabajo como maestra en un entorno popular, en una colonia vulnerable del municipio.

Normalmente en el día me levantaba, más o menos, como a las siete o siete y media de la mañana. No tenía un horario tan rígido en la mañana, entonces llegaba al trabajo como a las nueve o a las diez. Entonces empezaba a trabajar en equipo con otras personas que participaban en la creación de proyectos sociales. Nos encontrábamos, adelantábamos el proyecto que estuviera en desarrollo, hacíamos las gestiones que había que hacer para sacarlos adelante o a veces terminábamos vinculándonos con otras tareas que tuviera pendiente el ayuntamiento. Se hacía de todo. Entonces casi siempre estaba en la oficina. Como a las tres de la tarde salía de la oficina y me iba para la casa. Una vez allí almorzaba para luego salir a la colonia en la que hacía trabajo de educación social. Entonces iba a



la colonia, más o menos, como desde las cinco, hasta las seis o las siete. A veces me quedaba un poco más. Luego regresaba a mi casa y descansaba. Llegaba muy cansada, sobre todo por el clima, entonces descansaba y cenaba. Como que se acababa el día. Eso entre semana. Los fines de semana trataba de salir un poco más. En el municipio no hay muchas cosas que hacer, es un municipio pequeño, entonces trataba de ir a otras ciudades para ir a cine, para buscar otras ofertas culturales o para conocer otros espacios recreativos. Trataba de salir y si me quedaba en la casa trataba de ver películas o descansar.

## Llegó la pandemia

Me enteré de la pandemia primero por las redes sociales. Fue como el primer lugar de la noticia para mí, aunque siempre estoy muy pendiente en la mañana de revisar noticias. Entonces me enteré que había surgido una epidemia en Wuhan, que estaban encerrando las ciudades y que podía propagarse. Luego me enteré que la epidemia había llegado a Europa, que estaba en Italia y en España. Y pues ahí sabía que en algún momento iba a llegar a Latinoamérica. Cuando la pandemia finalmente llega a México me entero en parte porque trabajo con el Gobierno municipal. Nos informaron entonces que se iban a tomar unas medidas y que lo primero que se iba a hacer era cancelar eventos. En un principio la gente no lo toma muy en serio, se apega a teorías de conspiración, porque no se sabe exactamente lo que está pasando, se distorsiona mucho la información. Eso llevó a que la gente al principio tomara la pandemia bastante a la ligera y solo hizo un poco más de caso cuando el municipio empezó a cerrar algunos comercios.

San Juan de los Lagos tiene una particularidad: es un pueblo turístico religioso, aquí está el segundo templo más importante de México. Aquí viene mucha gente a hacer turismo y hay mucha actividad alrededor de la religión. Además, vienen religiosos de muchos países, como Italia y Francia. Por eso algo que impactó mucho a la gente fue la cancelación de las misas. Nunca antes en la historia se había cerrado la catedral. Entonces eso a la gente la impactó mucho, no solo en su vida económica, porque se cerraron los comercios, sino a nivel espiritual, porque era un espacio al que asistían devotamente. Uno veía a los adultos mayores más afectados por el cierre de la iglesia, incluso había mucha molestia, hasta tensión, porque con tanta desinformación la gente no entendía la razón de por qué cerraron comercios e iglesias. Entonces la gente empezó a incomodarse y molestarse. Siempre con mucha incredulidad.

170



Aquí en México, como en la mayoría de países, se atendió lo que dijo la OMS. Entonces al principio nadie usaba tapabocas. Eso me causó mucha tensión. Parte de mi trabajo en el Gobierno municipal estuvo dirigido a ayudar a crear un plan de contingencia frente a la situación, pero mientras en otros países sí se decidía por imponer el uso del tapabocas, en México no se estaba siguiendo esta práctica. Entonces la gente estaba muy relajada con las medidas de cuidado, no las tomaban en serio y las orientaciones confusas favorecían más esta “relajación”. Cuando se anuncia finalmente la cuarenta las cosas empeoraron. La gente empezó

a vociferar contra la medida, a cerrar los negocios, pero a la fuerza. Pero al final toda la gente tuvo que aceptar el encierro temporal.

En esos días de cuarentena la imagen del municipio era impactante. Un lugar acostumbrado al tránsito de muchos turistas que de un momento para otro quedó solo. En el centro y las calles no se veía nada y así fue por casi tres semanas. Y era muy raro porque a veces yo iba al centro, estaba solo y alcanzaba a sentir angustia. Era feo. Sentía que algo estaba pasando, algo muy grave. Era entonces cuando sentía que nada de esto era normal, que esto era una situación muy grave y con quienes hablaba los sentía bastante asustados. Me afectaba mucho cuando se acercaban adultos mayores a pedirme dinero, cuando los veía tan necesitados, me sentía impotente y frustrada. Aquí hay mucho adulto mayor abandonado, que vive solo, que está expuesto y que tenía que salir a la calle a buscar algo para sobrevivir. Yo trataba de ayudarles, de darles una despensa, de ofrecerles algo. Ellos me decían que lo que más les dolía era que la iglesia estuviera cerrada. Eso los afectaba mucho emocionalmente. Para mí fue algo nuevo ver cómo el hecho de que la iglesia estuviera cerrada pudiera provocar eso. Para estos adultos mayores, lo peor que pudo suceder fue el cierre de la Catedral.

## La vida cotidiana durante la pandemia

En realidad, cambiaron todas mis rutinas. Primero porque no tenía que salir de casa para trabajar. Pero esto no es igual que en las ciudades. La diferencia que hay de una ciudad grande a un municipio es que no tenemos infraestructura informática para trabajar en casa. Los ayuntamientos están muy desactualizados, con computadores que apenas tienen internet. Además, el *home office* tampoco tiene mayores posibilidades porque los funcionarios públicos que llevan muchos años en el ayuntamiento no saben usar herramientas digitales. Hay lugares, colonias del municipio que no tienen tecnología 3G. Entonces no había forma de trabajar en casa y, con una cuarentena de un mes, eso resultó muy agobiante. Yo al principio salía a la calle con el tapabocas, pero como sufro de rinitis, me afectaba mucho. Me mareaba, me cansaba, me dio una alergia terrible. También sufría de psicosis. Entonces decidí permanecer en la casa y salía solo a merchar. En otro momento nos pidieron en el ayuntamiento ayudar a entregar despensas para la gente más necesitada en las colonias y para mí fue complicado. Yo tenía temor de contagiarme, pero también sabía que en esta crisis era indispensable entregar las despensas. Fue complejo para mí.

Yo perdí totalmente el orden del tiempo. O sea, yo me levantaba supertarde y me daba pereza todo, me sentía cansada, todo el tiempo me sentía sin energía. Me empecé a sentir más triste, me empecé a sentir estresada, porque pensaba mucho en mis familiares y amigos. Teníamos información de primera mano y si había un contagio o algo sucedía pues nos enterábamos primero. Además, no podía contar a mis familiares que me sentía así porque creía que les podía generar más angustia de la que seguro ya tenían en Colombia. Me sentía muy sola. Empecé a sentir la



necesidad de estar acompañada de personas cercanas y no tenía esa posibilidad. No tenía a ningún familiar acá.

Llegó el momento que no me interesaba tanto salir a pasear o hacer otras cosas, solo quería estar pendiente de lo que pudiera sucederle a mi familia. Los días se me hacían horribles porque no hacía nada, ni siquiera me podía concentrar en el trabajo, solo estar pendiente de la casa. Se me ocurrieron mil cosas, como a casi todo el mundo, como hacer cursos, dedicarme a alguna actividad, pero realmente no podía hacer nada de eso. Hasta incluso pagué un curso por internet que hasta el día de hoy no he hecho. Y así me empecé a sentir asfixiada, con mucho tiempo que no podía usar. Eso me afectó. Entonces realmente pasaba el día esperando que acabara pronto todo esto de la pandemia. Y pues bueno, eso no pasó.

## La vida distante en Colombia

Yo hablaba con mis familiares todo el tiempo. Ellos fueron quienes me informaron en principio sobre lo que estaba sucediendo en Colombia. Evidentemente tengo las redes sociales y el acceso a algunos de los noticieros del país y por ahí igualmente recibía información. Las noticias de otros países eran realmente alarmantes, pero en México parecía que la gente estaba bastante más tranquila. Por eso cuando me llamaban mis familiares me decían: “Allá debe estar mejor”. Pero yo pensaba: “No, no estamos mejor”. Desde el Estado federal no se tomaron medidas rápidas, o sea, México fue de los últimos países que tomó medidas. Nunca cerró el aeropuerto, por ejemplo. Pero yo no les decía lo que pensaba para evitarles preocupaciones. Cuando ellos me decían: “Acá cerraron el aeropuerto”, pues a mí eso me parecía muy bien. También me parecía bien cuando ellos decían que habían cerrado lugares y que habían decidido que la gente no saliera. Yo veía que en Colombia se hacían cosas que no se hacían en México y me preocupaba. Me parecía bien por ellos, pero me preocupaba por la situación acá. Tenía muchos conflictos.

Mi familia vive en Soacha. Ellos me contaban sobre muchas situaciones, sobre vecinos que no tenían para comer, sobre los saqueos a algunos almacenes, sobre los problemas que tenían muchos para pagar los servicios públicos, sobre los toques de queda. Mi mamá tiene una enfermedad especial para la cual ella necesita atención médica permanente y para eso necesitamos utilizar el transporte público, pero los buses eran un lugar de contagio y cada vez más restringidos, lo que me preocupaba mucho. Todas estas situaciones que se estaban viviendo en Soacha me afectaban muchísimo, me generaban preocupaciones. También me afectó lo que pudiera pasar en otras regiones de Colombia, en las más pobres, como el Chocó. Yo conozco la infraestructura en salud de mi país y sé que no existe o está en las peores condiciones. Eso me aterraba. Aquí, por ejemplo, tuvieron que hacer un minihospital para atender a los enfermos por COVID y yo decía: “Bueno, aquí falta infraestructura, pero creo que en Colombia está peor”. Entonces eso me impactaba mucho. Me daba mucho miedo. Cuando veía situaciones aquí en México ahí mismo pensaba en Colombia. Aquí en México, como sucede en toda



Latinoamérica, hay mucho trabajo callejero. Yo creo que aquí hay algo más que en otros países. Aquí la comida callejera es uno de los primeros negocios de la familia. Hay mucha comida callejera porque culturalmente es común salir a comer tacos, salir a comer otras cosas. Entonces con la pandemia hubo mucha gente que ya no pudo sacar sus puesticos y se vio muy afectada. Cuando veía eso y pensaba en Colombia sabía que podía pasar lo mismo, aunque desde mi percepción, en Bogotá, aunque hay bastante informalidad, no es la misma que hay acá en México. Aquí en San Juan de los Lagos no había casi empresas que cobijaran a la gente. Entonces todo es muy informal. El comercio en conjunto es bastante informal. La gente sale a vender medallitas, cosas de la Virgen, servicios para el turismo. Con todo cerrado estas actividades iban a sufrir mucho.

Además, no podía dejar de pensar en las diferencias políticas entre los dos países, empezando por las ideologías de sus gobiernos. Pero aquí en México el presidente fue bastante irresponsable. Digamos que nunca tomó una medida federal. No hubo cuarentena federal obligatoria. Las medidas de cuarentena quedaron sujetas a las disposiciones de cada Estado y eso trajo mucha desinformación. En Colombia creo que hubo más consenso a nivel nacional lo que permitió que se tomaran medidas, que se redujera el descontrol. Aquí no fue así, aquí cada quien entró en cuarentena como se pudo y en diferentes momentos. Entonces había gente que seguía viajando y la verdad que todo ese descontrol a los municipios turísticos los afectó muchísimo. Entonces en el propio país había muchos imaginarios de un lugar a otro. Por ejemplo, yo tengo amigos en Ciudad de México que me decían: “Aquí se están tomando medidas”. Yo me decía: “Bueno, es la capital, eso sucede siempre en estos casos”. En las partes más alejadas faltaban cosas fundamentales. Aquí en el municipio ni siquiera había respiradores.

Claro que en Colombia también pasa esto. La percepción de la gente de Bogotá, como mi familia, que está cerca a Bogotá, era muy distinta a la de otras regiones, como mi papá, que estaba en otra región, en Villanueva, en el Casanare, donde no había medidas ni se contaba con ningún apoyo. Además, en mi familia teníamos la preocupación por mi hermana que estaba en Guayaquil, que era uno de los peores escenarios. Entonces teníamos como muchas angustias desde distintos países y lugares y pensábamos que todo iba a terminar pasando como en Ecuador. A mí hermana sí le tocó un escenario más catastrófico, que habían muertos por todo lado, bueno el escenario fue de terror, entonces pensábamos que era cuestión de tiempo para que pasara acá o en Colombia. Básicamente era muy aterrador todo.

## Lo que viene después...

Todo esto nos tomó de sorpresa. Al principio nadie creía que esto estaba sucediendo. Luego la gente se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, pero pensó que pasaría en unas semanas, en el peor de los casos en unos meses, y ya. Pero no. Ahora que han aumentado los casos de contagio y de muertes aquí en el municipio,



de las que todo el mundo se entera porque esto es muy pequeño, las personas tienen miedo. Aun así, no toman muchas medidas tampoco y eso es como lo paradójico. Pero la gente piensa que esto va a seguir ocurriendo. O sea, la gente dice como: “Esto va a seguir ocurriendo”, como algo común, a lo que debemos acostumbrarnos. Hay gente que piensa que esto va a seguir ocurriendo, que va a ser normal, que va a cambiar la forma de relacionarnos. Yo creo que sí, “¡todo cambiará!”. Por ejemplo, desde el Gobierno local ya no sabemos cómo vamos a hacer muchas cosas, como los eventos sociales o deportivos. También otro tipo de iniciativas serán bastante problemáticas. Acá hay mucha zona rural donde no podemos hacer mucho o nada digital. Hay lugares que no tienen internet. Entonces estamos pensando qué va a pasar en el futuro. No tenemos ninguna certeza, pero sabemos que las cosas van a cambiar y pues no sabemos muy bien es cómo porque se necesita mucha infraestructura. Las escuelas que dejaron de funcionar pues están igual. Muchos niños con los que yo trabajaba simplemente no los pude volver a ver y muchos de ellos ni tienen internet, ni siquiera celular entonces simplemente se perdió la comunicación, y es algo que no sé cómo se podría resolver todavía.

Ojalá que todo esto se acabe pronto.





## ¿Y esta pandemia cuándo va a pasar?

Paola Huertas

Siqueira Campos, Brasil

(02 de julio del 2020)

### Llegando a Brasil con lo que llevaba a la mano

Mi experiencia con el Brasil se da debido a mis contactos laborales. El año pasado recibí una propuesta laboral de una empresa que se encuentra en Brasil, entonces yo tomé vacaciones para septiembre u octubre del año pasado y vine [a este país] a hacer unas pruebas laborales durante casi un mes. Durante ese tiempo hicimos la prueba en esa empresa para ver cómo me adaptaba. Las cosas se dieron bien. Estando en eso me vine de vacaciones al otro extremo del Brasil, y en esas visité a uno de quienes eran los proveedores de mi trabajo en Colombia. Visité la fábrica y recibí otra propuesta de trabajo, entonces al finalizar mis vacaciones, acá en Brasil, regresé a Colombia y consideré que mi mejor propuesta era la empresa donde estoy actualmente. Quince días después, yo ya estaba de regreso aquí en Brasil definitivamente. Llegué a trabajar a una feria de motos en Sao Paulo. Venía a radicarme acá en la ciudad de Siqueira Campos.

La experiencia al principio no fue... Es que todo fue muy rápido. No hubo tiempo de planear, de organizar, solo tuve quince días para organizar un viaje que no sabía por cuánto iba a ser, o sea, todo se dio muy rápido. De hecho, el día de mi viaje ocurrió que yo no pude traer mis maletas. Mis maletas se quedaron en Colombia. Yo necesitaba una carta de la empresa donde dijera que me estaba invitando a trabajar acá porque yo solo tenía el tiquete de ida, no tenía tiquete de regreso, y cuando llegué a migración no se permitía que no tuviera un tiquete de regreso. Pero, pues por ese tiempo tan corto que tuve para organizar el viaje, la verdad ni la empresa ni yo caímos en cuenta de ese tema de la carta de invitación laboral. Es más, yo no tenía contrato, yo no tenía absolutamente nada, simplemente mis



maletas, mi tiquete y sabía que iba a llegar a trabajar al otro día, no más. Entonces, mis maletas se quedaron en Bogotá, esa fue una decisión que tuve que tomar en cinco minutos antes de que me cerraran el vuelo, o paso migración y me voy con lo que tengo en mano, con lo que tengo puesto o pierdo el vuelo y después: “¿Qué voy a hacer?, es mi trabajo”. Entonces me subí al avión con mi morral de mano, mi ropa puesta y no tenía nada más. Así llegué a Brasil.

Llegué a trabajar a la feria. Logré que la empresa me hiciera unos uniformes, afortunadamente por la cuestión de la feria llevaban unos uniformes, con eso me sostuve la semana. Me tocó comprar ropa de todo tipo. Las maletas las pude recoger hasta a finales de enero cuando viajé de visita a Colombia. Pero desde mediados de noviembre que yo llegué a Brasil... Me tocó comprar ropa, yo no tenía dinero, yo no tenía nada. Todo el mundo me decía: “Usted está loca. ¿Cómo se viene así?”. Así pasó todo. Empecé a trabajar. El idioma también fue difícil: cero portugués en ese momento. Ni entendía, era muy básico las cosas que había aprendido en el mes que había estado acá. Mi trabajo básicamente se trata de ventas a nivel de Latinoamérica y como la mayoría de los países hablan español, esa es mi fortaleza, que soy nativa del español y por eso vine a trabajar acá, para abrir mercados en Latinoamérica, sobre todo para fortalecer esos mercados en la empresa. Mi trabajo, básicamente, consiste en participar de las ferias en los diferentes países del sector de motocicletas, viajo a visitar a los clientes, viajo a conocer el mercado, viajo a proyectar a prospectar. Pero los únicos viajes que alcancé a hacer a raíz de este tema de la pandemia fueron en enero a finales de enero, el primer viaje que hice fue a Colombia, fue un viaje de una semana, y cuando volví, a la siguiente semana, fui a Chile. Y en ese momento ya se estaba empezando a hablar de que había un virus, pero nadie hacía cuenta de la importancia o el impacto tan grande que iba a tener esto al día de hoy. Entonces hablaban que un virus de China, pero era muy mínimo lo que se escuchaba. De hecho, recuerdo que cuando estaba en Chile el hotel donde nosotros nos hospedamos estaba lleno de turistas chinos. Entonces estábamos desayunando y chinos por todo lado, y con mi compañero hacíamos burlas, nos reíamos: “Ay mire, ahí están los del virus”, pero no de una forma inmadura, sino de una forma inconsciente porque todavía no veíamos ese impacto.

La primera semana que llegué, estuve en Sao Paulo. La empresa donde estoy es bastante grande, ellos habían alquilado un hotel para todo el personal que iba a la feria. Esa primera semana estuve trabajando en la feria y me quedaba en el hotel, me prestaron dinero para comprar ropa. Cuando acabó la feria y llegué acá a Siqueira, la empresa pagó una semana de hotel para mí mientras yo me instalaba, pero no era tan fácil porque es una ciudad pequeña, no es una ciudad con lujos, no es una ciudad desarrollada, es más tipo pueblo. Entonces mis contactos, como ellos eran proveedores míos, y ya tenía algunas personas que yo conocía que hablaban un poco de español, el relacionamiento fue un poco más fácil. Una amiga me dio hospedaje en su casa, después de esa semana de hotel, me dio hospedaje en su casa durante dos meses hasta enero me quedé viviendo con ella. No



es una situación tampoco fácil porque ella tiene familia, tiene su esposo, tiene su hijo y pues uno de mujer sabe que muchas veces hay unos preconceptos como de que: “Una mujer cómo va a llevar a otra mujer a la casa de su esposo”. Entonces yo era pendiente de no incomodar, de hacer el menor ruido posible, no estar mucho tiempo sola en la casa, no quedarme sola con el esposo de ella, así mi interés no fuera hacer nada ¿no? Simplemente por no generar molestias, mal entendidos. Pero también estaba la parte que yo no hablaba el idioma, que yo no conocía a nadie más, entonces mi único círculo social era ella y su familia. Hasta el día de hoy han sido mi apoyo porque sin ellos yo creo que la situación hubiera sido mucho peor para mí en términos morales.

Casualmente, le alquilé un apartamento a ella. Ella tiene otra casa y alquilé un apartamento que desocuparon y ahí es donde he estado viviendo hasta el día de hoy. Me tocó adecuarlo para que no se sintiera tan triste y yo pudiera vivir, porque no tenía cama, no tenía ni una cuchara. Entonces llegar a dormir acá así era un poco deprimente. Lo primero que compré fue una cama, pero sentía esto como tan vacío, como tan solo, tan frío. Un día dije voy a pintar, necesito mi cama porque es lo primero que tengo que hacer. Otra amiga, supo que estaba una colombiana perdida en esta ciudad y me regaló algunas cosas para el apartamento. Simplemente llegó con cosas para la cocina, con cosas para el baño, así se fueron dando las cosas. Pedí un anticipo en la empresa, fui como comprando cosas para adaptar el apartamento y sentirlo propio, sentirme como este es el lugar donde yo voy a estar, porque si no es así la depresión y la tristeza de estar sola, lejos de tu familia y en otro país, es difícil. Y empieza después este tema de la pandemia, peor. La situación no fue nada fácil.

## Aprendiendo a vivir con el acecho de un virus

Los primeros rumores de un virus de la China que estaba matando gente empezaron a llegar como en enero, pero eran rumores como cuando pasa una gripa, o sea algo a lo que no se le da la mayor importancia. Así fue al principio. Además, porque la empresa tiene proveedores chinos y el departamento en el que yo trabajo es de comercio exterior, donde hacemos las importaciones, las exportaciones, estamos en contacto con todo el mundo. Fue tan insignificante el tema al principio que por eso programamos viaje a Colombia, programamos viaje a Chile, teníamos programados más viajes a Centroamérica, habíamos programado viaje a México, a Perú, en fin... Esos viajes no se dieron porque para el mes de febrero ya empezó a hacer un poco más fuerte el tema del contagio, la gente empezó a ser un poco más consiente de esto. En los aeropuertos, a finales de enero y principios de febrero, que estuvimos viajando no revisaban nada... O sea, nada de protocolos de bioseguridad. Toda la vida transcurría con total normalidad aquí en Latinoamérica, en lo que yo pude percibir.

Cuando hablaba con las personas de Europa, cuando hablaba con las personas de China, ahí ya empezó a ser el tema diferente. Después aquí empezaron a publicar el mapa mundial de que el virus se propagó. Cuando llegó el virus a Italia y alcanzó



tales magnitudes fue cuando creo que ya empezó el pánico a florecer. Pero, el hecho de estar en una ciudad tan pequeña como Siqueiros, de no estar en la capital, de no estar en una ciudad con una población mayor, sino solamente ver veinte mil habitantes, eso es como si fuera otro mundo, un pequeño mundo dentro de Brasil. Aquí, llegó el virus hace un mes. Como tal el primer caso de COVID fue hace un mes y fue por un viajero, por un conductor de camino. Al día de hoy, en esta ciudad, hay veintiocho o veintinueve casos. Hasta ahora, aquí en esta ciudad, y en las ciudades vecinas, es que la gente está entrando realmente como en ese pánico de: “Nos alcanzó el virus”, porque creían que aquí nunca iba a llegar por lo que estamos tan alejados de todo.

En marzo el gobierno del Estado de Paraná, decretó que todo el mundo tenía que cerrar. Así, de un día para otro, obligó a la empresa a cerrar. La empresa envió a la mitad de sus trabajadores a un mes de vacaciones, que son más de cinco mil empleados, vacaciones por causa del virus. Y la otra mitad, en la que estuve incluida, seguir trabajando. Hasta que el Gobierno del Estado dijo: “No más. Tienen que cerrar. Todo el mundo va a cerrar. No hay más comercio”. Bueno, esta ciudad no tiene cine, no tiene centros comerciales, no tiene nada. El comercio es solamente el sábado al mediodía. Para mí, el impacto no fue tan fuerte, pero para las personas que viven acá realmente sí lo fue. Estuvimos diez días encerrados, todo el mundo en sus casas porque nadie podía salir a la calle, esa fue la orden del Gobierno y eso fue lo que hicimos. Desde mi punto personal, yo encerrada en mi apartamento sola, sin muchas cosas porque para entonces todavía no había comprado muchas cosas. Entré en depresión. Fueron diez días que yo no quería saber del mundo, yo no quería hablar con nadie porque todo lo que hablaban, todo lo que escuchaba era el virus, el virus, el virus... La gente estaba como...: “Nos vamos a morir. Es el fin del mundo”. El impacto psicológico para mí fue fuerte en ese momento.

Además, escuchar a mi familia, con ellos hablaba todos los días. Escuchar cómo estaban viviendo y que la cosa en Colombia se suponía que estaba peor. Mi mamá se quedó sin trabajo. Ella tenía tres trabajos y de los tres trabajos la despidieron, entonces pensar que ahora tenía que ayudarlo, yo no tenía posibilidad de enviarle dinero desde acá porque cerraron todo, el único Western Union que había lo cerraron, y hasta el día de hoy no lo han vuelto a abrir. Acá no tengo tarjeta de crédito, no tengo cuenta bancaria, no tengo documentos porque mis documentos me tocó hacerlos en otra ciudad que queda como a cuatro horas de camino y todo lo cerraron. Entonces no, o sea, me sentía como: “¿Qué había hecho yo que me iba a morir aquí sola, que no iba a volver a ver mi familia, que quien sabe cuánto iba a durar esto?”. Pensaba que mi mamá iba a pasar hambre, que mis hermanas iban a pasar hambre... No, eso fue horrible. Y un día decidí apagar celular, apagar internet, desconectarme de todo porque me iba a enloquecer. Yo soy una persona muy activa, y sin mi trabajo, sin saber nada porque lo que nos decían en la empresa era que la fábrica no iba a durar cerrada ni un día. Pero también se decía que la fábrica la iban a cerrar hasta nueva orden y que eso podía llevar meses. Entonces era mucha



incertidumbre. Yo decía: “¿Qué voy a hacer acá?, ¿cómo voy a pagar arriendo?, ¿cómo voy a comer?, ¿cómo voy a ayudar a mi familia?, ¿qué voy a hacer?”. La presión por la responsabilidad era grande y no tenía nada en que ocupar la mente. Ni siquiera libros, yo amo leer, pero los que había traído ya los había leído como cinco veces.

La empresa donde estoy trabajando es muy grande, es como la estructura financiera de esta ciudad. La mayoría de las personas activas laboralmente de esta ciudad trabajan en esta empresa. Entonces cuando la empresa decide enviar a todo el mundo a vacaciones por el tema del virus y cuando las noticias dicen que nadie puede salir de sus casas porque hay un virus que está matando gente, ahí las personas empiezan a tomar distintas actitudes: los que no tienen dinero empiezan a pedir que les ayuden y los que tienen dinero empiezan a comprar todo lo que hay en el supermercado, todo en exceso, cosas que yo creo hasta el día de hoy todavía tienen y que no van a utilizar. Ahí empieza a verse esa diferencia social y de poder, de que el que tiene fue a comprar y se abasteció, y el que no tiene empezó a pedir: “Deme porque no tengo para comer”. Eso lo vi. De hecho, también ayudé en lo que pude a varias personas.

El mercado de un día para otro subió impresionante. Las personas empezaron a usar máscaras, a usar alcohol en gel, pero en esos primeros días de la cuarentena, las personas los tomaron como de vacaciones, realmente los primeros días de la cuarentena la gente se lo tomó como si fueran vacaciones. Entonces vino mucha gente de las otras ciudades a pasar aquí esos días en casa de familiares, a visitarlos. Muchos habitantes de aquí viajaron a la playa y les tocó devolverse porque las playas cerraron y no pudieron quedarse allá. Pero los primeros días fue como vacaciones: “¡Estamos todos de vacaciones, vamos a hacer churrascos!”. Después cuando va pasando el tiempo y las noticias se van haciendo más fuertes, entonces ahí si la gente ya empieza a guardar un poco más de reposo, a volverse más precavida con el uso de las máscaras; los niños, porque antes se veía mucho niño en la calle, ahora se quedan más en la casa, los papás ya son más responsables con los niños, no los dejan salir, cerraron las escuelas, ya no los dejan estar en los mercados, en los parques. Todo lo que sí ocurrió en los primeros días de la cuarentena. Hoy en día ya no se ve eso. Ya como que las personas entraron en conciencia y ya no se ve una persona que no lleve alcohol y que no lleve dos máscaras en su vestuario.

La cuarentena duró creo que dos meses. El comercio permaneció cerrado dos meses, totalmente cerrado. Solamente estaban las farmacias y los supermercados abiertos. Los supermercados también tomaron medidas: solamente podían entrar máximo cinco personas con sus respectivas máscaras, no podían entrar niños, tenían que ir a comprar rápido, no podían demorarse mucho tiempo. Las farmacias estaban atendiendo a puerta cerrada. No había restaurantes, no había nada. Empezaron a funcionar mucho los domicilios y, pues como acá es un lugar tan pequeño, se veía todo tan desolado... No se podía hacer ejercicio, no se podía



salir a caminar, no se podía hacer nada. Todo el mundo se tenía que quedar en su casa. Pero esa fue una medida preventiva. Las escuelas igual cerraron y no volvieron a abrir. Desde marzo hasta el día de hoy no han vuelto a abrir.

Respecto a las políticas que ha adoptado el Gobierno... Aquella política de cerrar todo en marzo, fue algo más preventivo. Así lo vimos acá como algo preventivo. Ahora, en este momento que ya está el virus acá y en las ciudades vecinas, la gente ya no quiere hacer caso, la gente dice: “Pero para qué van a cerrar otra vez. Mire que ya cerraron muchos negocios, ya no vale la pena. Hay que seguir trabajando. A todos nos va a dar este virus. Hay que seguir trabajando”. Y las personas acá tienen como esa conciencia de trabajar, trabajar, trabajar y ya no les importa el virus. Es que, en aquella época, en marzo, muchos se dieron cuenta que si no trabajaban no comían. Muchos se dieron cuenta que no les gusta estar en sus casas tanto tiempo. Entonces la política de Gobierno ha sido prácticamente eso, no dejar parar la economía porque es un tema como socioeconómico: si las personas se enferman no van a poder trabajar, pero si no trabajan no van a poder comer, no van a poder vivir. Básicamente esa es la política acá del Gobierno. Ha sido: “No vamos a parar la economía”. El presidente dijo un día: “Este virus es solamente una gripita”. La gente se burló y todo, pero las personas lo apoyan. Esa es la realidad. Las personas lo apoyan porque no quieren que cierren las empresas.

Después de abril empezaron a abrir gimnasios, empezaron a abrir los restaurantes, digamos que con los protocolos de seguridad mínimos. Hoy uno va al mercado, al supermercado, y se encuentra con que hay adentro veinte o treinta personas al mismo tiempo. O sea, como que las personas ya se acostumbraron a vivir con el virus, se están acostumbrando a vivir con el virus, y ya están como resignados: “Si el virus me da pues vamos a ver qué pasa”. Y ahorita el comercio también está abierto, está funcionando. A veces cierran las fronteras de la ciudad, pero no ha tenido mayor impacto porque sigue el tránsito de mercancía, de camiones, la movilidad de personas en carros de una ciudad a otra. Los buses que dejaron de funcionar en marzo volvieron a funcionar, y son buses que se llenan mucho como en una gran ciudad. Entonces ya como que la gente está resignada a que tienen que aprender a vivir con el virus y que si les da el virus pues les va a dar y ya, se cuidan e intentan cuidarse con el alcohol. Pero pues bueno, uno en el fondo sabe que eso no es una medida cien por cien segura. La máscara se supone se usa en todo momento, pero si tú vas a un gimnasio encuentras cien personas en el gimnasio y ninguno está usando máscara. Eso es lo que pasa.



## Siempre antes de salir pienso: “¿Llevo todo? Llaves, celular, máscara...”

Para mí este viaje era más a nivel profesional, por un crecimiento en mi carrera, por un aprendizaje nuevo, por una experiencia nueva, pensaba que iba a tener mayores proyecciones para mi futuro. Cuando yo llego acá, empiezo a trabajar, empiezan a salir los negocios, empiezan a salir los nuevos clientes, empieza a ser el trabajo para el que yo vine acá. Pero, en el momento que cierran los aeropuertos, que dicen: “El virus llegó a América”, ahí empiezo a hablar con mis clientes, con mis prospectos de clientes, y me dicen: “Cancelamos el viaje. Ya no vamos a ir a visitarlos. No vayan a venir acá, no los vamos a recibir. Vamos a aplazar pedidos”. Y empiezan mis negocios a caerse porque finalmente no se concretaron, están ahí como quietos para después de la pandemia. “¿Y esa pandemia cuándo va a pasar?”, me empiezo a preguntar. Entonces muchos negocios quedaron ahí como dormidos. Todos los días las noticias de mis clientes eran las mismas: “Tuvimos que cerrar. Estamos en cuarentena, no vamos a comprar ahorita”. Y después de las restricciones de la pandemia la respuesta de los clientes fue: “No, ahorita no queremos proveedores nuevos. No ahorita no vamos a comprar no vamos a invertir. Vamos a quedarnos solamente con lo que tenemos en *stock*, en nuestras bodegas”.

Entonces mi trabajo, hoy en día, se ve afectado porque yo trabajo en ventas, y si yo no vendo no comisiono que eso era un dinero que yo tenía proyectado para una cosa. Mi rendimiento no está dando resultados. Si el día de mañana me preguntan: “¿Cuánto vendió Paola en seis meses?”, pues van a salir tres pedidos. No estoy cumpliendo mi proyección de ventas mensual. Y todos los días estoy pensando: “¿Qué van a decir los dueños de la empresa? ¿me van a llamar? ¿qué va a pasar conmigo?”. El día de mañana me dicen: “No me sirve. Usted no está pagando su sueldo, su salario”. Entonces yo trato de hacer otro tipo de cosas en la empresa, qué necesitan, las traducciones, trato de llamar a los clientes, de volverme amiga de ellos, pero no puedo hacer más. Trato de buscar cosas para hacer, pero realmente hay días muy planos, días que no sale nada, entonces me siento frustrada porque yo sé que yo puedo dar más. Yo sé que puedo hacer más, yo tengo más capacidades, pero como que no rinden los resultados, no se ven y estoy segura que mis jefes están viendo eso.

Los primeros días de las restricciones cancelaron el servicio público de transporte en la ciudad. Ese transporte es gratuito, los buses son gratis y cuando cancelaron esos buses, las personas de la empresa tenían que irse caminando, es como media hora a pie, entonces se veían muchas personas caminando. A mí no me afectó esa parte porque afortunadamente una amiga siempre me llevaba y me traía en el carro de ella, entonces esa parte para mí fue totalmente normal, pero para la mayoría de personas, las que tomaban el bus, sí les tocaba caminar tanto en la mañana como en la tarde. En la hora del almuerzo pensar en llevar almuerzo a la empresa o comer en el restaurante de la empresa. Las rutinas han cambiado: las personas ya no se saludan tan de cerca, empezaron a mantener



la distancia, ya no dan la mano, hablan solamente con el tapabocas. Esas fueron cosas muy difíciles para mí porque soy una persona acostumbrada, no sé, como al afecto, al cariño, a saludar de abrazo... "Toca controlarlos, ya no se puede esto". En nuestra oficina se prohibió, prácticamente, la entrada de las otras áreas de la empresa. Se dejó de usar el ascensor, entonces todo el mundo en escalera. Había personas que amablemente llevaban a otros trabajadores, como que los acercaban a sus casas, ya no volvieron a hacer eso, pues como por precaución.

Ya en mi cuidado personal, como que tengo alcohol en cada rincón de mi apartamento, en mi bolso, en mi chaqueta, cargo máscaras en mi maleta, en mi chaqueta, en todo lado por si acaso. Sobre todo, porque a veces las personas tampoco llevan entonces yo les comparto, a veces olvidan entonces ahí hay para compartir. Lo único que no me acostumbro a hacer es a lavar mis zapatos cuando llego a la casa porque, la verdad, me da pereza. Es que me da pereza tener que limpiar los zapatos. Hay personas que se higienizan, se quitan los zapatos, se quitan la ropa, todo a la entrada de su casa. Yo no puedo, eso me ha dado durísimo, eso no puedo. Pero cuando voy a cualquier lado y veo alcohol es lo primero que hago, y ya se vuelve como una rutina. El uso de la máscara, ya uno no sale sin las llaves, sin el celular y sin la máscara. Así, siempre antes de salir pienso: "¿Llevo todo? Llaves, celular, máscara". No se puede quedar nada de eso.

La empresa también adoptó unas medidas: tomar la temperatura todos los días a los empleados. A veces toman la temperatura dos veces por día, y cuando alguien está con síntomas de gripa, cuando alguien está con la temperatura un poquito arriba, los mandan a hacerse examen, pues porque también si hay muchos casos en la empresa cierran la empresa y eso es lo que no quieren. Otra cosa fuerte que pasó es que la empresa se incendió. Una bodega de la empresa, grandísima, se incendió hace como 15 días como 20 días, entonces todo esto se ha acumulado... O sea, las personas hoy en día son más conscientes y están valorando más su trabajo, están valorando más lo que tienen, están cuidándose un poco más a raíz de todo lo que está pasando acá, que no es algo normal. Además, también hay casos de dengue, mejor dicho...

Brasil como tal ahora es un foco del virus y a pesar de que nosotros aquí apenas lo estemos viviendo, la situación en las capitales de los estados ha sido muy grave. Tuvimos el caso del hermano de un compañero que duró 40 días en cuidados intensivos. Se recuperó, pero fue una situación que vivió esa familia muy difícil porque a él le dio el virus en todas sus fases. Casi muere esta persona. Cuando pudo salir del hospital salió en noticias, se recuperó, se despertó del coma en el que estuvo. Entonces son casos que a uno lo hacen realmente pensar en el impacto que tiene todo esto y el estar lejos de la familia es difícil. Es difícil porque uno no deja de lado la preocupación de: "¿Cómo están allá?", "¿Cómo se están cuidando?". Yo sé que acá yo me cuido sola, yo sé que tengo como cuidarme, que tengo mi trabajo, que estoy recibiendo mi salario. Tengo mi casa, tengo mis cosas, pero no sé cómo esté viviendo mi mamá, mis hermanas. Yo pensaba también en



todos ellos, y mi papá sin trabajo, mi mamá quedó sin trabajo, mis abuelas ya con sus edades superior a los sesenta años... Yo solamente pensaba en ellas. Hice lo posible para enviarles dinero, así he estado medio colaborándoles. Diferentes amigos me ayudan a hacer el giro mientras la situación se estabiliza acá y abren, otra vez, la casa de cambios. Porque como tal yo no puedo hacer giros, yo estoy como de manos atadas. Pero las preocupaciones siempre están, siempre.

## Mirando hacia Colombia: entre la incertidumbre y la preocupación

Cuando el coronavirus llegó a Colombia, a Bogotá particularmente, más que todo me preocupaban mis abuelas, por la edad de ellas. Yo pensaba que no las iba a volver a ver porque hay una de ellas que tiene su salud un poquito más deteriorada y es una persona que vive sola, que no tiene trabajo, que tiene que vivir con muy poco, y que todavía tiene que trabajar. Ella trabaja limpiando casas. Entonces ella continuó transportándose para limpiar casas aun cuando empezó la pandemia. Yo hablaba con ella y le decía: “Pare con eso, no haga eso”. Se exponía mucho. Hasta que los hijos entraron ahí como asegurarla en casa para que ella no saliera. Entró en conciencia. Pero yo pensaba que no iba a volver a ver a mis abuelas porque además de que viven solas, son personas independientes y hacen lo que quieren. Entonces entrar en la cabeza de ellas y decirles: “No pueden seguir haciendo lo que hacen normalmente”, al principio fue bastante difícil.

Por el lado de mi mamá, como ella es especialista en seguridad y salud en el trabajo, ella hasta traje se pone. O sea, ella desde un principio tomó todas las precauciones. Ella sí guardó la cuarentena total en casa. Pero, por otro lado, quedarse sin trabajo era quedarse sin ingresos, sin mercado. Entonces nos tocó hacer un plan para que pudiera abastecer un poquito la alacena para el mes. Yo hablaba con ellas y les decía: “Traten de cocinar solo lo que van a comer en el día para no desperdiciar, para no botar porque no sabemos cuándo yo les pueda enviar dinero, no sabemos cuándo puedas volver a trabajar”. Empieza uno a preocuparse también por las deudas del banco porque pues, no sé, yo siempre me acostumbré a pagar todo. Yo también tengo deudas en Colombia, entonces empecé a preocuparme: “Yo cómo voy a apagar eso, me van a reportar”. Mi mamá también tiene deudas. Nosotros compramos un apartamento que estamos pagando en Colombia, entonces estábamos con un plan trazado en que no podíamos quedar reportadas en el banco para el crédito después del apartamento. Entonces empezaron todos estos miedos: mi mamá sin trabajo, la cuota del apartamento, las deudas del banco, la comida. Realmente son muchas las cosas que uno empieza a pensar. Mi mamá por su lado, obviamente, estaba preocupada por mí, yo le decía: “Mire, la verdad yo estoy bien, por mí no se preocupe”. Trataba de darle consuelo. No les conté lo que yo estaba pasando emocionalmente porque eso era bajarle la moral y creo que no es algo que uno deba hacer porque también la puede afectar a ella y, si ella está bien yo iba a sentirme mejor.



Yo soy de las que piensa que obviamente la prioridad es la vida. Y creo que la idea de Colombia, independiente de mi trabajo si funciona o no funciona, el hecho de ellos haber tomado esas medidas y de haber sido tan estrictos allá, a mí me pareció algo inteligente. Lo que pasa es que las personas no pensamos, no estamos acostumbrados a obedecer. Y como no veíamos la magnitud de las cosas pues al principio no se adaptó de la mejor manera. Sin embargo, Bogotá a mí me sorprendió con todo lo que hicieron, o sea, de verdad sí tomaron la cuarentena como era. Hay otras ciudades que sé que no pasó lo mismo. Pero por lo que supe de Bogotá y por lo que mi mamá me contaba, allá sí estaban guardados. Me pareció muy lento el proceso de conseguir las cosas que el Gobierno necesitaba, el tema de los respiradores y eso no sé por qué demoraron tanto. También, que empezaron a tener conflictos entre la alcaldía de Bogotá y la Presidencia. Entonces: “Que yo hago, y que yo hago, y que yo hago”. Era como que se buscaba mostrar quién tiene más fuerza y quién tiene más poder, y no se ponían de acuerdo con muchas cosas, y eso era lo que no se veía bien. Creo que se podían hacer un poquito mejor las cosas si las dos partes se hubieran puesto de acuerdo. Entonces ahí uno también empieza a ver noticias, empieza las rivalidades políticas, empiezan a desacreditar a unos a desacreditar a otros. Y pues a nivel social, como no tenemos esa mentalidad de ahorro, no tenemos tampoco la capacidad de ahorrar mucho, entonces después de un tiempo la situación empezó a mostrar la escasez, y ahí es cuando empiezan a haber otro tipo de conflictos.

Yo por ejemplo tengo un tío que maneja taxi en Bogotá. Si él no trabaja no tiene como pagar su alquiler, no tiene con qué comer porque vive del día a día. Entonces él dijo: “Yo no voy a parar. Yo voy a trabajar”. Cubrió de plásticos su carro, sus sillas las limpiaba con alcohol y todo. Pero ocurrió que recogía a unas enfermeras, les prestaba el servicio todas las mañanas, y una de estas enfermeras resultó con positivo de COVID. Como él las llevaba, le hicieron guardar cuarentena por quince días, hacerse exámenes y cuarentena por quince días. A penas pasaron esos días y él no tuvo resultados positivos del virus, él volvió a trabajar. Inmediatamente él volvió a trabajar porque son situaciones que no dan. No dan. Ahí empiezan a acontecer varias cosas: el dueño de casa pidiéndole el pago de la renta, los servicios públicos, la comida. En la casa de mi mamá, la casa es familiar. Mi abuela alquila apartamentos, a mi abuela dejaron de pagarle los arriendos. Dejaron de pagarle, y ella tampoco podía sacar a las personas para volver a alquilar los apartamentos porque no es una situación normal, entonces prácticamente están viviendo del “gracias” porque no tienen cómo pagar los servicios, no tienen cómo pagar el arriendo. Mi abuela vive de eso.

Yo supe que la Cruz Roja, algo así, dio como unos mercados en el barrio, y mi abuela fue beneficiara de un mercado pues por la edad que tiene y por la condición, porque no estaba recibiendo ingresos de ningún lado. Por las medidas de cuidado no preocupo porque mi mamá es más controladora, ella vive súper pendiente de toda esa parte de las medidas de la limpieza, de la higiene, entonces por ese lado yo sé que ellos están bien. Yo sé que están bien, pero pasan necesidades. Sí,



están pasando necesidades. En general, yo estoy bien, solamente que hay mucha incertidumbre. Mucha incertidumbre porque las estadísticas decían que para septiembre ya todo eso iba a estar de vuelta a la normalidad, y la verdad creo que este año vamos a continuar por la misma situación... Entonces si teníamos planes creo que los planes se aplazaron un año, por ahora un año, mientras sale una solución a todo esto. Por ahora sí, seguir enfrentando las cosas e ir cuidándonos de la mejor manera, aprendiendo de la experiencia porque, eso sí, todos los días hay que aprender algo nuevo.







## La pandemia ha sido soledad y autoconfinamiento

Frey Huertas

Quito, Ecuador

(07 de julio del 2020)

### A uno no le tienen respeto sino miedo por el hecho de ser colombiano

Tengo cincuenta años y llevo aquí en Ecuador exactamente dieciséis. Yo viajé a Ecuador porque vine a trabajar con una empresa colombiana. Trabajé aproximadamente ocho años hasta que en esa empresa hicieron un recorte de personal, pero yo ya me quedé aquí definitivamente. Pertencí a un grupo de iglesias misioneras, me gradué como capellán de iglesias cristianas evangélicas. Estuve compartiendo en la penitenciaría de Guayaquil algún tiempo con los presos, sobre todo con los presos extranjeros porque los presos extranjeros pasan muchas necesidades. Se les colaboraba y se les ayudaba en lo que podía. La función mía era más que todo ayudarles con trámites, papeleos, recibirles giros de dinero sin hacerles ningún tipo de cobro; ayudarles sin esperar nada a cambio, ¿no? Sin ánimo de un lucro.

La experiencia mía aquí en el Ecuador... He pasado por muchas circunstancias después de que terminé el trabajo en esa empresa. Para mí ha sido difícil ubicarme en otra empresa pues yo no soy profesional, yo solamente terminé mis estudios de bachillerato. En Colombia trabajé en algunas empresas: fui contratista en una petrolera, fui supervisor de línea oleoductos. Soy diseñador de interiores en yeso. Pero son cosas que me tocó ir dejando, por ejemplo, lo del yeso no lo puedo hacer porque soy alérgico, entonces no puedo trabajar en eso. Y aquí en Ecuador, pues el ser uno extranjero y el ser colombiano... Generalmente a los colombianos nos tildan en cualquier país... Uno es señalado, a veces uno es menospreciado,



simplemente por ser de allá. De pronto diría que a uno no le tienen respeto sino miedo por el hecho de ser colombiano. Entonces es difícil conseguir trabajo estable en alguna empresa. De hecho, hace poco pasé algunas hojas de vida por ahí y no me han llamado ni la primera vez. Entonces mi trabajo aquí es informático.

Yo hice mi documentación para recibir aquí estatus de refugiado. Entonces yo estoy en Ecuador como refugiado. Pero prácticamente esa visa de refugiado para lo único para que me sirve es para que no me devuelvan para Colombia, porque con esa visa tú aquí uno no puede hacer absolutamente nada, no le dan trabajo a uno. Me pude afiliar al seguro social mientras trabajaba en la empresa colombiana aquí en el Ecuador y también saqué mi licencia para conducir a través de la visa de refugiado. Entonces es como lo único que está a mi alcance, lo único que tengo a la mano. Tengo aproximadamente cuatro años que trabajo en una moto taxi, y trabajo aquí en el sector donde yo vivo. Ese es mi trabajo y pues como todo: a veces hay trabajo, a veces no tanto.

## Tuve que ver cómo quemaban muertos en las calles

Ahorita con esta situación de la pandemia... Cuando comenzó la pandemia aquí en el Ecuador, yo estaba en la ciudad de Durán donde tengo una pequeña casita, en este momento apenas comenzó esto, todo el mundo se guardó. La moto que yo manejaba me dijeron que la guardara, entonces no tenía ni ingresos ni nada. En ese momento Tuve que viajar a la ciudad de Guayaquil porque pues ahí tengo algunos conocidos, hermanos cristianos, incluyendo un pastor colombiano que lleva como cuarenta años aquí en el Ecuador. Él siempre nos ha colaborado a todos, entonces yo me fui para la casa de él en Guayaquil. Durante el tiempo de la pandemia estuvimos cincuenta días encerrados en esa casa sin salir para nada. Fue difícil. Desde allá veíamos todo lo que sucedía a los alrededores porque una de las ciudades donde más se propagó este virus fue en Guayaquil, nosotros lo vimos. A parte, en las redes sociales también se publicaban videos... Por lo menos yo tuve la oportunidad de ver cómo quemaban muertos en las calles envueltos en cobijas, como la gente iba llevando muertos en sábanas y los dejaban botados como dejar botado a un animal, a un perro, como si les hubieran pagado para “vaya y deje esto botado por allá”. Fue algo tremendo ver esa caravana de carros que pasaban con ataúdes para arriba y para abajo, y ver como el Gobierno ecuatoriano no hizo absolutamente nada, no tomó medidas preventivas, los hospitales estaban completamente colapsados.

Tuvimos la experiencia de que algunos de los miembros de la iglesia que estuvieron enfermos, viendo lo que pasaba, no se acercaban al hospital, prefirieron quedarse en la casa. Y los que se enfermaron y no fueron al hospital se recuperaron, porque en el hospital teníamos otro compañero —un amigo bombero—, y él nos contaba como arrumaban, así como suena, los muertos uno sobre otro porque ya no había espacio para meter muertos. Y también se vieron los casos de las personas jóvenes, porque decían que esto solo era para los adultos mayores, que



eran los que más corrían riesgo; pero nosotros conocemos muchas personas de treinta o cuarenta años que les dio esto y murieron. Y en hospitales se llegó a ver, por lo que nos comentaba nuestro amigo bombero, que ellos tomaban a veces la decisión de desconectar una persona, un adulto mayor, y quitarle de pronto el oxígeno para que lo recibiera una persona más joven. Entonces fue algo fuerte, muy fuerte.

Cuando todo esto empezó... Inicialmente apareció en las noticias que había una pandemia. El trabajo que yo tengo es de mucho contacto con las personas, con pasajeros; entonces comenzamos a ver una que otra persona con su mascarilla puesta. A algunos pues hasta les daba risa, se burlaban. Comenzamos a ver que entre todas las personas había dos o tres con mascarilla, porque ya estaban las noticias que decían que eso se iba a propagar, que había que tomar medidas de seguridad. Cuando efectivamente pasaron la noticia aquí en Ecuador que había habido el primer muerto por COVID, eso fue en la ciudad de Babahoyo. La ciudad de Babahoyo queda aproximadamente a una hora de Guayaquil. Es una provincia donde va mucha gente a Guayaquil por razones de trabajo. Es un trayecto de una hora. Hubo ese muerto que fue una señora que llegó de España.... Eso fue en marzo aproximadamente el dieciocho o el diecinueve de marzo.

Ahí comenzaron las noticias de que se iba a propagar, que iban a tomar medidas. Pero las únicas medidas que se tomaron acá fue un toque de queda. Eso fue un día miércoles, decían que no podía haber personas después de las nueve de la noche fuera de sus casas. Entonces ahí comenzaron a circular la policía y el ejército, viendo que a esas horas no hubiera gente después de las nueve de la noche. Pero eso de las nueve de la noche solo duró dos días, no tres días, fue miércoles, jueves y viernes. Luego, el sábado la nueva medida que tomaron fue el toque de queda a las cuatro de la tarde; no podía haber gente después de las cuatro de la tarde. Luego, el domingo ya lo cambiaron: el toque de queda empezaba a las dos de la tarde; o sea las personas solo podían estar fuera de sus casas desde las cinco de la mañana hasta las dos de la tarde. Entonces comenzaron las noticias que ya había otro muerto y así. En total, en ese momento, las noticias que salían publicadas ya hablaban de unos ocho muertos.

Ahí fue cuando la gente se comenzó a asustar, por lo menos aquí en Durán. El dueño de la moto taxi que yo tengo me dijo que era mejor que guardara la moto para prevenir que yo no me fuera a contagiar, que había que tener mucha precaución. Ya todos comenzamos a usar mascarillas... Y bueno, entregué la moto. Yo dije: "Aquí no tengo nada que hacer". Y para quedarme aquí solo en esta casa eso era algo como deprimente; entonces yo le puse seguro a esta casa, llamé al pastor en Guayaquil y le dije: "Pastor, estoy aquí solo, pero no sé qué vaya a pasar". Me fui para Guayaquil... Desde el día que yo llegué a Guayaquil y entré a esa casa duramos cincuenta días exactos encerrados sin salir para nada. A través de las noticias fue que nos enteramos que ya había ocho muertos. Pero en las noticias, el Gobierno aquí manipulaba las estadísticas; porque ellos siempre han hablado



de pocos contagiados y de pocos muertos, y decían que no podían decir que las personas habían muerto por COVID-19 porque eran personas que no se habían realizado la prueba, ese fue el argumento que sacó el Estado ecuatoriano. Aquí se cerraron todas las entidades oficiales, del Estado, no se conseguía ni comida. Una cubeta de huevos que valía dos dólares con cincuenta centavos, durante esa temporada después del dieciocho de marzo, durante prácticamente un mes, llegó a costar ocho dólares, ¡una cubeta de huevos! Eso, si se conseguía. Con todos los alimentos era así.

Durante este tiempo estuvimos, en la casa donde yo estaba, cinco adultos y dos niños, comíamos una sola vez al día. No porque no hubiera sino porque pues las comisiones cristianas..., el pastor organizó un ayuno y nosotros comíamos todos los días a las cuatro de la tarde. De alguna manera lo veía yo como una forma de racionar los alimentos que había. Gracias a Dios nunca nos hizo falta nada y siempre había los medios para comprar lo poco que se conseguía. Entonces en estos cincuenta días pudimos darnos cuenta de que las cifras que manejaba el Gobierno no eran reales, ni en contagios ni en muertos. Un amigo, hermano de la iglesia que trabaja en el registro civil, nos contó que el promedio de actas de defunción en el país generalmente siempre había oscilado entre unos mil ochocientos y dos mil. Y nos contaba el hermano que las actas de defunción que se habían generado hasta mediados de abril eran trece mil ochocientas. En promedio entre trece o catorce mil actas de defunción. Entonces si descotamos las mil ochocientas o las dos mil actas de defunción, podríamos estar diciendo que, en ese mismo mes, en comparación con el año anterior, hubo once mil muertos más. Y pues uno llega a sacar la conclusión que fue por el COVID, ¿no? Pero el Gobierno decía que no se podía decir que eran fallecidos por el COVID porque simplemente eran personas que no se habían hecho la prueba. Para el Estado, las personas oficialmente muertas con COVID eran personas que se habían hecho oficialmente la prueba. Por eso lo que ellos decían que había trescientos muertos en total no era la realidad. Eso se vio en las calles, todo el mundo lo vio.

Todo el mundo estaba asombrado de la manera como se manejó esta pandemia aquí en el Ecuador. Prácticamente el Gobierno no hizo nada y se demoraron en cerrar el aeropuerto; porque la mayoría de personas contagiadas fueron contagiadas por los extranjeros, por ahí entró el virus. Y como la capital de Ecuador es Quito, pero Guayaquil es la capital comercial, prácticamente aquí en Guayaquil se mueve todo el comercio del Ecuador. Entonces todo eso fue bien difícil. Durante esos cincuenta días que estuvimos encerrados, yo estaba en una casa de tres pisos, tenía la oportunidad de estar en la terraza, yo estaba cerca de un hospital, y pude ver cómo pasaban ataúdes para dentro y para afuera. Hasta hubo escasez de ataúdes, hasta a los ataúdes les subieron de precio: un ataúd que podía costar seiscientos dólares llegó a costar tres mil dólares. En vista de todo eso, el Gobierno de Guayaquil hizo una donación de ataúdes de cartón —es como para reír—.



Un ataúd de cartón. Una persona fallece comienza a botar fluidos, líquidos y esos ataúdes de cartón no servían para nada. Colocaban una persona en un ataúd de cartón y cuando botaban sus fluidos líquidos, a lo que lo iban a alzar quedaba en el piso, solo levantaban la parte de arriba porque eso no servía. Entonces hubo algunas personas que a través de las redes sociales se ofrecieron, había un ebanista que decía: “Tráigame la madera y yo le hago su ataúd, le cobro quince dólares”. Se veían de toda clase de ataúdes: hechos con las tablas de las camas, con triples aquí les llaman *playboy*, cualquier clase de madera, se veía de todo. Y aparte muertos en las calles, la gente ya no soportaba los malos olores. Cuando una persona había muerto en su casa... Supuestamente aquí en el Ecuador hay un número para emergencias que es el 911, mucha gente llamaba para que recogieran los cuerpos, pero no contestaban. El presidente del Ecuador salía en las noticias para decir un poco de bobadas porque no se puede decir otra cosa. Él se fue a una isla que se llama Galápagos —es como de pronto estar en Colombia e irme para San Andrés—. Y él se aisló en esa isla de Galápagos y desde allá, supuestamente, estaba gobernando. Pero aquí no hubo medidas de protección, medidas de seguridad. Muchos doctores fallecieron por falta de equipos de bioseguridad. Entraron en huelga... Una cosa es contarlo y otra cosa es vivirlo. Lo que a mí más me aterró y me impresionó fue ver como dejaban muertos en la calle, así botados como si nada, y ver como quemaban a las personas. Una de las medidas que tomó el Gobierno fue abrir fosas comunes para enterrar en montón a los muertos. Eso es como una película de verdad que si... Algo bien tremendo y bien difícil.

Las únicas medidas que se tomaron fueron usar alcohol, mascarilla y guardar distancia, y el toque de queda que comenzaba a las dos de la tarde. O sea que uno entre las cinco de la mañana y las dos de la tarde podía salir a donde quisiera. Esos cincuenta días que nosotros estuvimos en la casa con el pastor no salimos. Fue una decisión de nosotros que tomamos en grupo, justamente por todo lo que veíamos... Aparte había niños. Nosotros..., por ejemplo, había una persona delegada los días sábados para salir a dos cuadras a un pequeño mercado, pero las cosas estaban por los cielos, los precios. Esa persona salía, pero cuando entraba colocaba sus pies en una bandeja con agua y Clorox, se quitaba la ropa, entraba y se bañaba, se cambiaba esa ropa. Eso lo hacíamos nosotros a manera personal por cuidar nuestra salud. Pero eso lo hacía solamente esa persona, era la única que salía cada ocho días ahí a dos cuadras. Los demás nunca salimos durante esos cincuenta días.

Yo creo que en Guayaquil hubo tanto muerto porque es una ciudad de la costa. Podríamos compararlo con la costa atlántica colombiana. Los costeños son como muy divertidos, muy fiesteros. Por el clima, la gente sale a sentarse en las calles, ponen su silla en las calles. Aquí acostumbran a jugar dominó, a jugar parqués. También hay mucho borracho, también hay mucha gente que consume drogas. Y también tienen la costumbre de jugar en las calles fútbol, voleibol, eso se ve. Entonces al principio, la gente se burlaba por ahí de los que veían con mascarilla. Yo tomé la decisión de utilizar mascarilla por mi trabajo y cargaba mi botella de



alcohol. A parte de eso como recibo y entrego muchas monedas, yo rociaba esas monedas con alcohol. También estuve hasta usando guantes quirúrgicos. Pero la gente tomó eso como deportivamente aquí en Guayaquil, también por la forma de ser de la gente. Cuando ya vieron la cosa bien dura, la gente empezó a asustarse después de ver tanta cantidad de muertos. Muchos no se asustaban hasta que de repente llegaba el COVID a su casa. Ahí se ponían las pilas. Ahí si ya comenzaban a tomar medidas y todo eso. Mucha gente optó por no ir a los hospitales después de ver tantos muertos, mucha gente optó por tener a sus enfermos en las casas cuidándolos con remedios naturales, remedios caseros. Eso aquí circulaba por las redes sociales que preparárense agua con jengibre con limón, canela, miel, hagan vaporizaciones con eucalipto y mentol. De hecho, algunas personas de la iglesia estuvieron enfermas y se quedaron en las casas y ellos se curaron así. Porque también se regó por las redes sociales el utilizar algunos medicamentos, pero esos medicamentos estaban haciendo daño. Se veía por las redes sociales videos de personas que se desplomaban en la calle. Era algo impresionante, pero eso también fue a causa de la gente que comenzaba a automedicarse y a tomarse todas esas medicinas que aparecían en todas las redes sociales. Tenían efectos secundarios.

Ahí fue cuando se tomaron algunas medidas. Todos los comercios quedaron cerrados, solo podían funcionar lo que eran farmacias y lo que eran almacenes de cadena que venden alimentos —aquí los llaman *conmiserados*—. Los locales de comida solo podían vender a domicilio. Esto era lo que se veía: motos por todas partes llevando a domicilio, eso sí veía bastante. Ah... hubo restricción en la movilización de los carros, solo podían circular una vez a la semana según la placa, tanto de servicio público como de servicio particular. Y los domingos no funcionaba nada; el toque de queda era total, no salía nadie, no circulaban carros. Pero también vi cómo se hacían salvo conductos falsos para poder circular. Aquí se ve mucho el tema de “taxi amigo”. Es un carro particular que presta un conductor o alguien de una empresa, y ellos hacían salvo conductos, pero simplemente para poder salir a trabajar, pero en realidad no pertenecían a la empresa o a la entidad que ellos decían que pertenecían.

En las provincias los alcaldes y el Gobierno nacional optaron por un sistema que se llama el semáforo. El semáforo en rojo es cuando todavía hay altos niveles de contagio y de muertes; el semáforo amarillo es cuando esos niveles bajan; y el semáforo verde es cuando ya se puede decir que no hay riesgo y está todo normal. Todos estábamos en semáforo rojo, pero, por ejemplo, aquí en Durán, hace un mes entramos en semáforo amarillo porque bajaron los niveles de contagios, de muertes. En este momento Guayaquil también está en semáforo amarillo, pero no hay comparación porque Durán tuvo setecientos contagiados, Guayaquil tuvo veinticinco mil contagiados; en Durán hubo trescientos muertos y en Guayaquil ya ha habido como quince mil muertos. Entonces no hay punto de comparación en cantidad, pero Guayaquil también está en semáforo amarillo. El toque de queda ya no empieza a las dos de la tarde. Primero lo aplazaron hasta las siete de la noche,



luego decidieron que empezaba a las nueve de la noche, y ahorita empieza a las once de la noche. Entonces como que cada semana lo han ido flexibilizando un poco más. Pero a mi modo ver en Guayaquil nunca debieron haber hecho eso por tanto contagiado que había y por tanto muerto que hubo.

Pero a nivel nacional y a nivel del presidente y eso, aquí fue un desastre total. Todo lo que aparecía en redes sociales... El Gobierno hizo un convenio con este señor de Facebook, el dueño de eso, para que toda noticia que saliera..., toda noticia mala o que diera a conocer las cosas que estaban pasando aquí en el Ecuador no llegaran o no salieran; que hubiera una especie de filtro. Por ejemplo, yo tenía un video de aquí en Durán en el que se veía que estaban quemando unos muertos por COVID-19; entonces yo enviaba el video, pero nunca le llegaba a nadie. Justamente porque eso hizo el Gobierno para tratar de tapar la mala imagen que ya tenía. Cuando no recogían los muertos en las casas porque no había quien fuera a recogerlos... Un día el presidente salió orgulloso dando la noticia y felicitando a las fuerzas armadas y a la policía porque ahora aquí se recogían a diario hasta trescientos muertos. Ese era el orgullo. Por eso yo digo que ese presidente solo salía a hablar bobadas. ¿Felicitando a las fuerzas armadas, y todo porque recogían trescientos muertos diarios? Son cosas que no tienen sentido.

## El confinamiento fue como tener un encuentro personal

Al principio me daba mucho temor, era algo nuevo, algo que nunca se había visto. Me asustaba el llegar a pensar que me podía pasar algo a mí; que me podía enfermar. De alguna manera yo me sentía aliviado al tomar esa decisión de irme a Guayaquil a encerrarme en esa casa, y más estando en esa ciudad que era donde estaba el foco principal aquí en el Ecuador. Me hubiera quedado yo en Durán, hubiera estado más tranquilo en ese aspecto... Me metí en la boca del lobo. Pero bueno, igual al estar en esa casa y al tener esas propias medidas de seguridad estaba, de cierta manera, tranquilo. Y pues nuestro día a día allá..., nosotros a través de una aplicación teníamos reuniones como iglesia todos los días desde las siete hasta las diez de la noche. Todos los días nos reuníamos para compartir como si estuviéramos en la iglesia. Durante el día pues yo me dedicaba a leer, a estudiar con respecto a esto. Antes de la pandemia, yo había tomado la decisión, por salud, de comenzar un régimen deportivo. Ingresé en un gimnasio, yo pesaba ciento veinticinco kilos... Ingresé en un gimnasio, me hice un propósito de comenzar a bajar de peso, y en un mes, antes de comenzar la pandemia, yo ya había bajado diez kilos. Entonces por esa causa me dieron una beca para seguir en un curso de natación y en un curso de buceo, y aparte seguía en el gimnasio.

Cuando comenzó la pandemia yo me fui para Guayaquil y me encerré. A parte de las actividades de lectura, de estar compartiendo con los hermanos de la iglesia, de ayudar en las cosas de la casa, de las reuniones que hacíamos a través de Zoom como iglesia, yo me inventé mi propio gimnasio. Bajé algunas aplicaciones de *fitness*, seguía algunos entrenadores personales en las redes sociales, y justamente ellos daban como *tips* para entrenar en casa y no perder lo que se ha



ganado. Me inventé con botellas, con agua, con palos, con cosas que había por ahí... Yo seguía mis prácticas y yo prácticamente hacía ejercicio tres horas diarias. Como allá no tenía la caminadora y la elíptica que tengo aquí en la casa, entonces opté allá por subir y bajar las escaleras de tres pisos; suba y baje suba y baje. Entonces durante ese tiempo que yo estuve allá bajé 15 kilos con todo lo que yo hacía. Yo llegué aquí a Durán pesando 95 kilos hace mes y medio. Eso me ayudó..., el estar allá encerrado me ayudó a no concentrarme en eso y a pensar en otras cosas. Fue algo especial de alguna manera retomar las cosas con los hermanos de la iglesia, poder llenar esa área espiritual, no solo lo que necesita el cuerpo, sino también el espíritu. Entonces para mí fue como tener un encuentro, como algo que hacía tiempo no hacía. Me sirvió y estoy tranquilo.

Aparte de que estábamos comunicados gracias a las redes sociales. Toda mi familia está en Colombia y yo estoy aquí solo. Yo aquí no tengo familia. O sea, traté de formar una familia aquí..., tengo tres hijos pequeñitos aquí: una nena de cinco años, una nena de tres años y un bebé de un año, mi único hijo varón. ¡Yo a los cincuenta años tener un hijo varón! Entonces, igual mis hijos estaban aquí en Durán todo este tiempo, estaban con los abuelitos que viven aquí al lado; mi casa queda pegada al lado de la casa de los abuelitos. El abuelo estuvo enfermo de COVID-19. Casi se muere. Y ellos estaban viviendo ahí con él, entonces gracias a Dios a ellos no les pasó nada. El señor se recuperó. También se recuperó con remedios caseiros. Mis hijos los tengo a cargo; la mamá se fue, me los dejó. Yo soy todo para ellos y pues mi preocupación todo el tiempo es que yo no podía venir para acá. También estuve en contacto con ellos a través del WhatsApp, me enviaban videos y yo les enviaba videos míos, a veces hacíamos video llamadas...

Yo decidí regresarme a Durán porque como esta casa estaba sola y este sector donde yo vivo, podríamos decir que es medio rural todavía, entonces por aquí crece mucho la planta, la maleza, todo eso... A parte de eso, quisieron meterse a robarse una moto que yo tenía al frente. Gracias al perro no se la robaron; pero al perrito si le pegaron su machetazo, ya se recuperó. Entonces yo tomé esa decisión... El pensar mío era venir, organizar, dar una vueltica y regresarme a Guayaquil. Pero yo vi la preocupación del pastor por el hecho de que yo iba a salir y regresar... Cuando yo llegué acá inicialmente iba a estar dos o tres días organizando la casa, limpiando todo. Justamente yo estando aquí me llamó la dueña de la moto a ofrecerme la moto otra vez: que si quería trabajar. Yo le dije: "pues sí", y pues como ya me reencontré con mis hijos y todo eso, ya la cuestión estaba aquí más suave. Y aparte pensaba en la preocupación que tenían ellos allá de que yo regresara... Sin saber de pronto que pudiera llevar algo, el virus. Entonces decidí quedarme y aceptar otra vez el trabajo. Malísimo eso sí, muy malo; pero por lo menos tenía cómo conseguir para la comida.

Como cuidado aquí lo que hago es usar siempre la mascarilla, tengo algunas de diferentes colores. En el trabajo nos exigen usarla, de hecho, a los mototaxistas nos obliga el municipio a poner un dispensador con alcohol para los pasajeros que suben



y bajan. Nosotros debemos usar nuestro dispensador personal y no pueden subir personas sin mascarilla. La mascarilla es obligatoria. Muchos usan guantes, pero no son obligatorios. En algunos supermercados exigen entrar con guantes, pero si no lleva los suyos, ellos dan unos de plástico porque como uno coge los productos y todo eso. Aparte toman la temperatura y ponen alcohol antes de ingresar. A los niños no los estaban dejando ingresar a ninguna parte. A veces uno ve los niños que se quedan afuera del supermercado mientras ingresan las otras personas. Aquí no ha habido pico y placa para las personas, solo para los vehículos. Y pues en términos generales, aquí en el pueblo no hay mayor clase de medidas; han puesto el toque que comienza a las once de la noche. Si yo quisiera, podría trabajar en mi moto hasta las once de la noche, pero pues en realidad yo tampoco... Trabajo por ahí hasta a eso de las siete u ocho de la noche porque prácticamente la ciudad queda como muerta a esa hora. La gente ya ha tomado conciencia y aparte de todo no todo el comercio está funcionando.

Entre las medidas que tomó el Gobierno fue bajar los salarios a las personas. Aquí el salario básico estaba creo que en cuatrocientos dólares mensuales y creo que le han bajado ciento ochenta dólares, quedó en doscientos veinte dólares. Pero todas las cosas siguen al mismo precio. ¿Cómo se va a mover la economía si en vez de haber más acceso les quitaron a las personas dinero? A muchas personas las botaron del trabajo. Ahorita hay más trabajo informal; todo el mundo vende mascarillas, guantes, por todas partes venden alcohol, hasta falsifican el alcohol. Se ven unas cosas, es tremendo. Se ha ido normalizando un poquito la situación, pero hay los rumores de que existe la posibilidad que pueda regresar al semáforo en rojo. Hablando del transporte, los urbanos solo pueden llevar una persona por silla, y los que prestan el servicio de aquí para Guayaquil, anteriormente esos carros iban con gente hasta colgando de las puertas, pero ahorita no pueden llevar pasajeros de pie.

## Comparado con Colombia, aquí estábamos como en un barco a la deriva

Frente a Colombia me parecía algo preocupante porque la situación que yo viví, como que yo trataba de generalizarla: “Si pasó aquí pues así debe estar pasando en todas partes”. Entonces siempre nos comunicábamos con mi exesposa en Colombia, la mamá de mis hijas; me comunicaba con mis padres, todos están allá. Mis papás ya son de tercera edad, mi mamá tiene setenta y mi papá tiene ochenta años, y pues era una preocupación. Mi papá no quería hacer caso de quedarse en la casa. Tanto así que en la casa donde él vive una de las hijastras tuvo que decirle a mi papá: “Vea, a mi suegro lo cogieron los policías y le sacaron una multa de ochocientos mil pesos por estar en la calle”. Pero eso no era cierto, era puro cuento, pero así le dijeron a mi papá. Él salía sin mascarilla, andaba en bicicleta para arriba y para abajo. Le dijeron: “Si usted va a querer seguir haciendo eso y si lo coge la policía y le saca la multa, entonces mire a ver cómo paga su multa”. Entonces



como que con eso lo lograron controlar, y ya él no salió más. Hace como tres días hablé con él y está bien gracias a Dios, mi mamá también está bien.

La percepción que yo tenía de Colombia, pues a través de todo lo que nos comunicábamos a diario —porque era todos los días que hablábamos a través del WhatsApp—, pues era que todos estaban bien. O sea, comparando las medidas que tomaron en Colombia con las medidas que tomaron acá, yo estaba contento porque sabía que allá estaban muy bien. A parte de eso nosotros colocábamos ese informe que da el presidente de la República —todos los días daba como un informe como a las seis de tarde—, y nosotros lo veíamos y hablaban diferentes personas de diferentes áreas y se veía lo que estaban haciendo. Sí se veía que estaban haciendo cosas, o eso era lo que ellos comunicaban y mostraban. Y nosotros decíamos: “Pero vea la diferencia tan grande. Aquí el presidente sale por ahí cada quince días a hablar una pendejada”, con decir que un día salió a decir que el COVID-19 era como un amigo...Y entonces nosotros decíamos: “Pero vea lo que hace, las medidas”. Aparte de eso la alcaldesa de Bogotá..., se veía la preocupación tan tremenda que tenía, que no era nada en absoluto comparado con lo que pasaba aquí. Entonces eso nos dejó impresionados acá, las medidas que tomaban diariamente, lo que comunicaban diariamente. Aquí nadie decía nada, con decir que ni el 911 lo contestaban, el número que es para emergencias.

Allá me cuenta el pastor que, por ejemplo, a su mamá, que también es una señora de la tercera edad y como era una persona que no podía salir a la calle, la llamaban de allá del hospital una trabajadora social. Me contaba el pastor que para decirle: ¿cómo está?, ¿con quién vive?, ¿tiene algún síntoma?, ¿cómo se siente? Le hacían preguntas así para ver si estaba lúcida y todo. Aquí, ¿quién lo va a llamar a uno? Si ni siquiera iban a recoger los muertos. A parte eso, hasta comida le llevaron a la mamá del pastor... No sé cómo era o a través de qué entidad, pero se veía totalmente la diferencia en comparación a aquí. Aquí estábamos como un barco a la deriva. Pero nosotros leíamos que, a pesar de eso, también se hacían críticas en las redes sociales contra el presidente; inclusive en las críticas les respondí: “Por lo menos ustedes tienen un presidente que les informa y dice lo que está haciendo. Me gustaría que tuvieran la oportunidad de haber estado un día aquí en la ciudad de Guayaquil para que se dieran cuenta de las cosas”. Muchas veces uno tiene privilegios y cosas que uno no las ve, porque no las quiere ver. Y todavía allá tienen muchas, muchas normas. Por ejemplo, en el sector en el que vive mi mamá, ella vive por el sector del Transmilenio de las Américas, creo que han tomado medidas especiales porque en esos sectores ha habido rebrotes. Eso creo que lo ha hecho la misma alcaldesa. Entonces allá lo hacen hasta por sectores. Aquí nunca se tomaron medidas de esas.

Allá, según lo que mi mamá me cuenta, en esos sectores el toque de queda se aumentó y el comercio también se restringió. En cambio, aquí para todos lo mismo, así su sector sea más o menos afectado, para todos es lo mismo. Entonces yo estaba de mi parte tranquilo por todo lo que me contaba mi mamá, lo que me



contaban mis hermanos. De hecho, mi hermano hace poquito, mi hermano maneja taxi y a él lo llamaron y le dijeron que tenía que estar aislado por quince días porque él transportó unas enfermeras que dieron positivo para COVID. Entonces por ese motivo a él lo llamaron para decirle que tenía que aislarse. Lo tuvieron quince días en la casa, que no saliera. Pero esta es la hora, sé que ya salí a trabajar; ya pasaron los quince días, pero la verdad no he hablado con él para saber si le hicieron o no la prueba. Pero en comparación con lo que se hizo en Colombia a lo que sucedió aquí, la diferencia es completamente del cielo a la tierra. Nosotros hacíamos una comparación con el pastor..., porque la población total del Ecuador es de catorce millones de habitantes y en comparación con los habitantes, los muertos y los contagiados, nosotros llegamos a la conclusión que Ecuador fue el primero que ocupó el lugar, por lo menos en Sur América. Decían que Brasil era el primero, pero Brasil tiene doscientos millones de habitantes... Ecuador solo tiene catorce millones. Entonces nosotros llegamos a esa conclusión porque de verdad que aquí fue un desastre total.







# Vivencia de la pandemia en Argentina

Daissy Bernal Rey

Argentina

(6 de mayo del 2020)

## En busca de una educación de calidad a un precio accesible

Llegué a Argentina hace siete años. Vine por estudio, vine con mis ahorros. Quería complementar mi formación profesional, pero en Colombia pagar una maestría en ciencias ambientales era casi imposible ya que solo las universidades privadas tenían esa maestría y valían una barbaridad. Me presenté a la Universidad de Buenos Aires e ingresé a estudiar la maestría en Ciencias Ambientales.

Cuando llegué... Llegué a un hostel en una zona del centro de Buenos Aires. Inicialmente llegué ahí porque había un amigo de mi hermano que vivía cerca, pero él estaba pasando la Avenida 9 de julio, es hermosa.... Pero, al otro lado de la 9 de julio es horrible, Constitución, es terrible, de noche es muy insegura, las calles son oscuras y hay bastante prostitución. Queda como a hora y media de la Universidad de Buenos Aires en ciudad universitaria. Era un poco complicado porque era bastante inseguro y yo estudiaba de noche. Tenía clases hasta las diez de la noche y llegaba a ese barrio horrible. Pero así duré un tiempo hasta que poco a poco ya cuando conseguí trabajo pude ubicarme mucho mejor. O sea, ahora digo terrible haber llegado ahí... Pero era un hostel económico, era familiar y me permitía estudiar, podía pagar y mantener por más tiempo los ahorros.

Al principio fue muy difícil porque venía con mis ahorros y pensaba desde Colombia que iba a ser muy fácil conseguir trabajo y que mi título aquí en Argentina podía valer. Pero cuando llegas, te das cuenta que tu carrera no vale, tu licenciatura no vale nada, porque eres de afuera. Por fortuna, bueno, tenía la universidad, empecé



a estudiar en la universidad la maestría en Ciencias Ambientales. Trabajaba, me mantuve con mis ahorros y trabajaba en distintas cosas. Trabajé en una lotería, vendía ropa, daba clases a compañeros que iban más abajo de la maestría. Y bueno, estuve así hasta que se acabaron las materias y venía el tema de la tesis. Busqué con quién me gustaría hacer el trabajo de acuerdo con el tema que yo quería desarrollar, era sobre el agua, yo trabajé en Colombia durante cuatro años en Pasto con una comunidad indígena Inga. Allí tenían bastante problemas con plaguicidas por la radicación de cultivos ilícitos. Así que quería especializarme en contaminación de cuerpos de agua especialmente por plaguicidas.

Y me metí a un laboratorio de agua, me presenté allí para ver si podía desarrollar mi tesis. Inicialmente eso también fue muy difícil porque fue llegar a una persona, hablar con la profesora Dra. María dos Santos Afonso, a la que uno no conoce y decirle: “Hola mira, estudio en la universidad y quisiera...”. Le presenté mi propuesta. Inicialmente me dijo que no, que muchas gracias. Me preguntó mil cosas sobre las cuales yo no tenía ni idea porque eran cosas muy específicas del área en la que yo quería trabajar. Yo tenía más o menos idea de qué quería hacer, pero cuando ella me hacía preguntas muy específicas sobre el tema, sentí que no sabía nada. Cuando le contestaba me decía que era muy general y me decía que eso era todo y nada. Yo le hablé algo de mi experiencia, de lo que había estudiado en Colombia, de cuáles eran mis intereses, pero resultó que no eran los mismos de ella. También le hablé de lo que había leído sobre su trabajo, como para mostrarle que tenía conocimiento de sus investigaciones, ella me habló de lo que estaba haciendo en ese momento, me dio un listado de las cosas que hacía, me dio más información, muy específica, y ahí se terminó el encuentro, duró como quince minutos. Yo seguí leyendo sobre el tema, indagando alrededor de las preguntas que ella me había hecho, quería trabajar con agroquímicos y recuerdo que ella me había preguntado ¿cuáles? Así que, bueno, le hice una propuesta escrita, se la pasé. Nuevamente me dijo que no. Que eran objetivos muy grandes, que me agradecía, pero que no. Entonces le dije: “Bueno, perfecto, gracias. Te dejo mi inquietud. Si en algún momento ves que pueda acercarme a tu grupo de investigación, te agradezco”.

Seguí buscando en la universidad con quién podía hacer mi trabajo hasta que un día recibí un correo de ella, de la profesora con la que había hablado, en ese momento me dijo que tenía una propuesta para mí. Yo ya estaba trabajando con una profesora de la maestría, pero renuncié cuando vi el correo de la Dra. María dos Santos —mi actual directora—. Empecé a trabajar con ella, por la tesis de maestría, trabajaba en el laboratorio, pero es un poco complicado, no sé, al inicio es un poco complicado porque no te conocen, o sea los profesores, los investigadores no conocen lo que tú haces, uno es una persona de afuera, de otro país y la prioridad la tienen, de cierta manera, los argentinos. Eso lo he sentido un poco, o sea, como que las posibilidades de trabajo académico son más para gente que ha sido formada por la universidad, a pesar de que yo estaba haciendo la maestría. Finalmente llegué al laboratorio de química del agua, trabajé ahí mi tesis de maestría. Luego,



trabajando con esa profesora que al inicio me rechazó, pero que fue finalmente se convirtió en mi directora, se me presentó la oportunidad de presentarme a una beca doctoral, después de tres años de trabajo tuve esa oportunidad, mi directora de tesis me lo propuso, me presentó y pasé, pasé. Y ahora soy becaria de doctorado, en ese laboratorio de química ambiental, en el que trabajo actualmente.

## Conociendo de un virus lejano que se convirtió una pandemia próxima

Cuando me enteré de la existencia del coronavirus estaba en Bogotá (Colombia) de vacaciones con mi familia, eso fue durante enero. Me enteré por el noticiero y pensé: “Bueno, es algo localizado...”. Sí, al principio se mostró como algo muy minimizado. Luego, cuando llegué a Buenos Aires, era el mes de febrero, en el laboratorio estábamos organizando una campaña, yo tomo muestras de agua de diferentes sitios del río Reconquista, mido parámetros fisicoquímicos y estudió la contaminación del agua especialmente por presencia de plaguicidas. Esa era la campaña que yo iba a muestrear. Para mi trabajo muestreo por estaciones, ya que estudio las variaciones de las determinaciones fisicoquímica de acuerdo con las condiciones climáticas. Entonces venía la estación de verano y ese era el mejor momento para tomar las muestras.

Empezamos a organizar las cosas con todo el equipo del laboratorio y se sentía como que el rumor, como que iban aumentando el número de contagiados y, en el laboratorio se empezó a sentir un poco de tensión..., fue algo que sucedió de forma repentina porque los investigadores con los que yo trabajo de un momento a otro me dejaron de saludar, es decir, ya no se volvieron a dar abrazos ni besos... como que fue muy rápido, quizás pensé que me parecía un poco de exageración de parte de ellos, pero es que igual los argentinos me parecen un poco exagerados. Sí, era ya como finales de febrero, ya como que todo el mundo sabía del tema. Como que ya en ese momento prendías el televisor y era como..., no entendías muy bien por qué todo se presentaba de manera muy alarmante. Las noticias, acá en Argentina, digamos son un poco... digamos que en Colombia son más sutiles, aquí son más fuertes, como que son más impactantes, son más... los mensajes son con letra gigante, son cosas que son más impactantes... son más alarmistas. Por eso también pensé al inicio que se trataba un poco de eso, que era un poco..., los argentinos son un poco así..., exagerados. Pero todo cambió, no sé, entre finales de febrero y comienzos de marzo.

De todas maneras, cuadré mi campaña, cuando de un momento a otro los casos se dispararon a nivel mundial. Yo venía cuadrando todo lo de la campaña con la alcaldía de Moreno, Cuartel V, donde yo muestreo. Ya habíamos cuadrado todo y teníamos una campaña el lunes 18 de marzo. Ese fin de semana en las noticias se dijo como que venía una situación muy complicada, que había posibilidad de que empezaran a tomar medidas restrictivas acá. Entonces, el grupo de investigadores con los que yo voy a muestrear, es decir como varios grupos, algunos van



a muestrear, suelos, otras algas, etc, somos aproximadamente seis personas las que vamos a cada muestreo con diferentes fines. Decidimos esperar una semana para ver qué pasaba y, el lunes tomamos la decisión de que no hacíamos el muestreo, sino que íbamos a dejar una semana más adelante para ver qué pasaba. Y en esa semana se cerró la universidad. Para mí fue un poco chocante porque..., bueno, yo también tenía el proyecto de participar en una clase en la que iba ayudar en la parte de la docencia y..., pues en ese momento, llegó una de mis directoras, que es la profesora que dirige la clase, la cátedra..., ella trabaja también en el laboratorio, pero no tenemos un vínculo tan cercano; entonces se acercó y me dijo: “Daissy, no puedes estar acá. Tú eres un paciente anticoagulado, te queremos cuidar. Te pedimos que por favor salgas de la materia”. Y yo quedé como: “Bueno, gracias”, no sé... ella también me dijo: “mira, mi jefa tiene esclerosis múltiple”; es decir, nos sacó a las dos y ella se quedó sola con la materia. Eso fue como la primera semana de marzo, fue algo tan repentino. Sí, realmente fue un poco chocante porque fue algo que no me esperaba, no me esperaba que me sacaran así, pero también entendía la situación. Y bueno, entonces paré todas las cosas. Me sentí un poco como ¡no sé! Como si tuviera algo maligno, no sé... Porque eso que me dijeran: “vete para tu casa, cierra todo, no toques nada, términalo”, ella decía que era por mi seguridad. Y bueno, no me quedó otra opción que irme para la casa.

Desde ese momento no pude volver a la facultad, mi directora me había dicho expresamente: “no vuelves”. Hablé con mi hermano que es médico y me dijo: “sí Daissy, lo que tienes es de cuidado”. Yo tengo el síndrome “antifosfolípidos” por el cual tomo anticoagulantes, soy paciente anticoagulada. Y mi hermano me decía: “no sabemos qué efectos puede tener”, y por lo mismo no pude volver a la universidad. Primero fue así, por una medida de mi directora y a la semana cerraron la universidad. Luego, a la semana de estar en la casa empezó la cuarentena, creo que fue el 20 de marzo que empezó la cuarentena acá en la Argentina. Fue una medida general, para todo el mundo. En la universidad casi que fue de un momento para otro, o sea como que se venían los rumores. Yo empezaba la materia como el 10 de marzo, ahí fue cuando mi directora me dijo que debía aislarme, irme para mi casa, esa semana estuve en la casa, no podía acercarme a la universidad, pero la gente seguía asistiendo normal a la universidad. Cuando de un momento a otro, creo que fue el jueves 19 de marzo que se generó una orden de aislamiento, sí porque la cuarentena empezó el viernes 20 de marzo, ahí la gente no pudo volver a la universidad. Yo no pude sacar cosas del laboratorio, no pude sacar mi cuaderno... o sea como que fue tan así, tan de repente, que yo no me pude traer cosas para trabajar en casa. Todo lo que tenía quedó allá... o sea las cosas que tengo ahora para trabajar es porque es información que tenía en el drive o en el correo electrónico.

Al inicio había mucha incredulidad, o sea como que era algo... se minimizó el problema. Cuando empezaron a verse los casos, sobre todo en otros países, fue que se tomaron las medidas acá, mucha gente estuvo de acuerdo, entre esos, yo



estuve de acuerdo. Como que todo fue tan rápido que yo dije: “sí, hay que hacer algo. No es un simple virus, sino que es algo que es mucho más complicado”. La gente aceptó el confinamiento. Al inicio era increíble, o sea todo el mundo estuvo en la casa, todo el mundo guardado, todo el mundo parecía totalmente dispuesto a acatar la medida. Sin embargo, con el paso del tiempo, ya llevamos en cuarentena.... mucho tiempo, y como que las reacciones de la gente han cambiado. Yo he notado... hay mucha preocupación, sobre todo, digamos la gente que no puede o vive del diario, de trabajos no estables. Las empresas también tienen que pagar el sueldo a personas que no están pudiendo trabajar, las privadas. Como que ahora, semanas después ha habido un afán y hay una presión en este momento para que se levanten las medidas restrictivas. Al principio había mucha aceptación, pero ahora con el transcurso del tiempo como que hay gente que pide que se levante la cuarentena. Sin embargo, también hay otra parte que dice que no... creo que también entiendo la situación, hay mucha gente que también pide que se levante y hay mucha gente que dice que no.

Las medidas han permitido que la gente salga para cosas muy básicas. Los supermercados han estado abiertos. Ha habido también digamos otros mecanismos para las compras, por ejemplo, mi novio y yo nos hemos estado abasteciendo por internet. Ahí puedes solicitar permisos al gobierno nacional por internet, digamos para casos especiales como cuidar a un pariente enfermo, tener que ir a trabajar si eres del sector esencial (médicos, farmacéuticos, laboratorios de salud, entre otros). Ahora, en este momento, yo tendría que alimentar a mis peces, porque yo tengo peceras en el laboratorio, pero como soy paciente con más riesgo, es mi novio quien ha tenido que ir a alimentarlos. El permiso se lo dieron a él, entonces de cierta manera hay flexibilidad para que en esos casos puedas salir de tu casa. Sin embargo, es muy curioso, pero en la mañana, a las 6 o 7 de la mañana, uno ve que los que salen son los mayores, que son pacientes de riesgo. Es cuando uno los ve que salen a comprar en los supermercados, no sé, un pan casi diario... eso me impacta un poco porque uno los ve haciendo filas en farmacias, se ven en los supermercados y es como que los mayores aún no lo creen, se creen muy fuertes, como que lo pueden superar. Sin embargo, yo creería que no es el momento de levantar las medidas. Pero bueno, entiendo también la presión económica, sobre todo para la gente que no se está pudiendo mantener en este momento con estas condiciones.

## Una experiencia de confinamiento total

Desde que mi directora me dijo que no podía volver a la universidad no he salido de casa. La persona que me ha ayudado en esta situación es mi novio. Yo tomo un medicamento mensual, entonces tengo que ir por mi fórmula cada mes y tengo exámenes médicos mensuales. En algunas de esas cosas me han ayudado, en particular en la fórmula médica, ahora me mandan la fórmula vía internet y mi novio puede reclamar mis medicamentos en la farmacia de la esquina, he tenido esa facilidad. El examen..., el chequeo médico no me lo he hecho. Digamos que,



en cuanto a eso, la doctora inicialmente me escribió por correo electrónico: “te envío la fórmula virtual y te envío la orden para tu chequeo, para ajustar tu dosis”, pero en realidad solo me envió la fórmula, la orden para el examen no estaba. Yo creo, esto es impresión mía, que es la forma como ella intenta profesionalmente cubrirse, me dice que me envía la autorización, pero en realidad no me la envía y tampoco me pide que vaya y me realice el examen. Pienso que como para ese examen tengo que ir hasta el centro y tomármelo en un instituto de hematología. Creo que es una forma de protegerse ella, pero tampoco me pide que vaya a realizármelo por protegerme. Digamos si yo quisiera hacerme el examen médico podría ir... pero no sé, creo que en estos momentos no debería hacérmelo, porque no tengo la orden, eso implica irme hasta allá, desplazarme hasta allá. Es como un riesgo mayor hacerme el examen en este momento que no hacérmelo. Es un examen que yo tengo que hacerme periódicamente, ya llevo tomándolo hace como 15 años, entonces casi que lo hago por seguir en control, pero creo que es menos riesgoso en estos momentos no tomarme ese examen. Aún no es muy claro el riesgo del coronavirus en los pacientes anticoagulados, en China y en Europa los pacientes anticoagulados están catalogados como pacientes de riesgo, ya que si se llega a presentar una hemorragia es muy difícil detenerla, y además los pacientes anticoagulados no pueden tomar cualquier tipo de medicamentos, ya que pueden ser muy sensibles a sus efectos.

## Una rutina en tiempos de pandemia

He estado escribiendo mi tesis. Creo que desde que me levanto, he estado todo el tiempo por fortuna, como que he estado muy ocupada. Aumentan las cosas de las tareas de la casa, el supermercado... no sé, cuando pedimos al supermercado, limpiar cosa por cosa, ir guardando, desinfectar, el preparar el alcohol... todo eso hace que las tareas sean mucho más dispendiosas. Juli sale día de por medio para darle alimentación a los peces, cuando llega él rociarlo, todo, lavar la ropa, todos esos cuidados hacen que las tareas sean mucho más dispendiosas en la casa. Y he trabajado todo el tiempo en el internet. Digamos con mi directora me he podido reunir para mirar algunos capítulos, algunos resultados entonces he podido avanzar en cosas escritas de mi tesis, pero en la parte experimental está totalmente parada.

Me levanto... Hay tres días a la semana que Juli se levanta temprano. Él se levanta temprano para no tener contacto con la gente. Además, nosotros acá en Buenos Aires es muy habitual que el carro se estacione en las calles, entonces que es un espacio, donde nosotros vivimos, Caballito, hay mucho apartamento entonces esos espacios son peleados. Entonces Juli se levanta temprano para que no pierda el lugar donde se estaciona, además él trabaja *online* entonces este favor me lo está haciendo a mí, pero no es su hora de trabajo entonces él va temprano para no tener contacto con la gente y para venir y cumplir y en su hora laboral él esté acá. Él va los lunes, miércoles y viernes. Entonces ese día me levanto yo temprano con él, él se va... nada me levanto, me baño y trabajo frente a la computadora. Empiezo a trabajar, Juli llega y como que paro todo. Cuando él llega yo ya tengo la



lavandina con agua, tengo alcohol al 70 %. Entonces llega Juli y es todo, es limpiar las llaves, limpiar todo, o sea todo con alcohol, toda la ropa de él va a la lavadora... Tomamos un café, merendamos, o sea desayunamos y continuamos con nuestro trabajo. Después hay un receso, que es para él hacer el almuerzo, preparamos el almuerzo, almorzamos y vuelvo a mi trabajo.

Casi, casi que esa es mi dinámica... es más, creo que Juli ha estado cocinando mucho más y yo he estado con la tesis, como y continúo para aprovechar el tiempo y avanzar en lo que más pueda. Ya en la noche paramos todo y vemos algo en la tele, vemos noticias, algo así. Pero lo que te digo, o sea como las cosas laborales que digamos cosas de casa que uno no hacía mientras trabajaba, lavar la loza, cocinar, todas esas cosas, ahora acá no hay escapatoria.

Antes, Juli y yo trabajamos en la universidad, estudiamos en la universidad entonces a veces salíamos tarde de clase él o yo, y llegábamos y bueno no se pides algo a domicilio y ya... te acuestas o comes algo en la esquina y ya llegas a dormir. Acá tienes que cocinar sí o sí, entonces el tiempo que antes no lo dedicábamos tanto a eso, ahora sí. Te toma mucho más tiempo. Cambió la rutina totalmente para nosotros. Digamos, ya no hay apuro de la hora, entonces antes llegábamos a las once por tarde nos acostábamos porque sabíamos que teníamos que madrugar. Ahora como que no sé, podemos... bueno veamos algo, hay más flexibilidad para acostarse, nos acostamos más tarde y digamos, los días que Juli no madruga yo me levanto más tarde porque es como: "Hoy no madrugo, aunque hay tareas, hoy no madrugo", entonces te terminas levantando no sé 8:00-8:30 a. m. depende de la hora que te acostaste, más tarde... porque no sé, por una película o por ver algo entonces como que esos horarios se te vuelven... todos los martes, los días que no va Juli, los martes y jueves, es como que comes a cualquier hora, terminamos a veces almorzando 4 o 5 de la tarde... es como que, los horarios todo cambia. Es más tarde y madrugamos menos. Mi rutina antes de la pandemia era: me levantaba a las 5:30 para salir de mi casa antes de las 7:00 y a las 8:00 de la mañana empieza mi horario laboral. Trabajo hasta las 4:00 de la tarde, pero cuando tengo experimentos o clase puedo salir hasta las 10:00 de la noche.

## Colombia en la distancia

Cuando empezó todo esto, una de las cosas que más me preocupaba era Colombia. Yo pensé que Colombia no iba a tomar la decisión de hacer la cuarentena. Cuando yo empecé a leer... cuando me dijeron no vuelves al trabajo, que yo creo que por mi rutina como que leía las noticias y lo minimizada... y cuando me dijeron no vuelves, me impactó mucho, llamé a mi hermano y mi hermano es médico y él está mucho más enterado que yo de todo. Entonces, a mí una de las cosas que me preocupaba era: "Colombia no va a hacer la cuarentena" y mi hermano estaba como médico muy preocupado porque él decía: "Tenemos que parar, tengo amigos en otro lugar... con mis amigos médicos estamos preocupados de que no se tomen las medidas y que esto colapse... que tengamos en ese momento... empiecen



hacer tantos pacientes con coronavirus sino se toman las medidas”. Pero en ese momento no se tomaban. Cuando se tomaron acá coincidió en Colombia, la cuarentena así de un momento a otro, para mí fue como una tranquilidad porque dijimos: “Bueno, bien”. Sin embargo, digamos en Colombia mi hermana que trabaja en medicina legal y mi hermano es médico, ellos han seguido su rutina a pesar de la cuarentena, han tenido que trabajar entonces como que digamos mi preocupación es más hacia ellos. Entonces yo a cada rato los estoy llamando.

Mi hermana que trabaja en medicina legal, ella me decía que los casos en Colombia igual que estaban aumentando, los casos de pacientes, o sea de muertes que aparecen en la calle, gente que no tiene salud, que no tiene cobertura de salud y que mueren en la calle... entonces me dice que ahora ver estos casos es muy habitual, estamos recibiendo muchos pacientes, o sea muchos muertos que están llegando y nosotros los valoramos y nosotros no sabemos a qué se debe... o sea miramos y una neumonía, pero no sabemos en sí, porque no se les está haciendo el test de coronavirus. Ella es jefe de laboratorio y me decía: “Hay una preocupación, nosotros que tenemos que atenderlos porque tenemos todas las medidas, pero no sabemos cuál fue su razón, o sea en realidad la causa de su muerte. Si lo ocasionó o no el coronavirus”. Entonces ella me lo contaba como algo que estaba viendo en Colombia. Mi hermano igual, él me decía que al principio la gente se rehúsa un poco al estar en la cuarentena, entonces nada... ha recibido pacientes que llegan... me decía que... incluso una persona que había llegado disfrazada de médico, que se había disfrazado para poder salir a la calle... Mi hermano me decía: “Yo ya estoy cansado de como también lidiar con eso”, es algo serio pero la gente cree que no. Entonces llega una paciente y tú le dices: “No, mire usted no puede salir, usted tiene tal cosa”, la gente muchas veces se pone agresiva, se pone de mal genio, se pone... como que no entiende la dimensión del problema.

Pero bueno, yo creo, siento más tranquilidad ahora sabiendo que ellos están tomando la cuarentena, que mi familia está protegida de cierta manera. Ahí digamos también pienso... también por mi hermano, el médico. Creo que la cuarentena es una medida que cuando empiecen a salir ellos, la gente empieza a tener una rutina; para mí los casos se van a disparar y lo único que estamos haciendo es prepararnos para que haya un pico tanto acá en Argentina como en Colombia cuando se empiece a salir. Y pues una de mis preocupaciones es mi hermano y mi hermana que tienen que atender esos casos.

## Empezando a salir de la cuarentena



Ahora la cuarentena se ha flexibilizado un poco en las provincias, en especial en aquellas en las que no se han presentado casos. Entonces ahí poco a poco ya se ha levantado... Yo creo que en Buenos Aires por lo que dijo el presidente no se va a levantar tan fácil. Se ha flexibilizado en algunos casos, digamos gente que tiene que ir al supermercado, la gente que tiene, no sé, algunos tipos de negocios o cosas así que puedan abrir para que la gente vaya. Pero como que poco a poco se piensa

augmentar, pero bueno se supone que, hasta el lunes, hasta el 11 de mayo va a haber cuarentena, pero yo creo de acuerdo con lo que dijo el presidente que quedaban 3 periodos... 2 periodos, o sea con este que finalizaba quedaban dos, yo creo que van a seguir las medidas. Sobre todo, en Buenos Aires que es como el centro donde vienen de diferentes partes, yo creo que va a seguir la medida y yo creo que es necesario también mantenerlo. Yo creo que va a ser más flexible en Colombia. Eso me asusta un poco.

Yo creo que es un costo económico bastante alto el mantener la gente en cuarentena. Económico para todos, yo creo que para el que trabaja en una empresa pública como para el que trabaja en una empresa privada. Creo que en Colombia la situación económica de pronto es mucho más fuerte que acá, o sea acá hay, pero en Colombia la situación económica es un poco más difícil. Y yo creo que la presión social es más grande en Colombia que acá. Aunque acá hay presión para que se levante la cuarentena yo creo que en Colombia es mayor y yo creo que eso va a hacer que se levante más rápido. Creo yo que tampoco estamos preparados en Colombia con la cobertura, por más que nos preparemos, cobertura médica y todo eso para atender todos los casos, yo creo que tampoco estamos tan preparados. Y eso me asusta un poco.

Acá en Buenos Aires hay algo y es que el servicio médico es muchísimo mejor que en Colombia. O sea, si en Colombia si tú no tienes una EPS lo que equivale a una obra social en Argentina, en un servicio médico no te atienden, o sea es mucho más difícil. Acá digamos, cualquier persona... digamos yo puedo decir que cuando llegué, yo pude acceder a un servicio médico por solo estar acá y tener un DNI, yo pude llegar y me atendieron en hospitales públicos. A diferencia, digamos en Colombia, que es mucho más difícil si no tienes una obra social. Acá la salud es mucho mejor... A mí a veces me daba risa porque la gente se queja acá porque dice: “Es un servicio público, se demora, todo es más difícil, no sé qué”. Pero la salud es increíble, te lo dan rapidísimo. O sea, tú no tienes obra social, pero tú vas y te hacen un examen y te atienden igual que cualquier paciente. Están obligados, cualquier médico debe atenderte y hacerte todo tipo de exámenes que tú necesitas sin tener una obra social.

En Colombia no, eso no pasa. Te hacen exámenes específicos. El servicio público uno lo ve como malo, incluso el servicio que es privado. Acá ¡No! Acá hay muchas instituciones públicas que son muy buenas y son públicas, entonces como que es muy diferente. Creo que también en Colombia no tenemos toda la cobertura como tal, la infraestructura tampoco la tenemos. Acá hay muchos hospitales, digamos acá públicos, privados con estructura para tener acceso a más gente que en Colombia y, la población, la diferencia de la población no es mucha, no es mucho más grande la cantidad de habitantes que hay en Colombia que en Buenos Aires. Entonces creo yo que Buenos Aires estaría muchísimo más preparado para cubrir una situación con hartos casos a diferencia de Colombia. Aunque no me encuentro en mi país en estos momentos, aunque soy extranjera, me siento



segura porque tengo una obra social que me cubre dentro de..., pertenezco al plan de salud de acá de Argentina. Yo sé que incluso si no lo tuviera y necesitara atención médica me atenderían, aquí no hay discriminación frente a eso. Lo sé porque lo sentí desde que llegué aquí a estudiar.

## Las incertidumbres del futuro

Incertidumbre, tengo mucha, de qué puede pasar. Digamos como en mi proyecto de vida qué quiero hacer, qué voy a hacer. Si yo quisiera... digamos una de las opciones que yo tengo sería presentarme para una beca posdoctorado. Acá en Argentina hay muchas becas que digamos que en Colombia son casi difíciles tener acceso, acá hay mucha gente y concursa mucha gente. Cuando yo ingresé había muchas más posibilidades para que tú tuvieras acceso a una beca, ahora se han reducido en el número de becas. Y ahora tanto que decíamos que era mucho más difícil para nosotros como colombianos, como personas de afuera concursar a una de esas becas porque la prioridad la tenían los argentinos, no nosotros. Y ahora creo que, con esto de la pandemia, yo creo que van a ser mucho más estrictos y la prioridad se la van a dar más a los argentinos que a un colombiano, aunque tenga formación acá, hayas hecho el doctorado acá, yo creo que va a ser mucho más difícil insertarse siendo extranjero.

Digamos que es una de mis preocupaciones. Si yo quisiera tomar una beca ahorita posdoctoral, creo que la prioridad la van a tener ellos, los argentinos. Eso lo he sentido yo desde un tiempo para atrás y ahorita yo creo que con esto se va a complicar. Digamos el caso de una compañera italiana que había hecho posdoc acá, que tenía un doctorado, tenía su currículum era casi que impecable, o sea su formación es en Canadá, tenía muchas bases. O sea, su currículum tenía mucho más peso académico que muchos otros argentinos. Y digamos ella se presentó para una carrera de investigación para poder seguir sus estudios y acá no pudo, no pasó. Y nosotros lo sabíamos... cuando veíamos los criterios de evaluación lo que te decían eran cosas incoherentes... no sé, era ilógico, casi que no podían justificar por qué no había pasado, por qué le habían dado ese valor tan bajo en su evaluación para que ella no pasara. Pero como que el acceso... o sea a un doctorado puedes presentarte, puedes pelearlo, pero puede pasar. Pero de ahí para adelante, casi que acceder a una beca posdoctoral es muy difícil y con la pandemia yo creo que peor. Van a ser menos cupos y la prioridad va a ser los argentinos. Yo quisiera continuar con mis estudios y hacer un posdoctorado, pero sé que las oportunidades de investigación son difíciles para los extranjeros, así que, creo que debo buscar un trabajo privado en el que pueda seguir investigando, pero tenga una estabilidad laboral.



**TERCERA PARTE**  
**FRAGMENTOS DE UN DIARIO**





## Un diario en pandemia

Esta caracterización de un diario íntimo o personal permite, por un lado, dar cuenta de algunas de las propiedades del diario como género literario y estrategia investigativa y, por otro lado, poner en evidencia algunos registros del primer año de la pandemia en la profundidad del mundo social colombiano y particularmente bogotano. El diario que aquí vamos a analizar se levantó en un cuaderno de notas de 22 x 14 centímetros en hojas de papel periódico con tapa dura. El diario tiene 97 folios diligenciados por las dos caras. La fecha de inicio del diario es el viernes 6 de marzo del 2020, día en el cual se registró el primer caso de infección por coronavirus en el país; fue diligenciado, sin interrupción, durante 364 días, hasta el viernes 5 de marzo del 2021, día en el cual efectivamente se acentuó el descenso de casos de infección en el país, tendencia que se mantuvo hasta la última semana de ese mismo mes, luego de lo cual se dispararon nuevamente los casos para dar principio al pico más catastrófico de la pandemia. El aniversario del inicio de la pandemia, el descenso de los casos y la reactivación de las actividades económicas y sociales ciertamente motivaron al diarista a abandonar la rutina.

La relación de los primeros días adolece de estructura, así como de ritmo: se ponen informaciones sueltas o impresiones personales sin mayor orden ni pretensión. Esta relación tiende a ganar estructura y ritmo a partir de la segunda o tercera semana, es decir, cuando el confinamiento obligatorio ha entrado con todo su rigor —la rutinización de la vida efectivamente coloniza al diario—. La estructura básica o habitual de la relación diaria será desde entonces, primero, una caracterización de las actividades corrientes del día, una impresión rápida de las noticias más importantes del país o de la ciudad, una transcripción de las cifras de la pandemia en extremo precisas y un comentario suelto. A veces la relación toma esta misma secuencia u orden, a veces la cambia, pero los cuatro momentos tienden a estar presentes con regularidad. En los días en los cuales hubo un hecho excepcional para la vida cotidiana, como salir a la calle en medio del confinamiento más estricto, realizar alguna diligencia en un lugar específico en medio de las primeras



reactivaciones o conocer de algún impase entre familiares o amigos por cuenta del coronavirus, la estructura de exposición cambia: se hace una caracterización por lo general detallada del hecho excepcional en cuestión, sacrificando el resto de los elementos.

- 6 de marzo. Hay se ha reportado el primer caso de la epidemia de coronavirus en Colombia. Como estaba previsto, el portador es alguien que llegó hace pocos días de Europa. Hubo cierto revuelo por la noticia, sobre todo por el despliegue de los medios. A las pocas horas en la calle ya se pretendía un claro exorcismo: los vengolamos. La xenofobia está a la orden del día en el país.
- Para colmo, el cure de Bogotá está viciado. La alcaldía dispuso medida de piso y placa para todo el fin de semana. En la tarde esta noticia reemplazó al contagio. Y a esta la reemplazó un nuevo, pero un jué d'ito, escándalo político.
- 7 de marzo. Hay hubo mucho despliegue en torno a medidas de prevención frente al virus. La gente en lo toma aún con demasiada preocupación, está más preocupada o erizada con el escándalo de la compra de votos para la elección presidencial. La política nos tiene conseruida la existencia y es difícil que ningún tema, ni siquiera la epidemia, se trancie por fuera de ella, de lo que hemos hecho de ella, un triste espectáculo de señalamientos, rindicaciones, calumnias, y ofensas. Los políticos nos han robado hasta la compasión.
- 8 de marzo. Una celebración en familia de cumpleaños. He estado muy feliz, aunque veo en algunos una expresión preocupada. No son días fáciles en el país ni para muchos, porque aquí hay una crisis económica encubierta en una cifra de crecimiento ophiuista. Lo cierto es que la educación está empezando a sentir el temezón.



cauta, pero la mayoría con una que amota: como si ocultara algo o como si temiera lo peor. Los asesores en comunicación no le ayudan y la prensa mucho menos. Confiar en que sea solo su absoluta inexperiencia y no el reflejo de quien se sabe ante una catástrofe.

Mucho silencio. Todo el mundo duerme o se retira temprano. Empezó una semana tonta de auténtico recogimiento.

6 de abril. Primer mes de pandemia en Colombia.

Ahora los registros muestran 1485 contagios y 35 muertes. Pero para muchos este es apenas un registro parcial, cosa evidente, y lo añaden como escabrimiento, cosa que en lo es tanto. Simplemente una pandemia no se puede registrar al instante en todos y cada uno de sus casos, menos en estos países pobres con comunicaciones precarias, sistemas de salud frágiles y personas reacias a obtener la información que garantiza diagnósticos, acciones o intervenciones.

A las 8 a.m. me fui a hacer mercado. Las medidas de prevención al dedillo: ropa lista para evitar el contacto con botillos o paraguas, tapabocas, un cuello de invierno, gafas y unos tenis prácticos de lavar al regreso. Salgo por la

supermercado

bajo por ahí hasta el

En las afueras de los edificios las señoras del alto lavan con dedicación las fachadas y las escaleras. Como es costumbre, las gaitas parecen penas, de las pocas eximidas de guardar confinamiento absoluto (aunque el paseo no puede durar más de 20 minutos, que obviamente no hay cómo controlar)

6 de abril del 2020

Los registros de los primeros días son, ante todo, de carácter informativo, bastante panorámicos, con una presencia apenas tímida del yo, salvo en una o dos circunstancias en las que se refieren los más recientes encuentros con familiares



y próximos. El diario se centra bastante más en las coyunturas del país o de la ciudad, entre ellas, el escándalo que ronda desde tiempos atrás la financiación de la campaña presidencial del 2018. Aunque la epidemia es el acontecimiento que motiva el inicio del diario, esta todavía no se materializa en la vida cotidiana, sino como pretexto para hablar de los mismos temas de siempre. El 7 de marzo se lee: “La política nos tiene consumida la existencia y es difícil que ningún tema, ni siquiera la epidemia, se tramite por fuera de ella”. En este momento el diario pareciera querer asociar o juntar todo con el coronavirus: la corrupción política, la corrupción del aire en la ciudad, la corrupción sanitaria por el virus. La epidemia, si se quiere, es solo un elemento más de un paisaje de contradicciones o, también, la metáfora para señalar el comportamiento del conjunto de contradicciones que agobian al país: estamos devorados por la plaga.

A partir de la segunda semana la epidemia gana más relevancia en el diario, sobre todo desde el 11 de marzo, cuando se refiere que la Organización Mundial de la Salud (OMS) ha declarado formalmente que ella ha evolucionado a la condición de pandemia. Es entonces cuando empiezan a aparecer en el diario los primeros relatos sobre gente familiar o próxima que cree estar contagiada por el virus, así como las medidas de emergencia que la familia proyecta ante un pariente contagiado. Por ejemplo, sobre una alarma de contagio en el trabajo por un familiar, el diario reza: “Ante la eventualidad [de que estuviera contagiado], le propuse [a un pariente que vive en otra ciudad] que se fuera a un hotel y se aislara mientras sabemos qué le dicen al presunto [compañero de trabajo] contagiado”. Las primeras reflexiones sobre el impacto de la pandemia, sobre la catástrofe sanitaria que ella entraña, aparecen a propósito de las noticias de Europa, en particular de Italia. Días después el diario irá recogiendo los respectivos focos de la pandemia hasta llegar a Guayaquil, el más próximo a Bogotá, que despierta todos los temores.

Hasta la segunda semana todo en el diario se cuenta en días: quinto día después del primer caso o décimo día de la tragedia —pareciera que no existe claridad aún de si la epidemia se retirará de un momento a otro o si ingenuamente se cree que continuará su curso hacia otros países—. A partir de la tercera semana hay una progresión en las reflexiones sobre el carácter de la enfermedad, estas vierten hacia el diario informaciones cada vez más especializadas ofrecidas por los medios. Para el día 16 de marzo, se lee: “El aire de la ciudad sigue en pésima condición. El anuncio del Gobierno [¿un confinamiento?] causó un remezón sin antecedente en tiempos recientes, más aún, porque trajo la exhortación con tonos obligantes de que quienes puedan permanezcan en su casa. Moverse es facilitarle las cosas a un virus altamente contagioso que puede ser letal en ancianos o en gente con antecedentes médicos diversos, que incluyen desde la hipertensión hasta la diabetes”. Todavía, claro está, no hay apropiación de los términos médicos, jurídicos, policiales o políticos que se instalarán con el curso de los días.

El 18 de marzo marca un momento definitivo en el diario: la declaratoria de emergencia nacional afecta ostensiblemente la narración del diario: “Ahora pienso en



mi mamá. Por su edad debe acatar el confinamiento que impuso el Gobierno a los mayores de 70. Yo la llamé. No se ve especialmente preocupada. No sé si es porque le teme a la letalidad de la pandemia o si es que al caso una infancia en las orillas del Magdalena la hubiera acostumbrado al espíritu de las pestes, a sus brotes y sus picos, a sus exacerbaciones o languideces. Cuando menos un hermano de ella se fue en uno de esos brotes epidémicos de medio siglo, creo que fue un tifo exantemático”. El diario va perdiendo los contornos que le entregaban exclusivamente los medios de comunicación a la pandemia para adquirir los que le confiere la realidad más inmediata. Ahora, si algo instala la inminencia de la pandemia fue el anuncio del toque de queda que dio inicio al confinamiento simulacro dispuesto para Bogotá. El 20 de marzo se lee: “A la media noche empezó el toque de queda (locución militar) de un simulacro (locución teatral) de una cuarentena (locución médica). Un teatro de medicina militar. Nada más y nada menos”. Las reflexiones sobre los familiares y más próximos aumentan. El diario deja percibir temor e incertidumbre.

Los primeros días del confinamiento simulacro, cuando todavía la plaga no muestra toda su letalidad, se ven con algo de novedad, como una cosa inédita, que pareciera conminar a apreciar lo más inmediato con nuevos ojos. Para el 21 de marzo, se lee: “En medio de la angustia que se siente hay algo maravilloso. Hay otros sonidos en el ambiente. Al amanecer se escuchan más pájaros, menos motocicletas y carros. Hay un rumor tenue, algo solemne. Abriendo la mañana no hay sonidos distintos a la gente en su casa. Luego alguien interpreta una pieza en un piano y luego otro una en un violín”. Luego viene una alusión a otro tiempo, a otro lugar extinto, a un paisaje desaparecido, quizá a la infancia o a la provincia original. Pero las cosas cambian cuando se advierte que al confinamiento simulacro le sucederá una declaratoria de confinamiento estricto e implacable en principio de semanas. El diario se torna sensacionalista.

La Semana Santa afecta sustancialmente la narración y la reflexión sobre lo narrado: las imágenes de las iglesias y plazas desoladas, la estampa de la plaza de San Pedro dominada por una cruz padeciente, inducen en el diario una serie de reflexiones sobre la espiritualidad y la muerte. En la entrada del 27 de marzo, se lee: “[...] La soledad más solemne, también la más escalofriante, de la plaza de San Pedro. Si hacía falta algo para esculpirle un aura de apocalipsis a los acontecimientos era ver al papa frente al silencio absoluto de un mundo desocupado”. Se desprenden de allí toda una serie de recuerdos acompañados de reflexiones algo trascendentales, aunque no bien escritas, a veces bastante incomprensibles. El diario adquiere tonos menos descriptivos, más reflexivos, menos claros. Sin duda, más sinceros, como quiera que parecen preferir la emoción bruta o la afectación inmediata, aunque ella no tenga forma de ser bien traducida en el escrito.

De cualquier manera, poco a poco, el diario por fin se instala en las rutinas de la cotidianidad inmediata: “Va a empezar un fin de semana. Sin duda esto le resta ansiedad o aminora la carga de la cuarentena. Pareciera hacerla algo más



llevadera”. En la entrada del 28 de marzo, se lee: “Un sábado en la mañana para arreglar el apartamento, para distraer con algo de orden estos días de tanta inquietud. Afuera se ven los vecinos, creo que en las mismas faenas [...] En la tarde llegó el mercado de plaza y con el que hicimos a media semana, también a domicilio, creo que estamos abastecidos por unos buenos días. Y así es la mejor opción. Los supermercados apenas en estos últimos días han tomado medidas de precaución para regular el flujo de compradores en su interior. Todavía se ven filas, congestiones, tropezones, más en unos sectores de la ciudad que en otros”. Ahí mismo aparecen las primeras alusiones al trabajo o, mejor, al teletrabajo, que serán constantes, pero repetitivas: levantarse, prender el computador, preparar el material, reunirse. Una queja allí, otra allá. El diario se ha tornado bastante personal.

A comienzos de abril, el diario registra una salida para hacer mercado, la primera luego de casi tres semanas de confinamiento. La novedad de salir a la ciudad queda registrada con exceso de detalles. En el comienzo de la relación de este día, se lee: “6 de abril. [...] A las 8 a. m. me fui a hacer mercado. Las medidas de prevención al dedillo: ropa lista para evitar el enredo con bolsillos y paraguas, tapabocas, un cuello de invierno, gafas y unos tenis prácticos de lavar al regreso [...]” También aparece una primera descripción de la ciudad en cuarentena: “La [avenida] está bastante desocupada. Solo pasan algunos buses, algunos vehículos particulares exentos de restricción y por un carril preferencial escasos ciclistas. Entre los separadores una persona en situación de indigencia juega con un tapabocas con sobre uso”. El diario es insistente en que la ciudad se muestra desocupada.

A medida que avanza el confinamiento obligatorio, que las noticias se tornan más catastróficas, también comienzan las confesiones más personales: “7 de abril. La noche estuvo enmarcada en una fuerte lluvia con vientos muy fuertes. Los vientos hacían cimbrar los vidrios de las ventanas y hacían mover con fuerza las ramas de los árboles del frente. Un pequeño escenario para profundizar las ansiedades y los miedos”. El diario comienza desde entonces a referir conversaciones telefónicas con parientes y próximos, los temores que todos guardan, las recomendaciones que también todos se hacen. Comienza también una relación cada vez más pormenorizada de sueños. En este sentido, mientras la rutina se torna repetitiva, la introspección aumenta en detalles y matices.

A partir del 16 de abril, el diario comienza a introducir de manera sistemática los reportes diarios del Ministerio de Salud sobre el coronavirus: para este día se refieren 3439 contagios y 153 muertes. En principio parece simplemente un dato más para registrar en la cotidianidad, aunque en algunos momentos se evidencia que este también juega como recurso de documentación de la pandemia, de su comportamiento y, sobre todo, de las reacciones que este suscita. Hay días, no obstante, en los que las cifras parecen un simple mecanicismo sobre el diario: siempre se deben consignar. También se van dibujando desde entonces con más detalles los dramas cada vez más evidentes que se viven en diferentes sectores de la ciudad por cuenta de un confinamiento obligatorio que afectó especialmente a



familias que dependían de la calle, que no tenían ningún recurso para vivir, que no recibían las ayudas prometidas por el Gobierno nacional y distrital y que estaban empezando a manifestarse en contra de las medidas adoptadas: “La ruina amenaza a los sectores más informales, pero también a los más *freelance* (que es el nombre que recibe la informalidad en las clases altas)”.

Entre finales de abril y comienzos de mayo empiezan problemas agudos de sueño, que el diarista consigna con preocupación, enojo o angustia, también con un deseo de romper la rutina que reduce la actividad física. Cualquier diligencia que pueda ayudar a evadir, así sea provisionalmente el confinamiento, es bienvenida. El 7 de mayo esta diligencia urgente es a la notaría: “Una vez en la notaría una escena como de la vida extraterrestre. Atuendos de enfermería, controles como de laboratorio de seres experimentales, cuidados en extremo. [Para empezar] la toma de temperatura, el *spray* de alcohol en las manos, los pies en la bandeja con alguna solución desinfectante [...]. A la salida la cola en el cajero. Muchos ancianos, la mayoría al parecer cobrando una pensión que nadie ha consignado. Algunos se muestran con preocupación o indignación”. No es para menos: la COVID es particularmente agresiva con los mayores de 70 años. El diario consigna su indignación. Él es un medio para plasmar las rabias, las resignaciones.



Público Provincial, que está exigiendo ayudas en medio de una crisis en la cual ya no hay pasajeros. Bajando el espacio vuelve al menudeo, a la escasez, a la soledad de cuadro en cuadro por los muchos negocios cerrados. Muchos medio abiertos ofreciendo rebajas, ofertas y domicilios. Los vendedores intentan sortear la ausencia de clientes con promociones al menudeo, al pago diferido, al crédito. Pero no hay quien compre, salvo en las cafeterías con sus ventas de burruelos y panderones.

Una vez en la rotación una escuela como de la vida extraterrestre. Albedos de enfermería, centros como de laboratorio de seres experimentales, cuidados en extremo. De entrada la toma de temperatura, el spray de alcohol en las manos, los pies en la bañera con alguna solución desinfectante. No parecía la escritura de un apartamento, sino el check-in a Marte. Luego al interior, bajo la mirada de la encargada de "sanitizar" el lugar.

Al la salida la cola en el cajero. Muchos ancianos, la mayoría al parecer cobrando una pensión que nadie les consignado. Algunos se muestran tan preocupados o indignados, como si el covid se pudiera llevar entre sus pies la mesada.

De regreso un pequeño mercado

Solo lumbres, medidas extremas, como si cada libra de chocolate tuviera un kilo de pasterita. Cada cual compra con lista, como si se obedeciera un dictado o se pretendiera solo llevar lo indispensable.



- 11 de junio. Hay días que un retrato es suficiente para saber cuánto ha cambiado el mundo, o la vida. Días aquellos, qué días aquellos? Todo por una sonrisa, un beso.
- 12 de junio. Una mañana de mucho trabajo. Luego una salida obligatorio a la calle para una diligencia de urgencia en el banco. Una ciudad que en medio del aumento de la peste tiene mucha gente en la calle. Hay muchos local comercial abierto, sobre todo el más pequeño, también el de cosas nuevas, esenciales, donde la única actividad que se advierte es el simulacro del protocolo de seguridad. Se ve más gente operando, pero muy pocos clientes. El banco estaba inusualmente desocupado, con un celador atento a exigir el cumplimiento de las distancias. A medio día empezó una lluvia muy rosa. El ambiente de la ciudad es algo triste, como si la mayoría quisiera imprimirle una vida que no tiene o que no tiene cómo tener. Se ve que la mayor parte de la gente que está afuera es la que ocupa el lugar más lejano o mediato de la economía, porque básicamente están a la espera de un otro que no llega. En la estación de servicio de gasolina me detuve a tanquear. Mucho protocolo de bioseguridad, pero sobre todo muchas operas para poner cuidar carros que llevan mercancías detenidos en sus parqueaderos. De regreso la lluvia retrasa para darle paso a que se les de empezar la tarde que pone la ciudad a dar a guardado. Es un paisaje triste.

11 de junio del 2020

219

Con el curso de las semanas y los meses las rutinas propias y las de los vecinos se instalan idénticas, repetitivas hasta en sus más mínimos detalles, pero, aun así, el diario las describe una y otra vez, a veces de modo telegráfico, en buena medida porque durante mucho tiempo las únicas cosas que pasan en vivo y en directo son esas. Lo excepcional no está sucediendo allí. Cualquier evento raro o novedoso, por mínimo que sea, concita la atención. Tan así es que el 4 de junio, luego de referir el rescate de un gato atrapado en un árbol que despertó la atención del



vecindario en las ventanas, se lee en el diario: “El encierro nos devuelve a lo más elemental, el acontecimiento en sus formas más menudas e incluso banales”. Por eso mismo, cada salida a la calle a cualquier diligencia trae consigo un ánimo de escribir en el diario, de presentar lo que está sucediendo más allá de la ventana, de dejar escrita esa experiencia inédita del barrio desolado, de la ciudad desmantelada. El 5 de junio se lee: “Me bastó asomarme a las calles más inmediatas para percatarme de que el cierre que muchos negocios creyeron temporal es definitivo. No hubo modo de resistir arriendos, nóminas ni proveedores sin tener caja”.

Para junio, a medida que el confinamiento obligatorio se torna cada vez más insostenible, sobre todo para las mayorías de gentes en la informalidad o en el subempleo, las salidas a la calle se vuelven más frecuentes. El 12 de junio se leía: “Una mañana de mucho trabajo. Luego una salida obligatoria a la calle para una diligencia de urgencia en el banco. Una ciudad que en medio del aumento de la peste tiene a mucha gente en la calle. Hay mucho local comercial abierto, sobre todo el más pequeño, también el de las cosas menos esenciales, donde la única actividad que se advierte es el simulacro del protocolo de seguridad. Se ve más gente operando que clientes”. Para el 16 de junio se refiere la posibilidad de que se levante cuando menos parcialmente el confinamiento. El 18 de junio, una nueva salida en medio de la apertura progresiva del comercio permite consignar lo siguiente: “En las calles es muy difícil encontrar alguien que no tenga tapabocas. Pero en general hay muy poca atención a la distancia física”. Un tema que se tornará frecuente en el diario serán las diatribas contra las impericias del Gobierno y las imprudencias de la gente.



- 11 de julio. El breve despertar del sol fue seguido de una mañana gris y una tarde de lluvia. Como todo, los sábados es el día de los oficios generales en el apartamento, una rutina de consciencia que prácticamente acaba los últimos verbos de fortaleza de la semana. Lo único bueno es que garantiza cuando menos desprenderse del computador, el equipo imprescindible de estos tiempos y de estas semanas.
- 12 de julio. Domingo en la mañana, la misma escena frente a mi ventana: una pareja hace ejercicio sobre la exclusiva rampa que permite ingresar a los parqueaderos del edificio del frente. Es una rutina de cada ocho días, ella muy distinguida, esbelta; detrás de ella él, algo más descuidado. Solo miran al frente mientras esquivan a uno que otro paseante y a los carros que rullean. En la tarde como siempre las cifras: 145.362 contagios, 61186 recuperados, 5.119 muertos.
- 13 de julio. Una mañana de trabajo en clase, un algo de consciencia. En la tarde las noticias dicen que el Ministerio de Educación no abrirá instituciones educativas públicas hasta el año 2021. Muchas instituciones privadas quedan en terreno. Ni se abren las públicas es muy probable que los padres de las privadas decidan sus caminos por a sus hijos. Puede ser una crisis de trabajo laboral. Las cifras dicen que hay hoy 154.277 contagios, 5455 muertos y 65.809 recuperados.
- 14 de julio. Cuando la gente no tiene nada que hacer vive que uno tiempo. Hay una cantidad de medidas que no permiten avanzar en lo realmente importante. Y esto se puede poner peor si la incertidumbre sigue a la gente

11 de julio del 2020



• 8 de agosto. Como cada sábado día de hacer oficio, de arreglar el apartamento. Afuera un buen día, algo soleado, silencioso, hasta promediando la tarde.

• Entonces se empiezan a escuchar los serenateos que empiezan sus tonadas en la mitad de la calle esperando que las guitas de los edificios o los transeúntes les colaboren con algo, en especie o en dinero. Estas serenatas evidencian a un sector artístico bastante informal, sin garantía alguna, que sufre este confinamiento por carencia de manera dramática. Es una puesta en escena llena de melancolía: músicos de los más diversos géneros (truchera, vallenato, bolero, etc), con sus mejores atavíos, en la mitad de calles solitarias, cantando festivos, a unas guitas confiadas envueltas en el panno, la abulia, la pereza. No faltan los extremadamente extrovertidos que encuentran en el episodio un motivo de fiesta, como tampoco los que salen a exigir tranquilidad y silencio. Como sea, es un espectáculo que hace los días contados. Harán falta muchos meses para que las reuniones de serenateos tengan chance.

• Las cifras: 376.870 contagiados, 204.591 recuperados, 12.540 muertos. Aunque ayer el DANE dijo que hay 3000 muertos que no se han confirmado se causa de deceso y parece que lo más probable es que haya sido por coronavirus. Los registros de una pandemia aquí pueden llegar a extremos de...

8 de agosto del 2020



En el transcurso de los meses las alusiones al trabajo lo muestran cada vez más tedioso, invasivo, en unos momentos por el aumento de los compromisos y las obligaciones, en otros porque las mediaciones para el trabajo son las mismas que se disponen para las reuniones familiares o para la entretención, como quiera que todas tienen en común el computador y las plataformas de comunicación remota tipo Meet y Zoom. Para el 7 de julio, se lee: "Una mañana medio gris, medio iluminada. Un día entero pegado a este computador en actividades virtuales. En este

día se entiende que lo virtual está creando un mundo paralelo, con relaciones, vínculos y compromisos que nunca han tenido en medio un solo contacto cara a cara”. No faltan, claro está, las reflexiones recurrentes sobre los riesgos que rondan el trabajo de parientes y próximos.

El diario se normaliza en las rutinas de la casa y el trabajo remoto, a las que apenas cita de manera rápida, suponiendo que en ellas siempre sucede lo mismo: “hicimos oficio”, “me levanté temprano a trabajar”, “día de ir hasta”. No obstante, en medio de la rutina, cada cierto día en el diario también se deja sentir el efecto de los anuncios gubernamentales. En la entrada del 24 de julio, se lee: “Las cifras de contagio y las muertes han llevado a las autoridades a señalar que estas pueden ser las seis semanas más terribles de la historia de la ciudad. Y ese solo anuncio intimida, más aún, cuando se ven las imágenes de los hospitales y las clínicas [...] Al mismo tiempo, en medio de tan terribles anuncios, el aturdimiento de la gente ante la situación económica”. El 27 de julio, a pesar de los acontecimientos trágicos de una pandemia desatada, se refiere en el diario la terminación de la cuarentena estricta. La gente comienza a salir de manera más regular a las calles.

A medida que hay mayor movilidad, que se rompe el confinamiento, el diario se pliega un tanto más a los detalles de la calle. El 8 de agosto se lee: “Afuera un buen día, algo soleado, silencio, hasta promediando la tarde. Entonces se empiezan a escuchar los serenateros que empiezan sus tonadas en la mitad de la calle esperando que las gentes de los edificios o los transeúntes les colaboren con algo, en especie o en dinero. Estas serenatas evidencian a un sector artístico bastante informal, sin garantía alguna, que sufre este confinamiento por cuarentena de manera dramática. Es una puesta en escena llena de melancolía: músicos de los más diversos géneros (ranchera, boleto, vallenato, etc.), con sus mejores atavíos, en la mitad de calles solitarias, cantando festivos, a unas gentes confinadas envueltas en el pasmo, la abulia, la pereza. No faltan los [vecinos] extremadamente extrovertidos que encuentran en el episodio un motivo de fiesta, como tampoco los que salen a exigir tranquilidad y silencio. Como sea, es un espectáculo que tiene los días contados”.



- 9 de septiembre. Día de cine. Con todo el día, luego de una noche en la que pude dormir de corrido, como había varias que me quedaba. Mientras tanto la ciudad en indignación por un crudo episodio de violencia policial. Los cifras, nos dicen, caen de a poco, pero caen. 686.854 contagios, 552.885 recuperados, 22.053 muertes. Las proyecciones apuntan que para final de año pueden ser 46.000, de lejos muestra peor tragedia, recuperando la violencia. Hay un cierto ambiente rabioso nutrido por todo y por todos.
- 10 de septiembre. Una noche de estallido social terrible: el asesinato aleve de un civil por parte de la policía ha desatado una escalada de protestas bastante exigidas que han desembocado en amenazas, incendios, muertos y heridos. No se sabe si es solo una reacción al hecho, una suerte de reencuentro de las intensas movilizaciones del año pasado o una escalada del descontento luego de cinco meses, casi seis, de confinamiento, hambre, desempleo, destrucción de garantías sociales, erosión de derechos y física estupidéz gubernamental. Como sea, el ambiente está muy caldeado. Entre muchos hay un odio patente a la policía, siempre tan obtuso e indiferente con las exigencias de la ciudadanía. Se iniciaron 18 CAS y se esperan más de 20. Y la situación amenaza con seguir hoy (de pronto los días siguientes). Es una expresión más de esta captura.



da crisis de los lugares públicos, la responsabilidad de afiliarse irrevocablemente a una ideología, esta situación que la gente se afilia alrededor del odio. La situación concierne más esta situación de la incredulidad a la rabia. El desahucio se ve venir más temprano que tarde. Que peligro.

• 31 de octubre. Un día de brujas en medio de una pandemia en la que no todos creen. Las calles algo festivas, con gente en la calle, algunos niños y jóvenes disfrutando, en algunos lugares un algo de bullicio. Como todo en este año a medio hacer, con miedo, también con algo de resignación. No se ve mucho disfrute de la muerte, como si en algo se le temiera a esa más cura festiva. Mientras, en el silencio, en la lejanía, acompañando a aquellos que respiran estas noches con sus papas en UCI. Mucha esperanza. Y mis rabias con las irresponsabilidades de mi mamá, que tiene todas las condiciones para resguardarse, pero que no deja de exponerse. Los cifras son brutales, con estos desprecios: 1.074.184 contagiados, 469.230 recuperados, 31.134 fallecidos. Mientras esto escribo, se oye el beep de la poltrona, una que otra pito. Me siento algo triste el día de hoy.

• 1 de noviembre. Hoy es un día de mucho trabajo. Me llamo a para subrayar de mi vida, de mi

31 de octubre del 2020

225

Para el 27 de agosto el diario refiere el comienzo de lo que los Gobiernos nacional y distrital, con sus publicistas, denominaron “la nueva normalidad”. Para el 29 de agosto, el diario dice: “Aunque parecía un sábado normal, en algunos sitios, como la veterinaria, había algo de congestión. En algunas calles mucha policía poniendo partes, como si estuviera la autoridad urgida de corregir. En algunos momentos se siente un aire de normalidad, pero en otros regresan las realidades de un virus que está en su momento más terrible. Supongo que de eso se trata



ahora: vivir dentro de la inminencia normal de un riesgo sanitario. Tratar de seguir las rutinas dentro de un protocolo que puede tornarse obsesivo. Afuera, mientras tanto, hay mucha expectativa. Todos quieren la vida que había, por difícil que fuera. Como si la pandemia fuera el soplo de conformismo de un país de irresolubles inequidades”. Para el 1 de septiembre, con unas rutinas tan intactas, incluso las del contagio y las de la muerte, aparece en el diario la necesidad de acometer su cierre: “No sabemos cuándo cerrar un diario”.

En medio de este retorno a “la nueva normalidad”, el diario incorpora descripciones de paisajes urbanos, como buscando reconstruir qué sucedió con la ciudad luego de meses donde muchos, la mayoría, queriéndolo o no, permanecieron en el encierro. En la entrada del 4 de septiembre se lee: “Hay una especie de ciudad a pedazos. Mientras me muevo por algunos sectores, como el Centro, Quesada, Galerías o el 7 de agosto, pareciera la ciudad de siempre. Pero cuando se avanza por la 72 al oriente, Chapinero, Rosales, pareciera una ciudad a medio despertar. Lo demás tiene el silencio de la ruina o la pobreza. La pandemia sigue dejando a su paso la desnudez abierta de una sociedad absolutamente frágil”.

Para el día 10 de septiembre, el diario registra la noche catastrófica que acaba de vivir la ciudad: “Una noche de estallido social terrible: el asesinato alevé de un civil por parte de la policía ha desatado una escalada de protestas bastante enérgicas que han desembocado en asonadas, incendios, muertos y heridos. No se sabe si es solo una reacción al evento, un renacimiento de las intensas movilizaciones del año pasado o una escalada del descontento luego de cinco meses, casi seis, de confinamiento, hambre, desempleo, destrucción de garantías sociales, erosión de derechos y física estupidez gubernamental. Como sea, el ambiente está muy caldeado”. El día 12 de septiembre se lee: “Hay días que parecen de otra vida, como de otra existencia”. El 21 de septiembre el diario refiere el día del paro nacional, que terminó en disturbios de manifestantes con la policía. Los problemas de sueño vuelven, se agudizan.



a Camila  
ritual a veces  
es la noche el homenaje  
de la  
Discursos, reacciones, algo de música.  
Luego a dormir. Una semana a todo full,  
mucho trabajo.

• 28 de noviembre. El día amaneció con algo de  
sol, un respiro para la crudeza de este invierno.  
En el parque hay mucha gente haciendo  
deporte, también algunas reuniones familiares,  
reuniones fiestas infantiles. Aunque en general  
hay disciplina en el uso del tapabocas y en el  
cumplimiento de la distancia entre personas resultan  
inevitables en algunos momentos las  
aglomeraciones. En el deporte, en la actividad física,  
mucho deseo de romper con el sedentarismo, de  
recuperar forma, pero también de destruir las  
preocupaciones. En los rostros todos tenemos  
algo de miedo.

En la tarde de nuevo aparece el aguacero, la  
lluvia, que se posa con el mismo ritmo durante  
horas. En las inmediaciones de la 53 la  
feria navideña está abarrotada de compradores,  
aunque la lluvia, las luces a medio encender,  
los tapabocas y la desbordada eudemonia en  
cada esquina. La lluvia de un dejo de  
tristeza profunda.

Aunque la pandemia se refuerza cada vez más  
entre tantas noticias, ella sigue ahí. Los  
contagios a veces caen, a veces repuntan.  
Hasta hoy se cuentan 1'249.613 contagios,  
1197.204 recuperados, 36.401 muertos.

28 de noviembre del 2020



• 29 de diciembre. Trabajamos en la mañana con  
 siempre con máxima seguridad, pues  
 hoy se ha reconfirmado que estamos en el  
 segundo pico de la pandemia. El contagio  
 va en aumento, aunque las fiestas navideñas  
 lo cubren todo.

• 30 de diciembre. Un día algo gris, también un  
 tanto melancólico. Muy temprano vi por los  
 estados del Whatsapp que había muerto la  
 hermana de un amigo. No es muy claro qué  
 se hace en estas circunstancias. Los funeraños  
 están abiertos, sujetos a medidas de higiene,  
 pero con uadis, rano pancutes o allegados de  
 un difunto, se abre a consumir. No solo  
 porque puede haber aglomeración, mas porque  
 nos arroja a la cara la inminencia de la  
 muerte. Una funeraria vista hasta el  
 más sano.

Los rituales funerarios durante la pandemia se  
 restringieron, reducidos al protocolo hospitalario  
 sanitario, donde el despojo mortal es materia  
 altamente contingente. La familia es una  
 simple espectadora del tránsito doloroso, de  
 su propio duelo. Claro, los cuerdos están  
 ahí para todos. El tema amista. No  
 hace un año dejar de pensar en los  
 más cercanos. El panorama ciertamente  
 avista.

29 de diciembre del 2020



En medio de “la nueva normalidad”, llegó el 31 de octubre, el día de las brujas: “Un día de brujas en medio de una pandemia en la que no todos creen. Las calles algo festivas, con gente en la calle, algunos con niños y jóvenes disfrazados, en algunos lugares con algo de bullicio. Como todo en este año a medio hacer, con miedo, también con dejos de resignación”. Poco a poco empieza el eclipse de este 2020, los meses últimos se perciben como un respiro ante tanta adversidad, como un

momento de alegría. En noviembre empieza una sucesión rápida de días de los que apenas se dice algo, hay un cierto desinterés, también hay algo de agotamiento. A más salidas a “la nueva normalidad” menos intimidad con el diario, también menos rigor en las descripciones. El día 28 de noviembre se refiere una salida al parque Simón Bolívar: “Mucha gente haciendo deporte, también algunas reuniones familiares, incluidas fiestas infantiles. Aunque en general hay disciplina en el uso del tapabocas y en el manejo de la distancia entre personas, resultan inevitables en algún momento las aglomeraciones”. El 1 de diciembre empieza por tercera vez la Navidad, pero la tranquilidad queda de nuevo en suspenso. El 15 de diciembre se lee: “El contagio está en aumento y se oye de nuevas medidas: prohibición de venta de licor luego de las diez de la noche y exhortaciones quienes deseen ver a sus familiares en Noche Buena que se sometan a una cuarentena voluntaria de ocho días”. Un nuevo pico de contagios se asoma a partir del 17 de diciembre. Esa noche también el Gobierno informa que adquirió 40 millones de dosis para inocular a 20 millones de personas.

A pesar del aumento de contagios, hay cada vez más resistencia a acatar las normas de bioseguridad como portar bien el tapabocas o guardar la distancia física. En la entrada del día 20 de diciembre, el diario refiere: “Cada vez más la gente reacciona brutalmente a la solicitud de que se ponga el tapabocas, de que evite hablar en lugares cerrados o de que guarde distancia. Para esconder su imbecilidad prefiere actuar con alevosía. Lo pude ver hace algunos días”. El 31 de diciembre de acaba el 2020: “Es noche. Mucha pólvora (aunque está prohibida), también muchas fiestas [...]. Pueden ser familias enteras, también gente sola queriendo distraer el aburrimiento”.

No obstante, apenas transcurrida la primera semana del nuevo año, 2021, se anuncia un regreso al confinamiento por cuenta de una disparada letal en los contagios y en las muertes: “7 de enero. Volvemos al punto inicial. Por la escalada de contagios comienza a medianoche una nueva cuarentena para toda la ciudad hasta el próximo martes y se inician nuevas cuarentenas estrictas por localidad. Las gentes tienen distintas reacciones: unas de temor, por la propagación del virus y el colapso de las UCI, en casi toda la ciudad; otras de rabia, porque vuelve el drama económico; otras más de molestia, porque los anuncios los hace la alcaldesa luego de regresar de vacaciones”. Como diez meses atrás, confinamiento estricto por pandemia.

El 9 de enero se lee: “De nuevo en estos sábados silenciosos, como al comienzo del primer confinamiento, como dispuestos a asumir sin resistencias las restricciones que están por venir, que serán muchas, porque la escalada de contagios asusta tanto como las insolvencias del sistema [de salud] [...] Preocupa mucho el regreso del puente [festivo], que implica el ingreso de casi un millón de personas a la ciudad, con actividades turísticas sin mayor precaución, con contactos indiscriminados e incluso hacinamientos en provincias que en su mayoría han sido bastante laxas con las medidas de bioseguridad”. A medida que pasan los días, que



el pico se dispara, aumentan las incertidumbres, sobre todo porque aumentan los contagios, las enfermedades y hasta la muerte de personas cercanas. En la entrada del 4 de febrero se lee: “Hoy asistí a la eucaristía por la muerte del papá [de un amigo]”. El diario, recoge de nuevo parte del espíritu de los primeros meses, bastante menos episódico, más reflexivo, recogiendo desde las conversaciones cómo se termina en una unidad de cuidados intensivos, cómo es vivir el drama diario del hospitalizado, el anuncio terrible de la muerte y el duelo de las despedidas de una pandemia que, como otras en el pasado, no dejó espacio para un auténtico ritual de paso para los muertos.

A medida que se aproxima el primer aniversario del comienzo de la pandemia en el país el diario mostraba señales francas de agotamiento. El 3 de marzo el diario dice: “Aunque la pandemia no se ha ido, aunque hay un leve repunte de casos, las encuestas o sondeos más recientes muestran que las gentes tienen unas preocupaciones más importantes, como las relacionadas con el empleo, el ingreso y la seguridad. Definitivamente estamos en otro plan, pese a que ayer se advirtió por primera vez la posibilidad de una tercera oleada (que en Europa y Estados Unidos ha resultado catastrófica). Veremos qué nos depara la vacunación, muy lenta, expuesta a las manos corruptas y también a la inseguridad que campea por el país. Ayer asaltaron un camión de biológicos en Bogotá”. El diario, así, parece que admite que la reactivación económica y el curso de la pandemia, por catastrófico que sea, se convertirán en parte del paisaje. Mantener un diario en estas circunstancias es simplemente un registro repetitivo.

Finalmente, el diario se cerró el 5 de marzo bajo el supuesto de que la segunda ola de contagios definitivamente empezaba su retirada y de que, pasara lo que pasara, “la nueva normalidad” no tenía reversa. En este sentido, el diarista propuso un escenario que le permitiera finalizar la rutina del diario, si bien no desde un desenlace definitivo, cuando menos desde un punto aparente de cierre de los acontecimientos de la pandemia tal cual habían sucedido hasta entonces, caracterizados por un confinamiento obligatorio de meses que, efectivamente, no se repitió. Pero la situación, como quedó dicho, se tornó incluso más dramática. La última semana de marzo y la primera de abril trajeron consigo un nuevo pico, el más complejo de toda la pandemia, que prácticamente colapsó el sistema de salud del país con hasta 28000 contagios y más de 550 muertes por día. La situación económica, social y política mantuvo su deterioro, incluso se profundizó, lo que trajo consigo el denominado estallido social que tuvo lugar durante los meses de mayo, junio y julio por todo el país, con especial intensidad en Bogotá. Esos acontecimientos quedaron fuera de este diario de la pandemia.





Este libro se terminó  
de imprimir en agosto  
de 2022 en la  
Editorial UD  
Bogotá, Colombia